



LA TRINCHERA LETRADA

Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría ©

Germán Alburquerque F. ©

Ariadna Ediciones, Laguna La Invernada 0246,

Estación Central, Santiago.

ariadna.ediciones@gmail.com

www.ariadnaediciones.cl

PRIMERA EDICIÓN

2011

registro de propiedad intelectual N° 200407

I.S.B.N. 978-956-8416-25-6

Imagen de portada: *The Trench* por Hibernian Fool

<http://hibernian-fool.deviantart.com/art/The-Trench-74335979>

Diseño y diagramación a cargo de Arturo Ledezma M

Proyecto financiado por el Fondo Nacional del Libro del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Convocatoria 2010

Impreso en Chile, Lom Ediciones

printed in chile

GERMÁN ALBURQUERQUE F.

LA TRINCHERA LETRADA
Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría

Agradezco a quienes, de una u otra manera, hicieron posible la publicación de este libro: Joaquín Fermandois, Manuel Loyola, Eduardo Devés, Rodrigo Hidalgo y Fernando Purcell. También, por cierto, al Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Para Elisa, Irene y Claudia

INTRODUCCIÓN*

Investigar la participación de los escritores y artistas latinoamericanos en la Guerra Fría supone adentrarse en un tema largamente discutido: la relación entre los intelectuales y la política. Esta relación constituye acaso el problema que más ha preocupado a los estudiosos del intelectual en tanto objeto, no solo de la historia, sino también de otras disciplinas.¹ Pareciera incluso que la misma aparición del concepto, del sustantivo “intelectual”, nació para evidenciar el vínculo con la política de un conjunto de individuos que hasta entonces eran denominados “hombres de letras” o escritores a secas. Fue cuando este grupo se manifestó de manera explícita y directa sobre una cuestión eminentemente política que se hizo necesario una nueva categoría para nombrarlos.² Desde entonces los intelectuales vivificaron una relación oscilante con la política, el Estado y con un concepto cuyo uso indiscriminado ha generado cierta deformación: el poder.

*Este libro corresponde a una versión condensada de mi tesis para optar al grado de doctor en historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, titulada *La trinchera letrada. Ideas, acción y poder del intelectual latinoamericano en la Guerra Fría* (Santiago, 2009). En la realización de esta tesis conté con el apoyo de CONICYT y de la Vicerrectoría Adjunta de Investigación y Doctorado de la misma universidad.

1 La otra vertiente predominante es la que analiza a los intelectuales en tanto estamento social. Los clásicos estudios de Gramsci, Weber y Mannheim se inscriben en esta tendencia.

2 Tradicionalmente se ha situado el nacimiento del “intelectual” como consecuencia del caso Dreyfus, en Francia, hacia fines del siglo XIX, cuando Émile Zola y otros importantes escritores se opusieron a la injusta condena de aquel militar judío. Un tanto anterior sería la “intelligentsia”, concepto que en la Rusia zarista se aplicó, también, a un grupo de escritores en rebeldía política.

Pero ¿de qué clase de poder estamos hablando? Parece que es demasiada inmediata la asociación que solemos hacer entre poder y política, como si los agentes que detentan el poder político fueran los monopolizadores del poder en todas sus formas. A partir de esta desviación se ha tendido a pensar al intelectual como un ente por esencia al margen del poder o vaciado de poder, y que en consecuencia se ha acercado a la política en pos de obtener ese poder que le ha sido negado. Se ha fijado luego una relación tributaria y asimétrica, en la cual los intelectuales aparecen siempre en función del poder político, verificando un vínculo más vertical que horizontal, donde los intelectuales asumen de raíz una posición de inferioridad. Pues bien, en este ensayo se sostiene que los intelectuales poseen un poder intrínseco e inenajenable, un poder específico de naturaleza singular, que entra en contacto con otros poderes y con los actores que detentan esos poderes. Y aunque el poder de los intelectuales sea quizás menos evidente, al menos a corto plazo, que el poder político o el poder económico, considerar al intelectual como dueño de tal poder supone desde ya una concepción distinta y una superación del esquema típico que lo coloca por debajo de los poderes restantes, lo cual permite entender más acabadamente porqué el poder político llega incluso a temer a los intelectuales.³

Al mismo tiempo, la acción de los intelectuales ha sido siempre examinada bajo sospecha. El intelectual es en el mundo moderno un sujeto sospechado, y es que a partir de cómo el intelectual se ha planteado ante el Estado, o ante el poder político, se han derivado

³ En esta investigación se hace uso de una noción más bien general del concepto de poder. Sobre el poder se ha desarrollado, como es sabido, una extensa línea de elaboración teórica. Pero, de la misma manera que utilizamos conceptos como política y cultura sin necesariamente realizar una definición acabada de tales términos, se empleará “poder” en el sentido que le otorgamos en el lenguaje cotidiano. Sin embargo, de todos modos, parece pertinente entregar una definición básica. Así, se entenderá poder como la capacidad de un individuo, de un conjunto de individuos, de una institución o de un ente abstracto (Estado), para imponer la propia voluntad sobre la de otros individuos o instituciones. Lo importante es aclarar que dicho dominio se ejerce en distintos campos y a través de distintos recursos. Luego, en el campo político, económico, social, cultural o religioso, se impondrán poderes específicos –aunque pueden estar en manos de una misma autoridad– que dispondrán de recursos también específicos para ejercerlos y conservarlos, como la fuerza, el dinero, los discursos (el saber), el prestigio, etc.

exigencias morales en virtud de una cierta ética del intelectual, un deber ser asociado a la independencia y a la libertad crítica, amenazadas por diversos elementos corruptivos, como el dinero o la fama. Así, se han identificado las ansias de poder político de los intelectuales como una de las tentaciones que con mayor efectividad han socavado su integridad moral. El problema es que a la hora de explicar la conducta de los intelectuales se indaga en sus conveniencias, en sus intereses, en sus afanes de ascenso social, etc., pero no en sus valores espirituales. Es decir: al intelectual se le ha exigido que actúe en consecuencia con los principios que profesa, pero dichos principios o valores no inciden, finalmente, en sus decisiones y tomas de posición, las que, a partir de la sospecha, tienden a ser explicadas en función de cálculos políticos o económicos o de deseos de fama, prestigio y consagración.

Lo que proponemos, en consecuencia, es una concepción del intelectual como sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes, también en posesión de poderes determinados; y también, a la par, se trata de considerar la dimensión ética, valórica y espontánea como clave de explicación de los comportamientos intelectuales.

Entenderemos entonces por intelectual aquel individuo perteneciente al ámbito de la ciencia, del arte, del pensamiento o de la cultura que se dedica a pensar, comprender y explicar la sociedad en que vive, debiendo transmitir el resultado de su reflexión a un público determinado. Esta transmisión, o los procedimientos que la permiten, implican desde ya una acción pública; luego, sería redundante hablar de intelectual público, pues por definición el intelectual posee connotación pública. Según este criterio, un novelista, por ejemplo, que no desarrolla actividades públicas o que solo se manifiesta sobre materias estrictamente literarias no será catalogado como intelectual. Lo mismo rige para el sociólogo o el biólogo que ejerce su profesión de espaldas a la sociedad y sin dialogar con el resto de la comunidad académica, restringiendo su labor a un espacio profesional cerrado. En nuestro caso interesa un sector de la intelectualidad del continente, el compuesto por escritores, artistas, ensayistas y críticos que desempeñaron una conducta pública, que realizaron actividades de cara a la sociedad, que se manifestaron a través de la palabra, que fueron reconocidos como intelectuales por la opinión pública y que tuvieron acceso a

medios de divulgación de alcance relativamente masivos. El grupo de intelectuales seleccionados nos ofrece un acceso privilegiado al problema del poder del intelectual y al de su relación con los actores del poder político. Es sobre este conjunto que se cruzaron, durante el periodo, distintos intereses, emplazamientos, intentos de cooptación o de neutralización, todo con una resonancia pública mucho mayor a la que tenían los intelectuales del ámbito académico y científico.⁴ Es importante aclarar que las ideas y los discursos de los intelectuales considerados se recogerán de su producción de no-ficción, de sus ensayos, artículos, cartas y entrevistas, en consecuencia no se estudia la producción de ficción de poetas y novelistas, ni tampoco pinturas ni esculturas ni piezas musicales ni películas argumentales, que muy bien pueden expresar un sentido alusivo a la Guerra Fría.

Para modelar una definición de intelectual se han seguido dos vías fundamentales, la social y la política. La primera lo concibe como un estamento profesional o administrativo y se preocupa por su eventual constitución como cuerpo social; la segunda lo entiende como la elite pensante de una sociedad e indaga en sus relaciones con la política y el poder.⁵ Este tópico, que es el que nos interesa, se ha tornado predominante en la práctica, y aunque no debiesen desatenderse otras facetas, debe reconocerse que esta reflexión ha puesto en tensión la figura del intelectual entregando los debates más polémicos. En el fondo, los intelectuales, por un lado, y el poder político –o los políticos–, por otro, representan una dualidad homóloga a la existente entre los que piensan y

4 En mi estudio figuran, junto a quienes responden al perfil señalado –artistas, escritores, ensayistas y críticos–, intelectuales provenientes de las ciencias sociales y humanas que se insertaron en el mismo ambiente cultural de los primeros, compartiendo espacios de circulación tanto reales como virtuales: congresos, revistas, redes, declaraciones, viajes. Se pueden mencionar en este conjunto a intelectuales como Manuel Maldonado Denis, Germán Arciniegas, Eduardo Galeano, Augusto Salazar Bondy, Jesús Silva Herzog, Héctor Agosti, Leopoldo Zea y Arturo Ardao, entre otros.

5 François Dosse prefiere hablar de una concepción sustancialista del intelectual, que lo comprende como grupo social que cumple una determinada función en la división del trabajo; y una concepción nominalista, que lo analiza según su compromiso en luchas políticas e ideológicas y que se constituye como una elite creativa al interior de la sociedad (François Dosse, *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia, Universitat de València, 2007, 19)

los que actúan, o entre la razón y la voluntad, o entre quienes se orientan por principios y valores universales y los que se guían por la utilidad de los fines. A partir de estas contraposiciones se han elaborado tipologías que intentan precisar las relaciones posibles entre la intelectualidad y el poder político. Theodor Geiger (1949) señala cuatro actitudes del intelectual hacia el poder: a) prioridad del espíritu sobre el poder; b) sometimiento del espíritu al poder; c) mediación entre espíritu y poder; y d) crítica del poder.⁶ Lewis Coser (1965), en tanto, construye una tipología semejante compuesta también por cuatro categorías: intelectuales integrando el poder; intelectuales influyendo o tratando de influir en los políticos; intelectuales legitimando el poder establecido o por establecerse; intelectuales críticos y rebeldes que combaten constantemente el poder.⁷

Siguiendo con la relación con el poder, quien realiza una conceptualización muy acorde con nuestra perspectiva es Norberto Bobbio (1993):

En toda sociedad, junto al poder económico y al poder político, ha existido siempre el poder ideológico, que no se ejerce sobre los cuerpos como el poder político, nunca disociable del poder militar, ni sobre la posesión de bienes materiales, de los que se dispone para vivir y sobrevivir, como el poder económico, sino que se ejerce sobre las mentes a través de la producción y la transmisión de ideas, de símbolos, de visiones de mundo y de enseñanzas prácticas, mediante el uso de la palabra (...) Toda sociedad tiene sus detentadores del poder ideológico, cuya función cambia con la sociedad y con la época, al ser cambiantes las relaciones, bien de oposición, bien de alianza, respecto a los otros poderes. Hay sociedades en que el poder ideológico es monopolio de una casta y otras en las que los centros de irradiación del poder ideológico son muchos, y compiten también entre sí. Así sucede, por otra parte, con los otros dos poderes.⁸

6 Geiger, *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft*, citado por Norberto Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona, Paidós, 1998 (italiano, 1993), 106.

7 Lewis Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, FCE, 1980 (inglés, 1965).

8 Bobbio, *op. cit.*, 17. En otro momento, Bobbio afirma: “Como, a través de sus obras, los intelectuales también ejercen un poder, si bien mediante la persuasión antes que por coacción, (...) la relación entre intelectuales y poder

Ahora bien, el escenario donde se enfrentan y circulan los productos culturales y sus generadores, es decir, los intelectuales, así como las instituciones en que éstos se organizan —redes, revistas, editoriales, universidades— y los soportes o medios a través de los cuáles se comunican, es lo que concebimos como campo intelectual o campo cultural. Dentro del campo cultural se detectarán las tendencias, climas, sensibilidades, coincidencias y divergencias que los intelectuales crean o reproducen, y que oponen para sentar hegemonías o predomios. Hasta ahora se ha estudiado el campo cultural de sociedades nacionales en épocas dadas, como lo hace Pierre Bourdieu con la Francia del siglo XIX.⁹ Lo que se postula aquí es entender lo que sucede en el campo cultural latinoamericano y hasta mundial, en el contexto de la Guerra Fría.

En estas páginas se reconstruye, comprende y analiza la participación en la Guerra Fría de un sector de la intelectualidad latinoamericana, compuesta por los escritores —en sentido amplio: narradores, poetas, dramaturgos, ensayistas— y artistas, aunque también por críticos, científicos sociales y filósofos que circularon en el mismo campo cultural. De este modo se pretende aprehender las interrelaciones que se verifican entre los distintos poderes que circulan o actúan en la sociedad internacional. El propósito central será pues demostrar que, durante la Guerra Fría, los escritores y artistas de América Latina se convirtieron en un actor múltiple que entró en diálogo y en interacción con los otros actores que dieron vida a dicho conflicto, impulsando y haciendo circular en el espacio global su poder, el cual, a su vez, entró en relación con el poder de los otros actores. El caso particular de los escritores entraña un valor especial que lo distingue del resto de los intelectuales, cual es la presencia en la opinión pública y en los medios de comunicación; muchos de ellos, además, gozaban de alta popularidad, por lo cual podían influir de manera más directa sobre los pueblos del continente.

se puede configurar perfectamente como relación entre dos formas distintas de poder: usando términos conocidos y para mostrar una vez más la antigüedad y continuidad del problema, entre poder espiritual y poder temporal” (Bobbio, *ibid*, 106).

⁹ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995 (francés, 1992).

En cuanto agentes y creadores de ideas, imágenes y representaciones, los intelectuales pudieron favorecer o perjudicar a cada uno de los bloques en pugna; al mismo tiempo, la figura del intelectual, su presencia, sus posicionamientos, pudo servir de apoyo —o censura— a determinada causa. Para las potencias, los intelectuales se convirtieron en objetos de deseo y de rechazo: querían contar con ellos tanto como silenciarlos o borrarlos de la escena si es que les eran hostiles. Los intelectuales se propusieron, por su propia cuenta en la mayoría de los casos, hacer oír su voz y actuar porque las circunstancias así lo exigían. Se desplegaron en la medida de sus posibilidades para interferir en el curso de los hechos y realizaron esfuerzos conscientes por conseguirlo, involucrándose activamente en un escenario mundial en ebullición.

Si delimitamos y caracterizamos este período que nos ocupa, lo primero que cabe destacar es la singularidad de la Guerra Fría. No es que sea inédita ni que carezca de antecedentes, de hecho, ya en el siglo XIV, al menos, se usó la expresión para referirse en la península ibérica al estado natural de guerra entre cristianos y musulmanes.¹⁰ Y así puede extenderse su significado a muchos otros conflictos de la historia de la humanidad, y quizá también a aquellos periodos catalogados como “paz armada”, un concepto que sin duda se le aproxima. Pero, al margen de tales vinculaciones, es claro que la Guerra Fría de la que hablamos posee una fisonomía única.¹¹ De partida, es excepcional por su larga duración, sobre todo para una época en que las guerras a duras penas superan el decenio, llegando algunas a prolongarse solo por días. La Guerra Fría, como ha sido subrayado por los historiadores, fue además una guerra *más* mundial que las propias guerras mundiales. Por ella fueron afectadas naciones de los cinco continentes, y es que

10 Fred Halliday atribuye su uso a Don Juan Manuel (1282-1348), el autor español de *El conde Lucanor* (Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*. Londres, Verso, 1986; citado por Carlos Domínguez, “Entre Escila, Caribdis y sus respectivos Lestrigones: América Latina y el Caribe frente a la Segunda Guerra Fría (1979-1989)”, <http://www.caei.com.ar/es/programas/historia/h3.pdf>, 3).

11 La aplicación del concepto Guerra Fría al conflicto bipolar se dio por primera vez el año 1947, en un discurso del senador norteamericano Barnard Baruch preparado por el periodista Herbert B. Swope. Ese mismo año, Walter Lippmann, otro periodista, tituló *La Guerra Fría* una compilación de sus artículos, popularizando la expresión.

en realidad fue muy difícil escapar de una guerra que se infiltró –a veces de forma invisible– en el devenir de cada una de las sociedades del mundo, incluso en aquellas que practicaron una perfecta neutralidad (la cual no era posible, en cualquier caso). La Guerra Fría fue una guerra universal no solo por su alcance global, sino también porque se libró con todas las armas imaginables: todo valía en su juego, todo contaba, nada se resignaba al azar.

Para algunos la Guerra Fría comienza en el preciso instante que la Segunda Guerra Mundial termina. 1945 se impone así como hito inicial, convención a la que hemos adherido en este trabajo. Para otros, en cambio, parte mucho más atrás, nada menos que en 1917. Es lo que plantea Ronald Powaski, entre otros, para quien la hostilidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética se materializa ese año (aunque incluso se remonta más atrás).¹² Este punto de vista quiere remarcar que el origen de la Guerra Fría radica en una rivalidad histórica que tarde o temprano iba a estallar y que se fundaba en la incompatibilidad de dos sistemas ideológicos de aspiraciones universales y, por tanto, excluyentes. Respecto al fin de la Guerra Fría existe mayor consenso pues pocos discuten que entre 1989 y 1991 se escenificó el último acto de la soterrada conflagración. Claro que es más delicado establecer un año preciso de término. En 1989 cae el Muro de Berlín y se desintegra el bloque del Este. En 1990 se reunifica Alemania y en 1991 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas deja formalmente de existir. En nuestro caso hemos utilizado el año 1990 atendiendo la practicidad de una cifra redonda, aun aceptando la validez de las otras dos alternativas. Una lectura más excéntrica propone el año 1997, por firmarse entonces el tratado entre la OTAN y Rusia que liquidó los últimos rastros de confrontación entre ambas.

Es claro que una primera etapa de la Guerra Fría, sus diez años iniciales, comportó una tensión elevada y una relación de franca hostilidad entre las superpotencias que tuvo en la Guerra de Corea (1950-1953) su expresión más grave. Entre 1955 y 1969 se desarrolló un periodo variable, con pasajes de concordia y otros de riesgo extremo, como la crisis de los misiles del año 1962. Es también muy aceptado que la década del setenta trae consigo

¹² Ronald Powaski, *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona, Critica, 2000.

aires de Distensión o *Detente*, y, aunque no existe acuerdo sobre su extensión, sí es evidente que dio paso a una era de renovada confrontación en los tempranos años ochenta, tiempo en que la exacerbación de la disputa para nada hacía presumir una salida próxima y pacífica. Con Gorbachov, la perestroika y la glasnost, por un lado, y la disposición norteamericana a sellar convenios de desarme, por otro, quedó en evidencia que la Guerra Fría caminaba inexorable a su liquidación, la que se concretaría al finalizar la década.

Al momento de definir y caracterizar la Guerra Fría se ha destacado unánimemente la heterogeneidad de los medios de lucha. Según Powaski, en la pugna por la influencia mundial que fue la Guerra Fría las superpotencias emplearon los más diversos métodos: creación de alianzas, prestación de ayuda militar y económica a los estados que eran clientes suyos o aspiraban a serlo, masiva y costosa carrera armamentista, campañas de propaganda, espionaje, guerra de guerrillas, lucha contra la subversión y hasta asesinatos políticos.¹³ Ferraris subraya que la Guerra Fría revistió distintas facetas –ideológica, propagandística, diplomática, económica– y contempló diversas operaciones –formación de bloques militares, espionaje, carrera armamentista.¹⁴ Da Cal, Duarte y Veiga conciben la Guerra Fría como un fenómeno total que indujo “transformaciones económicas, tendencias culturales y avances científicos a lo largo y ancho del planeta”.¹⁵

Es sobre este “telón de fondo” que se insertarán los movimientos de los intelectuales. Dentro de ello, una operación que puede arrojar interesantes dividendos será la comparación entre los ciclos y vaivenes de la Guerra Fría política y el acontecer del campo intelectual latinoamericano. La mayor o menor coincidencia entre ambas dimensiones, luego, sugerirá la mayor o menor autonomía del campo cultural en relación al proceso global bipolar.

13 Powaski, *op. cit.*, 9.

14 Julio Aróstegui, Cristian Buchrucker y Jorge Saborido (directores), *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Buenos Aires-Barcelona, Biblos-Crítica, 2001, 522. El capítulo dedicado a la Guerra Fría fue escrito por Carolina Ferraris.

15 Enrique Da Cal, Ángel Duarte y Francisco Veiga, *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*. Madrid, Alianza, 1997, 9.

Así, la Guerra Fría en tanto proceso global,¹⁶ alcanzó de manera ineludible a los intelectuales latinoamericanos. Podría decirse que hasta entonces el intelectual había sido observado solo al interior de fronteras nacionales,¹⁷ o a lo más continentales,¹⁸ de suerte que la

16 La Guerra Fría ha dejado de ser considerada solo como el conflicto bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus ramificaciones. También puede leerse la historia del periodo —en todas las latitudes— como una internalización profunda de la lógica y la retórica de la Guerra Fría en cada una de las sociedades. La Guerra Fría, así mirada, se filtró, podría decirse, en la vida cotidiana, en la mentalidad, en la cultura política. Era una forma de entender la realidad y de proyectar el futuro. Es pues válido hablar de la Guerra Fría como una época, no solo como el conflicto entre las dos potencias y sus bloques. Ver Odd Arne Westad (ed.), *Reviewing the Cold War. Approaches, Interpretations, Theory*. London, Frank Cass, 2000.

17 Entre los enfoques nacionales destacan: José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago, FLACSO, 1983; Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*. México, FCE, 1988 (inglés, 1985); Gabriel Careaga, *Los intelectuales y la política en México*. México, Extemporáneos, 1971; James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1910-1913)*. México, Siglo XXI, 1985 (inglés, 1968); José Deustua y José Luis Rénique, *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931*. Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1984; Hernán Godoy Urzúa, *El oficio de las letras. Estudio sociológico de la vida literaria*. Santiago, Editorial Universitaria, 1970; Sergio Miceli, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil: 1920-1945*. Sao Paulo, Difel, 1979; Daniel Pecauc, *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação*. Sao Paulo, Ática, 1990 (francés, 1989); Jeffrey Puryear, *Thinking politics: intellectuals and democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1994; Norberto Rodríguez Bustamante (editor), *Los intelectuales argentinos y su sociedad*. Buenos Aires, Libera, 1967; Xavier Rodríguez Ledesma, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN, 2000; Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona, Anagrama, 2006; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur, 1991; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires, Puntosur, 1991; Jorge A. Warley, *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985. El siguiente caso es especial por abocarse a tres países: Nicola Miller, “The anxiety of ambivalence: intellectuals and the state in twentieth-century. Argentina, Chile and Mexico”, en M. Plotkin y R. González Leandri (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid, CSIC, 2000.

18 Entre los estudios continentales se cuentan obras que se aplican francamente al tema, como: María Eugenia Mudrovcic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997; y Jean Franco,

Guerra Fría fue un momento que permitió a nuestros intelectuales ampliar su radio de acción, para insertarlos en el escenario mundial, constatando que, como nunca antes, se hicieron plenamente cosmopolitas, ciudadanos del mundo.¹⁹

Así, durante la segunda mitad del siglo XX, se constituye un verdadero campo cultural latinoamericano: sus escritores se pasean por diferentes países, las editoriales publican a autores de la región, revistas de temática continental traspasan las fronteras nacionales, premios y concursos exaltan lo latinoamericano. De la consolidación de este campo se deriva además una opinión pública a escala continental, en la cual la voz de los intelectuales se siente con fuerza. El público, que ha crecido exponencialmente, sobre todo por la extensión de la matrícula universitaria, se entera de los

Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría. Barcelona, Debate, 2003 (inglés, 2002). También el artículo de Carmen de Sierra, “Intelectuales y universitarios uruguayos frente a la ‘Guerra Fría’ y a la ‘tercera posición’”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, (Buenos Aires), 16, VIII, 1998.

Y los siguientes ensayos: María Susana Arroza Soares (coord.), *Os intelectuais nos processos políticos da América Latina*. Rio Grande do Sul, Ed. da Universidade, 1985 (contiene estudios nacionales); Gloria Cucullú, “El estereotipo del ‘intelectual latinoamericano’”. Su relación con los cambios económicos y sociales”, en Juan F. Marsal, (editor), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970; Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Hernán Godoy U., “La sociología del intelectual en América Latina”, en Juan F. Marsal (editor), *El intelectual latinoamericano*, op. cit.; Martín Hopenhayn, “Los intelectuales latinoamericanos vistos por sus (im) pares”, en *Estudios Públicos*, (Santiago), Otoño, 2001; Álvaro Mendoza Diez, *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*. México, UNAM, 1962; Carlos Monsiváis, “De los intelectuales en América Latina”, en *América Latina Hoy*, (Salamanca), 47, 2007; James Petras, “The Metamorphosis of Latin America’s Intellectuals”, en *Latin American Perspectives*, 2, Vol. 17, primavera 1990; Ángel Rama, *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984; Glaucio A. D. Soares, “Los intelectuales y la política”, en Lipset, S.M., y Solari, Aldo (comp.). *Elites y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Paidós, 1967; Carlos Torres, “Entre Ariel y Calibán: intelectuales críticos y poder”, en *40 aniversario de FLACSO 1957-1997*. Buenos Aires, FLACSO, 1997; y Fernando Uricoechea, *Intelectuales y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969.

¹⁹ Esto sin duda se encadena con el hecho de que América Latina por vez primera se convierte en un área importante del sistema político internacional, un fenómeno en buena medida impulsado por la propia Guerra Fría.

problemas que aquejan a los países vecinos y es influido por lo que dicen y escriben los intelectuales.

En este plano, la transformación más trascendente que opera con la Guerra Fría, es la globalización del intelectual latinoamericano. En paralelo al proceso de conformación del campo cultural continental, o sea, de la latinoamericanización de los intelectuales, se desenvuelve el proceso de mundialización, en virtud del cual los intelectuales salen al mundo, lo descubren, lo visitan materialmente, se relacionan con sus pares, con los pueblos y con las autoridades de países que hasta entonces habían permanecido remotos, dando vida a un campo cultural mundial. Ya no es solo Europa Occidental y Estados Unidos el destino de nuestros escritores y artistas, es también Europa Oriental y la Unión Soviética, es también África, China, la India y el sudeste asiático. El intelectual latinoamericano participa de una vida cultural mucho más amplia, publica (es traducido) en otros idiomas, obtiene premios, integra organismos, dicta conferencias y recitales, todo con una intensidad inédita. Se podrá objetar que quizás sin Guerra Fría esta mundialización se habría producido igual, de partida por el desarrollo de los medios de transporte y comunicación que sin duda facilitaron el fenómeno; pero, sin Guerra Fría, la Unión Soviética no habría impulsado el Consejo Mundial de la Paz, China no habría cursado invitaciones a escritores de renombre, Vietnam no hubiera llamado tanto la atención, Estados Unidos no habría financiado revistas y congresos... Por supuesto que en el proceso intervienen otros factores, pero en estas líneas sostendremos que la Guerra Fría es vital en la conformación de este mega campo intelectual.

Por cierto, las ideas de los intelectuales de América Latina respecto a la Guerra Fría no conforman un conjunto homogéneo, sino que se diseminan para articular una serie de discursos sin fronteras rígidas, que se distinguen tanto por su contenido como por su “registro” o modo de decir las cosas. El análisis crítico del lenguaje empleado por los intelectuales podrá sugerir el grado de originalidad y autenticidad de las ideas; por lo pronto, difícilmente se hallarán discursos u opiniones demasiado elaborados; por el contrario, lo que se observa a grandes rasgos es una tendencia a recoger y reiterar lo que dicen las cúpulas políticas, los partidos, los poderes establecidos y las ciencias sociales. El aporte del escritor-artista sería más bien haber dotado de una presentación atractiva

y elocuente las ideas algo áridas que salían de boca de políticos y científicos sociales. Sería entonces la vulgarización –en el sentido no peyorativo de la palabra– de los conceptos una de las funciones que le cupo a los intelectuales, entendiendo además que los escritores y artistas que nos ocupan en el presente ensayo tenían una comunicación fluida con el gran público. También se operaría una simplificación del lenguaje, con el fin de hacerlo más accesible, lo que en muchos casos pudo degenerar en una presentación maniquea de la realidad, en la cual buenos y malos asumían sus roles sin matices.

En este sentido se torna crucial la pregunta por el destinatario del mensaje de los intelectuales, que explicaría la diferencia frente al discurso de los científicos sociales. Porque mientras éstos, que podemos llamar intelectuales científicos o académicos, dirigen la palabra fundamentalmente a sus pares; aquéllos, llamémosles intelectuales artistas (o del ámbito artístico-cultural), se dirigen a un público más amplio. Consignemos además que entre éstos se situaban narradores que tras el fenómeno literario del boom habían adquirido una fama hasta entonces reservada solo a las personalidades del espectáculo y del deporte. Es probable que en alguna medida el intelectual del que nos ocupamos creara o transmitiera ideas en lo medular pensadas para agradar a sus lectores o público cautivo, incurriendo así en prácticas demagógicas o populistas. El lenguaje debía ser más simple, en consecuencia, pero hay que advertir también que los escritores y artistas no tenían la preparación ni los argumentos para confeccionar un discurso más profundo y denso, como el que sí podían producir los científicos sociales. Por lo mismo, el discurso se volvía en ocasiones retórico, ya que intentaba persuadir apelando a una prosa efectista que generara impacto en el lector o auditor. Así se sucederán imágenes dramáticas, sentimentales y hasta catastróficas, empleadas para emocionar primero y convencer después. Al mismo tiempo la representación que los intelectuales se hacen de la realidad tiende a ser impresionista pues, más que un análisis riguroso y documentado, lo que refleja son las impresiones subjetivas e inmediatas que los hechos les suscitan. En algunos casos, los más extremos, se puede incluso calificar de simple propaganda las imágenes que los intelectuales proyectan. Esta labor propagandística fue puesta en práctica para enaltecer o condenar determinados sistemas políticos,

gobiernos, pueblos, corporaciones o ideologías.²⁰

Sin embargo, en el terreno propio de los intelectuales, el de la cultura, es decir cuando se dirigían a sus pares, sí es posible apreciar un nivel más elevado de discurso, sobre todo al enfocar el problema de la cultura y su misión en los procesos de liberación nacional y de lucha contra el imperialismo, y en la determinación de la importancia de los fenómenos culturales al interior de la Guerra Fría. Debe recalcar, además, que los intelectuales latinoamericanos se dieron a la tarea de dotar de espesor cultural el discurso tercermundista, originalmente resultado de la reflexión de economistas, sociólogos y políticos. La determinación de una identidad común para los tan heterogéneos pueblos miembros del Tercer Mundo contó pues con un aporte substancial de la intelectualidad latinoamericana.

Heterogéneas y complejas fueron entonces las prácticas con que los intelectuales participaron en la Guerra Fría, así como las funciones que desempeñaron. Mas, extremando el análisis hacia una comprensión profunda de su acción, surge la interrogante acerca de qué, en definitiva, determinó sus comportamientos, cuáles fueron sus motivaciones últimas. En este sentido partiremos de la impresión de que la mayor parte de la intelectualidad del continente guió su conducta según cierto sentido del deber, según imperativos éticos. Los intelectuales se arrogaron una responsabilidad que no podían dejar de honrar. Entendían que no podían fallarle a

20 El concepto de propaganda no posee *per se* una connotación peyorativa. La propaganda es legítima y a ella han recurrido confesiones políticas y religiosas de todo signo y época. Sin embargo, para un intelectual hacer propaganda no es motivo de orgullo y parece difícil hallar uno que reconozca contento hacer una labor propagandística. La razón probablemente sea la asociación inmediata entre propaganda y una serie de prácticas algo reñidas con la ética, partiendo por la manipulación de la información. Domenach ha enumerado un conjunto de reglas de la propaganda y de la contrapropaganda. Entre las primeras ubica: regla de simplificación y del enemigo único; regla de exageración y de desfiguración; regla de orquestación; regla de transfusión; regla de unanimidad y contagio. Y entre las segundas: analizar los temas del adversario; atacar los puntos débiles; no atacar nunca de frente; atacar y desprestigiar al adversario; poner la propaganda del adversario en contradicción con los hechos; ridiculizar al adversario (Jean Marie Domenach, *La propaganda política* (Barcelona, Edicions 62, 1963), citado por Olga Glondys, *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953) - XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007, 78).

los pueblos del continente. Y como la hora lo exigía, no podían guardar silencio: había que decir con claridad de qué lado estaba el bien y de qué lado estaba el mal, lo que por supuesto era distinto para cada intelectual. Este compromiso, contraído de forma unilateral por los propios intelectuales (aunque la sociedad siempre ha demandado de los intelectuales una cierta misión), fue el que condicionó y muchas veces determinó cada una de sus posiciones y pronunciamientos. Sin duda que no es el único factor, y por cierto no todos los intelectuales siguieron este modelo. El idealismo de algunos devino interés en otros, pero pareciera que estos últimos fueron notoria minoría. Ahora bien, puede ser efectivo que este código de conducta haya respondido a un exceso de romanticismo, que pecando de inocencia los intelectuales sobredimensionaran su influjo en el público, o que hayan sido leales a un pueblo que no esperaba ni pedía nada de ellos. Pero esto sería entrar en otra clase de especulaciones. Lo que interesa aquí es sentar que dicho compromiso constituyó la raíz de su comportamiento, por más que éste no entrañase la gravedad que aparentemente ellos le atribuían.

En síntesis, la Guerra Fría supuso para los intelectuales de América Latina un escenario inédito que los conminó a intervenir, como nunca antes, en un conflicto de talla mundial. Todo un desafío para un grupo de escritores, artistas, ensayistas y críticos que se vio llamado a cumplir un rol activo en un conflicto bélico que se libraba con armas “no convencionales”: ideas, discursos, propaganda. Esta es la historia de cómo esos intelectuales se constituyeron en un actor que participó en la Guerra Fría, relacionándose con otros actores preferentemente de origen estatal, y poniendo en ejercicio su propio poder, el poder específico de los intelectuales. La historia de cómo se comprometieron con causas, emblemas e ideologías, poniendo en juego su nombre y honorabilidad. La historia de cómo se dejaron guiar casi siempre por principios éticos y por la responsabilidad con que asumían la representación de los pueblos del continente y aún del Tercer Mundo. La historia de cómo defendieron –en su gran mayoría– la autonomía del campo intelectual respecto de las fuerzas políticas. De cómo elaboraron imágenes y reflexiones con las que representaron la Guerra Fría al público latinoamericano, determinaron el papel de la cultura en dicho proceso, y dotaron de identidad a los pueblos tercermundistas.

PRIMERA PARTE
LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS Y LA
UNIÓN SOVIÉTICA

I

EL CAMPO INTELECTUAL LATINOAMERICANO Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

En el campo intelectual latinoamericano, durante la Guerra Fría, coexistieron distintas posiciones respecto a la Unión Soviética. Difícil fue mantenerse indiferente ante la gran potencia euroasiática que disputaba la hegemonía mundial con Estados Unidos; en verdad, ya desde la misma Revolución Rusa los intelectuales comenzaron a manifestarse sobre la patria de Lenin, atraídos por un acontecimiento político internacional que remeció al mundo entero. La Unión Soviética, el comunismo y los partidos comunistas que proliferaron por el continente siguiendo las orientaciones de Moscú ejercieron un fuerte imán sobre los intelectuales, por lo cual no se puede decir que la adhesión que la URSS despertó en tiempos de Guerra Fría haya sido un fenómeno nuevo. También, por supuesto, el comunismo generó desde temprano enemigos tan decididos como sus simpatizantes.²¹

21 Acerca de este mismo momento histórico, Jean Franco confirma el arrastre del comunismo entre los intelectuales de América Latina: “A principios de la guerra fría la mayoría de los artistas plásticos y escritores que se incorporaron al Partido [Comunista] interpretaban que su papel era el de ‘dar voz’ a la lucha de clases y predecir la victoria final del proletariado. Gracias a la fuerza del Partido en los años de posguerra y a su programa antiimperialista, los escritores pudieron dirigirse a un público de simpatizantes”. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad*

En los albores de la Guerra Fría la Unión Soviética reclutó una suerte de ejército rojo intelectual, con una dotación de latinoamericanos nada despreciable. A los viejos comunistas como Juan Marinello, Diego Rivera, Nicolás Guillén o Jorge Amado se agregaron nuevos como Pablo Neruda u Oscar Niemeyer (ambos afiliados en 1945). Los intelectuales comunistas formaron un frente de apoyo a la URSS y, cual disciplinados soldados, sirvieron la bandera roja a través de distintos mecanismos de participación. Ellos constituyen, dentro del campo intelectual de América Latina, el sector más radical, el que se situó más a la izquierda, el que se identificó más con el bando soviético.

No fueron los únicos. Inesperadamente un importante contingente de intelectuales se sumará a la causa soviética proveniente de una isla del Caribe, Cuba. No sucedió apenas hubo triunfado la Revolución Cubana, ni tampoco cuando Fidel Castro declaró el carácter marxista-leninista de la Revolución y se estableció la alianza entre Cuba y la Unión Soviética. Hubo que esperar algunos años y varios sucesos para que los intelectuales cubanos se comprometieran a ultranza con la URSS. Primero, que el partido comunista cubano (hasta 1965 Partido Socialista Popular) escalara posiciones de poder y se tornara hegemónico; segundo, que Fidel se docilizara a Moscú –lo que ocurrió hacia 1968–; y tercero, que se rompiera la alianza con los intelectuales latinoamericanos (y europeos) progresistas. Tenemos pues que es en la década del setenta que los intelectuales cubanos se alinean con Moscú –descontando a los viejos comunistas que ya lo estaban hace rato, como Marinello y Guillén–, y se suman al grupo de intelectuales comunistas, aunque se sitúan un poco más al centro (según como se mire), en tanto su compromiso primordial era con la revolución, con el socialismo a secas.

Partidarios, en todo el sentido de la palabra, la Unión Soviética no tuvo más que los anteriores. Circunstancialmente contó con el apoyo de intelectuales independientes (ni comunistas ni cubanos), como Luis Cardoza y Aragón, de quien conoceremos su entusiasta testimonio de viaje a la Unión Soviética. Es probable que un buen número de intelectuales, de haberse visto en la necesidad de

letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría. Barcelona, Debate, 2003, 93.

enjuiciar a Estados Unidos o a la URSS, se habría inclinado por ésta, más por oposición a los norteamericanos que por convicción. Pero eso es muy distinto a ser partidario. En verdad, encontrar un intelectual latinoamericano que no hubiese dirigido un ataque, una crítica o un reproche a Estados Unidos en esta época es casi imposible, incluso entre sus mayores defensores.²² Pero de ahí a apoyar a Moscú había mucho trecho.

La porción izquierda del campo intelectual ya la tenemos ocupada. Nos queda todavía un amplio margen. En el centro del campo se encuentra un grupo muy nutrido, diría mayoritario. Lo integran todos aquellos intelectuales progresistas, probablemente autodefinidos de izquierda, que no se abanderizaban con la Unión Soviética ni tampoco, obvio, con Estados Unidos. En muchos casos la admiración por el comunismo, como sistema político y social a imitar, no comportó un compromiso con la Unión Soviética, que representaba la materialización de tal comunismo. Así tejieron una visión crítica de la URSS que expresaron con mayor o menor reserva. Muchos pensaron que criticar a la URSS era hacerle el juego a Estados Unidos y por eso prefirieron callar o moderar su visión negativa. Otros criticaron con total libertad a uno y otro bando. Hubo pues un espectro de posiciones, matices; lo que aquí no hay, por cierto, son incondicionales, ni del Kremlin ni de la Casa Blanca.

En este sector aparecen las figuras más representativas de la intelectualidad latinoamericana: desde Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, situados más a la derecha; pasando por Carlos Fuentes –bien al centro– o Gabriel García Márquez; hasta un Julio Cortázar, más a la izquierda. Así, mientras en Paz o Vargas Llosa observamos una crítica acérrima a la URSS, en Cortázar, por ejemplo, esa crítica se morigera.

Nos queda un sector del campo, reservado a la derecha. Aquí figuran aquellos intelectuales que se plantearon francamente en contra de la URSS sosteniendo al mismo tiempo una posición favorable a los Estados Unidos, y que incluso trabajaron muchas

22 Aunque fuera por pura estrategia: un intelectual que adhiere a Estados Unidos, al decir algo en su contra, anula de alguna manera las sospechas sobre su honradez. Es decir, si un intelectual es obsesivo a la hora de referirse a los Estados Unidos, recae sobre él la sospecha de ser hasta agente de la CIA; al mostrar algún grado de hostilidad, se blanquea.

veces al alero de revistas u organismos vinculados a este país. Surgen los nombres de Germán Arciniegas, Luis Alberto Sánchez, Mariano Picón Salas, Jorge Luis Borges, Juan Liscano, entre los más destacados. A muchos de ellos hago referencia en distintos pasajes del texto. Por ejemplo, Arciniegas y Sánchez figuran en el capítulo dedicado a la revista *Cuadernos*, editada por el Congreso por la Libertad de la Cultura, financiado en último término por la CIA. Por lo general elaboran una crítica implacable al imperio soviético y denuncian el peligro de los tentáculos que el comunismo mundial blande sobre Latinoamérica. Estos intelectuales, sin ser incondicionales de Estados Unidos, porque lo critican y reconocen vicios que le afectan, sí son sus partidarios en la arena de la Guerra Fría.

El campo intelectual, con todo, no está formado solo por personas, por los intelectuales que ya vimos, sino que también lo integran actores institucionales, entidades, organismos. Dentro de éstos, destacado papel jugaron las revistas, que ante la Unión Soviética se plantearon de la siguiente manera. Del lado soviético en primerísimo lugar hay que mencionar a *América Latina*, editada en Moscú por la Academia de Ciencias, que primero circuló en ruso, desde 1969, y que desde 1973 lo hizo también en español. En ella tuvieron participación muchos intelectuales latinoamericanos, ya sea como articulistas, entrevistados, reporteados, homenajeados, etc., aunque no ocuparon puestos directivos. Figuraron principalmente los intelectuales más proclives al socialismo, los amigos de la Unión Soviética, bastantes cubanos, y representantes de otras tendencias (Vargas Llosa incluido).

Una revista posicionada tan a la izquierda como *América Latina*, pero ya en suelo americano, es *Cuadernos de Cultura*, editada en Buenos Aires entre 1953 y 1986 (con varias épocas e intervalos de por medio) por el Partido Comunista de Argentina, fungiendo como su órgano de expresión en el terreno cultural. Es una revista de mediana importancia para nosotros porque, aunque intervienen intelectuales del perfil que nos interesa, es una revista más teórica, más doctrinaria, con acentuada presencia de hombres de partido provenientes más bien de las ciencias sociales y no del ámbito del arte, la literatura y la cultura. Sí cumplen con el perfil el periodista y poeta Alfredo Varela, el poeta Manuel González Tuñón y Héctor P. Agosti, quien pese a pertenecer a la academia circuló

por medios latinoamericanos en contacto con los intelectuales que nos conciernen. Es además una publicación más argentina que latinoamericana: la preocupación por lo latinoamericano está, pero en tono menor si se compara con lo nacional. Por su dependencia con el Partido Comunista se alinea con la Unión Soviética en materia internacional, pero también asume un compromiso con Cuba, con Vietnam, con América Latina y con el Tercer Mundo.

Muy cercana a la Unión Soviética, en especial a partir de la década de 1970, se halla la cubana *Casa de las Américas*, cuya afinidad coincide con la de los intelectuales cubanos –es imposible separar a éstos de la revista– a la que ya hice referencia. La publicación se encargará de difundir las actividades culturales de intercambio entre la gran potencia y la Isla, al tiempo de dar tribuna al discurso pro soviético elaborado por los intelectuales cubanos –del Partido Comunista o no– y ser la voz de instancias oficiales como el Ministerio de Cultura o la propia institución Casa de las Américas.

En el periodo de la Guerra Fría hubo otras importantes revistas de izquierda que mantuvieron relaciones de amistad con *Casa de las Américas* pero que sin embargo adoptaron una postura crítica frente a la Unión Soviética. El caso más representativo sea posiblemente el de la uruguaya *Marcha*, la decana de las publicaciones político-culturales del continente (fundada en 1939) que, mucho antes que *Casa de las Américas* y siquiera la Revolución Cubana existieran, enarbó a poco andar la Guerra Fría una corriente de ideas conocida como Tercera Posición, que marcaba distancias frente a ambos polos en disputa, siendo enfática en declarar su rechazo al régimen soviético. Por su no menos severo juicio a Estados Unidos y por su discurso de izquierda, que con mayor rigor habría que llamar socialismo democrático, *Marcha* se ganó el apelativo de comunista, injustamente aplicado debido a su oposición cerrada a la URSS que cualquiera que siga la huella de la Tercera Posición es capaz de ver.²³ *Marcha* desaparece en 1974, justo cuando las diferencias con la cada vez más radical *Casa de*

23 Emir Rodríguez Monegal, colaborador mucho tiempo de la revista, sostendrá que “en *Marcha* se ha practicado una política tan consistentemente antiyanqui (lo que no estaría mal) pero tan inequívocamente blanda hacia los soviéticos, que es inevitable el mote de comunistas que se ha aplicado, con error, a su equipo”. Citado por Luisa Peirano Basso, *Marcha de Montevideo*. Buenos Aires, Ediciones B, 2001, 200.

las Américas se dejaban notar.²⁴ La mexicana *Siempre!*, por otra parte, que sintonizó con la revolución cubana y con *Casa de las Américas*, tejió un discurso de izquierda (moderado), antiyanqui, pero también antisoviético. La revista representaba al grupo de Fernando Benítez, Carlos Fuentes y una serie de intelectuales de prestigio, que tenía un accionar casi corporativo –fue conocido como la Mafia–, y que mostró oscilaciones frente al PRI y a los gobiernos de turno.²⁵

Así, si a la izquierda del mapa se ubican *América Latina*, *Cuadernos de Cultura* y *Casa de las Américas*, y en el centro se anotan revistas como *Marcha*, *Siempre!* y un conjunto de publicaciones que comparten su sensibilidad: son de izquierda –en mayor o menor grado–, solidarizan con Cuba y su revolución, con el latinoamericanismo y el tercermundismo; son antinorteamericanas y cultivan una visión crítica de la Unión Soviética que puede ser más o menos lapidaria, más o menos destructiva comparada con la dirigida a Estados Unidos, pero que en definitiva rechaza su sistema.

Un caso aparte lo constituye la revista parisina *Mundo Nuevo* (en su primera etapa; véase capítulo X), que mirada con frialdad parece compartir varios rasgos con las anteriores, pero su vinculación al Congreso por la Libertad de la Cultura y, en última instancia, a la CIA, la convierte en un híbrido excepcional. Su controversial director, Emir Rodríguez Monegal, no puede ser calificado de hombre de izquierda, tal vez progresista (para sus enemigos era lisa y llanamente un agente de la CIA), pero sí muchos de los colaboradores de la revista –Neruda, por ejemplo. En ningún caso fue pro norteamericana; y por cierto que ante la Unión Soviética se manifestó contraria.

Dejémosle a *Mundo Nuevo* un sitio en el centro, un tanto hacia la derecha. Y dejémosle derechamente la derecha del campo, valga la redundancia, a *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*

²⁴ Sintomático es el caso de Ángel Rama, miembro por largos años del Comité de Colaboración de *Casa de las Américas* y uno de los redactores más representativos de *Marcha*. A raíz del caso Padilla se distanciará de *Casa de las Américas*, renunciando al Comité.

²⁵ Se incluye a Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, José Luis Cuevas, Elena Poniatowska y otros. Ver Xavier Rodríguez Ledesma, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN, 2000, 71-79.

(1953-1965), con sede en París, y a algunas de las revistas asociadas también a este Congreso, como *Zona Franca* en Venezuela y *Cultura y Libertad* en Chile. La misión de estas revistas era mostrar al público latinoamericano la (según ellas) verdadera cara de la Unión Soviética, por tanto elaboraron una crítica encarnizada del socialismo soviético y del comunismo internacional. Al mismo tiempo pretendían alejar a los intelectuales de las garras del comunismo, enarbolando una bandera de lucha universal: la libertad intelectual y creadora. ¿Qué intelectual podía oponerse a ese principio? Así lograron captar la colaboración de intelectuales de distintas tendencias. Se esforzaban, además, por diseñar una imagen de Estados Unidos libre de estigmas.

Una última revista trascendente, pese a su orientación mucho más literaria que política, y que también cabe localizar a la derecha por su acendrado anticomunismo, fue la argentina *Sur*.²⁶

He trazado un panorama global del campo intelectual latinoamericano durante la Guerra Fría, tomando como punto de referencia la Unión Soviética y considerando las dos fuerzas de mayor consistencia al interior de ese campo como son los intelectuales mismos –las personas– y las revistas en cuanto actores o agentes culturales. A través del relato y en otros capítulos saldrán a luz redes y asociaciones de intelectuales, organismos e instituciones que completan el cuadro de fuerzas que dan vida al campo intelectual latinoamericano del periodo. Mas este mapa general que he presentado tiene algo de fotografía, como si los 45 años aproximados que duró el conflicto hubiesen sido de una sola línea. Y aunque ya he esbozado cambios y evoluciones en el campo, quisiera ahora abordar este punto con más detención.

Los intelectuales comunistas que se abanderizaron con la Unión Soviética tuvieron su época de gloria en una primera etapa de la Guerra Fría, es decir, desde sus no muy claros inicios tras el fin de la Segunda Guerra, hasta el comienzo de la coexistencia pacífica, más o menos hacia 1956, con el nuevo rumbo que Kruschev le imprime a la política rusa y que redundaba en una nueva era internacional. Es el tiempo de mayor enfrentamiento entre ambas potencias, y la sensación de inminencia de una nueva guerra marca el apogeo

26 Ver John King, *Sur: estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México, FCE, 1989, 169ss.

del Consejo Mundial de la Paz y de su movimiento pacifista a escala global que contó con el destacado concurso de intelectuales comunistas latinoamericanos. El movimiento va perdiendo fuerza conforme la Guerra Fría avanza, aunque no desaparece, y lo mismo ocurre con la acción de los escritores y artistas de América Latina que participaron en él. Estos primeros años de la Guerra Fría son también los más virulentos para aquellos intelectuales ligados al Congreso por la Libertad de la Cultura, cuya acción, tanto en Europa como en Latinoamérica, nunca fue tan enérgica como en estos años. Asimismo, la Tercera Posición, como corriente de ideas a la cual adhirieron importantes actores, alcanza en estos años su principal figuración, con su discurso de rechazo simétrico tanto de lo estadounidense como de lo soviético.

Con Kruschev, con la coexistencia pacífica y con la desestalinización no solo se rebajó la temperatura de la Guerra Fría, con la consecuente disminución de las actividades más militantes propiciadas por uno y otro bando, sino que se abrió la puerta para la crítica de la Unión Soviética y de su sistema. Con menos dudas acerca de la veracidad de los horrores estalinianos y sin esa presión tan fuerte ejercida por el clima de hostilidad, los intelectuales se sintieron con mayor libertad para manifestar al menos su escepticismo frente a la URSS. La represión en Hungría, en 1956, fue otro factor que engendró grietas en el apoyo, pero fue solo en 1968, con los acontecimientos de Checoslovaquia, que la oposición al régimen soviético adquiriría un consenso más extendido entre los intelectuales que he ubicado en el centro del campo intelectual.²⁷ La sofocación de la Primavera de Praga por parte de las tropas del Pacto de Varsovia marcó un distanciamiento definitivo de aquellos sectores intelectuales que aún conservaban sentimientos de compromiso con Moscú.

Ya señalé que en los años setenta la intelectualidad cubana dará un giro hacia la Unión Soviética, lo cual coincide con una nueva etapa de la Guerra Fría, la Distensión. Es en cierto sentido paradójico que mientras las potencias lograban cierto entendimiento y alejaban el fantasma de la guerra, la URSS reforzaba su presencia en la cultura de América Latina a través de esa suerte de punta de

²⁷ Antes de Hungría y Checoslovaquia, el pacto nazi-soviético de 1939 había hecho tambalear las convicciones de no pocos adherentes a la URSS, que asistieron estupefactos a la alianza con el enemigo ideológico por excelencia.

lanza que fue Cuba. Sin embargo, es difícil hablar de Distensión en nuestro continente para unos años setenta tan convulsionados por las dictaduras en el Cono Sur –baste recordar la injerencia norteamericana en la caída de Allende– y por la inestabilidad en Centroamérica, con revolución en Nicaragua y la constante amenaza de intervención de Estados Unidos incluidas.

Los años ochenta, la última década de la Guerra Fría, asistirán al aislamiento de la Unión Soviética. Si bien los cubanos conservan su solidaridad, el comunismo a nivel mundial se bate en retirada, a veces forzosamente, como en América Latina, diezmado por la represión de las dictaduras. Cada vez son menos los intelectuales comunistas del continente, muchos desaparecen físicamente, por causas naturales o no, y otros se repliegan, mientras no pocos pierden la fe, si no en el marxismo, sí en la encarnación de éste efectuada por los rusos. El desenlace de la Guerra Fría consagrará el profetismo de algunos –Octavio Paz, por ejemplo– y la decepción de otros –como Oscar Niemeyer, que acabará renunciando al Partido Comunista de Brasil.

II MOVIMIENTOS PRO-SOVIÉTICOS Y LA GUERRA POR LA PAZ

Por la palabra paz se libró una de las más denodadas luchas de la Guerra Fría cultural y en ella intervinieron, conscientes o no, muchos intelectuales latinoamericanos que trabajaron por una u otra potencia en la fabricación de una imagen amable que mostrar al mundo. Apenas comenzada la Guerra Fría, la Unión Soviética tomó la delantera en la apropiación del término que con más ahínco se buscaba detentar: la paz. Estados Unidos reaccionó pronto organizando, a través de la CIA, el Congreso por la Libertad de la Cultura, el cual se prodigó en la tarea de adquirir y administrar otra palabra que, a falta de paz, cumplía bien el objetivo: libertad.²⁸

²⁸ Según Patrick Iber, la Unión Soviética, por medio de distintos frentes culturales, se apoderó de las “great words”, entre las que incluye, además de paz, las de libertad y justicia, términos que en el Tercer Mundo eran asociados inmediatamente al comunismo, especialmente entre los jóvenes. Agrega que,

Los intelectuales de América Latina se comprometieron en esta pugna de modo diverso, y así como algunos adhirieron sin dudar a la cruzada soviética por la paz y otros se vincularon al Congreso por la Libertad de la Cultura, en medio de ellos se situó un grupo apreciable de intelectuales que, o bien tuvo una posición definida e independiente que no se anudó con nadie, o bien se inclinó por uno u otro bando sin plena conciencia de lo que ello significaba. Ahora estudiaremos a aquellos que trabajaron por la paz integrándose al movimiento pacifista de mayor resonancia, el Consejo Mundial de la Paz, auspiciado por la URSS, observando que mediante este compromiso los intelectuales latinoamericanos se pusieron en acción. Habrá que preguntarse, por tanto, si esta acción tuvo algún efecto o si al menos se puede inferir ese efecto, lo cual supone indagar en las personas y círculos con que se relacionaron los intelectuales, en el público al que se dirigieron, en la repercusión de sus actividades en la sociedad, en el grado de participación y poder de decisión al interior de las cúpulas de la organización, en el protagonismo que eventualmente alcanzaron.

1. El Consejo Mundial de la Paz

A fines de la década de los cuarenta empezó a constituirse un movimiento pacifista a gran escala, cuyas raíces más profundas remitían a Moscú. Como sostiene José María Laso, los soviéticos querían capitalizar su rezago en el plano armamentista (determinado por su incapacidad para producir armas nucleares, privilegio exclusivo de Estados Unidos), remarcando su opción por la paz. El temor a la guerra y a la bomba atómica tornó muy popular el discurso soviético a favor del desarme —que a esas alturas le convenía—, y en ese abonado terreno arrojó la semilla de un movimiento pacifista de carácter masivo que venía a reforzar la “Pax Soviética”.²⁹

ante tal situación, el director de la CIA, Tom Braden, comentó que no podían sentarse a mirar cómo, en este aspecto, el enemigo vencía, por cuanto era imperativo hacer algo. Iber, “¿Comprometido con qué?: The Congress for Cultural Freedom in Latin America, 1953-1972”, inédito.

29 José María Laso Prieto, “El Movimiento Internacional de Partidarios de la Paz y su interpretación como una de las modalidades de la Pax Soviética”, *El Catoblepas*, 18, agosto 2003.

Había que poner en marcha el proyecto, de manera sigilosa y delicada, para que el origen soviético del movimiento quedara lo menos expuesto posible. De ello se encargó la Cominform, el Buró Comunista de Información, sucesora de la Comintern, fundada en 1947 y domiciliada en Belgrado, que creaba y sostenía organizaciones “fachada” como la Federación Mundial de Sindicatos, la Unión Internacional de Estudiantes, la Federación Internacional Democrática de Mujeres, la Asociación Internacional de Abogados Democráticos y el propio Consejo Mundial de la Paz. El soporte imprescindible de la Cominform era la trama de partidos comunistas alrededor del mundo, que se constituyeron en el instrumento a través de los cuales ejecutaba sus políticas. Y en el seno de los partidos comunistas, tratándose del Consejo Mundial de la Paz, fueron los intelectuales los llamados a actuar con mayor decisión.

Así lo entendía, tempranamente, Andrei Zhdanov, el comisario de la cultura soviética y padre del realismo socialista (además de su riesgosa y nada cómoda calidad de yerno de Stalin), que impelía a los intelectuales del mundo a poner su pluma bajo la bandera del comunismo y usar su tinta contra el imperialismo, congratulando de paso a los partidos comunistas europeos por el éxito que habían tenido en esta captación tan digna de imitar.³⁰ Y fue en 1947 que se estrenó el plan soviético, usando como escenario nada menos que Berlín Oriental para un Congreso de Escritores donde, según Stonor, aparecieron las “tropas ideológicas” de la Cominform.³¹ Más audaz sería la celebración de un segundo evento, esta vez en el corazón del enemigo, Nueva York. En el Hotel Waldorf Astoria, en marzo de 1949, se realizó la Conferencia Cultural y Científica para la Paz Mundial, con presencia de la intelectualidad norteamericana comunista y de visitas de otros continentes, como los soviéticos Alexandr Fadéiev y Dimitri Shostakóvich. Fadéiev, como presidente de los escritores rusos, era una personalidad de peso que tuvo fuerte injerencia en las redes de intelectuales de apoyo a la URSS y que en Nueva York asumió la representación de la Cominform, la promotora del evento, aunque oficialmente el organizador era el Consejo Nacional de las Artes, Ciencias y

30 Artículo de 1947 citado por Frances Stonor Saunders en *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, Debate, 2001, 48-9.

31 Stonor, *op. cit.*, 49.

Profesiones. El Congreso no pasó inadvertido, al contrario, fue espiado acuciosamente por la CIA y acusado de ser una mera tapadera de los soviéticos, cuya real inspiración era la propaganda y no el intercambio cultural entre la URSS y EE.UU.³²

Poco más tarde, en abril de 1949, se desarrollará en la Sala Pleyel de París el Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, sindicado como el momento fundacional del Consejo Mundial de la Paz. Determinar fehacientemente la fecha de nacimiento del Consejo no es para nada sencillo producto de las múltiples denominaciones que adoptaron movimientos, congresos y consejos que tenían en común la centralidad de la palabra paz. Con todo, más allá de la ambigüedad de los nombres, existe un solo y gran movimiento pacifista auspiciado desde las sombras por Moscú que denominaremos Consejo Mundial de la Paz, y que designa la institución que hasta el día de hoy subsiste, con otros ropajes, claro está.³³

La vida del Consejo no fue en sus primeros lustros todo lo pacífica que se podía suponer. Recibió continuos ataques por su raigambre soviética, sospechándose tanto del lazo con la Cominform como del origen de los fondos que lo financiaban. Acusaciones, por lo demás, bastante similares a los que resentía, en la otra vereda, el Congreso por la Libertad de la Cultura.³⁴ En Europa Occidental hubo grupos pacifistas que desconfiaron de los movimientos ligados a los partidos comunistas ya que creían que esta ligazón delataba sus posiciones pro-soviéticas, con lo cual todo fervor por la paz dejaba de ser auténtico.³⁵

En verdad, el primado de los partidos comunistas no podía

32 *Ibid.*, 75.

33 Entre los años 1949 y 1955, aparte de los congresos propiamente tales, se llevan a cabo las siguientes actividades, todas de un tronco común: sesiones del Comité del Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz; reuniones del buró del comité del Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz; sesiones y reuniones del Consejo Mundial de la Paz; y sesiones y reuniones del buró del Consejo Mundial de la Paz. Aparentemente el nombre definitivo, Consejo Mundial de la Paz, se oficializa en 1951. Ver *Movimiento Mundial de la Paz, Resoluciones y documentos*. Consejo Mundial de la Paz, c.1956.

34 El boletín del Consejo, *Peace Courier* (4, 1989), hace el reconocimiento de que el 90 por ciento de los fondos provenía, en esos años, de la Unión Soviética.

35 “Raíces fuertes para un futuro mejor”, en www.eurotopiamag.org/article.php3?id_article=25.

menos que despertar reticencias. No obstante, el Consejo supo sacudirse esa especie de estigma y proyectarse como una instancia universal que no albergaba sesgos de ningún tipo, hecho reflejado, por ejemplo, en la composición de las listas de participantes o en la masividad de sus campañas. Cuando el Movimiento de los Partidarios de la Paz lanzó el Llamamiento de Estocolmo, en 1950, la cruzada por su difusión fue tan próspera que llegó a sumar más de quinientos millones de firmas provenientes de los cinco continentes. La proclama abogaba por la eliminación de las armas de exterminio masivo, muy especialmente la bomba atómica. Elevaba por tanto un mensaje que, para una época aterrorizada por la posibilidad de otra guerra, generaba tal consenso y popularidad que hacía estéril cualquier discrepancia. En 1952, *Cuadernos de Cultura*, la revista clandestina del Partido Comunista español, destacaba justamente la universalidad del Llamamiento, suscrito por personas “pertenecientes a todas las clases sociales, devotas de las más diversas religiones, adheridas a las más diferentes e incluso opuestas ideologías políticas”, que concordaban en “repudiar los horrores sin nombre de la bomba atómica”. La revista adjudicaba al Llamamiento un gran logro: “Esta poderosa movilización de la opinión pública de todo el orbe contribuyó a impedir, hasta aquí, que los agresores yanquis utilizaran la bomba atómica contra el heroico pueblo coreano”.³⁶ Ideas semejantes expresaba la convocatoria al Congreso de los Pueblos por la Paz, a desarrollarse en Viena en 1952: “La prolongación de la guerra en Corea, la utilización de las armas de exterminio, el renacimiento del militarismo alemán y japonés, los métodos de violencia contra la independencia de las naciones, despiertan la inquietud de todos los hombres, incluso de aquellos que no habían, hasta la fecha, sentido el peligro de guerra. Los pueblos de numerosos países cobran conciencia del peligro de verse arrastrados por etapas sucesivas a una guerra general, pese a su voluntad”.³⁷

Sumando y restando, y pese a cierta vaguedad del discurso, resulta

36 Citado por Lazo Prieto, *op. cit.* El texto también informa de un nuevo llamamiento (1951) que esta vez clamaba por un Pacto de la Paz entre las cinco grandes potencias, Estados Unidos, Unión Soviética, China, Gran Bretaña y Francia, que acumuló 604 millones de firmas y que “ha ejercido una gran influencia sobre la marcha de los acontecimientos internacionales”.

37 *Ibid.*

claro que los enemigos de la paz son Estados Unidos –los “agresores yanquis”–, y en menor medida los “militarismos” alemán y japonés (no se mencionan otros militarismos), y los países imperialistas (¿Inglaterra, Francia?) que ejercen la violencia contra las naciones que persiguen su independencia.

Transmitir este discurso con la transparencia necesaria como para sentar su autonomía y no dejar espacio a dudas requería de unos emisores confiables y respetados como lo eran ciertos intelectuales: hombres y mujeres de la ciencia y de las letras con un reconocido prestigio, dispuestos a luchar –en su mayoría de buena fe y sin segundas intenciones, a mi parecer– por la paz entre los pueblos. Por otro lado, aun aceptando que la elaboración del discurso pudo muchas veces corresponder a los dictados de la Cominform, y en último término al PCUS, los intelectuales del Consejo hicieron un aporte substancial a los postulados pacifistas. Con todo, entre los intelectuales de renombre que le dieron vida al Consejo, o sea, los de la primera generación, pueden distinguirse dos sectores: los comunistas militantes y prosoviéticos, y el resto: simpatizantes del socialismo y/o de la causa soviética, independientes, antiimperialistas y uno que otro ingenuo. Entre los primeros: Fadéiev, Shostakóvich, Illia Ehrenburg, Frederic e Irene Joliot–Curie, Kuo-Mo-Jo, Anna Seghers, Louis Aragón, Pablo Picasso, Rafael Alberti, Nazim Hikmet, György Lukács, Juan Marinello, Pablo Neruda, Jorge Amado, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Paul Robeson. Entre los segundos: Jan Mukarovski, Henry Matisse, Alberto Moravia, Luis Buñuel, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge, Daniel Cosío Villegas.

Muchos nombres, congresos y declaraciones pasarían por el Consejo en sus largos años de vida, pero sin duda la declinación de la Unión Soviética y el desplome del bloque socialista cambiarán su fisonomía para siempre.³⁸ En la segunda mitad de los ochenta ya se observa que el otrora efusivo discurso ha morigerado su

38 En junio de 1977 se celebró un congreso que emuló en parte el vigor de antaño y que probablemente haya sido el último de su especie en alcanzar estatura mundial. Se trató del Encuentro Internacional de Escritores por la Paz, escenificado en Sofía, Bulgaria, al que acudieron 150 intelectuales de África, Asia, América y Europa. Por Latinoamérica se apersonaron Mario Benedetti, Antonio Cisneros, Alfredo Varela, Juan Rulfo y el infaltable Nicolás Guillén. El Encuentro recibió un mensaje de saludo del líder soviético Leonid Brezhnev.

lenguaje para concentrarse en el repudio al rearme nuclear y a la deuda externa, cosa esta última bastante ilustrativa del nuevo perfil. Aunque sigue hostilizando a Estados Unidos, la impronta soviética y comunista es ahora casi imperceptible, al punto de ser un organismo reconocido por la UNESCO. La nómina del Comité de la Presidencia del Consejo Mundial de la Paz arroja pocos nombres destacados y aun menos latinoamericanos, que solo cuentan a Oscar Niemeyer, Volodia Teitelboim y Eduardo Gallegos Mancera.³⁹

Nómina de congresos por la paz y similares

- 1947 Congreso de Escritores, Berlín Oriental.
- 1948 Congreso de Intelectuales por la Paz, Varsovia.
- 1949 Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial, Nueva York.
- 1949 Congreso Continental Americano por la Paz, México.
- 1949 Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, París y Praga.
- 1950 Segundo Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Varsovia.
- 1951 Primer Congreso Nacional Mexicano por la Paz, México.
- 1952 Congreso de los Pueblos por la Paz, Viena.
- 1953 Congreso Continental de la Cultura, Santiago de Chile.
- 1955 Asamblea Mundial de la Paz, Helsinki.
- 1957 Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Colombo.
- 1958 Congreso por el Desarme y la Cooperación Internacional, Estocolmo.
- 1959 Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Pekín.
- 1962 Congreso Mundial por el Desarme General y por la Paz, Moscú.
- 1972 Congreso Mundial de la Paz, Santiago de Chile.
- 1974 Congreso Mundial de la Paz, Moscú.
- 1976 Congreso Mundial de la Paz, Cuba.
- 1977 Encuentro Internacional de Escritores por la Paz, Sofía.
- 1979 Congreso Mundial de la Paz, Berlín Oriental.
- 1983 Conferencia por la Cultura y la Paz, Sofía.
- 1987 Conferencia Continental de Movimientos Nacionales de la Paz de América Latina y el Caribe, Guayaquil.

³⁹ Información extraída de la revista *Nuevas Perspectivas*, editada por el Centro de Información del Consejo Mundial de la Paz, números correspondientes a los años 1986 y 1988 e impresos en Helsinki.

2. Los intelectuales latinoamericanos y el movimiento por la paz

En 1949 Pablo Neruda cruzaba la cordillera de los Andes para salir clandestinamente de Chile. En Argentina consiguió un pasaporte, el de Miguel Ángel Asturias, nada menos, aprovechando el parecido físico entre ambos. Ingresó fraudulentamente a Francia, se refugió en casa de su amigo Luis Cardoza y Aragón y recurrió a otros amigos para regularizar su situación. El más diligente fue Pablo Picasso, quien merced a sus contactos pudo solucionar el problema. En esos mismos días se celebraba en París, entre el 20 y el 25 de abril, el Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz. En la última jornada irrumpió Neruda, aclamado y aplaudido por una concurrencia que ignoraba su presencia –incluso algunos lo creían muerto–, brindándole a la clausura un toque de dramatismo que se complementaba a la perfección con el carácter histórico y fundacional de la asamblea. Aun más, puede tomarse como símbolo de la importante presencia de los intelectuales de América Latina en el movimiento.⁴⁰

El protagonismo en París de Neruda anticipa el papel que jugará en el Consejo Mundial los siguientes años, pero es también anticipatoria la presencia en el congreso –menos espectacular– de otros insignes latinoamericanos que harán carrera en el movimiento. Allí estuvieron, integrando una comitiva de 200 delegados, Jorge Amado, Alfredo Varela y Juan Marinello, que junto a Neruda, a Jorge Zalamea y a María Rosa Oliver serían después dirigentes; Diego Rivera, Miguel Otero Silva, René Depestre, Aimé Cesaire, Luis Cardoza y Aragón y Nicolás Guillén, entre otros, de los cuales varios serán frecuentes visitantes a los encuentros que, con distintos nombres, se organizarán bajo un mismo signo.⁴¹ Entre

40 El suspenso que rodea la anécdota de Neruda remite también a la preocupación que el evento generó en los aparatos de inteligencia de las potencias de Occidente. La agencia británica IRD (Information Research Department, dependiente del Foreign Office), de hecho, instruyó a todas las legaciones diplomáticas para que “investigaran todas las acciones posibles que pudiesen anular el valor propagandístico de este congreso”. Citado por Stonor, *op. cit.*, 102.

41 También participarían de al menos uno de los distintos congresos o bien tendrían alguna ligazón con el movimiento intelectuales como Oscar Niemeyer, Miguel Ángel Asturias, Volodia Teitelboim, Mario Benedetti, Juan Rulfo, Antonio Cisneros, Vinícius de Moraes, Nicanor Parra, José Asunción Flores,

los europeos está el presidente del flamante Consejo, el físico francés Frederic Joliot-Curie,⁴² Paul Eluard, Aragón, Picasso, Italo Calvino, Seghers, Ehrenburg, Mijaíl Sholójov, Shostakóvich, Charles Chaplin, etc.

Marinello, Neruda, Oliver, Amado, Zalamea, Varela: todos ellos llegaron a ejercer cargos directivos en el Consejo Mundial de la Paz o en otras entidades afines, refrendando que el intelectual latinoamericano logró un liderazgo al interior de un movimiento global que estaba en comunicación directa con la Unión Soviética, lo cual era sinónimo de alcance territorial, de recursos económicos, de resonancia pública y de figuración en los medios. Para tener una idea del terreno que los intelectuales de América estaban pisando y en el cual estaban influyendo desplazémonos a Helsinki, año 1955.

En la capital finlandesa se celebró la Asamblea Mundial de la Paz. Entre los muchos presidentes del congreso figuran por Latinoamérica Jorge Amado, Nicolás Guillén y el chileno Baltasar Castro. En total asisten 1851 delegados (1408 hombres y 443 mujeres), provenientes de 68 países, con un promedio de edad de 43 años. Por su categoría de asamblea, participan mucho más que intelectuales: agricultores, técnicos e ingenieros, hombres de negocios, empleados y funcionarios, obreros y sindicalistas (354), eclesiásticos (72) y parlamentarios (146). Ya entre los intelectuales en amplio sentido se cuentan médicos, científicos, abogados y juristas; 110 actores, artistas y cineastas; 140 profesores, 147 periodistas, 148 poetas y escritores. Por países: 43 argentinos, 1 boliviano, 62 brasileños, 7 chilenos, 9 colombianos, 1 costarricense, 6 cubanos, 14 mexicanos y 4 uruguayos. Nutrida presencia de alemanes (202), chinos (45), españoles (19), franceses (119), ingleses (56), indios (94) e italianos (102). Solo 11 estadounidenses. Llegan 39 soviéticos, un número sorprendentemente exiguo, dada la cercanía institucional y geográfica, pero que puede explicarse por el afán de no “sovietizar” el ambiente y mantenerlo lo más “puro” posible. De los que presentaron ponencias –sobre todos los temas imaginables– interesa destacar los nombres de María Rosa Oliver

Rafael Diaz Icaza, Alfredo Gravina y José Uriel García.

42 Joliot-Curie presidió el Consejo hasta 1959. Le sucedieron John Desmond Bernal (1959-1965), Isabelle Blume (1965-1969) y Romesh Chandra (1966-197?).

y Josué de Castro, junto a los ya mencionados Baltasar Castro y Guillén. Enviaron comunicados escritos Diego Rivera y el peruano José Uriel García. Bertrand Russell, Jean Paul Sartre, Hikmet, Joris Ivens, Lukács y Seghers se anotan como los europeos más connotados.⁴³

De los datos anteriores se puede desprender lo siguiente: que los intelectuales latinoamericanos entraban en contacto con personalidades de todo el mundo, de los países ricos y pobres, de los poderosos y débiles; que se acercaban al poder político de muchas naciones por el trato con los congresistas presentes; que se relacionaban con gente que transitaba por una etapa ejecutiva y no contemplativa de la vida. Por todo lo anterior puede aseverarse que mediante este congreso y de todos los emparentados con el movimiento por la paz, a nuestros intelectuales se les abría el mundo en varios sentidos, así como al mundo se le abría la posibilidad de conocer a los agentes culturales de esta parte del planeta.

LOS DIRIGENTES

Juan Marinello bien puede ser calificado como el decano de los intelectuales comunistas latinoamericanos en atención a su temprana colaboración con la Unión Soviética, la cual le valió ya en 1942 el Premio Stalin, honor que la mayoría de sus pares recibió después de la Segunda Guerra Mundial. Su trabajo por el movimiento por la paz comenzó en 1948, en la preparación del Congreso Continental por la Paz a realizarse en México. En adelante presidirá la delegación cubana en muchos de los congresos de esta laya. Además, es desde 1949 miembro del Consejo Mundial de la Paz, calidad que le exige asistir a sesiones, reuniones, asambleas y congresos. Ambas responsabilidades le pasearán por París, Varsovia, Berlín, Viena, Budapest, Moscú, Ginebra y otras ciudades por espacio de casi 30 años. Su labor por la paz es reconocida con la Medalla de Plata Joliot-Curie en 1959; con la Medalla de Oro Joliot-Curie, en el 66; y con la Medalla de Lenin el 70. Entretanto se le nombra miembro permanente del jurado internacional que

⁴³ *Assemblée Mondiale de la Paix, Helsinki 22-29 juin 1955*, edición del secretariado del Consejo Mundial de la Paz.

dirime el Premio Internacional Lenin “Por el fortalecimiento de la Paz entre los pueblos”, con sede en Moscú; y también miembro de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz.

El escritor colombiano Jorge Zalamea (1905-1969) las ofició de secretario del Consejo Mundial de la Paz entre 1952 y 1959, tiempo que califica como “la más fecunda experiencia” de su vida. Durante ese lapso visitó 54 países: Europa, la URSS, el Medio Oriente, India, China, Ceilán, etc. Fue galardonado en 1967 con el Premio Lenin de la Paz.

María Rosa Oliver, escritora argentina, miembro del grupo de la revista *Sur* –muestra de tolerancia de ella y para con ella–, víctima de una polio que la obligó a movilizarse en silla de ruedas incluso arriba de precarios aviones soviéticos, militante (aunque no observante) del PC argentino, fue la intelectual latinoamericana de mayor presencia en el Consejo Mundial de la Paz. Fue su vicepresidenta entre 1953 y 1962, recorriendo –como ya es una constante– la Unión Soviética, China, India, Ceilán, Cuba y otros lares. En China se reunió con Mao Zedong el año 1953, como parte de la delegación de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz. Los documentos personales –manuscritos, cartas, fotos– conservados en la Universidad de Princeton nos informan de su correspondencia con el presidente del Consejo –Joliot-Curie–, con los comités nacionales de la paz y con latinoamericanos como Alfredo Varela, Jorge Zalamea, Jorge Amado y Vinicius de Moraes.⁴⁴ Fue distinguida con el Premio Lenin de la Paz en 1957.⁴⁵

44 “María Rosa Oliver papers”, Universidad de Princeton, 1998 (<http://libweb.princeton.edu/libraries/firestone/rbsc/aids/oliver.html>).

45 El premio lo recibió en junio de 1958 de manos del embajador soviético en Argentina. Al Hotel Savoy en Buenos Aires concurren buenos amigos a acompañarla en tan feliz ceremonia: Miguel Ángel Asturias, Rafael Alberti, Héctor Agosti, José Bianco, José Asunción Flores, Manuel Galich, Augusto Roa Bastos y Alfredo Varela. En sus palabras de agradecimiento ponderó los Cinco Principios firmados en 1954 por China e India, coincidentes con los del movimiento por la paz, a saber, 1) respeto mutuo de la soberanía y la integridad territorial; 2) compromiso recíproco de no agresión; 3) no injerencia en los asuntos internos de la contraparte; 4) fomento de igualdad y mutuo beneficio; y 5) coexistencia pacífica. Dichos principios debían ser mundialmente aplicados: “Así lo reclaman los pueblos de Asia, de África y de América Latina, en lucha por obtener su independencia política aquéllos y en difíciles tentativas de lograr su independencia económica éstos” (Hebe Clementi, *María Rosa Oliver*. Buenos Aires, Planeta, 1992, 173).

Aunque Jorge Amado perteneció al Consejo Mundial de la Paz, representándolo en Mongolia o en Albania –donde se entrevistó con el jefe de Estado Enver Hoxha–, es como jurado que alcanza mayor relieve. Primero fue miembro del comité que entregaba el Premio Mundial de la Paz, concedido por el Consejo Mundial de la Paz a tres creadores de una obra artística o científica destacada. Como secretario, Amado recuerda que informaba a los “caciques” soviéticos que llevaban las riendas del Consejo antes de tomar cualquier decisión –no en vano los 15 mil dólares de que estaba dotado el premio procedían de Moscú. Picasso, Chaplin, Hikmet, Laxness, Ivens, Alberti, Shostakovitch, Josué de Castro y Pablo Neruda –por su “Que despierte el leñador”– fueron favorecidos por el jurado.⁴⁶

No se debe confundir este galardón con el Premio Internacional Stalin “Por el Fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos”, como rezaba su nombre oficial, que desde 1957 apareció con una “pequeña” fe de erratas: ahí donde dice Stalin debe decir Lenin. Amado también compuso el jurado de este premio, un papel mucho más importante que el anterior y a través del cual pudo interiorizarse –vagamente– del funcionamiento del Kremlin. El jurado del premio era encabezado siempre por el presidente de la Academia de Ciencias de Moscú; junto a Amado estuvieron el chino Kuo-Mo-Jo, Louis Aragón, Anna Seghers, Illia Ehrenburg, Pablo Neruda y el ubicuo Alexandr Fadéiev, quien, dada su pertenencia al Comité Central del PCUS, ejercía el mando.⁴⁷

Claro que para integrar el jurado había que adjudicarse previamente el premio. Amado ganó el Stalin de la Paz en 1951. El problema se le presentó el 57. Recibió una carta de Moscú que le comunicaba el cambio de nombre del premio. Venía acompañada de la medalla y el diploma con el nombre de Lenin, solicitándole además que devolviera los originales, cosa que no le hizo gracia:

Fui estalinista de conducta irreprochable, subjefe de la secta, y si no obispo, sí al menos monseñor. Descubrí el error, me costó trabajo y sufrimientos, dejé la misa a medias, salí de puntillas. Ni por haberme dado cuenta del error y abandonar

⁴⁶ Jorge Amado, *Navegación de cabotaje. Apuntes para una libreta de memorias que jamás escribiré*. Madrid, Alianza, 1995, 92.

⁴⁷ *Ibid.*, 31-32.

el redil escondí o negué haber recibido, en día de gloria, con honra y emoción imaginables, el Premio Internacional Stalin.⁴⁸

Aparte del honor y del prestigio, el brasileño adquirió estatus de diplomático y cargo de dirigente, con todas las prerrogativas que ello implicaba. El hecho no es una simple formalidad, más bien es todo un simbolismo. Con el premio Stalin y Lenin los intelectuales se convertían en embajadores informales de la Unión Soviética, merced a lo cual conquistaban una cuota de poder que también les facilitaba el acceso a cúpulas políticas de países tan ajenos a los latinoamericanos como China (Oliver), Albania (Amado) o India (Neruda, con Nehru).⁴⁹

NERUDA EN EL MOVIMIENTO POR LA PAZ.

Recorrer la biografía y la obra de Pablo Neruda es toparse frecuentemente con el movimiento por la paz, ya sea como partícipe o como “ideólogo”. De él se disponen más discursos e intervenciones que de ningún otro, por tanto es el puente más seguro para abordar las ideas y sensibilidades que estaban en juego en los congresos y para aproximarse al sentir de los intelectuales latinoamericanos.

Desde fines de la década del cuarenta hasta inicios de los sesenta se concentran las ideas que a través de múltiples alocuciones Neruda fue articulando hasta lograr un discurso que tiene el mérito de funcionar en dos dimensiones paralelas: por un lado dota de nuevas connotaciones al concepto universal de paz, y por otro hace una lectura de la situación internacional desde una óptica latinoamericana.

Al chileno le inquieta el fantasma de la guerra, de la tercera guerra

⁴⁸ *Ibid.*, 454.

⁴⁹ Intelectuales latinoamericanos ganadores del Premio Internacional “Por el fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos”: Juan Marinello, 1942; Jorge Amado, 1951; Pablo Neruda, 1953; Nicolás Guillén, 1954; Baldomero Sanín Cano, 1954 (Premio Stalin); María Rosa Oliver, 1957; Oscar Niemeyer, 1963; Miguel Ángel Asturias, 1965; David Alfaro Siqueiros, 1966; Jorge Zalamea, 1967; Alfredo Varela, 1970-1; Miguel Otero Silva, 1979; Luis Vidales, 1983-4 (Premio Lenin).

mundial en rigor, que se ha vuelto una amenaza que cubre con su sombra el campo cultural del globo. Lamenta que las relaciones culturales entre Este y Oeste se hayan estancado debido a que los Estados más poderosos se hallan sumergidos en la preparación de la guerra, obstaculizando el paso a una integración de la humanidad. Explica que por culpa de la Guerra Fría la población humana ha sido dividida injustamente y que urge, por ende, izar una bandera que la represente y la una: la bandera blanca de la paz. Por eso la satisfacción con que evalúa la acción del Consejo Mundial de la Paz: “Pienso que en este tiempo nuestras comunes ideas de paz han logrado hacerse presentes a la mayoría de la humanidad”.⁵⁰ Cabe preguntarse cómo y gracias a qué o quién este mensaje se ha hecho presente a la población. Sin duda la voz de los intelectuales cumple un gran rol en ese aspecto, siendo el ejemplo de Neruda paradigmático si consideramos que en Chile él en persona “informaba” a viva voz y a través de actos masivos o asambleas –en el Teatro Caupolicán de Santiago, por ejemplo– de las resoluciones y orientaciones adoptadas por el Congreso a sus correligionarios comunistas y, mediante la publicación en el órgano de expresión del partido, el diario *El Siglo*, a los simpatizantes en general.

Neruda le tiene fe al Congreso y a los resultados efectivos que ha conseguido y puede conseguir en el futuro en pos del mantenimiento de la concordia entre los pueblos. A propósito del quinto aniversario del movimiento destaca que éste “ha contribuido a alejar en nuestra época el espectro de la guerra, y que, gracias a la constante actividad de sus partidarios, podemos llegar a que las Grandes Potencias descarten para siempre las armas atómicas”.⁵¹ Es probable que estas palabras denoten un exceso de

50 Pablo Neruda, “El continente de la esperanza”, en *Obras Completas*. Barcelona, Galaxia Gutemberg, volumen IV, 1999-2002, 1115. Discurso leído en el Congreso Mundial por el Desarme General y por la Paz, Moscú 9-14 de julio de 1962. También en lo cultural Neruda saluda las iniciativas con que el movimiento ha conmemorado a figuras del arte y de la ciencia tanto del Este como del Oeste y que han “creado manifestaciones significativas sobre la unidad de la cultura” (Neruda, “Pretenden detener con el terror la marcha del pensamiento”, en *Obras Completas*, volumen IV, op. cit., 830. Intervención en reunión de Berlín del Consejo Mundial de la Paz, publicado en *Democracia*, Santiago, 23 de julio de 1952).

51 Pablo Neruda, *Yo respondo con mi obra: conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959)*. Pedro Gutiérrez y Manuel Gutiérrez (eds.),

entusiasmo, pero son indicativas de la conciencia del poder que el Consejo y los intelectuales que lo integraban eventualmente poseían. ¿A qué alude Neruda cuando espera que las Grandes Potencias (con mayúsculas) abandonen las armas atómicas? Evidente: a Estados Unidos y a la Unión Soviética, únicas que a la fecha habían desarrollado un programa nuclear, más allá de que la superioridad atómica norteamericana era todavía importante. Pero es intrigante que Neruda incluya de manera implícita a la URSS en su aspiración, sobre todo porque siempre identificó a los soviéticos con la paz y el desarme. La explicación hay que buscarla en lo que el movimiento quiere proyectar, que no es precisamente la glorificación de la Unión Soviética sino la universalidad de sus fines y la prescindencia política, estrategia dirigida a abrir las puertas de la organización al mayor número de gentes. Lo de Neruda es –o quiere ser– una invitación sin sectarismos.

Neruda tiene también muy en alto el espíritu que le da vida al movimiento y que lo hace universal. Así lo manifiesta en el Congreso de 1952 en Moscú, en presencia de 2 mil delegados de 85 países, cuando define ese espíritu como la “comunidad sagrada de nuestra causa común: la de preservar la vida sobre la tierra”.⁵² Vemos que el Consejo se arroga una misión aun más absoluta que la defensa de la paz: salvar a la humanidad entera de una destrucción que para muchos contemporáneos era una posibilidad cierta. Un similar tono grandilocuente trasunta una comunicación redactada por el Consejo que invita en enero del 53 a los escritores del orbe a comprometerse en la lucha contra la guerra, “en todas sus formas y bajo todas sus máscaras”. Entre quienes redactan el manifiesto figuran los futuros Premio Nobel Pablo Neruda y Jean-Paul Sartre.

En el movimiento, como se ha visto, el poeta participó en la organización, en los comités y consejos, en el jurado de premios varios, en las tarimas, en la producción de ideas, en la divulgación, etc. Pero hay un suceso que Neruda narra con novelesca gracia en sus memorias y que lo perfila también como embajador real –no simbólico– del Consejo. Es 1950 y el presidente del Consejo, Frederic Joliot-Curie, le encarga la misión de ir a Nueva Delhi para fortalecer la presencia del movimiento en la India y

Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004, 228. Corresponde a un reportaje de *El Siglo* (Santiago) del 18 de abril de 1954.

⁵² *Ibid.*, 218.

divulgar el carácter y las intenciones del organismo entre distintas personalidades de la cultura local. Neruda compartió con éstas el principio de que el Consejo debía mantenerse libre de hegemonías y camarillas. Sin embargo, faltaba la tarea más delicada de las que le habían encomendado: entrevistarse con el presidente Sri Pandit Jawaharlal Nehru (1947-1964) y entregarle personalmente una carta de Joliot-Curie. El gobernante leyó en su presencia la misiva, para luego mostrarse bastante indiferente y frío ante un Neruda que en la práctica no pudo exponerle nada de lo que sin duda hubiera deseado. La reunión terminó sin resultados concretos. Años después, cuando Nehru recibió el galardón Lenin de la Paz, Neruda debió guardarse sus reparos.⁵³

Más allá de lo anecdótico, el hecho es prueba de las alturas a las que un intelectual latinoamericano como Neruda –un Neruda de 1950, mucho antes del Nobel– podía llegar al alero de organizaciones como el Consejo Mundial de la Paz. Hallarse frente a un jefe de estado es una experiencia que Neruda repetiría tiempo después, cuando en su calidad de embajador del gobierno de Allende recibió en París a Leonid Brezhnev.

Decíamos que Neruda también aportó en la conformación de una perspectiva latinoamericana tanto de la situación mundial como de la posición del continente en los conflictos bélicos que se venían encima y, más específicamente, de las relaciones que los países latinoamericanos tendían con Estados Unidos. Ésta potencia militarista –dice Neruda– ha tenido en el presidente Truman al mayor impulsor de la Guerra Fría, lo cual ha redundado en la recurrente hegemonía con que Estados Unidos quiere someter a Latinoamérica, una hegemonía que se ha servido de maniobras como la extorsión de las economías del continente o el socavamiento de la libertad, que en Puerto Rico, Guatemala y Panamá ha llegado a un punto crítico. En Chile está ocurriendo algo parecido debido a la creciente afinidad entre ambos gobiernos, la cual ha quedado plasmada en un Pacto Militar firmado –subraya el poeta– de espaldas al pueblo. En seguida conmina al presidente chileno Carlos Ibáñez para que transparente su política internacional y reanude las relaciones con la órbita socialista, rotas por el gobierno

53 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*. Santiago, Planeta, 1994, 201.

de González Videla, el mismo que declaró clandestino al Partido Comunista y al propio Neruda.⁵⁴ El caso de su país también le sirve para graficar el contraste entre las políticas internacionales de las dos superpotencias, pues mientras desde Washington se ha invitado al comandante en jefe del ejército chileno, desde Moscú ha sido él mismo el convidado; por tanto, en el clima bélico del momento se enfrentan “General contra Poeta; Guerra contra Paz; Armas contra Poesía”.⁵⁵

El devaneo entre guerra y paz ha afectado a América Latina, mas, si la paz al final triunfara, podría lanzarse a la solución de sus males de la mano de un amplio humanismo, superviviente del terror cósmico provocado por el riesgo de una guerra total. En ello se empeñan el Consejo de la Paz y Neruda, quien además anuncia el vivificante arribo de América Latina a la escena mundial: “Estamos a punto, me parece, de hacer llegar hasta los más endurecidos los conceptos de la guerra imposible y de la paz razonada. Es otro viejo sueño de la humanidad, en el cual hombres de conciencia y grandes pueblos representados en esta reunión, trabajan sin descanso. Representamos un nuevo continente, el verdadero continente de la esperanza humana que invita a todos los hombres a trabajar en paz”.⁵⁶

Si América Latina tiene algo que decir, con mayor razón sus intelectuales, sobre todo bajo la convicción de que Estados Unidos acomete un plan premeditado para dividir, aislar y silenciar las fuerzas culturales del continente. Es responsabilidad de los intelectuales oponerse a este plan, expresa Neruda en el Consejo Mundial de la Paz de Berlín, en 1952, oportunidad en la que se decide organizar, según cuenta, para el año próximo una gran conferencia de escritores y artistas de los veinte países latinoamericanos. Nació así el Congreso Continental de la Cultura.

⁵⁴ Neruda, *Yo respondo...*, op. cit., 220.

⁵⁵ Discurso en Congreso de la Paz en México, 1949. Neruda, *Obras completas*, op. cit., 887-894.

⁵⁶ *Ibid.*, 1114-1115.

3. El Congreso Continental de la Cultura. Santiago, 1953

Cuando Neruda revela la voluntad del Consejo de la Paz por organizar el evento no está dando una información trivial. Tampoco cuando Jorge Amado recuerda expresamente que la iniciativa nació de ese movimiento. Porque la génesis del Congreso Continental de la Cultura fue desde el primer día controversial, y lo sería más conforme se acercaba la fecha de su partida.

En México se había celebrado, bajo los auspicios del Consejo Mundial de la Paz, el Congreso Continental Americano por la Paz en septiembre de 1949, ocasión en la que se congregaron Neruda, Marinello, Guillén, Otero Silva, Volodia Teitelboim y otros. Se recibieron adhesiones de Cárdenas, Sanín Cano, García Monge, Rivera, Alfonso Reyes, Paul Robeson, Thomas Mann y Gabriela Mistral, la poetisa chilena que había obtenido el Premio Nobel de Literatura en 1945. Teitelboim rememora que se sentían “soldados disciplinados de un gran ejército civil que impedirá la guerra... Los que están contra la paz están contra la vida”.⁵⁷ El motivo dominante fue la amenaza de las armas nucleares, de hecho, una delegación norteamericana, con Linus Pauling y J. G. Endicott a la cabeza, se comprometió a pedir a Naciones Unidas que conquistara el control de dicho armamento. Este encuentro, por tanto, se sitúa en una línea de filiación directa con el que se realizaría en Santiago años después.

En una segunda línea de filiación aparece Gabriela Mistral, que acapararía cierto protagonismo –muy a su pesar, probablemente– tanto en uno como en otro evento, presumo que a consecuencia de la celebridad que el Nobel le había granjeado. Una adhesión de Mistral era muy preciada, y en México había sido el escritor chileno Luis Enrique Délano quien se la había solicitado con tan buen resultado que la poetisa, no contenta con enviar un caluroso saludo, escribiría tiempo después un artículo en la revista *Repertorio Americano* –publicación costarricense que en la época fue uno de los principales referentes de la intelectualidad latinoamericana– donde reflexionaba sobre esa palabra maldita en la que se había convertido paz. Tacha de amnésica a la humanidad por haber olvidado las crudas carnicerías de las guerras mundiales,

⁵⁷ Volodia Teitelboim, *Neruda*. Madrid, Ediciones Michay, 1984, 275.

aquellas que han sofocado el trabajo y la creación, y luego invoca una militancia por la paz que no medre ante el curioso desprestigio de este “vocablo tachado en los periódicos, metido en un rincón, vedado como si fuera una palabrota obscena”, que hay que seguir “voceándolo día a día” aunque ello cueste quedarse sin amigos por algunos años. Apela a su vez a los “cristianos extraviados de todas las ramas, desde católicos hasta cuáqueros”, para que rescaten la palabra más usada en los evangelios.⁵⁸

Sucedió que al año siguiente —al parecer por petición de Neruda— Gabriela Mistral, acompañada de Baldomero Sanín Cano y Joaquín García Monge, emitieron un llamamiento en el que anunciaban el Congreso Continental de la Cultura a realizarse en Santiago de Chile el año próximo, emplazando a los intelectuales de América a trabajar por su éxito. El mensaje por ningún lado remitía al Consejo de la Paz, como si se quisiera ocultar cualquier vinculación con él. Es posible que los tres signatarios, Mistral, Sanín Cano y García Monge, no supieran que detrás del congreso estaba el movimiento pacifista de inspiración comunista al que Neruda pertenecía. La maniobra pretendía blanquear la convocatoria con el fin de hacer participar al mayor número posible de intelectuales, ojalá de diversas tendencias.

Se hizo un gran esfuerzo organizativo para llevar a efecto un evento de una magnitud inédita para América Latina y para el cual se trabajó durante los meses previos no solo en Chile, el país anfitrión, sino también en las otras naciones del continente en que se constituyeron comités de colaboración. Hasta se publicaron dos números de un boletín informativo que daba cuenta de los preparativos y entretelones del congreso.

El 23 de marzo de 1953 apareció el primer boletín, que parte reproduciendo el llamamiento original de Mistral, Sanín Cano y García Monge, una pieza de relojería en el arte de no decir nada comprometedor ni militante. Señala que el estado del mundo y en especial de Latinoamérica urgen a la acción: “Las inquietudes y angustias de la conciencia universal, tanto como los problemas que afectan al Continente Americano, llaman a los hombres de buena fe a unir sus esfuerzos en el interés de lograr una convivencia

58 Gabriela Mistral, “La palabra maldita”, en Mistral, *Escritos políticos*. Edición de Jaime Quezada, México, FCE, 1994, 159. Original en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica) de enero de 1951.

asentada en la comprensión y en la confianza”. Pasa luego a interpelar a los intelectuales, quienes deben afrontar los desafíos de la hora: “La responsabilidad humana nos alcanza a todos (...) Los escritores, los investigadores, los juristas, los trabajadores intelectuales de todo carácter, poseen intereses comunes que deben ser examinados y defendidos en un libre y generoso debate”. A ello apunta la convocatoria lanzada: “Creemos de gran utilidad una reunión de *todas las tendencias y confesiones*, entregados al cultivo del arte y de la ciencia (...) Del conjunto de todas las voluntades y entendimientos ha de venir la posibilidad de una obra mejor y la colaboración más activa en bien de nuestros pueblos”.⁵⁹

Subrayo *todas las tendencias y confesiones* pues allí radica una de las claves del documento: el afán de invitar e incluir antes de sesgar y excluir. Así las cosas, ¿quién podría resistirse a tan puras y desinteresadas intenciones?, ¿quién podría oponerse a una convivencia mundial asentada en la comprensión y en la confianza?, ¿quién descreería del diálogo cultural entre los pueblos del continente?

El temario preliminar no es menos aséptico pues desglosa más o menos los mismos supuestos del llamamiento y solo se diferencia al aterrizar a un plano material dichos propósitos. Se planea discurrir sobre cómo estimular el libre desarrollo cultural mediante medidas prácticas que preserven, popularicen e impulsen la investigación y las características nacionales, y que al mismo tiempo incrementen el intercambio cultural eliminando obstáculos a la libre circulación de obras literarias, artísticas, científicas o cinematográficas. Asimismo se espera el congreso como una ocasión para estrechar el contacto entre los intelectuales y de ese modo fomentar la ética profesional, la libertad de creación y de opinión, y los intereses generales y particulares de los distintos representantes de la cultura latinoamericana.⁶⁰

El boletín se esmera en recalcar que se avecina un magno evento —ya cuenta con 400 adherentes— y que los preparativos van viento en popa en cada uno de los comités que se han formado en casi todos los países. Es significativo que se deje constancia que el congreso se costea con los aportes que los comités deben reunir

⁵⁹ *Boletín Informativo del Congreso Continental de la Cultura*, 1, (Santiago), 23 de marzo de 1953, portada.

⁶⁰ *Ibid.*, 3.

y enviar según una cuota preestablecida –así, mientras a Brasil, Argentina y Chile se le exigen 1000 dólares, a Guatemala, por ejemplo, solo 500–, quizás como una forma de despejar dudas acerca de un financiamiento foráneo. Otro punto que se enfatiza es que, por ser un congreso de carácter continental, los intelectuales de Canadá y Estados Unidos también son bienvenidos.

Sin embargo, a poco andar el boletín arroja luces acerca de la real naturaleza de un evento que por tratar de borrar sus raíces despierta sospechas, las cuales terminarán por desvirtuar tanto las bienintencionadas exhortaciones de los tres convocadores como el sincero interés de los partidarios de la paz –comunistas y allegados– por levantar una instancia de discusión abierta a las distintas corrientes de pensamiento del continente. Una de esas luces fue el primer listado de personalidades que suscribían el llamamiento (lo que no supone su presencia ulterior en el encuentro), muchas de ellas vinculadas al comunismo, como era el caso de Oliver, Amado, Guillén, Neruda, Rivera, René Depestre, Otero Silva, Agosti (quienes se apersonarían efectivamente en Santiago), Marinello, Niemeyer, Zalamea, David Alfaro Siqueiros y José Asunción Flores. Claro está que también firmaban hombres de izquierda e independientes de renombre, como Jorge Icaza, Benjamín Carrión, Luis Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, José María Arguedas, Alfonso Reyes, Fernando Benítez, José Mancisidor, Oswaldo Guayasamín y Jorge Enrique Adoum.

Ya el segundo boletín, con fecha 14 de abril, acusa recibo de las hablaturías generadas por el evento, que son indicio de las fuertes contracciones del campo cultural latinoamericano de la época, que por lo demás se harán ostensibles hasta el mismo día de apertura del encuentro. De esta manera, además, se hacen más explícitas las posiciones de organizadores y participantes.

Nos informa el folleto de la composición del Secretariado del Congreso, en el que asoman, junto al escritor chileno Alberto Romero (presidente), intelectuales comunistas como los ya nombrados Oliver, Agosti, Amado, Guillén, Neruda, Depestre, Teitelboim. Más adelante se detallan los invitados desde Europa como huéspedes de honor –Ana Seghers, Louis Aragón, Jean-Paul Sartre, György Lukács, Carlo Levi, Arthur Lundquist, Illia Ehrenburg, Dimitri Chostakovich, el martiniqués Aimé Cesaire, entre otros–; aunque es más revelador el detalle por país de

origen, con mayoría de naciones socialistas: Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, China, Francia, Holanda, Hungría, India, Inglaterra, Italia, Mongolia, Polonia, Portugal, Rumania, Suecia y Unión Soviética. Dejo para el final Alemania, curiosamente mentada sin apellido.

Aparece también una breve columna de opinión –“Por la cultura”– del diputado y miembro de la Academia de Letras de Brasil, Menotti de Picchia, en que se fustiga la opresión que sufren nuestras culturas a causa de la “fuerza de la propaganda de los países económicamente más fuertes”, más precisamente de “las grandes organizaciones industriales [que] nos obligarán, mañana, a comer los alimentos sintéticos que fabriquen, a usar la indumentaria que inventen, a leer apenas los libros y revistas que impriman, como ya están comenzando a hacer con ese sagaz ‘Reader’s Digest’ y como harán después, con tantos otros productos de sus máquinas de dominación”.⁶¹ Afloraba entonces la condena al imperialismo norteamericano que sería pan de cada día en el transcurso del congreso que se avecinaba, consagrándose como una de sus vigas maestras.

Pero lo más polémico que se revela es la respuesta del boletín al cuestionamiento, por parte de ciertos sectores no precisamente de izquierda, del papel que Gabriela Mistral tuvo y tiene en el congreso, a propósito de unas declaraciones que ésta formuló a la agencia de noticias AP en Nueva York y que parecen desautorizar a los organizadores por el uso de su nombre. Sus palabras son reproducidas por el diario *El Mercurio* al día siguiente de pronunciadas (28 de marzo de 1953) y son bastante escuetas, de partida no aparece el contexto, nada más se transcribe la ambigua frase: “Los ausentes no podemos provocar ni dirigir de lejos actividad alguna, cultural ni política”. ¿Qué quiso decir la escritora? Para quienes pretendían desprestigiar el congreso y desnudar sus vínculos con los partidos comunistas y en último término con la Unión Soviética, lo de Mistral obedeció al deseo de alejarse del rumbo que siguió el evento y que acabó por distorsionar el espíritu original de la citación del año anterior. Para los organizadores, como queda plasmado en el comunicado del secretariado

⁶¹ *Boletín Informativo del Congreso Continental de la Cultura*, 2, (Santiago), 14 de abril de 1953, portada.

continental del congreso publicado en el boletín, la poetisa solo constató la realidad, pues es evidente, dada su residencia en el extranjero, que no ejerce ninguna dirección en los preparativos únicamente por la imposibilidad física y que, como ella misma ha reafirmado, su labor se limitó a convocar. Finalmente concluye que ella “ha mostrado una gran fidelidad a sus ideas contenidas en el llamado”.⁶² Aun desconociendo el contexto, aun reconociendo que la frase acepta más de una interpretación y aun dudando de la completa veracidad de la noticia, me parece que lo de Mistral encierra algún grado de disgusto con la orientación del congreso y tal vez un reproche a la poca cristalina petición –omitiendo la raíz de la iniciativa– con que le pidieron el mensaje de convocatoria. Por otra parte, la distancia geográfica no fue impedimento para que muchos intelectuales colaboraran desde el exterior –recuérdense los comités nacionales– y no se ve por qué Mistral no pudo hacer lo mismo.

Hubo más diferendos. En los primeros días de marzo el músico chileno Juan Orrego Salas envió una carta a *El Mercurio* donde protestaba por las actitudes “desconcertantes desde el punto de vista de la cultura” que se venían suscitando y que se condensaban específicamente en la invitación cursada por un grupo de escritores al presidente de Argentina Juan Domingo Perón para que, en el marco de una visita oficial, se dirigiera a los intelectuales locales en la Universidad de Chile. Orrego juzgaba el hecho como una deslealtad para con los colegas argentinos perseguidos por el gobierno peronista que incluso hería a un sector intelectual chileno en desacuerdo con las políticas del mandatario. La recusación salpicaba además a Pablo Neruda, quien había adherido a la invitación.

Todavía hubo tiempo para un nuevo cisma, esta vez protagonizado por un grupo de intelectuales –o políticos– que, si bien valoraba el encuentro, observaba un tendencioso acaparamiento por parte de la izquierda. El joven Jorge Edwards, cercano a Neruda, recuerda que por esos días circuló una carta que Eduardo Anguita le ofreció para firmar y que ingenuamente, según propia confesión, firmó.⁶³ Por su juventud y buena fe Neruda comprendió y hasta defendió

⁶² *Ibid.*, contratapa.

⁶³ Jorge Edwards, *Adiós, poeta...* Santiago, Tusquets, 1990, 43-44.

a Edwards. La carta conminaba a la organización para que se debatiera el problema de la cultura en el régimen de Stalin –que coincidentemente vivía para entonces sus últimos días– a cambio de la integración del grupo al congreso. Llevaba la firma de los escritores Eduardo Barrios, Teófilo Cid, Luis Oyarzún y Alejandro Magnet, y de los “intelectuales” Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Jaime Castillo Velasco, Jacques Chonchol, Julio Silva Solar y Gabriel Valdés, todos miembros del Partido Falange Nacional (futuro Demócrata Cristiano) de Chile y en su mayoría abogados.⁶⁴ Como la moción no prosperó se redactó un manifiesto, aparecido en el diario *La Nación* del 24 de abril del 53, a días de la inauguración, que confirmaba la decisión de “no adherir al Congreso mientras no haya una garantía formal en el sentido de que será posible suscitar un debate sobre las cuestiones enunciadas”, es decir, sobre las condiciones de creación al interior de los estados comunistas, en donde campean las “culturas dirigidas”. De no resistir y oponerse a estas tentativas se asistiría a un “desastroso ensayo de ‘cultura dirigida’ que empobrecerá irremediamente el acervo cultural de los países en que se desarrolla, y que amenaza, por lo tanto, el destino común de la cultura en el mundo”. En el encuentro los comunistas –acusaba el documento– esperan “orientar partidistamente las deliberaciones” y así silenciar las eventuales censuras a los atropellos que la dignidad y libertad humanas sufren en esas sociedades y que no pueden sacrificarse en nombre de la liberación material y económica de los pueblos. La defensa de la libertad solo surgirá en un sistema en que la verdad se imponga sin recurrir a autoritarismos. Aunque los dardos también apuntaban al capitalismo, es la órbita soviética la principal destinataria de las críticas por estar allí en mayor peligro las nociones de libertad y verdad: “Estas ideas se encuentran amenazadas de hecho, tanto por la sujeción a los poderes abstractos de la economía, que colocan la suprema valoración en la sola riqueza, como por la práctica de los estados de tendencia totalitaria que someten el desarrollo cultural del pueblo a tutela y que, con el pretexto de evitar la corrupción espiritual dirigen deliberadamente el espíritu del hombre hacia sus fines políticos e impiden que el desarrollo de la sociedad produzca

64 Eduardo Frei llegaría a ser presidente de Chile entre 1964 y 1970. Para la siguiente elección Radomiro Tomic perdió frente a Salvador Allende (1970-1973), quien en 1953 fue uno de los animadores del Congreso Continental.

espontáneamente un nivel más alto y un estilo nuevo de Cultura”.⁶⁵

El último conflicto previo al Congreso, que a estas alturas resulta casi menos interesante que su antesala, comprometió al gobierno de Chile, presidido por Carlos Ibáñez, que negó o demoró la visa de entrada a varios escritores provenientes de Europa del Este y la URSS, y que incluso, en algún instante, amenazó con prohibirlo.

“¿Son las naciones de América enteramente libres económica y espiritualmente?” Así se preguntaba el narrador chileno Fernando Santiván aquella mañana del domingo 26 de abril de 1953 en que por fin se inauguró el Congreso Continental de la Cultura.⁶⁶ Había que desmentir el mito del escritor solitario desconectado de la sociedad, continuaba Santiván en la solemne ceremonia efectuada en el Teatro Municipal de Santiago. Se encontraron y reencontraron allí los ya mentados Oliver, Amado, Guillén, Rivera, Depestre, Otero y Neruda; los chilenos Romero, Teitelboim, Santiván, Edwards, Nicanor Parra; el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón; los poetas colombianos Luis Vidales y Luis Castro Saavedra; el poeta argentino Raúl González Tuñón; los brasileños Vinicius de Moraes, Cándido Portinari, Caio Prado Jr. y Orígenes Lessa; entre otros.

Se vivió una fiesta en Santiago durante toda esa semana. Los jóvenes llenaban cada velada el Teatro Municipal excitados por la presencia de tantos artistas extranjeros y por las actividades de intercambio cultural —exposiciones, conferencias, recitales, conciertos— que funcionaban paralelas al congreso. De los ilustres visitantes del exterior destacaban Nicolás Guillén, por su exuberancia y sensualidad, o Jorge Amado, por su ponderación y por su ponencia titulada “La cultura es la paz y la fraternidad”. Guillén era el alma de la fiesta y de la noche, pero quienes lo conocían sabían que detrás de ello había una competencia de egos entre él y Neruda, que se prolongaría por mucho tiempo y que terminaría en franca

⁶⁵ *La Nación*, (Santiago), 24 de abril de 1953, 6. En la asamblea plena del Congreso, realizada en el Teatro Caupolicán de Santiago, Neruda se referirá al alejamiento de este grupo: “Yo sé que muchos intelectuales afectados por la intensa propaganda en contra de nuestra reunión, o sinceramente convencidos de lo pernicioso de nuestros pensamientos, no están aquí para conversar con nosotros o para escucharnos” (“A la paz por la poesía”, publicado originalmente en *El Siglo* de Santiago del 31 mayo 1953 y recogido en *Obras Completas*, op. cit., 893).

⁶⁶ Teitelboim, *op. cit.*, 293.

rivalidad por la carta de censura de los escritores cubanos contra el chileno. También resaltaron las intervenciones de intelectuales de países tan ajenos como Polonia y China. El importante narrador y poeta católico Jaroslaw Iwaszkiewicz, presidente de la Unión de Escritores Polacos, sentenció que “la causa de la paz es la causa del mundo entero”;⁶⁷ en tanto, el chino Li I –mang pronunció un discurso sobre materias económicas.⁶⁸

Una idea que rondó en el ambiente planteaba la necesidad de aproximarse a los intelectuales de Estados Unidos, pues nadie dudaba que el diálogo traería beneficios a ambas partes. Por ello la efusividad con que se agradeció el saludo solidario de escritores de ese país y de Waldo Frank en particular. Por ello René Depestre, en “La paz y la cultura son amigas desde siempre”, afirmó haber descubierto que la verdadera grandeza de la Unión estriba en los numerosos intelectuales norteamericanos que reconocen el maltrato que su país aplica a los pueblos de América Latina, con lo cual se abre la esperanza de “hacer del continente americano un solo poema”.⁶⁹

Ese mismo espíritu se plasma en las resoluciones del Congreso Continental de la Cultura, que invitan a intelectuales de las cinco potencias mundiales, vale decir EE.UU., URSS, Inglaterra, Francia y China, a que se reúnan en algún país del continente y “se comuniquen fraternal y libremente sus afinidades y diferencias”. A los intelectuales latinoamericanos les corresponde luchar para que dicho encuentro se concrete –y de ese modo incidir en el curso de la Guerra Fría–, “confiando en que será un paso decisivo hacia un acuerdo entre los Gobiernos de estas cinco grandes naciones, que asegure la pacífica convivencia en el mundo, y el florecimiento universal de la cultura”.⁷⁰

En la ceremonia de clausura se anuncia, entre las resoluciones, la de bregar por preservar y desarrollar el patrimonio cultural de cada nación, lo cual exige para su cumplimiento una auténtica e integral independencia, requisito indispensable para el desarrollo de la cultura. Se aboga por la intensificación del intercambio cultural y se exhorta a los gobiernos latinoamericanos a eliminar

⁶⁷ *El Siglo*, (Santiago), 27 de mayo de 1953.

⁶⁸ *El Siglo*, (Santiago), 17 de mayo de 1953.

⁶⁹ *El Siglo*, (Santiago), 15 de mayo de 1953.

⁷⁰ *El Siglo*, (Santiago), 11 de mayo de 1953.

la censura y los obstáculos al libre ejercicio intelectual. Tras constatar las dificultades por la que atraviesa la cultura a causa de la amenaza de una nueva guerra se finaliza con un enunciado que, si bien voluntarista, refleja la inspiración que da su impronta a todo el congreso: “Los intelectuales de América queremos la paz en nuestro continente y en el mundo entero”.⁷¹

⁷¹ *Ibid.*

III

PEREGRINAJE POLÍTICO: INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS DE VIAJE POR LOS PAÍSES SOCIALISTAS

“En 1968 hice un viaje a la URSS. Fue la decepción más grande que jamás haya vivido. Nunca me hubiera imaginado que eso pudiera ser el socialismo”.

Mario Vargas Llosa

El viaje de un intelectual puede llegar a ser mucho más que una simple visita a determinado país. Su real significación dependerá de factores diversos como lugar, circunstancia, momento o razón. Adquirirá así un sentido político y contingente con efectos no siempre imaginables.

El viaje no es un tópico nuevo para los estudiosos de los intelectuales. Gran interés han despertado los europeos que durante el siglo XX se comprometieron con causas tales como la Revolución Rusa o el bando republicano en la Guerra Civil española. La visita a la Unión Soviética tenía un carácter legitimador en algunos casos; en otros obedecía a un afán de observación directa de la realidad. Paradigmáticos son los casos de Andre Gide y de Jean-Paul Sartre. El primero escribió *Regreso de la URSS* en 1936, obra en la que declaraba su profunda decepción ante lo visto. Sartre, a su vuelta, entregó una visión positiva de la cual se arrepentiría años después confesando que había suprimido sus impresiones negativas. Para la Guerra Civil española intelectuales de todo el mundo adoptaron acciones radicales que muchas veces se tradujeron en la toma de las armas y en la lucha cuerpo a cuerpo; otros se dedicaron a llamar la atención internacional o a clamar, más directamente, la intervención de Francia o Inglaterra; no faltaron los corresponsales de guerra, ni tampoco los encuentros y llamamientos de intelectuales.

Paul Hollander se refirió al peregrinaje político de ciertos intelectuales del primer mundo que en la segunda mitad del siglo XX se trasladaron a supuestas utopías como una suerte de repudio a la sociedad occidental opulenta e individualista a la cual pertenecían. Estos intelectuales idealizaban sociedades como la cubana o la vietnamita, en especial por su justicia social; visitarlas les inspiraba una sensación de identidad y comunidad que otorgaba “totalidad” a sus vidas.⁷²

En América Latina ha sido tradicional la circulación de los intelectuales por los países del continente desde el siglo XIX. Ya en el siglo XX es visible una intencionalidad política y no solo respecto a viajes dentro del continente sino también fuera de él. Lo de la Guerra Civil en España atañó a intelectuales de América Latina, lo mismo que las guerras mundiales. Pero es desde la segunda mitad del siglo que los viajes implicaron una connotación política mayor, en especial aquellos motivados por la Revolución Cubana. La Habana se transformó en estación obligada para todos los que creían que Cuba era un ejemplo para el resto de los países y que era preciso visitarla para imbuirse de su espíritu y apreciar de cerca las bondades del nuevo sistema. Viajar a Cuba suponía una inmediata validación, un reconocimiento que llegó mucho más rápido que el de los gobiernos, reticentes a establecer relaciones diplomáticas. Esta fiebre de los sesenta decayó en los setenta, conforme algunos intelectuales ya no sonreían en todo a Fidel. Varios se bajaron: no ir a Cuba, o no volver, comportó también un mensaje político. No fue Cuba el único destino polémico. A Neruda los mismos intelectuales cubanos no le perdonaron su viaje a Nueva York. Qué decir de Jorge Luis Borges cuando se entrevistó con Pinochet en Santiago.

Los intelectuales emiten un mensaje no escrito ni hablado al viajar; es otra forma de expresarse que puede ser tan asertiva como la convencional. Por cierto, no todo viajero es motivado por una causa política ni es consciente de las repercusiones que puede generar, escapando éstas de su voluntad. Quiero ser claro: no todo los viajes son interpretables desde esta óptica. No se trata siempre de un “acto de habla” ni de una “práctica discursiva”. Ahora bien,

72 Ver Paul Hollander, *Los peregrinos de La Habana*. Madrid, Playor, 1987 (inglés, 1981).

frente a un viaje significativo, ¿qué preguntas hacerle para extraer el máximo de información? Sin ser rígidos, habría que fijarse en lo siguiente: a) el régimen político del país visitado; b) la contingencia por la que atraviesa el país, ya sea nacional o internacional; c) a qué razón obedece el viaje, cuál es su ocasión inmediata (encuentros, congresos, entrevistas, premiaciones u homenajes, reportajes, diplomacia, turismo, etc.); d) las actividades a realizar, llévense a cabo o no; e) las personas con que se mantiene contacto. Eso en un plano práctico, porque en el plano discursivo serán fundamentales las ideas que el intelectual revela acerca del viaje, sus opiniones, impresiones, conclusiones, etc. Para conocerlas, como es obvio, se necesita que el intelectual no se las guarde, las haga públicas, cosa que no muchas veces ocurre simultáneamente, sino tiempo –corto o largo– después.

En el escenario de la Guerra Fría intelectuales de los cinco continentes acometieron viajes de orden político. Los de mayor repercusión fueron los protagonizados por intelectuales de Europa y Estados Unidos, quienes tenían una relación más íntima con el conflicto que, por ejemplo, los latinoamericanos. Pero éstos, quizá con menos fuerza, se incorporaron a la vorágine con propiedad, interviniendo también en la Guerra Fría. Especial significación tuvieron los viajes a la Unión Soviética y a la Europa socialista, que son los que aquí abordo, aunque también fueron destinos corrientes y significativos China y Vietnam.

La mayoría de los intelectuales de América Latina que se trasladaron al mundo soviético lo hicieron, a priori, porque simpatizaban con él, o bien porque simplemente eran comunistas. Deseosos de conocer en persona la utopía solo vislumbrada a la distancia, por lo general aceptaron invitaciones para asistir a congresos o ceremonias.⁷³ Hubo también intelectuales que fueron por sus propios medios para formarse una opinión que fuera fruto

73 Pablo Neruda fue uno de los comunistas que visitó en múltiples oportunidades la Unión Soviética. Con todo, no son muchas las remembranzas de esos viajes (sin contar su poemario *Las uvas y el viento*) que se pueden hallar. Entre ellas hay sí un vivo entusiasmo que se traduce, por ejemplo, en el recuerdo de la capital rusa (“Moscú es para mí una fiesta. Apenas llego salgo solo por las calles, contento de respirar, silvando cuecas”); o en el retrato de Armenia, una de las repúblicas soviéticas, donde “la resurrección socialista ha sido un milagro” (*Confieso que he vivido*, op. cit., 338 y 335, respectivamente).

de la observación directa de la realidad. No fueron pocos los que debieron cumplir labores oficiales en Moscú u otras capitales socialistas en calidad de embajadores o en cargos similares. En este capítulo examino intelectuales que viajaron según esas modalidades, grosso modo. Jorge Amado, comunista, visitó en varias ocasiones el socialismo real, casi siempre como invitado. Un joven y desconocido Gabriel García Márquez armó su propia gira por esos países, premunido del deseo de escrutarlos desde el anonimato. Luis Cardoza y Aragón, diplomático guatemalteco de carrera, permaneció una corta temporada en Moscú.

1. Jorge Amado

Nacido en 1912, el novelista brasileño fue desde temprano un apasionado de la política. Ya en 1935 conoció la cárcel por sus actividades de izquierda y muy joven se incorporó al Partido Comunista de Brasil. Representó a esa colectividad como diputado en la Asamblea Constituyente de 1946. Más tarde fue exiliado, iniciando así una vida itinerante que poco se reflejó en su novelística, por lo general alusiva a su natal Bahía y a su patria entera.

Fue un asiduo de Moscú y alrededores, partícipe de instancias como el Congreso de Escritores Soviéticos, el Congreso de Intelectuales por la Paz, el Consejo Mundial de la Paz, el Congreso del PCUS, jurados internacionales, etc. Conoció bien la Europa del Este e incluso residió cerca de Praga una temporada a inicios de los cincuenta. Recibió, como corresponde, el Premio Stalin de la Paz. Sostuvo encuentros personales con jefes de Estado como Enver Hoxha, de Albania, y Mijaíl Gorbachov, de la URSS (éste en un panorama político muy distinto).

Amado, junto con Pablo Neruda y Nicolás Guillén recorrieron kilómetros y kilómetros de buena parte del mundo, celebrando la solidaridad internacional del comunismo. Comprendió mejor que nadie el sentido político del viaje, o mejor, del testimonio de viaje, como lo refrenda el libro *O mundo da paz*, todo un documento de la Guerra Fría. Para conocer la historia de este libro lo mejor es dar un salto a los años noventa, cuando aparecen sus memorias, en las que califica aquella obra como “elogio sin vacilaciones de lo que

vi: todo o casi todo me parece positivo; stalinista incondicional, silenció lo negativo, como convenía... Realmente, no era aún la pesadilla en que acabó convirtiéndose. Aunque estaba empezando a serlo”.⁷⁴ Cuatro décadas después de su aparición, entonces, Amado reniega de *O mundo da paz* al punto de desear borrarlo de su memoria. Pero si escribió lo que escribió fue porque estaba consciente del sentido de su acción; lo hizo, en una frase, por razones estratégicas.

El libro fue sacado a la luz por la editorial del Partido Comunista de Brasil y en pocos meses agotó cinco tiradas. En su prólogo Amado explica que narra su estancia en la URSS –invitado por la Unión de Escritores Soviéticos– durante el invierno de 1948 a 1949, y su periplo de dos años por Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania y Checoslovaquia, país donde permaneció una buena temporada, residiendo en el castillo de la Unión de Escritores checoslovacos, cerca de Praga, y donde de hecho redactó el texto entre diciembre del 49 y enero de 1950. Declara que su objetivo es mostrar el trabajo constructivo de la URSS y de las “democracias populares”, factor esencial de la paz, que debe ser de interés del mundo entero y desde luego del pueblo brasileño, su principal destinatario, que del orbe socialista solo recibe infamias y calumnias por parte de la prensa reaccionaria vendida al imperialismo yanqui. Es, además, un homenaje a Stalin.⁷⁵

Como bien reconoce el autor a posteriori, se trata de un elogio sin reservas que tiene mucho de discurso político en tanto se aleja de la crónica de viaje y del testimonio de lo visto y lo vivido para reflexionar acerca de la situación política de los países socialistas, del mundo y del propio Brasil. Aquí me centraré solo en lo que es observación presencial, y dentro de ello el tópico que me parece central es la imagen que Amado construye de la sociedad soviética. El pueblo soviético le sorprende por su nivel cultural, y es que vive para la cultura y el trabajo, tanto que cada habitante es capaz de conversar de arte, cine, ballet o biología, y en seguida hablar de cómo hacer para que a la colectividad le rinda más su trabajo.⁷⁶ La economía genera las condiciones para que nada falte en los

74 Jorge Amado, *Navegación de cabotaje*, op. cit., 1995, 189-190.

75 Jorge Amado, *O mundo da paz. União Soviética e Democracias Populares*. Río de Janeiro, Vitoria, 1953, 7.

76 *Ibid.*, 61.

almacenes y para que ningún producto sea racionado, porque, contra lo que dice la propaganda, se puede comprar de todo y en la cantidad que se desee (nótese cómo un rasgo atribuido generalmente a la sociedad capitalista pasa a ser bien valorado por el autor en una sociedad socialista).⁷⁷ Así se construye un país admirable donde los precios bajan, las campesinas compran máquinas de coser y radios, y los obreros van al teatro y disponen de bibliotecas.⁷⁸ Todo confluye para que se fortalezca la unidad básica de la sociedad: la familia, y dentro de ella es el niño el más privilegiado, un pequeño príncipe cuidado por el pueblo, el gobierno y el partido con el mismo enternecido desvelo que un jardinero sus flores, exclama Amado.⁷⁹ Los niños concentran lo mejor de lo que se produce incluso antes de nacer, pues las mujeres embarazadas también gozan de esmerada atención. En la URSS, prosigue Amado, los casamientos son por amor, no por interés, y en sus familias hay más amor que en las del capitalismo.

En verdad, el espíritu de familia lo nota Amado en el conjunto de la sociedad, y es que reina entre los soviéticos una fraternal camaradería que va más allá del puesto que ocupan y que se sustenta en problemas e intereses comunes a todos. Parecen una sola gran familia, concluye el autor, lo cual deriva de la organización social impuesta por el sistema: “En la sociedad socialista, libre de las diferencias y luchas de clases, el hombre aprende a ver en el otro a su hermano y no a su enemigo”.⁸⁰

Si en *O mundo da paz* Amado relató lo que quiso decir y no todo lo que vio, en *Navegación de cabotaje. Apuntes para una libreta de memorias que jamás escribiré*, que redacta a partir de 1986, aflora parte de lo que vio y no quiso decir. Lo contradictorio que resultan ambos testimonios queda reflejado, a modo de ejemplo, cuando se ocupan de las distintas naciones que integran el conglomerado soviético, porque si en *O mundo da paz* Amado aseguraba que en Moscú se pasean mongoles, armenios y asiáticos sintiéndose tan dueños de su patria como los rusos;⁸¹ en *Navegación de cabotaje*

⁷⁷ *Ibid.*, 72.

⁷⁸ *Ibid.*, 76.

⁷⁹ *Ibid.*, 88.

⁸⁰ *Ibid.*, 77.

⁸¹ *Ibid.*, 59.

rememora su estancia en Samarcanda, en la entonces república soviética de Uzbekistán, hacia 1951, donde atestiguó el “fraude de la fraternidad entre las naciones que componen la URSS, [y la] impostura del desarrollo de las culturas nacionales”.⁸²

Con la perspectiva que el paso del tiempo ofrece, Amado en sus memorias asume una postura que oscila entre reconocimiento de errores, arrepentimiento, confesión, desencanto, desengaño y expiación. Amado se preocupa de consignar, en el prólogo, que pese a todo será fiel a su ex partido, el comunista, y callará todo aquello eventualmente comprometedor. Uno de los ejes del relato es lo que llama su “travesía del desierto”: el proceso por el cual pasa del convencimiento ciego al descubrimiento de la dolorosa verdad. Proceso a veces dramático, a veces gracioso. Ejemplo de lo último es el recuerdo de una conversación en Moscú, 1948, con un compatriota que llevaba varios años en esa ciudad, acerca de la persistencia del robo. Ante su negativa rotunda, Amado le repuso que a Zelia, su inseparable mujer, le habían intentado arrebatar su bolso dos veces en los almacenes GUM. El amigo adujo que eso eran resabios de la guerra. Luego, ante la curiosidad de Amado, intentó negar el adulterio, que solo era fruto de una degeneración que en territorio soviético se había erradicado...

El tono dramático impera al recordar sus vivencias en la Europa del Este. Trasladémonos a Budapest, 1949. Amado hace un mea culpa: “Crédulo, incondicional, creo las historias de complots y traiciones y veo en cada uno de los acusados un enemigo juramentado de la Revolución, de la clase obrera, del esplendor del mañana”.⁸³ Eran los días del proceso al ministro Laszlo Rajk, quien a la postre sería fusilado (acusado de “titoismo”). En conversación con amigos húngaros se comenta el uso de la tortura como método policial:

¿Torturas? Sin duda he oído mal... Mi honor y mi orgullo se basan en tener la certeza absoluta de que en un régimen comunista, en una sociedad socialista, jamás, jamás, nunca jamás puede un detenido ser sometido a tortura intelectual, moral, y mucho menos física. Mi asombro, mi pismo, provocan sonrisas... Debo de ser el último de los idiotas,

⁸² Amado, *Navegación...*, op. cit., 408.

⁸³ *Ibid.*, 42.

¿quién puede ignorar que la tortura es el pan de cada día?...
Me siento deshonrado, herido en mi orgullo comunista.⁸⁴

Al instante se entera de detalles “horripilantes” que lo “destrozan”, que le “llegan al alma”. “Así empezó mi travesía del desierto”, concluye.⁸⁵

Residiendo por estos días en Checoslovaquia, cerca de Praga, se verá inmerso en un ambiente sofocante: “Puedo tocar el miedo con la mano. Erguido ante nosotros el muro del Santo Oficio comunista. Muro que separa vida y muerte, la muerte infamante de los traidores; nadie está a salvo de las amenazas, ni el más ilustre ni el más poderoso: bocas cerradas, miradas furtivas, la duda, la desconfianza, el miedo”.⁸⁶

Junto a Zelia experimentan la angustia de ver a conocidos y amigos caer en desgracia en Checoslovaquia, Hungría, Rumania. “Cada palabra, un simple gesto, puede llevar al Tribunal de la Inquisición. También yo tengo miedo”.⁸⁷ Ni su intransigente lealtad a la Unión Soviética y a Stalin, ni su mismísimo Premio Internacional Stalin (“recompensa máxima a la fidelidad incondicional”), lo tranquilizan. Logra reunirse con los renegados György Lukács y Zahari Stancu, narrador rumano, merced a ese “margen de inmunidad” que detenta. Son “días de miedo, malditos, desgraciados, que se prolongan en semanas y meses tenebrosos. Crecen las dudas, no debemos dudar, no queremos dudar, queremos continuar con la fe intacta, la certidumbre, lo real. En las noches insomnes nos contemplamos, Zélia y yo, con un nudo en la garganta y ganas de llorar”.⁸⁸

Por Amado sabemos que ser comunista, pro soviético y estalinista no era nada fácil; al contrario, exigía disciplina si lo que se pretendía era seguir creyendo y no dejarse vencer, ya ni siquiera por dudas, sino por certezas amargas. Pero, ¿para qué seguir creyendo?, ¿para qué continuar con un compromiso aparentemente esclavizante?, ¿para qué loar un mundo ocultando sus zonas oscuras?, ¿por qué no renegar del comunismo internacional y recluirse en el

⁸⁴ *Ibid.*, 43.

⁸⁵ *Ibid.*, 44.

⁸⁶ *Ibid.*, 192-3.

⁸⁷ *Ibid.*, 194.

⁸⁸ *Ibid.*, 196.

comunismo nacional, en el PC brasileño? Por lo siguiente: se vivía bajo la convicción de que había una lucha que ganar, una lucha que decidiría el destino del hombre, una batalla sin cuartel contra el imperialismo. Amado se concebía como un soldado más de la Guerra Fría, y no permitía siquiera que la palabra deserción pasase por su mente.

2. Gabriel García Márquez

El premio Nobel colombiano nunca fue comunista, aunque confiesa haber simpatizado con una célula cuando tenía 22 años. Siendo un hombre de izquierda, reconoce también que el viaje que en 1957 emprendió por la URSS y sus satélites fue determinante en su formación política. De esa gira nacieron una serie de reportajes para una revista colombiana, firmados por un nombre que a esas alturas no decía mucho a los lectores. Veinte años después la situación había virado radicalmente y García Márquez se había convertido en un súper ventas. Así se explica la edición pirata que recogió esos reportajes bajo el título *De viaje por los países socialistas. 90 días en la "Cortina de Hierro"*. Según el autor hubo una intencionalidad política detrás del libro: poner en evidencia supuestas contradicciones en su evolución ideológica personal. No se consiguió el propósito, pues la reacción de García Márquez, lejos de abjurar de lo escrito, fue legalizar el libro, sin cambiarle una letra. Recuerda además que el momento en que se publicaron originalmente los reportajes tampoco estuvo exento de polémica, porque los "dogmáticos" de entonces acusaron que eran pagados por Estados Unidos.⁸⁹

Hay que consignar que *De viaje por los países socialistas* es el texto de un periodista, más que el de un intelectual –según los términos de esta investigación. Su carrera al estrellato ha comenzado recién, con *La hojarasca* (1955), una novela que no hizo mayor ruido, y que no ha logrado sacarlo de cierto anonimato. Durante su viaje no es *nadie*, no lo conocen en los países del Este, lo cual le cierra espacios y le abre otros. Le cierra porque no cuenta con la

89 Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Bogotá, La Oveja Negra, 1982, 102. Mendoza, amigo y compatriota, lo acompañó en el viaje.

movilidad que sí tenían los invitados oficiales. Le abre porque se le presenta un mundo espontáneo, al natural y, más aún, desde abajo, desde el pueblo. Quizá es por eso el énfasis que el colombiano deposita en las personas comunes y corrientes que observa sin más mediaciones que las normales barreras culturales. Se plantea casi desde un prisma antropológico, pues se interesa tanto por los detalles de la vida –el vestuario, el alimento– como por las grandes preguntas –la felicidad, los deseos de vivir. Lo suyo no son las ceremonias ni los personajes rimbombantes –aunque tampoco los evita, como cuando conoce al líder húngaro János Kádár.

El destinatario de los escritos de García Márquez es un público discreto en número, los lectores de la revista *Cromos*, una revista importante, eso sí, dentro del circuito colombiano; y no se compara con el de los reportajes que en los setenta escribiría para el gran público. Esta crónica no es, por tanto, un testimonio de peso dentro del escenario de la Guerra Fría; no es la voz de un gran intelectual con una influencia potencial cuantiosa; no alcanza mayor resonancia que la de muchos reportajes que sobre el tema debieron circular por esos años; mas por la vivacidad de lo narrado y por la categoría de su autor tiene ribetes que lo instalan como un documento muy valioso.

Decía que la preocupación central de García Márquez es la condición humana del pueblo, ya sea alemán (oriental), polaco, checo(eslovaco), ruso (soviético) y húngaro. Su estación inicial es Berlín Oriental, donde una de las primeras impresiones las recibe al ingresar a una especie de restorán estatal: “Yo nunca había visto tanto patetismo concentrado en el acto más simple de la vida cotidiana, el desayuno. Un centenar de hombres y mujeres de rostros afligidos, desarraigados, comiendo en abundancia papas y carne y huevos fritos entre un sordo rumor humano y en un salón lleno de humo”. Esta escena excede su aplicación original y se puede hacer extensiva al resto de su itinerario ya que dicho patetismo lo ve, con diferencias de grado y matices, en la mayoría de las ciudades que visita. En el caso de Berlín el contraste con su sector occidental se hace inevitable acentuándose la distancia entre ambas calidades de vida. Y todo a pesar de que el proletariado teóricamente era titular en uno y explotado en otro. Incluso, sostiene, “hay más que una diferencia de sistemas: dos mentalidades opuestas a cada lado de la puerta de Brandemburgo”. Además el autor hace hincapié en las

diferencias al interior de la propia capital socialista:

La avenida Stalin es la residencia de 11.000 trabajadores. Hay restaurantes, cines, cabarets, teatros, al alcance de todos. Ningún obrero en ninguna parte del mundo y por un precio irrisorio vive mejor que en la avenida Stalin. Pero contra los 11.000 privilegiados que allí viven, hay toda una masa amontonada en las buhardillas, que piensa —y lo dice francamente— que con lo que costaron las estatuas, los mármoles, el peluche y los espejos, habría alcanzado para reconstruir decorosamente la ciudad.

García Márquez profundiza en la dicotomía entre teoría y realidad, entre discurso oficial y calidad de vida del pueblo; o en el hecho de que el pueblo de Alemania Democrática “se hubiera tomado el poder, los medios de producción, el comercio, la banca, las comunicaciones, y sin embargo fuera un pueblo triste, el pueblo más triste que yo había visto jamás”. Lo que en el fondo está en tela de juicio es el sistema socialista, o bien las reales ventajas que ha traído su implantación. En Alemania Oriental se respira en el ambiente una disconformidad con el régimen que muchas veces se traduce en la crítica a las autoridades que han impuesto un socialismo extraño, ajeno, o lo que para algunos simplemente no es socialismo. A García Márquez se le transmite que no gobierna “una dictadura del proletariado sino un grupo comunista que ha tratado de seguir al pie de la letra las experiencias soviéticas, sin tomar en cuenta las circunstancias especiales del país”. La revolución, en palabras de estudiantes, “la trajeron de la Unión Soviética en un baúl y la pusieron aquí sin contar con el pueblo”.

Pero más allá de la autenticidad del socialismo, intuye el autor, lo que desean los alemanes en 1957 es simple: la unificación de Alemania y la evacuación de las tropas extranjeras. En suma, García Márquez saca en limpio de todo lo que observó en la Alemania comunista que “hay una pérdida absoluta de la sensibilidad humana. La preocupación por la masa no deja ver al individuo”.

En Varsovia el autor de *Cien años de soledad* se topó con un país en reconstrucción que se sacudía lentamente los desastres de la Segunda Guerra. El pueblo polaco denota tristeza, pero es una tristeza diferente a la de los alemanes, ya que afecta a un pueblo sufrido y con un pasado traumático. A simple vista, entre

la multitud, García Márquez reconoce ese pesar, que de partida se condice con la vestimenta y el aspecto físico, cruzados por la pobreza, y que forma parte de ese “drama nacional de minúsculos problemas domésticos”. Una pobreza profunda que revela, sin embargo, lo mejor de los polacos:

Sometidos a prolongadas privaciones, destrozados por la guerra, rematados por las exigencias de la reconstrucción y los errores de sus gobernantes, ellos tratan de seguir vivos con una cierta nobleza. Están remendados pero no rotos. Son pobres hasta un extremo imposible de describir, pero se ve que afrontan la pobreza con una rebeldía que no es por lo menos evidente en Alemania Oriental. Dentro de sus ropas viejas y sus zapatos gastados los polacos conservan una dignidad que infunde respeto.

Y llegamos a la Unión Soviética. La ocasión fue el VI Congreso Mundial de la Juventud de Moscú, al cual pudo inscribirse García Márquez con tal de entrar con facilidad al territorio, aunque dicha circunstancia le generaba la sospecha de que todo estaba fabricado para recibir a los 40 mil delegados extranjeros, cuestión que condiciona el reportaje.

El pueblo soviético le parece al autor poseer una generosidad a flor de piel que en cierta medida se contradice con la escasez de sus recursos. Como extranjero sintió el esmero desmedido por ser bien atendido –no en vano habla de un pueblo desesperado por tener amigos–: “había que ser muy discreto para que los soviéticos no se quedaran sin nada a fuerza de hacer regalos. Lo regalaban todo. Cosas de valor o cosas inservibles”. Y es una actitud sincera, que por lo demás había visto también en Berlín, como aquella vez que quiso fumar y “los hombres de las mesas vecinas se precipitaron sobre nosotros con cajas de fósforos, cigarrillos sueltos y paquetes sin abrir, en una alborotada manifestación de generosidad colectiva”. No obedecía a una estrategia articulada por el gobierno para agradar, pero si así hubiese sido, éste “debe estar orgulloso de la disciplina y la lealtad de su pueblo”.

Esta generosidad era mejor ponderada al considerar la pobreza que asomaba en las aldeas, los campos y ciudades, aunque, claro está, no faltaba el alimento ni el trabajo. Se reconocía en las vestimentas y, en especial en las casas, con paredes de barro y

techo de paja las del campo, y de misteriosos interiores las urbanas. Cuenta que los moscovitas ofrecían una “resistencia sospechosa cuando se insistía en visitar su casa. Muchos cedían: el hecho es que ellos creen que viven muy bien y en realidad viven mal. El gobierno debió prepararlos para que los extranjeros no viéramos el interior de las casas”. Todo lo anterior da lugar a que surjan irritantes contrastes en “un país donde los trabajadores viven amontonados en un cuarto y solo tienen derecho a comprar dos vestidos al año, mientras engordan con la satisfacción de saber que un proyectil soviético ha llegado a la luna”.

Pero tales contrastes no se reflejan en la composición social debido a que han desaparecido efectivamente las clases, lo cual es destacado como algo positivo por el escritor, aun cuando ello suponga cierta pauperización: “La gente es toda igual, en el mismo nivel, vestida con ropa vieja y mal cortada y con zapatos de pacotilla”. Así se va armando la imagen que García Márquez traza del pueblo ruso; se va precisando una identidad que tiene mucho que ver con el sistema político imperante. Sencillez, bondad, espontaneidad, franqueza, el tomarse las cosas con calma, son atributos naturales, podría decirse, pero que en contacto con el socialismo van determinando el carácter de una “multitud bobalicona, buenota y saludable”, que se reconoce tanto en las aldeas como en las grandes urbes, y que sufre los efectos de una organización hipertrófica, multitudinaria, de un cierto sentido de lo colosal que responde también a las desmedidas escalas geográficas que sirven de marco. Adentrándose en la moral del pueblo soviético, el autor ensaya una teoría que concibe a Stalin como uno de los constructores de lo que llama “ambiente de mojigatería aldeana”, conforme el georgiano satisfizo su deseo de meterse “hasta en los más recónditos intersticios de la vida privada”. Luego derriba el mito del amor libre al considerarlo fruto simplemente de los excesos de la revolución; lo que reina por tanto es una moral más bien conservadora: “De una manera objetiva nada se parece tanto a la moral cristiana como la moral soviética”.

Las preguntas más acuciantes que esperaba aclarar García Márquez eran, por un lado, el real grado de compromiso del hombre de la calle con el socialismo; y por otro, la opinión que despertaba la sombra de Stalin. Como asistente al festival intuyó que el gobierno había preparado a los habitantes con consignas

que pretendían dejar un grato recuerdo en el visitante. Fue la única muestra de lealtad de los soviéticos a su gobierno que pudo detectar. Respecto a la figura del líder, si bien había acuerdo general en que “las cosas habían cambiado”, pocos se atrevían a declararse abiertamente contra Stalin. Aunque sobre el momento político García Márquez no se explaya, tras todo lo que visitó y conoció consigue dar con una reflexión que puede ser bastante sintética y lúcida: “Encontramos una Unión Soviética atascada en minúsculos problemas burocráticos, aturdida, perpleja, con un terrible complejo de inferioridad frente a los Estados Unidos”.

3. Luis Cardoza y Aragón

“Lo que dicen los libros nunca
puede suplir la realidad, mi
realidad: la encontrada por mí,
la vista por mí”

Luis Cardoza y Aragón

El escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón fue un notable diplomático que siempre mantuvo un compromiso con ideas de izquierda y cercanía con el Partido Comunista de su país –aunque nunca militó– y con la causa socialista internacional. Su viaje a la Unión Soviética se condensó en un enjundioso testimonio que exploró con gran detalle la situación de ese Estado pese al breve lapso de su estadía. Fue apenas seis meses embajador, entre el verano y el invierno moscovita de 1946, y en un plazo similar dio forma a este libro, iniciado en Moscú y finalizado en Bogotá, donde cumplía una nueva misión.

En *Retorno al futuro* Cardoza declara sin ambages su admiración por la gesta soviética, no obstante su punto de partida es la imparcialidad. Quiere librarse de un factor de distorsión que ha enrarecido los testimonios de otros intelectuales: la desmesura de las expectativas, que de hecho han traicionado los ojos del observador. Lo suyo será un análisis comparativo que sopesa la actualidad soviética en referencia tanto a su pasado, esto es, la Rusia zarista, como a su contracara, el mundo occidental. Entrará en diálogo con otras obras, favorables o no a la URSS, detectando

y denunciando aquellos prejuicios que afectan la percepción. Para Cardoza la principal miopía que confunde al observador es ignorar la contingencia por la que atraviesa la URSS, es decir, no considerar las urgencias y emergencias que supone una guerra y una compleja posguerra. Asume que ciertas licencias que se toma el Estado son transitorias pues responden a lo delicado del momento. Una cosa más: dedica sinceramente su obra a Franklin Delano Roosevelt.

La primera impresión que se forma un visitante depende de los mínimos y cotidianos detalles con que la calle lo recibe. Cardoza apunta que no se observa hambre, que poco se nota el alcoholismo y que la prostitución ha desaparecido, aunque sí hay carestía de ropas. Se trata de características que remiten a las condiciones de vida de un pueblo y, en última instancia, a la esencia de ese pueblo, lo cual supone que es válido hablar, en este caso y según Cardoza, de un pueblo soviético unitario. A él le rinde honores por sobre la clase dirigente, y en un nivel cercano al de los grandes líderes históricos como Lenin y Stalin. Un pueblo que ante la adversidad se ha organizado en un esfuerzo colosal, primero al construir el Estado socialista, y luego reconstruyendo dicho Estado. Descrito como austero, disciplinado, trabajador, bondadoso, sentimental, sufrido, emotivo, duro y batallador, el pueblo se ha impuesto como tarea “definir la historia en el milenio próximo”⁹⁰, no por nada se halla dispuesto a dar todo por la revolución. Es un pueblo

90 Luis Cardoza y Aragón, *Retorno al futuro*. México, Letras de México, 1948, 32. Pablo Neruda, amigo de Cardoza, escribió un prólogo a *Retorno al futuro* que nunca se publicó por las desavenencias que surgieron entre ambos más tarde. Solo el año pasado se pudo conocer el texto, que en sus párrafos centrales sostenía: “Luis Cardoza y Aragón rompe con *Retorno al futuro* dos telarañas tenebrosas de la América Latina, tejidas por la misma araña: la literatura ‘desinteresada’ y la diplomacia vendida. Mientras más azotada y oscura ha sido la vida de nuestros pueblos de América, con más ahínco ha existido en cada uno de ellos un grupo de arañas que ruidosamente ha tejido la indiferencia y el olvido (...) Y de aquí que este intelectual de finísima contextura, que este diplomático de un pequeño país, casi invisible en el mapa del mundo, se atreva a decir su verdad y escribe este libro inquietante para los empresarios de la guerra fría y que por tanto ha sido fríamente silenciado. Es el libro de un verdadero y alto escritor y de un hombre honrado, por eso se le relega al silencio. No lo encontraréis en los salones dorados y vacíos de la diplomacia latino-americana. Allí solamente se lee el *Readers Digest*” (“Prólogo de Neruda a *Retorno al futuro*”, <http://www.casamerica.es/es/opinion-y-analisis-de-prensa/zona-andina/prologo-de-neruda-a-retorno-al-futuro>).

con conciencia de sí, según se desprende, que posee un sentido social y que se sacrifica conscientemente por el ideal de la patria. El autor vislumbra la certeza de una mística en este pueblo –guía y conductor de la revolución mundial– que se expresa en su humilde, ordenada y pura vida de trabajo, orientada a su bienestar individual y, por sobre todo, colectivo, que contrasta con el interés por el lucro personal que define a los países capitalistas. Por lo demás, gracias al sistema económico existe un equilibrio entre la producción y el consumo que suspende eventuales intereses suntuarios.

Una experiencia que iluminó en este asunto a Cardoza fue la visita al mausoleo de Lenin: allí pudo presenciar el comportamiento del ciudadano soviético, en rigor su respeto, fervor y “voluntad de sencillo homenaje”. Si a lo anterior se suma su arraigado patriotismo y su amor por las tradiciones tenemos que es en el pueblo donde radica la fuerza avasalladora de la Unión Soviética. La Segunda Guerra Mundial no solo puso a prueba esta fuerza, con los resultados conocidos, sino que la reforzó “con su laurel y sacrificio”⁹¹, premiando el empeño y trabajo de toda la colectividad. Concluye el autor que luego del triunfo la solidez de la URSS no ha sido nunca mayor.

Pero la Guerra arrojó también una pesada carga, la reconstrucción, que ha acarreado esfuerzos que han pasado a llevar, en alguna medida, el bienestar de la población. Se ha priorizado el desarrollo de la industria pesada, emprendido ya durante la Guerra, concebido como el medio por excelencia ya sea para ganar la Guerra o para el progreso sostenido. Cardoza justifica a las autoridades: “no se dedicaron a dar confort inmediato a su pueblo (...) Hubieron de consagrarse a una espartana línea de conducta, absolutamente indispensable para el desarrollo de la revolución”.⁹² Reconoce un déficit en el nivel de vida, pero confía que pronto se mitigará, una vez que la industria ligera, aquella que brinda pequeñas comodidades, pueda recobrase.

En el plano socioeconómico, o en lo que llama “democracia social y económica”, ningún país puede compararsele: “su organización ha suprimido, totalmente, la base capitalista de la burguesía occidental: la propiedad privada y la explotación

⁹¹ Cardoza, *op. cit.*, 41.

⁹² *Ibid.*, 38.

del hombre por el hombre, que funda en el lucro individual su principal razón de ser”.⁹³ Luego, junto con encomiar los planes quinquenales sentencia que es la colectivización de la economía agrícola la transformación revolucionaria más trascendente, pues ha convertido a los campesinos en reales propietarios de la tierra. Advierte que es obra del cerco capitalista internacional el retardo en la implantación del comunismo pleno.

Lo económico está ligado a lo social, o mejor, la economía ha determinado el orden social. La URSS ha suprimido las clases para crear una sociedad homogénea, democrática podría decirse. En verdad la democracia es para Cardoza un modelo no exclusivo de la política, más bien emerge de lo económico, pasa a lo social y culmina en lo político. Y del sistema económico depende a fin de cuentas la libertad, que tanto se proclama en Occidente sin advertir que la auténtica libertad no es posible en una sociedad de clases ni menos allí donde todo se subordina al capitalismo y al imperialismo. Los soviéticos se han sacudido de esta sujeción gracias a la sabiduría de sus conductores que entendieron con preclaridad que sin democracia económica y social es ilusorio alcanzar la democracia política.

En el análisis político opera una lógica similar a aquella que justificaba el retraso en la calidad de vida en beneficio de la industria pesada. Las limitaciones del orden político, que Cardoza asume pero no especifica, son otra vez transitorias y son producto de la hostilidad del mundo exterior. La democracia plena llegará una vez afianzado el todo integrado de lo económico, social y político, y, podría agregarse, cuando la situación internacional lo permita.

La cohesión social es garantizada por el buen funcionamiento de la familia, y ello se asegura mediante una organización social y una estructura de la sociedad que como nunca antes protegen a la familia. Al interior de ella resalta cómo “la igualdad de hombres y mujeres, la responsabilidad imbuida desde la niñez (...) cambian las bases en que se desarrollan estos aspectos de la vida soviética”.⁹⁴ Reaparece aquí el contrapunto con Occidente y la sociedad capitalista, donde predominan elementos disolutivos como el prejuicio, la desviación moral, la culpa del pecado, el erotismo y

⁹³ *Ibid.*, 55.

⁹⁴ *Ibid.*, 109.

un sentimentalismo exacerbado. Para el autor es la mujer quien mejor representa el saludable estado de la familia soviética. La retrata como tierna, ingenua, espontánea, modesta, sentimental (en sentido positivo) y suave y fuerte a la vez. Su rol al interior del hogar es de igualdad respecto al hombre gracias a que ha sido educada, protegida y preparada para la vida por el Estado: “La solidaridad social, la protección del Estado, su igualdad ante la ley, la ausencia de la propiedad privada, su educación sin prejuicios religiosos, la encamina para llegar a ser la mujer de una nueva sociedad”.⁹⁵ Todo lo cual constituye una mujer libre espiritual y económicamente; por cierto, “las fallas, puramente individuales que surgen, no lo son de la organización”.⁹⁶

Las nuevas generaciones también reciben elogiosos párrafos, fundamentalmente por su estatura moral en comparación con los jóvenes de los países desarrollados de Occidente. La juventud soviética desconoce las ataduras que ejercen los problemas sexuales y no se atribulan por la sombra del pecado, detentando lo que llama una “sanidad moral”. Esta juventud no es prisionera del sexo, entre otras razones, porque tiene mil cosas en qué ocupar la mente y, en consecuencia, en qué emplear su energía.

En la base de este sólido edificio Cardoza ubica la política estatal de protección a los niños –en consonancia con lo expresado por Amado–, en donde la educación es el área prioritaria. Y, en contradicción con la tan alabada igualdad al interior de la familia entre hombre y mujer, se trata de una educación segregada –no mixta– con bien diferenciados objetivos para cada sexo; así, los niños son instruidos para ser fuertes y “aptos” –no escasean las escuelas militares–; y las niñas para ser dueñas de casa y madres de familia, estudiando, por ejemplo, faenas domésticas y psicología infantil.⁹⁷

Aunque al inicio del texto Cardoza declare la objetividad de su enfoque y repare en otros testimonios que han sido deformados por la desmesura de las expectativas, es probable que el constante ejercicio de comparación con el mundo occidental también haya distorsionado sus impresiones. Para muchos intelectuales, de América y del mundo, el comunismo como sistema económico

⁹⁵ *Ibid.*, 116.

⁹⁶ *Ibid.*, 111.

⁹⁷ *Ibid.*, 117.

representaba la esperanza y la alternativa al régimen capitalista que en Occidente había pauperizado a vastos sectores de la sociedad. Ese afán bien pudo agigantar a los ojos del observador los logros socioeconómicos de la URSS y al mismo tiempo empuqueñecer unas falencias que casi no se observan en el documento. Lo mismo pudo ocurrir con otros aspectos, como la familia y la moral, cuyos vicios en Occidente eran bien conocidos por Cardoza, lo que quizá le condujo a exaltar las ventajas que le parecía ver en la sociedad soviética.

4. Viaje, testimonio y Guerra Fría

Más allá de las similitudes y diferencias de los testimonios abordados, lo que me interesa recuperar es la función que cumplieron en el contexto de la Guerra Fría. El intelectual latinoamericano de viaje por los países socialistas, al momento de registrar por escrito su experiencia, lo que hace es transmitir al lector de América Latina una imagen de los lugares que visitó. Elabora una representación de una realidad particularmente lejana para los latinoamericanos, mucho más acostumbrados a recibir información de Estados Unidos y de Europa Occidental a través de diversos medios de comunicación. De hecho, a ningún intelectual se le hubiera ocurrido escribir un libro como *Retorno al futuro* u *O mundo da paz* que versara sobre Estados Unidos. No se necesitaba un libro así. En cambio sí había que nutrir a la opinión pública del continente de imágenes directas –sin intermediarios– del mundo socialista, como lo confirma Amado, consciente del filtro con que los brasileños se informaban de aquella parte del mundo. Mostrar la verdadera cara de la Unión Soviética, no importa si favorable o negativamente, pero con ojos latinoamericanos: esa fue la función de los testimonios.

Luego, los intelectuales latinoamericanos, de regreso al continente, influían en la opinión pública, le daban forma, la informaban. El grado en que influían es indeterminable y dependía primero que nada de la repercusión del autor y de la difusión del mensaje. Desde esta perspectiva, presumo, por ejemplo, que el libro de Amado fue potencialmente más influyente que los reportajes de García Márquez.

Con su obra, el intelectual, al estar influyendo en la opinión pública, estaba ejerciendo poder. Pero este poder no se vertía en un escenario cualquiera, sino en el de la Guerra Fría. Por su temática, los testimonios tenían un sentido político singular pues presentaban una determinada imagen de uno de los bloques en pugna. No eran inocuos, ni tampoco inocentes. Bien lo sabía Amado.

Es así como se puede avanzar en la constitución de un nuevo objeto de estudio, que sería el intelectual latinoamericano en viaje: peregrinos políticos que por esta época extendieron su radio de acción mucho más allá de las fronteras del continente, de la Europa Occidental y de Estados Unidos: llegaron ahora de Praga a Vladivostok y de Moscú a Hanoi. Se sirvieron de los nuevos medios de transporte para recorrer el mundo, pero lo hicieron porque se sintieron empujados a ello al saberse involucrados en el conflicto global de la Guerra Fría. Cumplieron un rol de intérpretes para el latinoamericano común y corriente, que no contaba con los medios para viajar por el orbe ni para informarse de forma certera y equilibrada de la situación internacional. También fueron sus representantes: embajadores simbólicos –proclamados o autoproclamados– de los pueblos de América Latina, que transmitían su solidaridad a otros pueblos de otros continentes.

En definitiva, el intelectual latinoamericano de viaje por el mundo es una figura que patentiza bien el proceso de globalización no tanto ya de la política y de las relaciones internacionales como de la cultura, del arte y del pensamiento de América Latina al circuito mundial.

IV

LA SOVIETIZACIÓN DE LA CULTURA CUBANA EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA

El liderazgo que desde la Revolución de 1959 ejercieron los intelectuales cubanos sobre una gran mayoría de la intelectualidad latinoamericana experimentaría un cambio notable hacia finales de los sesenta. El año 1968 se va a erigir como el inicio de una ruptura irreparable entre los intelectuales latinoamericanos, que en adelante se dividirían entre seguidores y ex seguidores de Cuba. El cambio se explica por varios factores, siendo uno de los centrales la Unión Soviética y las distintas posiciones y reacciones que ésta generaba entre los intelectuales.

En 1968 las tropas soviéticas y del Pacto de Varsovia ingresaron en territorio checoslovaco suprimiendo la llamada Primavera de Praga, movimiento inspirado en una concepción más liberal del socialismo que suscitó un entusiasta apoyo en Occidente y en particular entre sus intelectuales. Pero para sorpresa de muchos Fidel Castro no censuró la intervención soviética, echando por tierra las expectativas de un buen número de intelectuales que percibían en el Comandante y en Cuba una actitud de mayor independencia respecto a la potencia rusa. Pese a que desde temprano La Habana entabló con la URSS una alianza, la cual se reforzó tras la crisis de los misiles en 1962, Castro proyectó cierta imagen de autonomía respecto a Moscú. En el plano intelectual y cultural reinaba la misma sensación, aunque en este caso lo que se rehuía eran los lineamientos que los soviéticos habían instruido para la creación artística.

En realidad, la cultura en Cuba durante la década del sesenta no fue una taza de leche. Al contrario, se enfrentaron grupos con distintas interpretaciones de cómo debía desenvolverse la creación intelectual en la Cuba revolucionaria, lo cual se relacionó directamente con las posturas comunistas y las influencias soviéticas. La amenaza del dirigismo cultural al estilo soviético y de la imposición del realismo socialista estuvo presente desde los albores de la década, cuando se nombró a comunistas en cargos culturales como la rectoría de la Universidad (Juan Marinello) o la dirección del Consejo Nacional de Cultura (Edith García Buchaca).⁹⁸ Por un lado, entonces, los escritores comunistas –o el Intelectual Comunista Revolucionario, según la tipología de Rafael Rojas– propugnaban el canon soviético de cultura. Frente a ellos, los escritores revolucionarios no comunistas –o Intelectual Nacionalista Revolucionario– renegaban del realismo socialista y pretendían consolidar la libertad creativa de los primeros dos años de la Revolución.⁹⁹ La generación joven de la escritura cubana se

98 Ver Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 191. Gilman agrega que García Buchaca aconsejaba a los críticos destruir la literatura de los servidores del imperialismo y ser amistosos y constructivos con los escritores revolucionarios.

99 Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona, Anagrama, 2006, 173-4. Entre los primeros, aparte de

identificó con ésta última tendencia –incluyendo a algunos que más tarde abjurarían de la Revolución, como Heberto Padilla, Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante. Ambrosio Fonet, un poco a nombre de esta generación, recuerda: “El realismo socialista –la literatura como pedagogía y hagiografía, orientada metodológicamente hacia la creación de ‘héroe positivos’ y la estratégica ausencia de conflictos antagónicos ‘en el seno del pueblo’– producía en nosotros, mis amigos pequeñoburgueses y yo, la misma reacción de quien se encuentra una mosca en el vaso de leche”.¹⁰⁰

En los años setenta el equilibrio entre los dos grupos anteriores se romperá para pasar a ser hegemónico el estilo soviético de cultura. Y así como la crisis checoslovaca marcó el fin de la supuesta autonomía política de Cuba, fue el caso del poeta Heberto Padilla en 1971 lo que confirmó las sospechas acerca de la adopción del molde cultural soviético. Desde 1968 Padilla había ingresado en una dinámica de roces, provocaciones y hostigamientos con organismos oficiales cubanos –desde la Unión de Escritores hasta la propia policía– que concluyó con su detención y autocrítica pública, vicisitudes interpretadas en el extranjero como la transposición en suelo caribeño de los recordados operativos soviéticos contra escritores que tanto impacto habían causado. Fonet lo ve así:

Si tuviera que resumir en dos palabras lo ocurrido, diría que en el 71 se quebró, en detrimento nuestro, el relativo equilibrio que nos había favorecido hasta entonces y, con él, el consenso en que se había basado la política cultural. Era una clara situación de antes y después: a una etapa en la que todo se consultaba y discutía –aunque no siempre se llegara a acuerdos entre las partes–, siguió la de los ucases: una política

Marinello, Rojas ubica a Carlos Rafael Rodríguez, Mirta Aguirre, José Antonio Portuondo y Nicolás Guillén. Entre los segundos incluye a Carlos Franqui, Haydée Santamaría, Alfredo Guevara y Armando Hart. Un tercer tipo, el Intelectual Republicano o Democrático, en funciones en los cincuenta, desaparece en los sesenta. Su mejor representante, Jorge Mañach, se exilia después de la Revolución.

100 Ambrosio Fonet, “El Quinquenio Gris: revisitando el término”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 246, enero-marzo 2007, 6. Siguiendo a Rojas, forman parte de este grupo Antón Arrufat, Edmundo Desnoes, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero y Pablo Armando Fernández, amén de Fonet. Rojas, *op. cit.*, 174.

cultural imponiéndose por decreto y otra complementaria, de exclusiones y marginaciones, convirtiendo el campo intelectual en un páramo (por lo menos para los portadores del virus del diversionismo ideológico y para los jóvenes proclives a la extravagancia, es decir, aficionados a las melenas, los Beatles y los pantalones ajustados, así como a los Evangelios y los escapularios).¹⁰¹

Las cosas no volverían a ser las mismas para los intelectuales cubanos... ni tampoco para los extranjeros. Los europeos que se habían abanderizado con Cuba se distanciaron muy a su pesar —de Sartre para abajo—, y buena parte de los latinoamericanos siguieron el mismo camino. Claro que otros reforzaron sus lazos tanto con la Revolución como con los intelectuales cubanos. Fidel no tuvo empacho en cortar con los escritores aliados que otrora le habían proporcionado una propaganda más efectiva que la de cualquier embajada. En el nuevo escenario los intelectuales cubanos ya no estarán tan pendientes de Latinoamérica y el Tercer Mundo y se acercarán a la cultura soviética.

La soviétización de la cultura cubana no pasó desapercibida a los ojos de sus intelectuales. Retrospectivamente, Ambrosio Fonet bautizó como “Quinquenio gris” el lapso entre 1971 y 1976, aludiendo a la pobre creatividad resultante de las cortapisas que el poder político impuso a sus artistas.¹⁰² Fue la adopción de “modelos económicos y esquemas ideológicos soviéticos” lo que desencadenó una etapa de estancamiento y desconfianza que quebró la tan celebrada alianza entre las vanguardias política y artística de la década anterior.¹⁰³ De manera más precisa, Fonet identifica el quinquenio con lo que llama el “pavonato”, o la dirección del Consejo Nacional de Cultura por parte de Luis Pavón Tamayo, que supuso el desplazamiento del grupo de intelectuales revolucionarios

101 Fonet, “El Quinquenio...”, *op. cit.*, 12.

102 Rafael Rojas ve en esto de quinquenio un eufemismo, porque a su parecer el control policial de la vida intelectual se prolongó hasta 1992, aunque sin ser tan rígido como el soviético (Rojas, *op. cit.*, 450). El propio Fonet reconoce que los escritores más perjudicados hablan de Decenio Negro (“El Quinquenio...”, *op. cit.*, 15).

103 Ambrosio Fonet, “*Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía*”, en Saúl Sosnowski (editor), *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999, 422.

no comunistas: “El pavonato fue eso, justamente: un intento de disputarles el poder, o mejor dicho, de despojar del poder a aquellos grupos que hasta entonces habían impuesto su predominio en el campo de la cultura y que por lo visto no eran, salvo excepciones, ‘políticamente confiables’. Únicamente se salvaron –aunque con facultades bastante reducidas– los que pertenecían a instituciones autónomas encabezadas por figuras prestigiosas, como los casos de la Casa de las Américas y el ICAIC”.¹⁰⁴

Por su parte, Lisandro Otero, uno de los intelectuales cubanos más “duros” y acusado en alguna ocasión de “comisario” cultural, y que sin embargo en los últimos años ha militado en la rebeldía, expresó que en los setenta y, aun más, en los ochenta, el nivel cultural descendió de la mano de los “modelos tradicionales” importados: “En la Revolución hubo toda una vertiente de fresca, espontaneidad y originalidad que desapareció cuando comenzamos a aprobar modelos cada vez más soviéticos de comportamiento, desde los pañuelos rojos hasta la planificación centralizada”.¹⁰⁵

Roberto Fernández Retamar, aludiendo a Fornet, sugiere que “quizás no fue tan quinquenio, algunos piensan que fue más, lo que no hubo duda es que hubo allí una osificación”. Observa que con la muerte del Che Guevara se inicia un proceso que empuja a Cuba hacia la Unión Soviética. Con el fin del Che se acabó el proyecto revolucionario de América Latina, y como Cuba estaba mal avenida con los partidos de izquierda tradicionales del continente y tenía la puerta de Estados Unidos cerrada, no tuvo otra alternativa que acercarse al CAME, Comunidad de Ayuda Mutua Económica, con lo cual la originalidad y fresca de los comienzos de la Revolución se vieron progresivamente constreñidos. Con algo de culpa confiesa –hacia 1991– que “como una manera de sobrevivir, nos integramos más de lo que era prudente a ese socialismo real con las consecuencias dramáticas que estamos viviendo ahora”. Establece otro hito en 1976 con la creación del Ministerio de Cultura, que

104 Fornet, “El Quinquenio...”, *op. cit.*, 11.

105 Citado por Jorge Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires, Ariel, 1993, 204. Otero agrega que la institución Casa de las Américas, mientras estuvo dirigida por Haydée Santamaría, mantuvo cierta autonomía y marginalidad respecto de las políticas oficiales (p.222).

supone el fin de la etapa más dura de la osificación ideológica.¹⁰⁶

Es por tanto en el arte donde el giro hacia la Unión Soviética se manifestó en una forma más inmediata. En este país de escritores inmortales se vivió desde el estalinismo la instalación de un paradigma estético que instruía la creación de obras de arte dirigidas eminentemente al pueblo, que además retrataran realidades edificantes y que estuvieran en consonancia ideológica con el marxismo-leninismo. Quedaba vetado así cualquier arranque abstracto o surrealista, vertientes artísticas que Estados Unidos se esmeró en fomentar como una forma de ilustrar la libertad creadora que se sugería inexistente detrás de la Cortina de Hierro. No es de extrañar que Nicolás Guillén, un comunista de toda la vida, anticipara en el V Congreso de Escritores Soviéticos (Moscú, junio-julio de 1971) lo que sería la norma tiempo después en Cuba. De acuerdo con los postulados que la URSS había implantado, el poeta cubano expresaba: “No concibo (...) que un escritor de nuestros días, sobre todo si pertenece a un pueblo subdesarrollado y rebelde, viva de espaldas a esa lucha, entregado a puros juegos de imaginación, a verbalismos intrascendentes, a ociosas policromías, a entretenidos crucigramas, a oscuridades deliberadas, que corresponden precisamente, y son gratas, a los propios imperialistas que nos explotan asfixiándonos”.¹⁰⁷ El deber es, en consecuencia, realizar obras transparentes con un mensaje directo y que retraten, en las sociedades aún no liberadas, las problemáticas sociales más urgentes con el fin de despertar los ímpetus de rebeldía. No hay lugar aquí para juegos, verbalismos, policromías o crucigramas que solo responden a caprichos artísticos.

Lo que Guillén pretendía en 1971 se vería plasmado años más tarde con motivo del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en diciembre de 1975. “Sobre la cultura artística y literaria. Tesis” es el título que el documento merece según la revista que lo publica, *Casa de las Américas*. El texto constituye una verdadera matriz de lo que debe ser el arte en Cuba. El principio rector estipula que la creación artística debe contribuir a la liberación social e individual y a la formación de un hombre nuevo para una

106 Entrevista de Sergio Marras a Roberto Fernández Retamar (1991), en Sergio Marras, *América Latina. Marca registrada*. Barcelona, Ediciones B-Andrés Bello, 1992, 329.

107 *Casa de las Américas*, (La Habana), 69, noviembre-diciembre 1971, 226.

sociedad nueva, objetivos que coinciden con los del socialismo y el comunismo. Por consiguiente la Revolución rechazará toda obra que sirva de instrumento para la difusión o legitimación de posiciones ideológicas adversas al socialismo.¹⁰⁸ Si ya en 1961 Fidel Castro en sus famosas “Palabras a los intelectuales” había advertido: “dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada”, ahora se pretende regular mediante instrucciones precisas qué está adentro y qué está afuera, aunque finalmente la decisión de lo que es o no favorable a la revolución siempre dependerá de un criterio arbitrario, que en este caso parece querer monopolizar el Partido Comunista, que no por nada es el guardián ideológico de la Revolución y el representante fidedigno de la voz del pueblo. Bajo ese prisma se entiende todo el peso de la siguiente síntesis: “La creación artística y literaria debe reflejar la problemática de la vida social e individual y las tensiones inherentes al proceso. Al tratar tales conflictos lo hace desde las posiciones de clase del proletariado, con su firmeza y claridad ideológica, con su enérgica y total intransigencia frente a las manifestaciones de la ideología del pasado y con su defensa de los intereses del pueblo”.¹⁰⁹

El documento también se hace cargo de los desafíos que la cultura cubana debe emprender si quiere de verdad responder a los compromisos que la situación política le demanda. Porque Cuba no solo se ha abocado a la gran tarea de recuperar la identidad tanto tiempo cautiva por el colonialismo, ya sea hispano o “yanqui”, y de hacer extensiva la cultura a toda la población —eliminando el analfabetismo, de partida—, sino que ha comprendido que la cultura no es patrimonio de una sola nación y que siempre precisará abrirse al mundo. El texto declara: “Nuestra cultura se esfuerza en expresar las más puras tradiciones nacionales, la voluntad internacionalista del proletariado y el sentido universal

108 “Sobre la cultura artística y literaria. Tesis”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 99, noviembre-diciembre 1976, 5.

109 *Ibid.*, 13. Ambrosio Fonet destaca que, aunque en el documento no se menciona la fórmula “realismo socialista”, su espíritu subyace de modo decisivo al texto: “Numerosos pasajes reflejan la convicción de que es la ideología la que rige todo el proceso de producción y valoración de la obra de arte. Especialmente significativo es el pasaje en que se habla de ‘el nexo del arte socialista con la realidad’ y ‘la cualidad del reflejo vivo y dinámico de que hablara Lenin’ (en contraste con un realismo estático, propio de la copia fotográfica)” (Fonet, “El quinquenio gris...”, *op. cit.*, 14).

de la cultura, ajeno a un falso universalismo, que desprecia los valores auténticos en la creación de cada pueblo”.¹¹⁰ La vocación internacionalista y fundamentalmente latinoamericanista que con orgullo detenta Cuba, le obliga a inspirarse en la Unión Soviética si quiere construir una comunidad cultural que integre a los países de América Latina con tanto éxito como los rusos han hecho con sus repúblicas. La experiencia soviética es el mejor ejemplo al haber logrado el “establecimiento de un estado de pueblos fraternales que asegura y promueve el desarrollo de las culturas nacionales”.¹¹¹ Si a ello le sumamos el reconocimiento a los grandes avances culturales que se le atribuyen a la Unión Soviética y a los países socialistas no extraña para nada que una de las resoluciones del Congreso recomendara la intensificación de los lazos culturales entre Cuba y dichos estados.

En verdad, esta recomendación estaba un tanto de más, por el simple hecho de que desde los setenta tempranos, las actividades de colaboración intelectual y cultural se habían incrementado notoriamente. Entre Cuba y la Unión Soviética se firmaron, con regularidad, convenios de colaboración mutua desde los sesenta, pero fue en los setenta que las actividades de intercambio se hicieron más periódicas y difundidas. En el área de la ciencia, la investigación, la técnica y la educación superior se registraron diversos contactos; se hicieron frecuentes las presentaciones de artistas o muestras cubanas en la URSS y viceversa; las revistas literarias cubanas dedicaron números especiales a las literaturas socialistas;¹¹² la traducción y edición de literatura cubana en la Unión Soviética alcanzó grandes dimensiones;¹¹³ se publicitó y

110 “Sobre la cultura artística y literaria. Tesis”, *op. cit.*, 7.

111 *Ibid.*, 8.

112 Por ejemplo, *La Gaceta de Cuba* dedicó una entrega especial de literatura soviética como homenaje al 55° aniversario de la URSS, en 1973; lo mismo hizo la revista *Unión*, que antes había preparado antologías de literatura rumana, húngara, polaca, búlgara y vietnamita.

113 Evidentemente, no solo a la literatura cubana se dirigió el programa editorial soviético, aunque sí fue la más favorecida. Según datos de la Cámara del Libro soviética, hacia 1972 habían salido 3.830.000 ejemplares de literatura cubana, con 92 títulos y en 16 idiomas; le seguía Brasil (3.678.000 ejemplares, 11 idiomas) y Argentina (2.582.000 ejemplares). Los autores más publicados eran Horacio Quiroga, Jorge Amado y Pablo Neruda, y entre los cubanos, José Soler Puig, un narrador de militancia comunista que superaba a Nicolás Guillén y a

comentó –por ejemplo, en *Casa de las Américas*– la circulación de revistas latinoamericanistas en el bloque soviético, como *América Latina*; abundaron eventos como las “Semana de la Amistad” o “Jornadas de Cultura” que convocaban a ambas partes, etc. Por cierto, tanta agitación respondía a una voluntad recíproca de acercamiento, vale decir que no fue resorte solo de los intelectuales cubanos, al contrario, en buena parte se debió a una política originada en suelo soviético donde, por lo demás, se contaba con los recursos materiales para implementarla.

Aunque la URSS fuera con creces la metrópoli cultural a la que se dirigían los cubanos, siempre se insistió en la conveniencia de dialogar con las demás naciones socialistas de Europa del Este y de hecho se pusieron en práctica no pocas iniciativas. Sin embargo, no deja de ser curioso que el país con el cual más se cultivó la amistad cultural fuera Bulgaria. En los años sesenta, para empezar, se detecta una particular corriente migratoria de jóvenes búlgaros becados en Cuba y viceversa.¹¹⁴ El intercambio literario será con todo el más usual, tanto por la difusión de la obra de escritores búlgaros como por el despliegue de las letras latinoamericanas en Sofía y sus alrededores. *Casa de las Américas* publica en 1977 una nota de Venko Kanev titulada “La literatura hispanoamericana en Bulgaria: un nuevo contacto cultural”, en la que el autor resalta la valiosa labor de los organismos literarios cubanos que ha hecho posible el intercambio cultural a través de ediciones y visitas mutuas de escritores y críticos. También agradece la fluida circulación en Bulgaria de las revistas cubanas *Casa de las Américas*, *Unión*, *La Gaceta de Cuba* y *El Caimán Barbudo*, que mantienen tan bien informado al lector búlgaro acerca de América Latina.¹¹⁵

Pero, ¿qué tan natural podía resultar para un cubano descubrirse rodeado de eslavos, de textos eslavos, de arte eslavo? ¿Qué tan natural podía ser ver pasar por la calle al ministro de cultura soviético que además presidía la comisión intergubernamental cubano-soviética para la colaboración cultural? Poco, en verdad, por eso la necesidad de justificar una alianza artificial y hacer aparecer como hermanas

José Martí (*Casa de las Américas*, (La Habana), 74, septiembre-octubre 1972, 184-185).

114 Ver Carlos Alberto Montaner, *Cuba: claves para una conciencia en crisis*. Madrid, Playor, 1983, 32.

115 *Casa de las Américas*, (La Habana), 102, mayo junio 1977, 113ss.

culturas tan dispares. Por eso buscar y subrayar los puntos en común, el pasado, presente y futuro en común. Cuando en 1972 se inauguró la Primera –nótese, primera– Jornada de la Cultura Soviética en Cuba, que celebraba el quincuagésimo quinto aniversario de la Revolución Rusa, en presencia de la ministra de cultura de la URSS y de Fidel Castro, Luis Pavón, presidente del Consejo Nacional de Cultura,¹¹⁶ enfatizó que culturas revolucionarias, como las de la URSS y Cuba, conforman un mismo haz, el de los pueblos libres, que comparten principios básicos. La soviética es así una cultura hermana que “está por el bien del hombre, que conserva el patrimonio de la humanidad y lo desarrolla”, y que es obra “de ese inmenso y heroico pueblo que da su solidaridad internacional a los pueblos que luchan y construyen, cuya existencia, según señalara Fidel en el centenario de Lenin, ‘es un privilegio de los pueblos que luchan contra el imperialismo.’”¹¹⁷ La comunidad cultural se funda en coincidencias históricas: revolución, liberación, lucha antiimperialista, pueblos constructores, protección y desarrollo de la humanidad. Para Pavón la cultura cubana por principio se vinculará en lo venidero con las culturas socialistas de Asia, África y Europa Oriental, y comprometerá su respaldo a todas las que se declaren antiimperialistas, anticolonialistas, emancipadoras del hombre y de la sociedad.¹¹⁸

Años más tarde, cuando se festeje el sexagésimo aniversario de la Revolución de Octubre, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) emitirá una resolución donde se pronunciará en un tono similar, aunque estableciendo un parentesco más directo, no ya entre culturas, sino entre intelectuales: “Reiteramos nuestra admiración y respeto por los extraordinarios logros del hermano pueblo soviético y nuestra identificación solidaria con sus escritores y artistas, fieles al legado de Lenin, firmes puntales de la cultura soviética”.¹¹⁹ Es interesante el intento de igualarse con los escritores soviéticos al juzgarlos fieles al legado de Lenin, lo cual significaba que se sentían con tanto derecho como ellos para evaluar quién es leal o no a ese legado.

116 El Consejo Nacional de Cultura es el organismo predecesor del Ministerio de Cultura, creado en 1976 bajo la dirección de Armando Hart.

117 *Casa de las Américas*, (La Habana), 76, enero-febrero 1973, 158.

118 *Ibid.*, 158.

119 *Casa de las Américas*, (La Habana), 106, enero-febrero 1978, 58.

Así pues, la soviétización de la cultura cubana se verificará hacia la década del setenta como una determinada manera de conducir la creación artística, como una marcada tendencia a establecer vínculos culturales con la Unión Soviética y, en menor medida, con los demás países de Europa del Este, y como una voluntad de acercamiento entre las culturas encaminada a establecer una suerte de comunidad cultural mediante un discurso que enfatizaba las similitudes históricas, morales, políticas, culturales y sociales.

1. Confrontación

En el escenario de la Guerra Fría el discurso de los intelectuales latinoamericanos pocas veces utilizó una retórica tan confrontacional como la de los cubanos por esta época. Hay que consignar, sí, que difícilmente se plantea el apoyo a la Unión Soviética en términos bélicos o militares, y que tampoco se utiliza de forma abierta la categoría “Guerra Fría”; por el contrario, el discurso se desvive por la paz entre los pueblos y da por sentado que la Unión Soviética es el principal promotor del pacifismo en el mundo, posicionándola en las antípodas del agresivo Estados Unidos. Es por medio de la reflexión acerca de las culturas y de los valores culturales que se canaliza el ánimo combativo y el abanderamiento con la causa soviética, remarcándose el contraste que en el plano cultural representan ambas potencias. Por otra parte, si, como vimos, se presencia un esfuerzo concreto de los intelectuales cubanos por hermanar las culturas basándose en los principios históricos y morales que las unen, también se manifiesta un segundo mecanismo para afianzar la fraternidad: la cerrada oposición a la cultura del enemigo común.

Existía plena conciencia de los alcances que la diferenciación entre la cultura soviética y la norteamericana comportaba, como lo refrendan estas palabras del documento suscrito por el I Congreso del PC de Cuba: “En la actualidad asistimos a la confrontación ideológica mundial de la cultura humanista del socialismo con las expresiones enajenantes de la cultura del capitalismo y el imperialismo”.¹²⁰ En la lucha se le asignan a las “fuerzas culturales

120 “Sobre la cultura artística y literaria. Tesis”, *op. cit.*, 8.

socialistas” un papel cada vez mayor, lo que equivale a decir que Cuba también tiene participación dada su calidad de aliado natural de las repúblicas que lideran la cruzada. Nicolás Guillén es otra vez muy lúcido al interpretar en esos términos la situación del momento cuando en el XII Encuentro de Dirigentes de Uniones de Escritores de Países Socialistas efectuado en La Habana durante febrero de 1975 –y ante delegados de Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, Alemania Democrática, Vietnam y la URSS– exhorta a “conversar; conversar para comprendernos; comprendernos para llegar a un entendimiento universal frente a un enemigo común”.¹²¹ En seguida se atreve a usar un acento amenazante para augurar que “el monstruo está ya herido; no ha muerto, pero de esa herida morirá”.¹²²

De que se libra una contienda colectiva y solidaria contra la “alienante y decadente cultura made in USA”, para decirlo en palabras de Guillén, no caben dudas, no solo porque es el mismo rival, sino porque éste emplea las mismas estrategias: “La cultura imperialista destruye la vida material y espiritual en Vietnam, Laos y Cambodia, en cuanto pueblo que quiere su libertad y su independencia, e intenta penetrar ideológicamente a los países libres, neocolonizarlos, a la vez que trata de corromper al propio pueblo norteamericano con sus aberraciones embrutecedoras”.¹²³

Esto último supone que la solidaridad no es solo con países y gobiernos, sino también con los pueblos que son víctima de idénticos atropellos.

El ministro de cultura de Cuba, Armando Hart, miembro de la jerarquía del PC cubano, publicó en la revista moscovita *América Latina* un artículo llamado gráficamente “La cultura en la confrontación ideológica”. En él se explaya sobre los aspectos donde las culturas soviética y norteamericana se distancian con nitidez. Para Hart el capitalismo es simplemente contrario al arte, pues apenas lo tolera en función de sus intereses. Es por eso que las sociedades burguesas y desarrolladas ven decaer su progreso y riqueza cultural, y aun observan con aflicción el avance ideológico de los países socialistas, ante lo cual han debido recurrir a lo que llama desideologización y diversionismo ideológico. Porque en

121 *Casa de las Américas*, (La Habana), 90, mayo-junio 1975, 145.

122 *Ibid.*, 145.

123 *Casa de las Américas*, (La Habana), 76, enero-febrero 1973, 158.

definitiva la pugna se da entre la ideología científica del proletariado y el neocolonialismo cultural con el que Estados Unidos pretende penetrar en las sociedades subyugadas. Hart interpreta la lucha cultural en términos eminentemente ideológicos, y en ese terreno la supremacía soviética es evidente, sobre todo por el postulado que intenta propagar por el mundo: la coexistencia pacífica de los pueblos.¹²⁴ En otra ocasión el mismo Hart lleva al terreno propiamente cultural—no tanto ideológico—la tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética al rebelarse contra las acusaciones que el capitalismo deja caer sobre la obra cultural soviética, retrucando con dos argumentos de peso: la concordia de las distintas repúblicas y el progreso científico y tecnológico: “¿Cómo admitir en silencio que en los países capitalistas se calumnie a la Unión Soviética en el terreno cultural, cuando ese país ha logrado articular con exquisito cuidado la cultura de numerosas nacionalidades, y ha logrado, a la vez, cohesionarlas, para colocarlas en la vanguardia del movimiento científico, técnico y cultural contemporáneo?”¹²⁵

Es que, tal como hace Hart, los intelectuales cubanos durante los años setenta adoptan una apasionada e irrestricta defensa de la Unión Soviética, en especial ante los ataques supuestamente infundados con que arrecian sus opositores. Intentan reafirmar que aquellos aspectos soviéticos más criticados no solo son falsos sino que constituyen algunas de sus más notables fortalezas y, al mismo tiempo, remarcan que en los países imperialistas esos aspectos, censurados con hipocresía, se exhiben como graves síntomas de decadencia.

Uno de los temas que aflora con mayor asiduidad y cuyo cuestionamiento causa una gran irritación entre los cubanos, es el de los derechos humanos, presuntamente violados en la Unión Soviética y en sus satélites de Europa del Este. La respuesta insular ante tales acusaciones, que en todo caso no son explicitadas, parte por la constatación del valor histórico de la Revolución Rusa, que estriba en la pionera liberación de un pueblo hasta entonces cautivo de la enajenación social y de la opresión política. El vital acontecimiento de 1917 echó a andar toda una perspectiva de creación, justicia, dignidad y seguridad a los pueblos de las

124 Armando Hart, “La cultura en la confrontación ideológica”, *América Latina*, (Moscú), 4, 1977, 53ss.

125 *Casa de las Américas*, (La Habana), 101, marzo-abril 1977, 8.

repúblicas soviéticas, vale decir que supuso la implantación más genuina de los derechos humanos. Sobre esa base se justifica la indignación ante la “canallesca campaña antisoviética orquestada por el imperialismo y sus amanuenses” que a través de los medios de comunicación masivos, junto con difamar a la URSS, intentan distraer la atención de la crisis que el capitalismo experimenta y que se vislumbra en el paro forzoso, la inflación, la explotación, la desigualdad, la corrupción, la persecución política, la discriminación racial y el terror fascista. Así lo expresa la declaración de celebración de los sesenta años de la Revolución Rusa que redacta la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, concluyendo que esos indicios de crisis no pueden ser sino la expresión más fehaciente de que el verdadero atropello a los derechos humanos se practica al interior del imperialismo.¹²⁶

La conculcación de derechos humanos, democracia y libertad individual es el argumento que esgrime el capitalismo para calumniar de manera constante a una Unión Soviética corrompida por la dictadura del proletariado, por ello, indica el ministro de cultura cubano Armando Hart, los intelectuales deben estar siempre alerta para desnudar la falsedad de dicho discurso, confiando siempre que solo el marxismo leninismo entraña la representación de las masas obreras y campesinas guiándolas a la práctica plena de la democracia, los derechos humanos y la libertad.¹²⁷

Muy explícito se muestra Nicolás Guillén cuando compara abiertamente las políticas internacionales de las potencias en pugna. La ocasión en que se pronuncia es significativa: el II Congreso de la UNEAC, en 1978; el primer congreso se realizó en 1961 y fue un acto fundacional donde se fijaron las directrices a seguir por la intelectualidad cubana, en las que el propio Fidel Castro influyó de forma decisiva. Sería interesante preguntarse por qué razón se convocó un segundo congreso, siendo razonable pensar que obedeció a la necesidad de una reorientación clara ante un momento de confusión. En el discurso de apertura, Guillén brinda un reconocimiento a la vital cooperación de la Unión Soviética, del

126 *Casa de las Américas*, (La Habana), 103, julio-agosto 1977, 169. La declaración es firmada por cuatrocientos trabajadores de la cultura, entre los que se distinguen Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar y Eliseo Diego

127 *Casa de las Américas*, (La Habana), 106, enero-febrero 1978, 64.

Partido Comunista soviético y del mundo socialista en general, una ayuda internacionalista y desinteresada sin la cual la Isla no habría alcanzado la victoria en el terreno militar, económico y técnico (en ese orden). La antítesis de tal solidaridad Guillén la endilga a Estados Unidos: “¡Cuánta diferencia no existe entre un gobierno que, como el de Estados Unidos, presta con usura y cobra con la policía, y el del gran país que lejos de abolir nuestra independencia y libertad, nos facilita los medios para consolidarlas, enriqueciendo con sus recursos propios nuestro propio esfuerzo!”¹²⁸

2. Confrontación y distensión

Al pensar en la soviétización de la cultura cubana surgen interrogantes acerca de las causas que la promueven y acerca de su relación con procesos económicos, políticos y sociales. Porque lo primero que hay que sentar es que la soviétización no se da solo en lo artístico e intelectual, sino también en lo político, económico, militar, etc.; por consiguiente, las causas que definen los cambios culturales que se aprecian en los años setenta deben comprenderse como parte de un proceso mayor que involucraba políticas estatales tanto de Cuba como de la URSS y que se enfocaban a una mayor colaboración. Los lazos de dependencia que la Isla tejió con los soviéticos se profundizan en los setenta, propiciando así un creciente intercambio cultural. Pero sostengo que ésta es una explicación insuficiente pues factores culturales internos inciden fuertemente en la soviétización del clima intelectual cubano, recuperando de esa manera una cierta autonomía del campo intelectual. Es más, tal autonomía adquiere mayor consistencia si se observa la cultura cubana en relación con el devenir de la Guerra Fría, que por estos años transitaba por lo que se llamó “distensión”, período en que aflojó el pulseo entre Estados Unidos y Unión Soviética.

Si la tensión bajaba entre ambas potencias, sería natural esperar que el interés soviético en Latinoamérica se debilitara, en tanto ya no suponía tanta urgencia disputarle a EE.UU. el predominio en este continente. Por lo mismo, los contactos culturales no tendrían por qué aumentar. Claro está que nada es tan mecánico

¹²⁸ *Ibid.*, 41.

como para que los hechos se hubieran desenvuelto de ese modo, al contrario, por la misma época la intervención de Estados Unidos en la política latinoamericana llegaba a su cenit propiciando y sosteniendo dictaduras militares especialmente en el Cono Sur, con lo cual se desmentiría de inmediato una supuesta distensión en suelo americano que –como decía recién– no se concedía con la notoria aproximación soviética a la cultura cubana. Lo anterior sugiere varias lecturas alternativas: 1^a) que la soviétización de la cultura cubana obedeció a factores culturales locales –que luego detallaré– y que por ello no se correspondió con la distensión de la Guerra Fría; 2^a) que esa distensión no fue tal en América Latina y que, en consecuencia, la Unión Soviética intentó fortalecer sus posiciones en Cuba como respuesta a la avanzada de EE.UU. en la política latinoamericana; 3^a) que la Unión Soviética decidió profundizar los lazos culturales con Cuba por una simple política de solidaridad, bajo la convicción de que ello acarrearía para ambos Estados un enriquecimiento recíproco en las áreas artística y científica; por cierto, el esfuerzo fue bipartito, es decir que contó con la aprobación y colaboración del régimen cubano; 4^a) la soviétización también puede concebirse como la culminación de un proceso que desde inicios de los sesenta buscó progresivamente el fortalecimiento de una alianza integral –política, económica, militar, cultural– entre ambos países.

Aunque para explicar el fenómeno las alternativas recién expuestas no son excluyentes y por tanto cada una ofrece elementos que coadyuvan a la comprensión, mi impresión es que son los factores locales –cubanos y latinoamericanos– y no los foráneos –inherentes a la Unión Soviética y a la dinámica de la Guerra Fría– los que ejercen mayor gravitación.

Por una parte, hay que aquilatar el rol que con el paso del tiempo fue adquiriendo en Cuba el Partido Comunista cubano, el cual en la primera hora de la Revolución no asomó en primera fila, pero que al poco tiempo recibió un importante reconocimiento desde que Fidel Castro declaró el carácter socialista de la Revolución Cubana, hacia 1961.¹²⁹ El hecho generó y, simultáneamente, se vio vivificado por la creciente cercanía de la Unión Soviética,

129 El Partido Comunista de Cuba solo se denominó así desde 1965. Existía, desde antes de la Revolución, con el nombre de Partido Socialista Popular.

que se enraizaba en una coincidencia ideológica que luego se tornó económica, política, cultural y militar. Lo cierto es que la fraternidad entre Cuba y la URSS recibió un espaldarazo luego de esa declaración de principios, una fraternidad que tomaría ribetes dramáticos con la crisis de los misiles en 1962, que terminó por sellar una alianza que, aún con vaivenes, se prolongó por largo tiempo, hasta la mismísima desaparición de la URSS. Como es sabido, el vínculo que el Partido Comunista de la Unión Soviética tejía con los partidos homónimos alrededor del mundo era lo bastante estrecho como para condicionar, si no determinar, la conducta política de tales colectividades; si además, como en Cuba, el PC nacional estaba en el poder, la injerencia se filtraba hasta las propias políticas gubernamentales. Con todo, en un régimen personalista como el cubano, es difícil que Fidel Castro se haya dejado manejar por insinuaciones moscovitas y de hecho, hasta 1968, preservó una notable independencia. A raíz de eso la extrañeza que generó el beneplácito con que Fidel reaccionó ante Praga 68, una actitud que denunciaba una creciente fidelidad –valga la redundancia– a los dictados del Kremlin.

La influencia del PCUS en los partidos comunistas del orbe no atañó exclusivamente a las luchas políticas o a las políticas de gobierno sino que involucró también de manera especial a los intelectuales pertenecientes a dichos partidos, un fenómeno que data de los primeros años de la Unión Soviética y de su PC, por lo cual no es ninguna novedad esta suerte de tutela que, hacia los años setenta, afectó a los intelectuales cubanos. Y quien mejor representa este lazo determinante entre Moscú y los intelectuales comunistas es otra vez Nicolás Guillén, personaje que mucho antes del triunfo revolucionario en su país se paseaba por el mundo asistiendo a casi todos los congresos que convocaban a sus camaradas y colegas de profesión, haciéndose asiduo, por ejemplo, a los Congresos de Escritores Soviéticos. Hay más: Guillén fue el primer presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba –entidad creada en los albores de la Revolución–, cargo que ocuparía por más de dos décadas y desde el cual promovió una comunicación fluida con los intelectuales de los Estados situados más allá de la Cortina de Hierro. Es más que legítimo colegir que a medida que el Partido Comunista cubano se adjudicaba espacios de poder, el influjo del Partido Comunista soviético aumentaba en la dirección

revolucionaria, lo cual también se reproducía en la vida cultural, todavía más si se atiende que una de sus personalidades más ejecutivas era el acérrimo e inveterado comunista Nicolás Guillén.

Los intelectuales cubanos fijaron su mirada en la Unión Soviética no solo por el rol de los partidos comunistas, como hemos advertido, también porque en alguna medida se sintieron, si no solos, menos acompañados por sus pares latinoamericanos y de otras partes del mundo, quienes se distanciaron por distintas razones de la Revolución Cubana, verdadero credo que en los años sesenta interpeló a una gran mayoría. Un hito al respecto lo marca la intervención en Praga, pero el Caso Padilla es con claridad el principal detonante de la diáspora que caracterizó al campo intelectual de los años setenta.

Fue sobre todo entre los europeos que cundió la decepción ante los sucesos de Checoslovaquia, pero la ruptura definitiva no llegó ahí sino años más tarde, cuando estalló el Caso Padilla: la detención y posterior autocrítica del poeta que supuso el inicio del control riguroso del Estado cubano sobre la creación artística y la adopción del estilo soviético de dirección cultural. Es 1971 el año que señala la defección de importantes grupos intelectuales europeos y latinoamericanos con quienes se interrumpe un diálogo que le había reportado grandes dividendos a la Cuba revolucionaria, limitándose de paso el contingente con que se relacionaban los intelectuales de la Isla. En concreto, a partir de 1971 los intelectuales cubanos reducen el número de sus amistades y se ven en la necesidad de buscar nuevos interlocutores que cumplieran con las expectativas de Fidel Castro, luego que éste proclamara la prescindencia de sus ex socios, los intelectuales burgueses de Occidente. Ante el nuevo escenario, qué mejor que consagrarse al fructífero intercambio con aquel país que tanto tenía que enseñar en el plano cultural como era la Unión Soviética.

He mencionado las dictaduras militares que se instalaron en América Latina alrededor de 1970 y que supusieron sobre todo para los países del Cono Sur –Brasil, Argentina, Chile, Uruguay– consecuencias graves en el ámbito de la cultura. Alguno intelectuales fueron asesinados y exiliados otros en gran cantidad, sin contar los exonerados de las universidades y los que sufrieron la clausura de los centros de estudio e investigación en que trabajaban. Diversos efectos provocó la situación en el campo intelectual del continente.

Por lo pronto, la libre circulación que practicaban por los países de América Latina y del resto del mundo fue duramente restringida, con lo cual se dificultaron los encuentros y congresos que tanto los habían aglutinado. Hay que consignar que, por contrapartida, los intelectuales exiliados se radicaron en una cantidad circunscrita de países, favoreciendo el diálogo entre ellos y con las comunidades culturales locales. También se desarrollaron esfuerzos solidarios que intentaban sobre todo llamar la atención de la opinión pública internacional denunciando los crímenes y atropellos a los derechos humanos y así sensibilizar a aquellos países que algún grado de presión podían ejercer sobre los gobiernos militares y sobre las organizaciones internacionales. Como es lógico, Cuba fue una de las plataformas más utilizadas por los intelectuales en el exilio, y de hecho se convirtió en uno de los refugios preferidos por los exiliados.

Las dictaduras, en definitiva, inhibieron los ánimos revolucionarios e internacionalistas que unificaban a la intelectualidad latinoamericana, y de paso las preocupaciones nacionales se tornaron prioritarias. Lo que decayó entonces fue el latinoamericanismo, ante lo cual se despejaba la vía para dialogar con otras sociedades, que en el caso cubano fueron las socialistas, en especial la soviética. Hay que relevar también que Cuba se vio impedida de ejecutar y fortalecer los convenios culturales que implementaban el intercambio recíproco con varios países latinoamericanos que, en manos de gobiernos militares, lo que menos querían era conservar lazos de cooperación con el régimen castrista. Más allá de México, Venezuela o más tarde Nicaragua, países con los que el intercambio se sostuvo, los cubanos encontraron en la URSS y sus satélites una gran vertiente de enriquecimiento y un espacio donde sus artistas pudieron dar a conocer e internacionalizar su obra, entre otras regalías.

Una consideración más acerca de los exiliados y su trascendencia para nuestro tema guarda relación con su militancia política, pues en buena cantidad pertenecían a los partidos comunistas de los países bajo dictaduras. Los intelectuales comunistas una vez en el exilio decidieron en muchos casos radicarse en los países socialistas de Europa oriental y en la propia Unión Soviética por una cuestión de afinidad ideológica y por la generosidad con que eran recibidos. Pensemos por ejemplo en los escritores chilenos

Volodia Teitelboim y José Miguel Varas, que viviendo en Moscú establecieron comunicación con los pueblos bajo yugo dictatorial, siendo emblemático el programa radial “Escucha Chile” que el primero transmitía por Radio Moscú. Se incrementó así el diálogo entre Latinoamérica y la cultura y los intelectuales de los países socialistas, sirviendo los intelectuales de puente para que sociedades como la cubana se entendieran mejor con dichas culturas. Fue en definitiva un modo de acercamiento de la cultura soviética y socialista a América Latina, dentro de la cual Cuba se convirtió en el principal beneficiado.

Por todo lo señalado creo comprobar que fueron los factores locales, vale decir, cubanos y latinoamericanos, los que revistieron mayor incidencia a la hora de explicar la soviétización de la cultura cubana. Sostengo que en este fenómeno pesaron más acontecimientos y procesos como el avance del PC cubano, la ruptura a raíz del caso Padilla, la marea de dictaduras militares y la acción de los exiliados, que las políticas desplegadas por la Unión Soviética en el continente latinoamericano.

De cualquier modo es un deber inquirir por los objetivos que motivaron a los soviéticos a acercarse a la cultura cubana. Más allá del siempre fructífero intercambio y de la bienintencionada solidaridad dispensada por la URSS a la Isla, la ofensiva pudo ajustarse a la intención de propagar un discurso prosoviético hacia Latinoamérica utilizando el suelo cubano como plataforma. Serían así los intelectuales cubanos los encargados de mediatizar el mensaje que desde Moscú se quería hacer llegar a los pueblos de América Latina y de ese modo esquivar las reticencias que habría generado un discurso frontalmente emanado desde la URSS y elaborado por la intelectualidad soviética. La mediación también habría operado en otra dirección en tanto se hacía hablar a los cubanos en representación de los soviéticos, o sea, se colocaban en boca de los caribeños las palabras que reproducían el conflicto de la Guerra Fría, haciéndoles ejercer, podría decirse, el trabajo sucio. Los soviéticos no se ensuciaban las manos denigrando y agrediendo a los Estados Unidos: dejaban esa tarea a los cubanos, bajo el entendido que sería de esa manera un discurso más confiable, verosímil e indeleble para el público latinoamericano.

V

**LOS INTELLECTUALES COMUNISTAS Y LA IMAGEN
DE LA UNIÓN SOVIÉTICA**

“No basta amar, admirar, ser solidario con la URSS y las democracias populares. Es necesario que ese amor, esa admiración, esa solidaridad sean activas y militantes... Es necesario ganar la batalla de la paz. Ganarla de cualquier manera. Somos más poderosos, nosotros, los pueblos del mundo, que los hombres de los trusts y monopolios, esos que exhiben sobre nuestras cabezas el fantasma de la guerra”¹³⁰

Jorge Amado, 1953.

Las palabras del epígrafe grafican de modo excepcional claro la actitud con que muchos intelectuales enfrentaron la Guerra Fría. Amado entendía que había que jugar un papel activo en favor de la Unión Soviética para alcanzar el objetivo final: ganar la batalla, y por mucho que fuera una batalla por la paz, la sola conciencia de estar participando en una batalla hablaba del rol beligerante que el intelectual tenía necesariamente que adoptar. Ese compromiso le correspondía a todos los amantes y admiradores de la Unión Soviética, un compromiso que contrajeron, desde luego, los comunistas y, entre ellos, los intelectuales comunistas que, como Amado, no dudaron en tomar las banderas y sumarse a las filas soviéticas.

130 Jorge Amado, *O mundo da paz*, op. cit., 347.

Notables intelectuales latinoamericanos se inscribieron en los partidos comunistas del continente desde antes de la Guerra Fría. Diferentes generaciones, nacionalidades, disciplinas, géneros, etc., se congregaron bajo el signo del comunismo. Entre los intelectuales más destacados que pertenecieron al partido comunista durante el periodo de la Guerra Fría se pueden contar a los argentinos Raúl González Tuñón, Héctor Agosti, Alfredo Varela y María Rosa Oliver;¹³¹ los brasileños Oscar Niemeyer, Graciliano Ramos, Cândido Portinari y el ya mentado Amado; el colombiano Luis Vidales; los cubanos Juan Marinello y Nicolás Guillén; los chilenos Pablo Neruda y Volodia Teitelboim; el haitiano Jacques-Stephen Alexis; los mexicanos Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros; el paraguayo José Asunción Flores; y los venezolanos Miguel Otero Silva y Salvador Garmendia.

En los capítulos precedentes nos hemos topado con muchos de los recién nombrados, así como con otros comunistas de menor trayectoria. Los hemos visto desempeñarse en distintas actividades –o mecanismos de participación– por medio de las cuales han verificado su condición de intelectuales, es decir, de escritores y artistas que han asumido un rol público y activo con figuración relativamente masiva. Al cristalizarse como intelectuales, los escritores y artistas de América Latina han influido en la opinión pública y de ese modo han puesto en circulación su poder, que en el caso que nos convoca fue dispuesto a favor de la Unión Soviética. Ahora, ¿cuáles son esos mecanismos de participación?

El más importante fue la intervención en el movimiento por la paz, no solo porque se trató de una instancia de repercusión mundial, sino también porque en él los escritores de América Latina ocuparon sitios de privilegio. La participación en el movimiento por la paz puede insertarse, con todo, dentro de una categoría más amplia: la participación en congresos a nivel general. Una somera revisión de las biografías de los intelectuales comunistas arroja como referente en común la asistencia frecuente a este tipo de eventos, desde luego a los congresos por la paz, pero también a los congresos de escritores soviéticos (o de otros países socialistas) e incluso a congresos de partidos comunistas. A su vez,

131 Oliver, la única mujer del listado, se afilió al PC argentino en 1930, pero nunca tuvo mayor contacto con el partido. Ver Clementi, *op. cit.*, 168.

la concurrencia a encuentros internacionales se enmarca dentro de otra práctica significativa, más general aun: viajar. El viaje de los intelectuales comunistas es la acción básica sin la cual no hay congresos ni hay movimiento por la paz. Para hacerle caso a Amado y tornar activo y militante el amor por la URSS, el primer deber era decidirse a salir del país.

También se encuentra estrechamente relacionada con la condición anterior otra forma de intervención: el testimonio de viaje. Es evidente que si el intelectual no viaja, no conoce el país ni menos puede regresar para contar lo que vio. Ahora, quien viaja pero no entrega su testimonio al volver sin duda minimiza su capacidad de participación, sin embargo, hay que advertir que el solo hecho de viajar, o mejor, la mera noticia del viaje ya encierra un mensaje a la opinión pública. Viajar se convierte en un instrumento de legitimación del país visitado, o del sistema político del país visitado, y pareciera que de ello tenían plena conciencia los intelectuales comunistas, en cuyas bitácoras de vuelo el timbre de Moscú no podía faltar.

También al interior de las fronteras era mucho lo que los intelectuales podían hacer en favor de la Unión Soviética. De partida, es el público nacional al que se dirigen en primera instancia cuando de vuelta de sus viajes dictan conferencias, responden entrevistas o publican artículos o libros acerca de sus experiencias. Pero en un plano más institucional y de mayor permanencia en el tiempo los intelectuales formaron grupos organizados o participaron en institutos de intercambio. Un ejemplo de lo primero lo tenemos en Argentina, donde los intelectuales comunistas celebraban, al menos en la década de los cincuenta, asambleas anuales; o en Chile, donde se creó la Alianza de Intelectuales. Ejemplos de lo segundo abundan.

Desde los años cuarenta se establecieron en Latinoamérica entidades que buscaron estrechar los vínculos culturales con la URSS. Entre tales organismos se pueden señalar: Asociación Cultural Peruano Soviética,¹³² Instituto de Amistad e Intercambio

132 Esta asociación, nacida en 1946, publica en su trigésimo aniversario el libro *Una amistad indestructible* (Lima, 1976), donde remite sus orígenes a un movimiento democrático “antiimperialista y anticolonialista que estremecía a los pueblos de todo el mundo, también reflejado en el Perú”. Sostiene como razón de ser que “las relaciones culturales y científicas de la humanidad, en esta

Cultural México-URSS, Instituto Cubano-Soviético de Relaciones Culturales, Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS, Instituto Cultural Uruguayo-Soviético, Instituto Cultural Costarricense-Soviético, Instituto Cultural Colombiano-Soviético, Instituto Cultural Peruano-Soviético, y Unión de las Sociedades Brasileñas de Amistad e Intercambio Cultural Brasil-URSS.¹³³ Sus labores se centraban en la organización de ciclos de conferencias, en proyecciones de películas, en la enseñanza del idioma ruso, etc. En México, incluso, circuló un tiempo la revista *Cultura soviética*.¹³⁴

Con todo, el más simple, directo e inmediato de los mecanismos de participación fue la expresión pública de un mensaje. El intelectual comunista expresó sus puntos de vista, sus opiniones y sus sentimientos a través de declaraciones, artículos, libros, conferencias, discursos, que en conjunto constituyeron una determinada imagen de la Guerra Fría y de las potencias en pugna. ¿Cuál fue la imagen que diseñaron de la Unión Soviética? ¿Con qué rasgos la presentaron?

época son necesariamente ecuménicas y responden a los objetivos del avance de la civilización y el fortalecimiento de la comunidad humana, de la Paz [nótese la mayúscula], el progreso social y el desarrollo de la Cooperación sana, asentada en la igualdad y en el mutuo respeto entre los pueblos y naciones del mundo”. Citado por Magdalena Garrido Caballero, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Murcia, 2006, 24-25.

¹³³ Al interior de la Unión Soviética ocurría otro tanto con instituciones como la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con otros países (no solo latinoamericanos); la Sociedad URSS-México; y la Sociedad de Amistad y Relaciones Culturales URSS-Perú.

¹³⁴ Quienes participan en estas organizaciones no necesariamente son comunistas. Carlos Zapata Vela define el Instituto de Amistad e Intercambio Cultural México-URSS, del cual es presidente, como autónomo, mexicano y apolítico, compuesto por personas de diferentes ideologías y sin interés político, unidos por un interés humanista de conocer y divulgar valores culturales, espirituales y artísticos de un pueblo destacado en la historia y el mundo. Carlos Zapata Vela, “Para conocernos mejor”, *América Latina*, (Moscú), 3, 1977, 159.

1. La imagen de la Unión Soviética

En los capítulos anteriores ya han aparecido voces de intelectuales comunistas refiriéndose a la Unión Soviética, aunque un tanto confundidas con las de otros intelectuales igualmente partidarios de Moscú pero no comunistas. Aquí, junto con recoger a grandes rasgos esas impresiones, agrego otras nuevas con el fin de establecer las columnas centrales con que los intelectuales de partido representaron a la potencia soviética durante la Guerra Fría. Pienso que son dos los ejes en torno a los cuales se organiza el discurso sobre la Unión Soviética:

A. La utopía. La descripción que los intelectuales elaboran de la Unión Soviética decanta una imagen utópica que esgrime como principal realización la creación de un hombre nuevo. Es la Revolución de Octubre el origen de esa gran gesta soviética que fue el haber salvado al pueblo ruso, liberándolo de las cadenas de la explotación. Lo que ha surgido es un verdadero ser regenerado, un “florecimiento pleno del individuo”, en palabras de Neruda,¹³⁵ que ha desarrollado todo su potencial cultural, un desarrollo inédito en la historia de la humanidad. Según Amado, la Segunda Guerra Mundial fue la ocasión en que se develó al mundo el nuevo hombre soviético, que es también el hombre del futuro, fruto, claro está, de la sociedad socialista. La conjunción entre sociedad socialista y hombre nuevo vuelve infranqueable a la Unión Soviética: “La invencibilidad de la Unión Soviética reside en su sistema de gobierno, en la de su economía socialista que transformó la vida del hombre, en el apoyo incondicional de sus hijos, de los ciudadanos soviéticos (...), en la solidaridad mundial de los pueblos, en el ardiente amor de los trabajadores de todo el universo”.¹³⁶

La representación de la Unión Soviética como materialización de la utopía comporta también el anhelo de hacer extensiva dicha

135 Pablo Neruda, “A la paz por la poesía”, *op. cit.*, 892.

136 Jorge Amado, *O mundo da paz*, *op. cit.*, 13-14. Juan Marinello insiste sobre este punto calificando a la Unión Soviética de “baluarte invencible de la paz y la cooperación internacional” que no conoce problema que no pueda remediar; prueba de ello es la gesta de la resurrección de posguerra, operada por el pueblo y sus gobernantes. Entrevista reproducida en *Casa de las Américas*, (La Habana), 137, marzo-abril 1983, 128.

perfección al resto de los países, imponiéndose su sistema socialista como el modelo a seguir. Así lo expresa Neruda:

Amé a primera vista la tierra soviética y comprendí que de ella salía no solo una lección moral para todos los rincones de la existencia humana, una equiparación de las posibilidades y un avance creciente en el hacer y en el repartir, sino que también interpreté que desde aquel continente estepario, con tanta pureza natural, iba a producirse un gran vuelo. La humanidad entera sabe que allí se está elaborando la gigantesca verdad.¹³⁷

B. Baluarte de la paz. Tal vez el rasgo que con mayor ahínco los intelectuales intentan atribuir a la Unión Soviética sea el del pacifismo que supuestamente guía su accionar en política internacional. Su pueblo y sus dirigentes hacen y harán lo imposible no solo por mantener, sino también por propagar y extender al mundo entero la paz, esa paz que han tenido que conquistar a sangre y fuego. Porque si los soviéticos han hecho la guerra ha sido porque las circunstancias los han obligado. Es más, para Nicolás Guillén el mismo hecho de haber sufrido la guerra ha creado en el pueblo una sensación de rechazo que le empuja con más brío a luchar por la paz, una paz universal, para todos, sin egoísmos: “El pueblo soviético trabaja día a día por ahorrar al pueblo norteamericano esa experiencia terrible, no por cierto afrontando otra vez en su profundo seno una nueva guerra, sino impidiendo para siempre que haya guerras en el mundo”.¹³⁸

Se considera que la paz que la Unión Soviética quiere derramar por el orbe es fruto de la armonía interior, de la paz social y del entendimiento entre las repúblicas que la integran. Para Amado esa armonía se manifiesta en el día a día del pueblo trabajador: “En estos países se gana diariamente la batalla por la paz, en cada fábrica, cooperativa, escuela y facultad se construye la paz por encima de la fúnebre locura guerrera del imperialismo”.¹³⁹ No es casual que

137 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, op. cit., 272.

138 Nicolás Guillén, *Páginas vueltas. Memorias*. México, Presencia Latinoamericana, 1982, 263ss. Discurso de agradecimiento al recibir el Stalin de la Paz en diciembre de 1954, en el marco del II Congreso de Escritores Soviéticos, en Moscú.

139 Amado, *O mundo...*, op. cit., 346.

Amado mencione el imperialismo, porque uno de los ejercicios más practicados para enaltecer la vocación pacífica de la URSS fue la contraposición entre ésta y el belicismo de Estados Unidos y del capitalismo en general. Es lo que hace Alfredo Varela cuando, hacia 1963, constata una nueva relación de fuerzas en el globo que, merced al incremento de la fuerza de los estados socialista y al auge de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo, “permite hacer retroceder a los viejos explotadores de pueblos en el ámbito de la coexistencia pacífica,” para luego “ganarles mediante el estallido de la paz, a golpes de paz”.¹⁴⁰

Aparte de estos dos grandes conceptos, los intelectuales ponderan –según lo narrado en capítulos anteriores– como características distintivas del orden soviético el bienestar de la familia y el cuidado integral que el Estado le procura; el progreso de las repúblicas que conforman la Unión (que desmiente toda acusación de imperialismo ruso); y el gran desenvolvimiento cultural, científico y tecnológico, todavía más loable por el breve tiempo empleado en conseguirlo.

Para obtener un cuadro más completo de la imagen de la Unión Soviética que construyeron los intelectuales comunistas resulta muy revelador atender aquellas intervenciones nacidas más como reacción a supuestos ataques en su contra que como afirmaciones espontáneas. Y qué mejor que la controversial figura de Stalin para empezar.

Alrededor de la muerte de Stalin, ocurrida el 5 de marzo de 1953, muchos intelectuales comunistas manifestaron toda su congoja, dando luces acerca de cómo interpretaban su vida y su obra. Ante la “resonancia cósmica del deceso”, en medio del “estremecimiento de la selva humana”, inmersos en la “sensación de pánico terrestre”,¹⁴¹ los intelectuales erigieron una loa reverencial del líder socialista. Una declaración pública de los intelectuales comunistas argentinos expresaba: “Es difícil creerlo; el corazón y la mente no se habitúan a la verdad; no se avienen a la inexistencia física de ese hombre con ‘cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado’. Nos cuesta concebir la pérdida de su vida maravillosa e inestimable (...) que nos daba en nuestra lucha seguridad infinita”.¹⁴²

140 Alfredo Varela, “Cuba y coexistencia pacífica”, *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), 63, mayo-junio 1963, 11.

141 Expresiones de Pablo Neruda en *Confieso...*, op. cit., 311.

142 *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), 11, abril 1953, 11. Entre los firmantes

Queda patente una especie de transferencia o de identificación entre la Unión Soviética y la persona de Stalin a la hora de brindar a éste la misma vocación por la paz que a aquella. Los mismos argentinos señalaban que “nos enseñó a valorar los incalculables beneficios de la convivencia pacífica entre los hombres y entre los pueblos”;¹⁴³ Amado, a su vez, lo calificaba de “artífice genial de la sociedad soviética y de la paz mundial”;¹⁴⁴ Volodia Teitelboim, en fin, lo exaltaba como “campeón de la convivencia pacífica [que] hizo, junto al partido, de la URSS la fortaleza invencible de la paz”.¹⁴⁵ La Alianza de Intelectuales de Chile recordaba un momento histórico puntual en que Stalin, “creador de la paz de nuestros tiempos”, puso en práctica su espíritu pacifista: “Sus manos llegaron a Berlín no a martirizar ni a explotar al enemigo vencido, sino a derramar la generosa ayuda moral y política de la URSS”.¹⁴⁶

Toda clase de epítetos laudatorios se le dirigieron. Amado se refirió, aún en vida, al corazón lleno de amor por los hombres de aquel maestro, guía, padre, mayor científico, mayor estadista y mayor general del planeta.¹⁴⁷ Gran figura de la filosofía contemporánea, el hombre que más hizo por la felicidad de los hombres, etc. Tanta admiración fue aprovechada, en Chile, por el antisoviético Congreso por la Libertad de la Cultura, que en 1956, una vez denunciado por los propios soviéticos el culto a la personalidad practicado por el régimen estaliniano, editó un libelo titulado *Así veían a Stalin*, un violento ataque a los intelectuales que en su momento habían glorificado al jerarca, que reproducía artículos, columnas, declaraciones y hasta poemas de Nicolás Guillén en su honor.

Como es lógico, las revelaciones hechas por Nikita Krushev en el vigésimo Congreso del PCUS en 1956 no dejaron indiferentes a

aparecen Héctor Agosti, Raúl González Tuñón y Alfredo Varela. El texto hace hincapié en las explícitas orientaciones que el camarada Stalin dirigió a los intelectuales, a quienes instó a ser ingenieros del alma.

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ Amado, *O mundo...*, op. cit., 21. Aunque el libro apareció en 1953, fue redactado un par de años antes, o sea, cuando Stalin estaba vivo.

¹⁴⁵ *Así veían a Stalin*. Introducción de Alejandro Magnet, Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1956, 14.

¹⁴⁶ *Ibid.*, 27.

¹⁴⁷ Amado, *O mundo...*, op. cit., 58 y 199.

los intelectuales comunistas de América Latina que con tanta pasión habían expresado su afecto a Stalin. Teitelboim rememora: “Fue el fin de una época. En un primer momento no lo podíamos creer. Pero era la verdad, la tremenda verdad”.¹⁴⁸ Lo que les resultaba más chocante era verse obligados a reconocer que lo que los enemigos habían pregonado por años ahora era confirmado por una fuente confiable: “La íntima tragedia para nosotros los comunistas fue darnos cuenta de que, en diversos aspectos del problema Stalin, el enemigo tenía razón”.¹⁴⁹

No todos reaccionaron de la misma manera. Pablo Neruda lo hizo con pasmosa entereza e incluso con ánimo constructivo: “El informe del XX Congreso fue una marejada que nos empujó, a todos los revolucionarios, hacia situaciones y conclusiones nuevas. Algunos sentimos nacer, de la angustia engendrada por aquellas duras revelaciones, el sentimiento de que nacíamos de nuevo. Renacíamos limpios de tinieblas y del terror, dispuestos a continuar el camino con la verdad en la mano”.¹⁵⁰

Es más, vio en el hecho una demostración de la fortaleza del Partido Comunista, capaz de sobrevivir desenterrando la verdad histórica y asumiendo su responsabilidad. Y sin sombra de arrepentimiento ni vergüenza por sus loas a Stalin declara: “Por sobre las tinieblas, desconocidas para mí, de la época staliniana, surgía ante mis ojos el primer Stalin, un hombre principista y bonachón, sobrio como un anacoreta, defensor titánico de la revolución rusa”.¹⁵¹

El poeta chileno lamenta que su actitud no fuera generalizada; al contrario, “algunos se sintieron engañados; aceptaron violentamente la razón del enemigo; se pasaron a sus filas”.¹⁵² Respecto a su amigo Jorge Amado, cuenta que si resintió más la denuncia fue por su militancia más rígida y sectaria, a diferencia suya, que siempre buscó entendimiento con otras posiciones. En efecto, Amado, que según Neruda se volvió más tranquilo y sobrio, se sintió muy afectado por la revelación (aunque no tanto como para renunciar a su premio Stalin).¹⁵³

148 Volodia Teitelboim, *Un hombre de edad media. Antes del olvido II*. Santiago, Sudamericana, 1999, 488.

149 Pablo Neruda, *Confieso...*, op. cit., 311.

150 *Ibid.*, 231.

151 *Ibid.*, 311.

152 *Ibid.*, 311.

153 Jean Franco observa que a partir de las revelaciones Amado reconsidera su

En consecuencia, por intermedio de la figura de Stalin hemos apreciado, por un lado, que los intelectuales siguen reforzando la identificación entre paz y Unión Soviética, y por otro, que valoran la capacidad de regeneración del régimen por sobre los errores del pasado.

Otro tema polémico dice relación con el expansionismo, imperialismo y belicismo soviéticos, oprobios que desde la trinchera opuesta le eran achacados a la potencia socialista. Y en realidad es destacable la habilidad con que los intelectuales comunistas interpretaron a su favor los acontecimientos que tendían a confirmar tales acusaciones. Es lo que ocurre, en primer término, con la resolución de las rebeliones en Checoslovaquia, Polonia y Hungría durante la década del cincuenta. Entrevistado el pintor comunista Diego Rivera por su compatriota Elena Poniatowska acerca de tales sucesos, comentaba que se trató del triunfo del proletariado, que felizmente ha purgado de sus filas y del gobierno elementos reaccionarios, todo con la ayuda de los soviéticos, auténticos revolucionarios. En Hungría sectores del proletariado habían permitido que fuerzas imperialistas acantonadas en Viena ingresaran al país como parte de una operación mayor norteamericana que, con la colaboración de Francia, Inglaterra e Israel, tenía como objetivo final Egipto. Por fortuna el proletariado fiel al socialismo se impuso sobre esos sectores asumiendo el pleno control del país: “Los verdaderos representantes del pueblo húngaro, los revolucionarios socialistas, han cumplido bien esta misión, los admiro, como a mis camaradas del partido soviético, que han colaborado con ellos”.¹⁵⁴ De paso los revolucionarios han debido aniquilar a los reaccionarios (que habían tomado las armas), medida que felicita sin vacilación alguna: “Estoy de acuerdo con la matanza de reaccionarios, porque ellos hicieron previamente matanzas de comunistas”.¹⁵⁵

En cuanto a la cooperación soviética, Rivera afirma que los

realismo estético eliminando al protagonista militante o subordinado de sus novelas. Franco, *op. cit.*, 99.

154 Elena Poniatowska, *Palabras cruzadas*. México, Era, 1961, 61.

155 *Ibid.* Ante afirmaciones parecidas de Rivera concernientes a Polonia, la escritora, de padre polaco, no oculta su irritación y su conmiseración hacia el pueblo de ese país. Cuando el pintor habla de la libertad de Polonia, Poniatowska espeta que en verdad está bajo la bota de los rusos.

sucesos demuestran que los socialistas ayudan a los socialistas, y de acuerdo a ese principio los soviéticos no han hecho más que cumplir con su deber.¹⁵⁶

En la misma línea se halla la respuesta a otra coyuntura, la crisis de los misiles de 1962. Aquí es Alfredo Varela quien sale en defensa de Krushev afirmando que su decisión final fue una jugada maestra que supuso el triunfo de la coexistencia pacífica –como si en el origen de la crisis la URSS no hubiera tenido ninguna participación. Para ser justos, hay que decir que Varela contesta a quienes sostenían, desde posiciones de izquierda, que la URSS abandonó Cuba, y que lo correcto hubiese sido lanzar los misiles. Varela reivindica el deber de los comunistas de defender la coexistencia pacífica, tal como se había orientado desde recientes documentos del partido.¹⁵⁷

Es que los intelectuales comunistas niegan cualquier asomo de belicismo o armamentismo por parte de la Unión Soviética. Jorge Amado quiere dejar en claro que en este país el desarrollo de la energía atómica está encaminado a la preparación de obras públicas y no de armamento, es decir, al mero beneficio del hombre. Lo mismo con la ciencia, que si en el capitalismo sirve a la muerte, a la destrucción y a la desgracia, en la URSS sirve a la vida, al progreso y a la felicidad.¹⁵⁸ Nicolás Guillén interpreta como una victoria de la paz un presunto liderazgo soviético en la carrera armamentista: “El imperialismo norteamericano (...) no es más la primera potencia militar del mundo. Este sitio corresponde a la URSS, que vela por la paz, que ayuda a los pueblos pequeños, como Cuba, frente a la voracidad de un Eisenhower o un Nixon y los sucios negociantes que ellos representan”.¹⁵⁹

Se observa que, tratándose de los soviéticos, liderar la carrera armamentista, según Guillén, es un acto de paz, en circunstancia

156 En términos similares Amado elogia el respeto de la Unión Soviética hacia la libre determinación de los Estados y aclara que solo interviene cuando un país se ha liberado y ha iniciado la construcción del socialismo, prestando entonces todo su apoyo (Amado, *O mundo...*, op. cit., 109).

157 Alfredo Varela, “Cuba y coexistencia pacífica”, *Cuadernos de cultura*, (Buenos Aires), 63, mayo-junio 1963, 10ss.

158 Amado, *O mundo...*, op. cit., 126.

159 Nicolás Guillén, *Prosa de prisa: crónicas*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1962, 299. El original es un artículo (“Aquella mañana”) de agosto de 1960 aparecido en el periódico *Hoy* de La Habana.

que la pretérita delantera norteamericana era indicio de su salvaje belicismo.

Hasta una institución tan vilipendiada como los campos de concentración estalinianos se reviste de valores positivos al ser observada bajo el prisma partidista. Es Jorge Amado quien, a inicios de los cincuenta, fustiga a quienes hablan de trabajo forzado, pues “calumnian una de las más admirables realizaciones del hombre de nuestro tiempo: la regeneración de los criminales a través del trabajo colectivo, a través de la recuperación de su dignidad humana”.¹⁶⁰

Gracias al trabajo, concluye el brasileño, los condenados toman conciencia de la utilidad que pueden brindar a la sociedad, obteniendo de esa manera su rehabilitación.¹⁶¹

Ya en un terreno más natural para los intelectuales, o sea, el de la literatura y el arte, tenemos quizá uno de los pocos esbozos de crítica, de objeción, de parte de un intelectual comunista respecto a la URSS. Es Pablo Neruda quien, en relación al realismo socialista, reconoce sus efectos negativos sobre la cultura soviética, aunque siempre esforzándose por comprender y por extraer elementos constructivos:

La existencia de un dogmatismo soviético en las artes durante largos periodos no puede ser negada, pero también debe decirse que este dogmatismo fue siempre tomado como un defecto y combatido cara a cara. El culto a la personalidad produjo, con los ensayos críticos de Zhdanov, brillante dogmatista, un endurecimiento grave en el desarrollo de la cultura soviética. Pero había mucha respuesta en todas partes y ya se sabe que la vida es más fuerte y más porfiada que los preceptos. La revolución es la vida y los preceptos buscan su propio ataúd.¹⁶²

También es Neruda quien se manifiesta frente al fenómeno de los escritores disidentes perseguidos por el régimen soviético, tan explotado por la propaganda norteamericana. Acepta que, si bien

¹⁶⁰ Amado, *O mundo...*, op. cit., 185.

¹⁶¹ En marzo de 1951 había aparecido en *Sur* un estudio de Octavio Paz sobre los trabajos forzados en la URSS que perfectamente pudo tener a la vista Jorge Amado —aunque no lo menciona— antes de publicar su texto.

¹⁶² Neruda, *Confieso...*, op. cit., 273.

hay escritores que pueden sentirse insatisfechos con el Estado o con las organizaciones literarias, más bien se trata de problemas individuales, ya que nunca ha visto menos desacuerdo entre el Estado y los escritores como en la URSS. Niega en seguida que no exista libertad para crear, aunque admite que toda revolución necesita “mover sus fuerzas” –lo que condiciona esa libertad–, operación que puede generar conflictos... “Pero espero que con el tiempo y con estabilidad, las sociedades socialistas tengan menos necesidad de que sus escritores piensen constantemente en problemas sociales, y que entonces todos podrán crear aquello que desean más íntimamente”.¹⁶³

Es decir que justifica cierta presión por parte del Estado para elaborar una literatura con fines políticos, aunque lo ve solo como una situación transitoria, propia de las sociedades revolucionarias que necesitan movilizar el apoyo de los escritores y artistas.

En público, Neruda ocultaba sus aprehensiones sobre el régimen soviético. A raíz del caso Siniavski-Daniel, aunque no concuerda con que se les juzgue por sus obras, se abstiene de exteriorizar su objeción: “Pero creo que es mi deber también no contribuir a que tomando el nombre de esta causa, que puede ser discutible, se alimente la guerra fría y se use de mis probables opiniones o del revuelo de éstas para atacar a la Unión Soviética, país que conozco, respeto y amo”.¹⁶⁴

Jorge Edwards, quien lo secundó en sus labores de embajador en Francia, revela el disgusto que le generó al poeta el desdén de las autoridades con ocasión del funeral de Nikita Kruschev. En otra ocasión Neruda le comunicó su deseo de hablar con los mandamases rusos acerca de los escritores disidentes y especialmente de Alexandr Solzhenitsin –a quien considera pesado, majadero e insoportable, aunque admira su obra– puesto que son los escritores comunistas de Occidente, como él, quienes tienen “siempre que pagar el pato por las tonterías que hacen los burócratas de la URSS”.¹⁶⁵ En

163 Entrevista (1970) en *Los reportajes de the Paris Review: Confesiones de escritores. Escritores latinoamericanos*. Prólogo de Noé Jitrik, Buenos Aires, El Ateneo, 1996, 179.

164 Palabras pronunciadas en una conferencia en Santiago, citadas por Emir Rodríguez Monegal, “El P.E.N. Club contra la guerra fría”, *Mundo Nuevo*, (París), 5, noviembre 1966, 87.

165 Jorge Edwards, *Persona non grata*. Barcelona, Seix Barral, 1982, 401.

1972 le llegaría la oportunidad con la visita de Leonid Brezhnev a Francia. El Premio Nobel chileno le expuso su punto de vista, pero el jerarca ruso lo escuchó mudo, con “cara de palo”, y no le contestó media palabra.¹⁶⁶

Neruda calló estos comentarios, consciente de que podían perjudicar la imagen de la Unión Soviética ante la opinión pública, una imagen, como hemos visto, labrada con sumo cuidado por los intelectuales comunistas, disciplinados soldados de la Guerra Fría.

¹⁶⁶ Jorge Edwards, *Adiós, poeta...*, op. cit., 273.

SEGUNDA PARTE
LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS Y
ESTADOS UNIDOS

VI EL CAMPO INTELECTUAL LATINOAMERICANO Y ESTADOS UNIDOS

Estados Unidos supuso para los intelectuales y actores culturales de América Latina un referente poderosísimo en torno al cual se ordenaron generalmente en contra. La aversión a Estados Unidos fue por lo tanto un motivo que aglutinó a unos intelectuales que podían diferir en muchas cosas pero no en el rechazo a la potencia del norte. Es necesario consignar que la antipatía hacia Estados Unidos es un fenómeno de larga data, de inicios del siglo XX por lo menos, y que la Guerra Fría vio la prolongación de ese fenómeno y también su profundización. En una época que exigía tomar partido, los intelectuales debieron definir su postura frente a las dos potencias en pugna, adoptando así la cerrada oposición a Estados Unidos connotaciones especiales por repercutir en el escenario de la Guerra Fría. Es realmente desafiante la pregunta acerca de qué hubiesen preferido los intelectuales, si una victoria norteamericana que norteamericanizara el mundo o una victoria soviética que lo soviétizara. A juzgar por el encono con que se fustigó a Estados Unidos –a su sistema, modo de vida y política exterior– se podría presumir una preferencia por el triunfo soviético. Refuerza esa presunción la timidez con que los intelectuales se pronunciaron ante la Unión Soviética, la indulgencia que manifestaron ante el expansionismo y el intervencionismo, ante la represión en Europa del Este o ante la persecución a los intelectuales. Sin embargo, es dudoso que en su fuero íntimo los intelectuales optasen por el modelo soviético –real, no ideal–, cuyas trazas de totalitarismo podían ser reconocidas por cualquier conciencia alerta. Fue la resistencia a aparecer favoreciendo en el discurso público a Estados Unidos lo que determinó la suavidad con que se juzgó a la URSS, sobre todo en los primeros quince o veinte años de la Guerra Fría.

En consecuencia, la asimetría entre la condena a los EE.UU. y la condena a la URSS inclinó el apoyo de los intelectuales hacia esta última –tal vez involuntariamente, tal vez por omisión– por mucho que se abstuvieran de defender el sistema soviético. Son distinguibles, como es obvio, distintas posiciones, sensibilidades o matices en el alineamiento de los intelectuales frente a Estados Unidos, y aunque son mayoritarios los detractores, hubo también partidarios.

Como he señalado, expresar respeto, admiración o simpatía hacia Estados Unidos resultaba (y resulta) altamente impopular entre los intelectuales. Hacerlo implicaba inmediatas muestras de desprecio de parte de los pares, por lo tanto aquel intelectual que se atrevía a disentir del discurso reprobatorio tradicional debía estar dispuesto a sufrir la exclusión de importantes sectores del campo cultural y de ganarse no pocos enemigos. Algo parecido le ocurría a quien denostaba de manera frontal a la Unión Soviética, pues ipso facto se convertía en sospechoso de pro-norteamericanismo. Y aunque no fueron muchos los valientes, los hubo.

La revista argentina *Sur* destacó desde temprano por su crítica, sin complejos, del comunismo. Pese a ser una publicación con fines eminentemente literarios, *Sur* se dio espacio para exhibir una militancia política moderada pero clara, que de todos modos aceptó divergencias en su seno. La escritora María Rosa Oliver, de larga trayectoria en el Consejo Mundial de la Paz y de inspiración comunista, fue miembro conspicuo de la revista y amiga largo tiempo –aunque se distanciaron por motivos políticos– de su directora Victoria Ocampo. Poco pudo hacer Oliver para evitar que *Sur* adoptara una posición antisoviética, en especial después de terminada la Segunda Guerra Mundial.¹⁶⁷ El lugar asumido por la revista en el campo cultural latinoamericano va a manifestarse a través de distintas vías, algunas no muy explícitas pero sí muy elocuentes, como la preferencia por Camus en desmedro de Sartre en la polémica que ambos autores franceses sostuvieron en los cincuenta. Sí fue un muy directo posicionamiento la publicación de un dossier de documentos relativos a los campos de concentración

167 María Teresa Gramuglio, “Hacia una antología de *Sur*. Materiales para el debate”, en Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999, 252. La autora también consigna el antiperonismo de *Sur*.

de la Unión Soviética estalinista, precedido de un estudio de Octavio Paz sobre el tema. Corría 1951, y en ese contexto la denuncia fue anticipatoria. También fue significativa la publicación de autores europeos de marcada inspiración anticomunista, tales como Denis de Rougemont, Roger Caillois, Julien Benda, Arthur Koestler y Czeslaw Milosz, entre 1946 y 1954.¹⁶⁸ De Rougemont, amigo personal de Victoria Ocampo, remite también al Congreso por la Libertad de la Cultura, del cual fue una de sus autoridades, organismo con el que *Sur* establecería relaciones de colaboración editorial. John King, autor del estudio más completo sobre la revista argentina, precisa que “*Sur* siempre había estado cerca de los objetivos del Congreso por la Libertad de la Cultura, en su intento de combatir el bolchevismo y el estalinismo y convertir a los intelectuales a un compromiso con Occidente”.¹⁶⁹

El propio King apunta que, en concordancia con esta postura, rara vez se condenó en *Sur* los excesos del macartismo.¹⁷⁰ En realidad, sobre los integrantes de *Sur* recayó la acusación de cierto cosmopolitismo apolítico fácilmente transformable en abierto apoyo a Estados Unidos. En la revista del Partido Comunista argentino, *Cuadernos de Cultura*, el poeta Raúl González Tuñón se tiró en picada contra Victoria Ocampo, a quien no perdonaba su admiración por los “yanquis” y su llamado a los intelectuales a adherir a la democracia norteamericana en claro alineamiento contra la Unión Soviética, todo lo cual autorizaba a González para tratarla de “propagandista del departamento de Estado” estadounidense.¹⁷¹

Una de las plumas más altas que ha aportado América Latina a la literatura universal fue también figura emblemática del grupo *Sur*. Me refiero a Jorge Luis Borges, un escritor de discutida conducta política, la que le trajo más de un problema, no ganar el Nobel, por ejemplo. Borges se declaró encantado por Estados Unidos, país al que consideró el “más amistoso, más tolerante y más generoso

168 John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*. México, FCE, 1989, 169-172.

169 *Ibid.*, 172.

170 *Ibid.*, 172.

171 Raúl González Tuñón, “El caso de madame Victoria Ocampo”, *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), 4, diciembre 1954, 107.

que nunca hubiera visto”.¹⁷² Pecados de juventud, no obstante, le jugaron una mala pasada la vez que, en pleno auge de McCarthy, pidió una visa para ingresar a EE.UU. El documento le fue negado por comunista, a causa de un viejo libro –destruido por el propio autor– titulado, no se sabe bien, “Los salmos rojos” o “Los ritmos rojos” o “Los himnos rojos”, que fueron publicados en una revista española alrededor de 1920. Con la polarización de la Guerra Fría y con ese remezón que fue para los intelectuales latinoamericanos la Revolución Cubana, Borges colaboró –tibiamente– con el Congreso por la Libertad de la Cultura, alarmado por el fervor que entre sus pares despertaban los sucesos de Cuba.

Es posible reconocer entonces en torno al grupo Sur un núcleo de apoyo –no unánime– a Estados Unidos, acompañado de un acentuado anticomunismo. Debe destacarse la espontaneidad de este apoyo, muy distante de la forzada solidaridad que orientó a los grupos y publicaciones ligados al Congreso por la Libertad de la Cultura. Este organismo, cuyas raíces se hunden en la CIA, configuró una red de apoyo indirecto a Estados Unidos que se tradujo en un fomento de la izquierda no comunista y en un intento por desencantar a los intelectuales de la causa soviética. Institución nacida y criada al alero de la cruda Guerra Fría de los años cincuenta, el Congreso por la Libertad de la Cultura, después de ser fundado en Europa, se extendió pronto al orbe, reclutando en nuestro continente a un grupo de intelectuales importantes aunque no rutilantes ni masivos, que dieron vida a filiales nacionales y a publicaciones de no mucha resonancia. Personajes como Germán Arciniegas y Luis Alberto Sánchez representan bien el perfil del intelectual que el Congreso logró atraer en América Latina. Con distintos grados de dependencia respecto al Congreso, revistas como *Cuadernos*, *Mundo Nuevo*, *Cultura y Libertad*, *Zona Franca* y *Cadernos Brasileiros* fueron las experiencias editoriales que hicieron circular por el continente el mensaje que el organismo y, presuntamente, la CIA querían irradiar.

En los setenta y ochenta irán emergiendo voces que cuestionarán la actitud tradicional de aversión hacia Estados Unidos que exhibieron por tanto tiempo los intelectuales latinoamericanos.

172 Volodia Teitelboim, *Los dos Borges. Vida, sueños, enigmas*. Santiago, Sudamericana, 1998, 172.

Mario Vargas Llosa y, en menor medida, Octavio Paz, elevarán un discurso que, sin dejar de condenar la política norteamericana hacia América Latina, buscará un entendimiento con EE.UU. que trajera beneficios concretos para ambas partes. Se recomendaba además dejar de culpar a Estados Unidos de todos los males que habían afectado el desarrollo de los pueblos latinoamericanos. Hay quienes llevaron al extremo esta nueva actitud de apertura hacia Estados Unidos, un poco guiados por la delicada situación de Cuba y de los cubanos en el extranjero. Es el caso del ensayista de esa nacionalidad Carlos Alberto Montaner, quien en *Cuba: claves para una conciencia en crisis* (1982) conminaba a la Isla a enterrar su odio a Estados Unidos, ya que “ser antiyanqui es una forma de ser anticubano, porque ya todos, en algún fundamental sentido –el sentido de los antibióticos, las computadoras o los viajes supersónicos– somos yanquis”. Se comprenderá la reacción que afirmaciones como éstas pudieron ocasionar, pero hay más. Aboga por un nacionalismo que profundice los rasgos que Cuba comparte con Estados Unidos, el centro creativo del planeta y del cual Cuba puede ser uno de sus más próximos apéndices culturales.¹⁷³ Y aunque no cree en una anexión, sí propone una “americanización” que –una vez se libre la Isla de Fidel Castro– propicie la penetración económica, científica y tecnológica de Estados Unidos, única alternativa para el desarrollo de Cuba.¹⁷⁴ Montaner lamenta el costo que la ruptura con EE.UU. el año 1959 acarreo y que significó para los cubanos sacrificar el disfrute de la televisión y el cine, la técnica para transplantar córneas y mejorar cataratas, el diseño de autopistas y hasta la manera de vestir, y es que los norteamericanos “le daban forma, contenido y dirección a la frágil y subsidiaria sociedad avecindada en la isla de Cuba”.¹⁷⁵ Privada Cuba de su “savía nutricia” tuvo la mala ocurrencia de arrimarse a la sombra de la Unión Soviética. Sostiene que el castrismo quiere hacer una Cuba a imagen y semejanza de la URSS, no solo reproduciendo la burocracia y la organización política y militar, sino también “calcando servilmente las manifestaciones

173 Carlos Alberto Montaner, *Cuba: claves para una conciencia en crisis*. Madrid, Playor, 1983, 13-14.

174 *Ibid.*, 24.

175 *Ibid.*, 27.

sociales y culturales de la gran potencia del Este”.¹⁷⁶ La URSS se ha convertido así en una nueva y adoptiva madre patria. Más allá de un claro afán provocativo, la de Montaner es una posición única entre los intelectuales latinoamericanos: nunca antes ni después se encuentra un respeto y una admiración por Estados Unidos tan categóricos.

El grueso de los intelectuales latinoamericanos, afín a la izquierda, atacará con desigual intensidad a los EE.UU. Los más virulentos fueron los intelectuales comunistas comprometidos con la Unión Soviética que hicieron de esta crítica un verdadero programa. No le fueron en zaga los cubanos, cuya agresividad hacia Estados Unidos era comprensible dada la constante aunque solapada pugna entre La Habana y Washington. Adhirieron a esta postura los intelectuales procubanos y los de la izquierda más radical del continente, siendo la revista *Casa de las Américas* el órgano de expresión por excelencia de este encendido discurso antiyanqui. Nos resta el amplio sector de intelectuales inspirados por ideales de izquierda que no temieron matizar sus condenas a Estados Unidos con juicios negativos hacia la Unión Soviética o hacia otras sociedades socialistas. Un Carlos Fuentes o un Gabriel García Márquez son genuinos representantes de este sector, tanto como entre las revistas lo son *Marcha*, de Montevideo, y *Siempre!*, de Ciudad de México.

¹⁷⁶ *Ibid.*, 26.

VII

LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS Y EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

El Congreso por la Libertad de la Cultura ocupó un papel central en la Guerra Fría al representar la cara visible de la política internacional que desplegó la CIA en el terreno artístico e intelectual. Su ligazón con la CIA, aunque siempre fue intuida y denunciada por los intelectuales de izquierda, solo se determinó hacia 1966, momento que marcó el declive de una institución que desde 1950 había dinamizado notablemente el campo intelectual no solo de América Latina sino también del mundo entero. Para esta investigación el Congreso interesa no tanto en sí mismo como en la interacción que con él sostuvieron los intelectuales latinoamericanos, una interacción bastante agitada y conflictiva que ordenó y develó las posiciones de los distintos actores dentro del campo cultural del continente.

Todo empezó en Berlín. En el sector occidental de aquella ciudad alemana se celebró, en junio de 1950 y bajo la inspiración de Melvin Lasky, un congreso fundacional que pronto se tradujo en el establecimiento en París, a fines de ese año, de la sede del Congreso.¹⁷⁷ La pauta inicial que va a servir de guía al organismo está contenida en el “Manifiesto de la Libertad”, emanado del encuentro de Berlín, que propugna la libertad intelectual como derecho inalienable del hombre, la inextricable unión entre libertad y paz, la tolerancia a las opiniones divergentes, la reprobación de los Estados totalitarios, y el rechazo a que razas, naciones, clases o religiones se adjudiquen el ideal de la libertad. La divulgación de estos preceptos fue la tarea primordial del Congreso, la cual se canalizó a través de iniciativas tales como la edición de revistas; la organización de congresos, exposiciones, conferencias, conciertos o festivales; el desarrollo de proyectos de investigación; la concesión de becas universitarias, etc. Se trataba de poner en movimiento a escritores, artistas, científicos, periodistas, profesores, para que se unieran al Congreso y le dieran vida, forma y presencia en la opinión pública. Primero se consagró a los países que corrían mayor riesgo de ser infiltrados por el comunismo: la Europa occidental –Inglaterra, Francia, Italia y la Alemania no soviética–,¹⁷⁸ luego ciertas naciones de Asia –India, Japón–, más tarde Australia, y finalmente América Latina. En suma, el Congreso llegó a contar con oficinas en 35 países y patrocinó o editó más de 20 revistas.

En lo ideológico, el organismo agrupó esencialmente a liberales y a no pocos socialistas, aunque en verdad lo que identificó a sus miembros fue más bien el anticomunismo, y fue la exaltación de la izquierda no comunista una de las banderas de lucha más agitadas por el Congreso. El ya nombrado Lasky, un periodista neoyorquino de izquierda, fue la punta de lanza para la incorporación de los llamados “New York Intellectuals”, entre los que sobresalieron James Burnham y Sidney Hook, así como de los trotskistas norteamericanos Sol Levitas y Elliot Cohen, quienes articularon la base teórica de la organización.¹⁷⁹ En Europa el reclutamiento

177 Se informa que en Berlín participaron 118 escritores, artistas y hombres de ciencia de 21 países.

178 En Europa, además, el Congreso mantuvo relaciones con la administración del Plan Marshall y con el American Committee for United Europe (ACUE).

179 Según Denis Boneau, el Congreso se inspiró fuertemente en un libro de

arrojó buenos dividendos: Karl Jaspers, Léon Blum, André Gide, François Mauriac, Raymond Aron, Bertrand Russell, Denis de Rougemont, Benedetto Croce, Jacques Maritain, Stephen Spender y otros tuvieron algún tipo de vínculo con la institución.¹⁸⁰

Se distinguen tres etapas en la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura. La primera, la de consolidación, se extendió desde 1950 hasta 1958. Se caracteriza por el tono agresivo con que pretendía descontar la ventaja soviética en el plano ideológico y arrebatarse a los soviéticos el monopolio de conceptos como paz, justicia y libertad. Coincide con una época bastante friccionada de la Guerra Fría, la del primer lustro de los años cincuenta (hasta 1956, cuando la temperatura empieza a bajar). La segunda etapa, llamada de expansión, corre entre 1958 y 1964, y responde al nuevo espíritu que reinaba en la sociedad internacional y que obligaba a una morigeración del lenguaje y a la exaltación del diálogo y la coexistencia entre las potencias. El tercer periodo, de retracción, comprende los años 1964 a 1967 y asiste a la lucha por salvar el Congreso de la ola de imputaciones que lo vinculaban con la CIA. Con ese fin se buscó el financiamiento de la Fundación Ford, que se hizo cargo del Congreso en forma exclusiva, y, finalmente, se cambió el viejo nombre por el de Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura. Hasta su desaparición –sin pena ni gloria– en 1979, este organismo fue una sombra del poderío exhibido por el antiguo Congreso.

James Burnham, *The managerial revolution or what is happening in the world now* (1941), en el que se planteaba el advenimiento de la retórica tecnocrática como la nueva ideología dominante. Denis Boneau, “Estudio sobre las redes estadounidenses de influencia. Cuando la CIA financiaba a los intelectuales europeos”, <http://www.defensahumanidad.cult.cu/artic.php?item=535>

180 Para la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura es fundamental la obra de Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the struggle for the mind of post war Europe* (Nueva York, 1989). En mi caso he seguido principalmente a Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, Debate, 2001; y Boneau, *op. cit.*

1. El Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina

Junto con la creación de la revista *Cuadernos*, dirigida al público hispanoamericano, las autoridades del Congreso decidieron fundar las primeras oficinas o comités nacionales en el continente americano. Los primeros países elegidos fueron Chile y Uruguay, en donde se juzgaba existiría una institucionalidad democrática sólida. En el caso chileno, además, se daba otra importante motivación: la fortaleza del Partido Comunista local que, si bien exhibía en el área cultural una organización avanzada –avalada por la Alianza de Intelectuales de Chile, el Comité de Coordinación Inter-Eslavo (ligado a la embajada soviética) y el periódico *El Siglo*–, no había logrado el concurso de demasiados intelectuales de prestigio. El Comité chileno, abierto en 1953, sirvió de modelo para la instalación –entre 1954 y 1958– de oficinas en Uruguay, México, Cuba, Argentina,¹⁸¹ Perú, Brasil y Colombia.

Con la inauguración de la Sala de la Libertad en una céntrica calle de Santiago se dio la partida al Comité chileno y con él a las acciones del Congreso en América Latina. Más de 150 personas participaron del cóctel con que se abrió un espacio destinado a biblioteca y salón de conferencias.¹⁸² Se designó a George Nicolai como presidente e integraron su directiva periodistas como Alejandro Magnet, escritores como Eduardo Barrios, críticos como Alone y Raúl Silva Castro, académicos como Ricardo Donoso y abogados/políticos como Jaime Castillo Velasco y Eduardo Frei. Carlos de Baráibar, un español exiliado, fue comisionado como representante del comité internacional del Congreso por la Libertad de la Cultura en Chile. Las actividades del comité chileno eran heterogéneas. En algo más de un año de labor la revista editada por el comité, *Cultura y Libertad*, informaba que en dicho lapso se había protestado contra la persecución de obispos polacos y

181 La Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura incluyó entre sus directivos a Roberto Giusti, Victoria Ocampo y Francisco Romero.

182 La Sala de la Libertad fue concebida como “centro de atracción para los escritores, los artistas, los profesores, los profesionales, los estudiantes y los jóvenes, que creen que la independencia de espíritu es una de las facultades inalienables del individuo” (“Propósitos”, *Cultura y Libertad*, (Santiago), 1, diciembre 1954, 2).

contra la detención de un grupo de jóvenes chilenos provenientes del festival comunista de Bucarest (1953); también que se habían organizado conferencias sobre el viaje de un diputado chileno más allá de la Cortina de Hierro, o sobre el fracaso de la colectivización agropecuaria en la URSS, o acerca de la infiltración comunista en América Latina, o sobre la Conferencia de Caracas; y, por último, que se había lanzado una campaña en radio y prensa por la liberación de la esposa e hijo del ex capitán soviético Nikolai Khokhlov.¹⁸³

En junio de 1954 se celebró en Santiago, con el “deseo de intercambiar propósitos y precisar una línea general de actuación”, la Primera Conferencia de los Comités del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina, que contó con la asistencia de delegados de Cuba (Mario Llerena y Jorge Mañach), Honduras (Carlos Izaguirre y Mirta Rinza), México (Rodrigo García Treviño y Salvador Pineda), y Uruguay (Roberto Ibáñez y Francisco Ferrándiz Alborz), más el brasileño Rubem Braga como observador y el español Julián Gorkin como representante del comité mundial.¹⁸⁴ Era la ocasión propicia para “lanzar” o dar a conocer el Congreso en el continente y a ello se abocaba justamente el “Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina”.¹⁸⁵ En él se define el Congreso como una “agrupación internacional de escritores, sabios y artistas, que no dependen de ningún gobierno

183 “Significación y actuación mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura”, *Cultura y Libertad*, (Santiago), 1, diciembre 1954, 4-5. Marta Ruiz, refiriéndose a los comités latinoamericanos en general, sostiene que “la actividad desplegada fue extraordinaria y no cabe duda de que sin semejante implicación de las élites locales ni la influencia ni el prestigio del Congreso en América Latina hubieran sido los mismos” (Marta Ruiz Galvete, “*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina*”, en *El Argonauta Español*, 3, 2006). Sin duda la autora sobreestima tanto la “implicación de las élites locales” como la influencia y el prestigio del organismo en el continente.

184 Gorkin cumplió una incansable labor de divulgación y organización del Congreso en América Latina, amén del liderazgo que ejercía en la revista *Cuadernos*. Para Ruiz, “Gorkin fue todo un acierto. De Chile a Uruguay, pasando por Panamá, Brasil, Méjico y Cuba, los contactos establecidos son de primerísima importancia y el interés despertado tanto en los medios latinoamericanos como en los círculos españoles del exilio parece haber sobrepasado las expectativas más optimistas” (Ruiz, *op. cit.*).

185 “Significación y actuación mundial del Congreso...”, *op. cit.*, 3-5.

ni grupo político y que se propone, como único objetivo, defender la libertad del espíritu creador y crítico en el mundo civilizado”.¹⁸⁶ Asumiendo la defensa a ultranza de los principios democráticos, asegura que “denunciamos y condenamos la existencia actual, en la América Latina, de gobiernos de origen espúreo y de factura dictatorial, cuya naturaleza y procedimientos repugnan a la conciencia libre”. Claro que dichos gobiernos pueden incluso generar males peores: “La miseria moral que tales regímenes crean en los pueblos que los padecen, constituye por sí sola, el vivero de resentimientos más propicio para recibir y hacer fructificar la semilla de otros autoritarismos, de armazón ideológica más firme y de consecuencias sociales no menos reprobables, disimuladas bajo una pretensión de redención social y política”.¹⁸⁷ Es decir que el combate a las dictaduras también supone el combate a esos autoritarismos ideológicos portadores de una supuesta redención social que obviamente hacen referencia al comunismo. En seguida la alusión es explícita:

La movilización de la que hablamos es hoy más inaplazable que nunca. Sería inútil, a más de peligroso, desconocer que el totalitarismo de izquierda, es decir, el comunismo, está avanzando de un modo cada día más impresionante. Se extiende unas veces por la fuerza de las armas, otras por la acción conspirativa superiormente organizada y la invasión preparatoria de las conciencias, que se aprovecha de la debilidad o del vacío en la fe democrática en ellas; otras veces, en fin, progresa el comunismo al calor de los justos resentimientos que se han ido acumulando en los pueblos por condiciones seculares de explotación doméstica o extranjera.¹⁸⁸

El manifiesto quiere dejar bien en claro que su lucha es contra los atentados a la democracia, vengan de donde vengan, oponiéndose al “despotismo doméstico y a la coacción extranjera, cualquiera

¹⁸⁶ “Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina”, *Cultura y Libertad*, (Santiago), 1, diciembre 1954, 29. El manifiesto también circuló como folleto independiente.

¹⁸⁷ *Ibid.*, 31.

¹⁸⁸ *Ibid.*, 32.

que sea su pretexto o su signo ideológico”.¹⁸⁹ Además previene contra un fenómeno visto en Europa y que ha sido imitado en América Latina: la aparición, como consecuencia del combate al comunismo, del totalitarismo fascista, que incuba los mismos males que se pretenden evitar. Culmina el manifiesto invitando a los intelectuales del continente a sumarse a una cruzada por la libertad y la democracia que no conoce de exclusiones a priori: “Este movimiento, sustentado económicamente por organizaciones de carácter y composición internacional, inequívocamente acreditadas en su ejecutoria democrática, está abierto a todos los matices de opinión y de crítica, sin más denominador común que el principio de la libertad, y sin vinculación a ningún interés o designio que no sea el de movilizar y solidarizar las conciencias alertas del mundo para la preservación de la cultura por la libertad y de la libertad por la cultura”.¹⁹⁰

No todo fue armonía en la reunión. Mientras ésta se desarrollaba, en Guatemala el gobierno progresista de Jacobo Arbenz censuraba medios de comunicación opositores, acto que fue juzgado por las autoridades del Congreso en París como una violación de la constitucionalidad y el anuncio de un Estado totalitario. En Santiago, Gorkin intentó obtener la adhesión a una declaración de repudio al gobierno guatemalteco, pero no encontró una respuesta unánime ya que los delegados de México se negaron a firmar mientras no se condenara a las compañías extranjeras que explotaban al pueblo de ese país.¹⁹¹

A poco tiempo de su creación, el comité chileno se vio enfrentado a la delicada tarea de defender el Congreso ante los ataques que recibió desde el inicio (y hasta el final de su existencia). En el primer número de *Cultura y Libertad*, el mismo que incluía el manifiesto y las resoluciones recién mencionados, se publicó una nota que desvirtuaba punto por punto las críticas puestas en circulación por los comunistas. En realidad, el texto no da detalles acerca de quién o quiénes son los autores de dichos ataques ni dónde ni cuándo fueron formulados, de esa manera, asumiendo que toda crítica proviene del comunismo, no solo se descalifica la opinión de los

189 *Ibid.*, 31.

190 *Ibid.*, 33.

191 Patrick Iber, “¿Comprometido con qué?: The Congress for Cultural Freedom in Latin America, 1953-1972”, inédito.

críticos por mucho que no fueran comunistas, sino que se facilita la refutación al ser los comunistas un blanco fácil, vulnerable. Así, la defensa pasa al ataque de inmediato: “El Congreso por la Libertad de la Cultura es de aquellos hechos que los comunistas no podrán perdonar jamás (...) El Congreso por la Libertad de la Cultura descubre un lado flaco del totalitarismo comunista: la dirección autoritaria de la actividad cultural y la persecución a los intelectuales que no se someten a ella”.¹⁹²

Curiosamente, y con el probable objetivo de recalcar la imparcialidad del Congreso, se expresa luego que las críticas, antes exclusividad de los comunistas, provienen de distintos sectores: “Unos dirán que sirve a los yankees; otros dirán que sirve a los comunistas. Todo depende de si el Congreso por la Libertad de la Cultura publica una resolución contra la dictadura en Rusia o contra la dictadura en España”.¹⁹³ A la hora de rebatir en detalle cada ataque, sin embargo, se vuelve a adjudicar al comunismo la propaganda difamatoria que arrecia contra el Congreso. Así, ante la aseveración de que esta institución solo combate el comunismo, se replica que la denuncia de actos contrarios a la libertad en países como España, Polonia, Argentina y Bolivia, y la constante reprobación a las dictaduras latinoamericanas demuestran la total falsedad de dicha afirmación. En seguida se niega tajantemente que, tal como afirman los comunistas, el Congreso sirva al imperialismo yanqui: no hay ninguna relación con el gobierno de Estados Unidos, ni menos se favorece su política. Afirma el documento que “no hay un solo acto suyo que pueda ser señalado como expresión de tales intereses”.¹⁹⁴ Frente a la supuesta financiación que el Congreso recibe de Estados Unidos, se asegura que los verdaderos sostenedores del organismo son individuos y organizaciones privadas e internacionales (aunque no se entregan mayores señas). Para los comunistas –continúa el texto– esto es imposible de entender, ya que en las economías socialistas no hay espacio para que los privados inviertan en actividades culturales, siendo el Estado la única fuente de financiamiento. El Movimiento de los Partidarios de la Paz (sic) es fiel ejemplo de un organismo

192 “Razón de los ataques”, *Cultura y Libertad*, (Santiago), 1, diciembre 1954, 17.

193 *Ibid.*, 18.

194 *Ibid.*, 18.

“oficialista de Rusia, China, Checoslovaquia, etc.”¹⁹⁵

Llama la atención que la defensa redactada por el comité chileno haga hincapié en que “no hay un solo acto [del Congreso] que pueda ser señalado como expresión de tales intereses”, porque pareciera la consecuencia de un esfuerzo deliberado por abstenerse de emitir cualquier comentario o de acometer cualquiera iniciativa favorables a los Estados Unidos, como temiendo una acusación en ese sentido. Sin embargo, en el mismo número de *Cultura y Libertad* aparece un artículo que confirmaría tal denuncia: en “Los problemas del ser y del ciudadano”, el poeta chileno Julio Barrenechea saluda la existencia de procesos progresistas en el mundo, incluido Estados Unidos, algo que los latinoamericanos deben tener muy en cuenta: “Por esto enseñar el odio indiscriminado hacia los Estados Unidos es tan anormal y tan contrario a la fraternidad humana, como enseñar el culto por el imperialismo”.¹⁹⁶ Aboga luego por lograr una equidad entre los 150 millones de norteamericanos y los 140 millones de sudamericanos y así prosperar “en el todo panamericano que ha de ser el conjunto armónico constitutivo de la gran reserva de la humanidad, del baluarte inexpugnable de la paz, y de la abastecida despensa del hombre”.¹⁹⁷ Se postula nada menos que la alianza con Estados Unidos, al alero de un discurso panamericanista históricamente propugnado por los norteamericanos y siempre rechazado por la izquierda latinoamericana. Y aunque el autor está consciente de que “el empleo bilateral de los actuales elementos destructores no pueden significar el triunfo del oriente ni del occidente, sino el suicidio de la humanidad”, al final endosa a solo una de las potencias los ímpetus bélicos: “Creo en la paz a base de una ecuación, en que la propia Unión Soviética comprenda la necesidad de detener su acción agresiva, de realizarse dentro de sus fronteras legítimas y de otorgarle al artista y al escritor las libertades creadoras que jamás debió intervenirle”.¹⁹⁸

Es probable que un artículo como éste, con tales tomas de posición, jamás habría aparecido años más tarde, una vez afinadas

195 *Ibid.*, 18-19.

196 Julio Barrenechea, “Los problemas del ser y del ciudadano”, (Santiago), *Cultura y Libertad*, 1, diciembre 1954, 11.

197 *Ibid.*, 11.

198 *Ibid.*, 11.

las estrategias del Congreso por la Libertad de la Cultura destinadas a camuflar sus intenciones de fondo y que fueron implementadas en revistas adscritas al organismo como *Cuadernos* o *Mundo Nuevo*.

2. Tribulaciones del Congreso en América Latina

De diversa índole fueron las iniciativas impulsadas por el Congreso por la Libertad de la Cultura en Latinoamérica. Publicación de libros y revistas, organización de conferencias, orquestación de campañas y lanzamiento de declaraciones marcaron el ritmo de la institución.

Al margen de las revistas *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*, destinadas al público latinoamericano pero elaboradas en Europa, el Congreso editó publicaciones locales enfocadas al devenir de sus respectivos países. *Cultura y Libertad*, de Santiago, fue la primera (aunque solo circuló un par de años); le siguieron *Examen* en México, *Cadernos Brasileiros* en Brasil y *Temas* en Montevideo.

La labor editorial fue una de las áreas más fecundas del Congreso, tanto por el número de libros y folletos publicados como por la polémica que éstos generaron en la opinión pública, un efecto buscado de forma consciente ya que empleaban un tono confrontacional que no temía identificar con nombres y apellidos a sus interlocutores y que no dudaba en falsear o desmentir sus argumentos. Un ejemplo de esta verdadera política editorial lo constituye el libro *Así veían a Stalin* (Santiago, 1956, introducción de Alejandro Magnet) –mencionado en el capítulo V–, que está conformado por textos de intelectuales comunistas o prosoviéticos (Volodia Teitelboim, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Salvador Allende, Alejandro Lipschutz, Ángel Cruchaga) que cantaban a la figura del líder georgiano. Otro caso es el del opúsculo *La Verdad Sobre la URSS y la Alemania Sovietizada*, volumen consagrado a rebatir uno a uno los elogios que el profesor de la Universidad de Chile Alberto Baltra había dedicado a esos países socialistas después de una visita.¹⁹⁹ Carlos de Baráibar, el español delegado en Chile, es el encargado de “salir al paso de los mixtificadores que

¹⁹⁹ *La verdad sobre la Unión Soviética y la Alemania soviética*. Santiago, Comité Chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1962.

emplean sus capacidades en tergiversar a sabiendas la verdad”.²⁰⁰ El *Informe sobre la Conferencia Latinoamericana por las Libertades*, por su parte, se aboca a desenmascarar el trasfondo comunista de dicha conferencia, así como del Festival de la Juventud Sudamericana, a realizarse en 1955 y 1954 respectivamente. El Congreso se jacta de haber desbaratado ambos eventos.²⁰¹ Se sabe también del revuelo que causaron otras publicaciones; es el caso de *Intelectual, ¿por qué eres comunista?*, de Carlos P. Carranza, editado en Buenos Aires por la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (1959),²⁰² y de *El crimen de Hungría e intelectuales libres* en México, donde, hasta entonces, “los agentes del NKVD habían campado a sus anchas”.²⁰³

Las conferencias que convocaban a los representantes de los diversos comités del continente se convirtieron en una instancia de diálogo de la cual emanaron directrices o declaraciones públicas que expresaron los acuerdos y desacuerdos de la comunidad. Ya vimos cómo en Santiago, en 1954, se celebró la primera de estas reuniones (que no estuvo exenta de polémica). Al año siguiente se realizó un importante evento, aunque no en América sino en Europa: la Conferencia de Milán “El provenir de la libertad”, a la cual se le dio amplia cobertura, por ejemplo, en *Cultura y Libertad*. Desde el continente viajaron Germán Arciniegas, Jorge Mañach, Luis Alberto Sánchez, Rodrigo García Treviño, Eduardo Santos y Arturo Ardao, entre los más ilustres.²⁰⁴

En septiembre de 1956, en México y bajo los auspicios de la Asociación Mexicana del Congreso, se celebró la Conferencia

200 *Ibid.*, 3. El autor, junto con publicar numerosos artículos en la revista *En Viaje*, aportó a la “biblioteca” del Congreso los folletos *El fracaso de la colectivización agropecuaria en Rusia* (Santiago, 1954); *Análisis de los planes quinquenales rusos* (Santiago, 1956); *Tres ensayos: los imperialismos contemporáneos, situación de la prensa en Rusia, la Iglesia y el estado en Rusia y en otros regímenes totalitarios* (Santiago, 1955), entre otros.

201 *Informe sobre la Conferencia Latinoamericana por las Libertades*. Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1955. Entre las publicaciones del Comité Chileno del Congreso destacan, además, *Khrushchev versus Stalin* (Santiago, 1962); Boris Souvarine (et. al.), *Cuarenta años de revolución soviética* (Santiago, 1958) y Samuel Mendoza, *Actividades del comunismo en Chile* (Santiago, 1961).

202 Citado por Iber, *op. cit.*

203 Ruiz, *op. cit.*

204 *Cultura y Libertad*, (Santiago), 4, octubre 1955, 25.

Interamericana “La libertad de la cultura en el hemisferio occidental” que, como indica su nombre, congregó a treinta intelectuales latinoamericanos, dos canadienses y veinte estadounidenses, todos los cuales discutieron temas como “Libertad cultural en Estados Unidos”, “Libertad cultural en América Latina”, o “La colaboración entre países americanos en defensa de la libertad cultural”. Patrick Iber relata que, contra las expectativas de las autoridades del Congreso (representadas en México por el español Salvador de Madariaga), en la Conferencia se dio demasiado espacio a la discusión de tópicos incómodos, tales como las dictaduras hispanoamericanas, la persecución norteamericana al comunismo, la discriminación racial en Estados Unidos, el imperialismo de este país y los lazos entre la Iglesia y varios gobiernos de América Latina.²⁰⁵ La Declaración de rigor, con alguna ambigüedad característica de este tipo de textos, expresaba su preocupación por el analfabetismo en América Latina, por la autonomía universitaria, por la coacción gubernamental contra la opinión pública y por el respeto a la libertad de prensa, al tiempo que abogaba por la libre circulación del libro en el continente. En sus párrafos más políticos, la declaración, tras conminar a los intelectuales a combatir las tiranías, demandaba el fin de las persecuciones políticas, así como un impulso a la industrialización que, sumado a un intercambio comercial justo para los países productores de materias primas, derivara en una mejora económica sustantiva. En esa tarea los países de América Latina debían recibir una ayuda de los países desarrollados que, además, sirviera para encauzar las reformas agrarias y sociales necesarias. Dicha ayuda –especificaba la declaración– debía entregársele prioritariamente a los países democráticos y no a los regidos por dictaduras. En lo que pude leerse como una suerte de advertencia, el texto supeditaba la integridad de la libertad cultural a la paz social: “La conquista de una completa libertad cultural en América y en el mundo está ligada a la vigencia de una auténtica democracia política y a la transformación de las bases económicas y sociales en que descansa hoy la estructura de los Estados”.²⁰⁶

205 Iber, *op. cit.* Pese a todo, comenta el autor, el Congreso siguió creciendo en el continente.

206 *El Congreso por la Libertad de la Cultura. Sus ideas y actividades*. Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1958, 13-14. Este folleto informa

La Reunión de Representantes de las Asociaciones Iberoamericanas del Congreso por la Libertad de la Cultura desarrollada en París el año 1960 fue singularmente trascendente por aprobarse allí la “Declaración sobre Cuba”, que condenaba el nuevo rumbo adoptado por el régimen castrista. La Revolución, afirmaba el documento, se ha desvirtuado y ha pervertido sus designios iniciales encaminándose al totalitarismo, de lo cual es síntoma la manipulación de las noticias. Así, muchos que abrazaron la causa han desertado al sentirse traicionados por la jefatura.²⁰⁷ Cuba se ha transformado en “satélite de la Rusia soviética y de la China roja”, con lo cual “ha precipitado a todo el continente en el seno mismo de la guerra fría”.²⁰⁸ La Declaración culminaba exhortando a los intelectuales a hacer sentir su crítica y entregar información objetiva para mitigar la fascinación que Cuba ejercía entre los actores culturales.²⁰⁹ La relación del Congreso con la Revolución Cubana, empero, tenía una larga historia.

En 1955 había quedado constituida la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, encabezada por el ensayista Mario Llerena y por su colega Jorge Mañach. En 1958, cuando la dictadura de Batista aún no caía, el comité cubano fue un importante centro de contacto para los jóvenes miembros del Movimiento 26 de Julio, el grupo opositor liderado por Fidel Castro. Es más, en enero de ese año Mario Llerena había sido nombrado (informalmente) por Castro como uno de sus representantes en Nueva York. Con posterioridad al triunfo de la Revolución, la sección cubana fue reorganizada, incorporando a su directiva a Lisandro Otero y Raúl Roa, dos firmes colaboradores del gobierno, algo nada casual, porque desde París Julián Gorkin, a nombre del Secretariado Ejecutivo del Congreso, había orientado a los comités latinoamericanos para que enviaran mensajes de felicitación al nuevo régimen. En la propia revista *Cuadernos*, Mañach había saludado el nuevo orden como un paso

también de la Reunión de los Comités Latinoamericanos Australes que se celebró en Buenos Aires en 1957 y que agrupó a los comités de Argentina, Chile, Perú y Uruguay.

207 *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 47, marzo-abril 1961, suplemento, II.

208 *Ibid.*, III.

209 *Ibid.*, IV. Ver también Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 106.

más hacia la democratización progresiva del continente. En verdad, el entusiasmo del Congreso correspondía al carácter de lo que fue la Revolución Cubana en un principio: un movimiento nacionalista, democratizador, antidictatorial y antiimperialista. Una vez que el régimen de Castro se definió socialista y que el acercamiento hacia la Unión Soviética se hizo inexorable, el Congreso, obviamente, le quitó su respaldo y lo declaró enemigo pleno, algo que ya se podía intuir a la luz de un artículo de Mario Llerena aparecido en el periódico cubano *Prensa Libre* hacia inicios de 1960, en el que se analizaba de manera crítica la hegemonía soviética en Checoslovaquia, y en el que se insinuaba que un proceso parecido se había desencadenado en Cuba.²¹⁰ La declaración firmada en París por los representantes de las asociaciones iberoamericanas era pues el corolario de la progresiva reversión del apoyo que en un comienzo se había brindado a los revolucionarios cubanos.

Pese a que hacia fines de la década del cincuenta el Congreso sacaba cuentas positivas de su trabajo, los cambios a nivel político internacional obligaron a reformar ciertos aspectos de los comités latinoamericanos. El hombre designado para llevar a cabo los planes fue Luis Mercier Vega, francés de madre chilena, que a inicios de los sesenta dispuso el reemplazo de dos emblemáticos animadores de los centros chileno y argentino: Carlos de Baráibar y Carlos Carranza, respectivamente.²¹¹ Aparte de la renovación generacional, Mercier decidió dar un giro a las actividades del Congreso orientándolo hacia las ciencias sociales con el fin de abordar los problemas contingentes en especial de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Perú –peronismo, educación y universidad, rol de los militares, partidos políticos, etc. Al mismo tiempo, la oficina en Brasil sufrió una reestructuración que afectó primero que nada a su director, el poeta rumano Stefan Baciu, criticado y conminado a abrir la entidad a la izquierda política con el propósito de matizar la imagen derechista del Congreso en ese país. En 1962 se asigna al novelista norteamericano Keith Botsford la misión de reorganizar la asociación brasileña así como su revista, *Cadernos Brasileiros*.²¹² Tras un año y medio de exitosa labor, Botsford es enviado a

210 Iber, *op. cit.*

211 Quien reemplazó a Carranza fue el conocido ensayista Héctor A. Murena.

212 *Cadernos Brasileiros* apareció en 1959, con Afranio Coutinho como director y con Gilberto Freyre como uno de sus más prominentes colaboradores.

México para desarrollar un plan similar con el comité de ese país y con su revista, *Exámen*, cuyo acendrado anticomunismo le había reportado una triste celebridad.²¹³

Un balance de 1965 indicaba que la sección latinoamericana del Congreso publicó ese año veintitrés libros y patrocinó setenta exposiciones, cinco mesas redondas o debates, dieciocho investigaciones sociológicas y tres campañas mundiales contra la persecución de intelectuales en la Unión Soviética, Yugoslavia y España.²¹⁴ Pese a la aparente buena salud del Congreso en América Latina, las revelaciones del *New York Times* demandaron una respuesta veloz y radical que pusiera a salvo lo edificado hasta entonces. Esa respuesta se llamó Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), creado en 1966 en reemplazo del departamento latinoamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura y con Luis Mercier a la cabeza.

3. El Congreso y sus enemigos

Pese a que el discurso del Congreso por la Libertad de la Cultura apuntaba al fortalecimiento de valores que ningún intelectual sería capaz de negar –libertad, democracia, cultura, diálogo– y que solo era agresivo con el comunismo, aceptando cualquier otro sistema de pensamiento (salvo el fascismo), le fue mucho más fácil hacerse de enemigos que de amigos. Descontando la enemistad obvia de los intelectuales comunistas, entre la intelectualidad de izquierda el Congreso no despertó casi ninguna simpatía y, al contrario, fue rechazado con fuerza pues, en definitiva, por mucho que escondiera sus raíces verdaderas el fantasma de los dólares norteamericanos que lo financiaban siempre le hizo sombra.²¹⁵ Y aunque cuantitativamente el Congreso haya crecido tanto en número de oficinas como de colaboradores, lo cierto es que son escasísimos los escritores de renombre que adhirieron a sus filas y, para peor, quienes lo hicieron pertenecían a un ámbito

213 Iber, *op. cit.*

214 Citado por Iber, *op. cit.*

215 Por supuesto que hay excepciones. En Chile, el historiador de tendencia socialista Julio César Jobet, que dedicó buena parte de su trabajo a la historia del movimiento obrero, fue un activo militante del comité chileno del Congreso.

más académico, es decir que no tenían un contacto masivo con el público. Germán Arciniegas, Luis Alberto Sánchez, Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes, Victoria Ocampo, Jorge Mañach, Érico Verissimo: no son escritores populares ni tampoco integran una generación emergente, son escritores consagrados, pero poco leídos en comparación con el arrastre que tendrían los escritores del boom algunos años después.²¹⁶ Solo con la revista *Mundo Nuevo* se logró atraer a escritores de primera fila, pero sin que éstos lo supiesen, como se verá en un próximo capítulo.

Entre los intelectuales de izquierda no cuajó la propuesta programática del Congreso. Algunos años después de su desaparición, el uruguayo Ángel Rama recordaría el escepticismo inmediato que despertaba su retórica:

Trabajaba con bastante insidia para defender siempre este principio de la libertad, usando la palabra libertad, que es una palabra cara a todos nosotros, en un sentido muy restricto y muy determinado. Se hablaba de la libertad en el sentido de las libres opiniones, de la discusión de libres opiniones que caracteriza al mundo occidental y era una de las formas de oposición al socialismo.²¹⁷

Por otra parte, hay que considerar que la época había introducido en los escritores una sensibilidad tan aguzada que los ponía en guardia ante cualquier intento de manipulación:

Nosotros tenemos una cierta desconfianza natural por las financiaciones que provienen de la CIA, y no creemos, honradamente, que el imperialismo norteamericano se decida a financiar una cultura autónoma, independiente, soberana de Latinoamérica que, obligadamente si es tal, es antiimperialista. Por lo tanto, pensamos y sentimos que ésta era también una trampa más que se les tendía a los escritores.²¹⁸

216 Tal vez la mejor pluma que pudo ostentar el Congreso fue la de Jorge Luis Borges, aunque no tuvo una relación muy estrecha. De cualquier modo, Borges aún no gozaba de la celebridad que alcanzaría más adelante. Se comenta que cuando se creó el ILARI hubo intentos por incorporar a Octavio Paz, pero éste se negó.

217 René Jara Cuadra (ed.), *El compromiso del escritor*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971, 71.

218 *Ibid.*, 73.

Esta prédica hacía sospechar hasta de las aparentes buenas intenciones. Pablo Neruda, que se vería enfrascado en sucesivos conatos con el organismo, desafiará al Congreso a quitarse el disfraz y mostrar su verdadero rostro. A propósito de los acontecimientos de Hungría en 1956, Ramón Cortés, miembro de la sección chilena del Congreso, emplaza al poeta para que explique lo sucedido en ese país, a lo cual Neruda responde con otro desafío. Tras insistir en que el Congreso depende del Departamento de Estado de Estados Unidos y de la United Fruit Company, llama la atención acerca de ciertas declaraciones del Congreso que reprueban el yugo colonial con que Estados Unidos somete a Puerto Rico, que reclaman la soberanía de Panamá sobre el estrecho y que condenan la intervención norteamericana en Guatemala. Si esto es sincero, prosigue Neruda, invita al Congreso a organizar, aprovechando sus generosos recursos materiales, actos masivos por toda América Latina en apoyo de estos tres puntos, al tiempo que se confiesa dispuesto, por el bien de tales reivindicaciones, a “unirse con Dios y con el diablo”.²¹⁹

Neruda, que en su oportunidad tuvo un altercado con Julián Gorkin según se narra más adelante, entró también en conflicto con el Congreso aunque pasivamente, vale decir sin enterarse de la campaña en su contra que aquella institución montó para evitar que se le premiase con el Nobel de Literatura de 1964. Los norteamericanos John Hunt y el ya mencionado Keith Botsford fueron los comisionados por el comité mundial para llevar a efecto la operación, y para ello contactaron a un escritor francés de derecha, René Tavernier, que había dirigido la revista adscrita al Congreso, *Confluences*, solicitándole un informe difamatorio. El escrito ponía énfasis en la militancia política del chileno, la que hacía “imposible disociar al ‘Neruda artista’ del ‘Neruda propagandista político’”; de hecho, se argumentaba, empleaba su poesía como instrumento de su compromiso “total y totalitario”. En suma, lo de Neruda era un “servilismo poético” que rendía pleitesía a Stalin, “su amo”, a quien había incluso escrito una loa. El informe de Tavernier fue rechazado por Hunt, quien le solicitó que “se centrara en el compromiso político de Neruda y en el anacronismo de su postura estalinista,

219 Pablo Neruda, *Yo respondo con mi obra: conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959)*. Edición de Pedro Gutiérrez y Manuel Gutiérrez, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004, 271.

que guardaba poca relación con el ambiente de mayor tolerancia de la Rusia contemporánea”.²²⁰ Neruda no ganó el Nobel ese año y debió esperar hasta 1971. Jean-Paul Sartre fue el ganador –lo que tampoco agradó al Congreso–, pero declinó su aceptación –lo que exasperó aun más al Congreso.

Algo semejante le ocurrió a Miguel Ángel Asturias, aunque no en relación con el Nobel, que se adjudicó en 1967, sino con la presidencia del PEN Club, el organismo internacional de promoción de la literatura que agrupaba a escritores de todos los géneros y de todas partes del mundo. Aunque el PEN –un organismo reconocido por la UNESCO– marcaba distancia con la política y se centraba en la defensa de la libertad de expresión, fue vislumbrado por el Congreso por la Libertad de la Cultura como una instancia funcional a su interés de relacionarse y de romper el aislamiento con los escritores disidentes de los países de Europa del Este. Las autoridades del Congreso juzgaron que el candidato a la presidencia del PEN más idóneo para tales fines era Arthur Miller, un autor respetado por todos que finalmente se impuso en la votación al candidato propuesto por los franceses, Miguel Ángel Asturias. El guatemalteco fue entonces perjudicado por el Congreso, que movió sus hilos para influir en el resultado. Una de las primeras decisiones de Miller fue designar a Nueva York como sede del próximo congreso del PEN, a realizarse en 1966 y al que Neruda asistiría ocasionando luego la carta de los intelectuales cubanos en su contra.²²¹

Un enfrentamiento directo entre colaboradores del Congreso, por un lado, y sus detractores, por otro, se verificó en Perú con motivo del Congreso Nacional de Escritores Jóvenes. Éste era organizado por la Galería Cultura y Libertad (inequívoco nombre), entidad afiliada al Congreso que había sido dirigida por Luis Alberto Sánchez y que hacia 1966 encabezaba Jorge Luis Recavarren. Resultó que un grupo de jóvenes escritores peruanos se negó a asistir al evento y elevó un manifiesto que deploraba la Galería, viciada en su origen por funcionar a costas de la CIA. La declaración, firmada entre otros por Antonio Cisneros, recibió el espontáneo apoyo de otros intelectuales peruanos, más consagrados, como

²²⁰ Citado por Stonor, *op. cit.*, 486-488.

²²¹ *Ibid.*, 507.

José María Arguedas, José Miguel Oviedo, Mario Vargas Llosa, Gustavo Valcárcel y el pintor Fernando de Szyszlo. La Galería no se quedó atrás y emitió una respuesta –firmada por Recavarren y Julio Ortega– en que aclaraba que solo dependía del ILARI y que la vinculación con la CIA era una calumnia. Los escritores del manifiesto reaccionaron organizando una reunión propia, la Primera Convención de los Escritores Jóvenes del Perú, que a su vez redactó otra declaración que volvía a denunciar la ligazón de la Galería con la Agencia de Inteligencia norteamericana.²²²

4. El Congreso y sus parientes cercanos

Dijimos que, descubiertas las relaciones con la CIA, el Congreso pasó a llamarse Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, que funcionó sin mucho éxito hasta 1979. La indiferencia con que el medio intelectual se comportó respecto a esta Asociación es un indicio tanto del poco vuelo que logró como de la vitalidad que tuvo el Congreso en su época dorada, que nunca fue tan dorada en cualquier caso. O sea: el fracaso de la Asociación sirve para valorar la obra del Congreso por la Libertad de la Cultura, que, pese a todo, fue al menos polémica. Puede interpretarse también que entre 1967 y 1979 –los años de funcionamiento de la Asociación– la temperatura de la Guerra Fría, más amigable, no demandó una acción muy enérgica en el ámbito cultural, es decir que no fue necesario dar la batalla en esa área con el brío de décadas pasadas. Reforzaría dicha hipótesis el hecho de que en los tempranos ochenta, cuando la Guerra Fría entró a su último ciclo virulento, hubo un intento por reflotar el viejo Congreso, con otro nombre claro, según denuncia el periódico norteamericano *The Nation*. La información, recogida y divulgada por *Casa de las Américas*, daba cuenta de la creación, por iniciativa de la CIA, de un comité de intelectuales que incluiría incluso a personeros que participaron en el Congreso, como era el caso de Raymond Aron y Sydney Hook. A establecerse en doce países, el nuevo comité se consagraría a combatir el comunismo y a defender los valores nacionales a través de conocidos procedimientos: actividades,

222 *Casa de las Américas*, (La Habana), 40, enero-febrero 1967, 124-125.

publicaciones, conferencias, etc. La redacción de *Casa de las Américas* suscribe lo que intuye *The Nation*, que “una nueva guerra fría cultural está a punto de estallar, junto con una nueva carrera armamentista”.²²³

Mucho antes existió una institución que guardó grandes similitudes con el Congreso y que fue contemporánea del mismo por algunos años: la Fundación Inter-Americana para las Artes. Su estilo reservado y algo misterioso dificulta seguir su rastro. La primera aparición de este organismo, que hasta 1964 se llamó Inter American Committee, data de 1962, cuando en Bahamas se desarrolló el Primer Simposio Inter-Americano, patrocinado por la revista *Show Business Illustrated* y con la presencia de un funcionario de asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado de Estados Unidos.²²⁴ Hay informaciones contrapuestas, pues otra versión señala que en Bahamas, en 1963, se constituyó este Inter American Committee por voluntad de los pintores, escritores, compositores, arquitectos y educadores de Norte, Centro y Sudamérica que asistieron al Simposio.²²⁵ En éste se discutieron las causas del malestar de los latinoamericanos hacia Estados Unidos, junto con el rol del intelectual, su relación con la política y su actitud hacia ese país, la Alianza para el Progreso y Fidel Castro. Tras acusarse el intervencionismo de Estados Unidos, su apoyo a dictadores y su paranoia anticomunista, los intelectuales norteamericanos aseguraron que estaban ocurriendo cambios al respecto. Concluido el congreso, una delegación fue transportada a Washington, en donde se reunieron con el mismísimo John Kennedy, quien expresó: “Nosotros no queremos que la vida artística e intelectual sea usada como un arma en la batalla de la guerra fría, pero sentimos que ésta es una parte esencial del espíritu democrático... El artista necesariamente debe ser un hombre libre”.²²⁶

El Segundo Simposio Inter-Americano se efectuó en Puerto Rico,

²²³ *Casa de las Américas*, (La Habana), 127, julio-agosto 1981, 200.

²²⁴ “Declaración” (5 de octubre de 1967), *Casa de las Américas*, (La Habana), 46, enero-febrero 1968.

²²⁵ El IAC serviría como centro de información, asistencia y coordinación de iniciativas culturales. Andrea Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires, Paidós, 2001, 246.

²²⁶ *Ibid.*, 246.

en 1963.²²⁷ En 1964, ya instituida la Inter-American Foundation for the Arts (IAFA), se celebró el Tercer Simposio, en Chichen-Itzá, México, que contó con la financiación del Center for Interamerican Relations, asociado a la Fundación Rockefeller.²²⁸ Por uno de los asistentes, José Donoso, sabemos del tono festivo e informal de las jornadas, reforzado por el hecho de que las intervenciones eran orales y no se guardaba ningún registro de ellas; sí se podía llevarlas al papel posteriormente, pero a condición de no referirse a las palabras de otro.²²⁹

La proximidad del Cuarto Simposio (1967), a realizarse en Puerto Azul, Venezuela, motiva una declaración de *Casa de las Américas* que denunciaba el evento como una manifestación más de la política de penetración cultural del imperialismo norteamericano, que persigue acercar a los intelectuales de América Latina a planes como la Alianza para el Progreso, junto con fomentar un diálogo que solo conduce a la neutralización.²³⁰ La revista chilena *Punto Final* también alertó sobre los peligros del simposio: “Los intelectuales latinoamericanos que se prestan para

227 Según *Casa de las Américas*, fue después de esta reunión que los participantes se entrevistaron con Kennedy. No es descabellado pensar que el viaje a Washington se hizo en ambas oportunidades (*Casa de las Américas*, (La Habana), 46, enero-febrero 1968).

228 Andrés Avellaneda sostiene que en 1967 se creó el Center of Inter-American Relations por inspiración de David Rockefeller, presidente entonces del Chase Manhattan Bank, el cual lanzó la *Review. Latin American Literatura and Arts* (Avellaneda, “Desde las entrañas: revistas de y sobre Latinoamérica en los Estados Unidos”, en Saúl Sosnowski (ed.), *op. cit.*, 551).

229 Hubo bastantes celebridades, incluso algunas de la izquierda más radical: Carlos Fuentes, Emir Rodríguez Monegal, Sebastián Salazar Bondy, José Donoso, Juan Rulfo, Marta Traba, José Luis Cuevas, Nicanor Parra, Glauber Rocha, Dalmiro Sáenz y los norteamericanos Lillian Helman, William Styron, Norman Podhoretz, Robert Rossen, Jay Laughlin y Oscar Lewis. Donoso recuerda: “De este simposio me acuerdo de las personas, de las anécdotas, del esplendor de las ruinas y de la selva pero absolutamente nada de las sesiones de trabajo, lo que probaría en forma definitiva lo útiles que son para los novelistas los congresos internacionales...” (Donoso, *Historia personal del “boom”*. Santiago, Andrés Bello, 1987, 82).

230 *Casa de las Américas*, (La Habana), 46, enero-febrero, 1968. La categoría de los participantes decayó notablemente en comparación con Chichen Itzá. Entre los más conocidos se contaron el cineasta Leopoldo Torre Nilsson y su mujer Beatriz Guido, y los escritores Nicanor Parra, Emir Rodríguez Monegal, Gustavo Sáinz, Guillermo Sucre y, sorprendentemente, Miguel Otero Silva.

este juego dialogante se constituyen en conejillos de indias, ratones de experimentación, pues Estados Unidos extrae de ellos –detecta– reflejos de las inquietudes básicas de los pueblos de América Latina, y de inmediato, a breve plazo, aparece con un antídoto dirigido a disolver esas inquietudes, a neutralizarlas, a viciarlas”.²³¹

La Fundación Inter-Americana para las Artes, así como el Congreso por la Libertad de la Cultura, representaron esfuerzos conscientes y deliberados de parte de organismos oficiales y privados de Estados Unidos por acercarse a los intelectuales latinoamericanos. El Congreso por la Libertad de la Cultura, amarrado a la CIA, es una entidad más oficial que la Fundación, la cual, no obstante estar vinculada a revistas, bancos u otras fundaciones, de todos modos se permitió el lujo de gestar una visita al presidente de Estados Unidos, “oficializando” la actividad. El hecho de que Kennedy recibiera a una delegación de los intelectuales presentes en aquél simposio es altamente significativo, pues simboliza la importancia que en las cúpulas de poder se daba a la comunicación con los intelectuales de América Latina, a quienes se buscaba, si no convencer, al menos dar a conocer una imagen de Estados Unidos distinta a la nada halagüeña que históricamente se había construido. Un escritor que de la noche a la mañana se encontraba conversando con el presidente del país más poderoso del planeta tenía buenas razones para impresionarse y hasta cambiar la percepción con que había llegado al simposio. Si ese escritor regresaba a su país con otro discurso, la táctica había dado resultado.

Los intelectuales que participaron en el Congreso –mucho más que los que tomaron parte de los simposios– prestaron servicios a la causa norteamericana, aunque quizá, en un buen número, sin saberlo. Coayudaron a que se oyera con más fuerza en la opinión pública de sus respectivos países aquello que los ideólogos y propagandistas de la CIA habían considerado adecuado y beneficioso para Estados Unidos y/o perjudicial para la Unión Soviética. Por supuesto, hubo quienes trabajaron de forma honesta y desinteresada por los valores universales que el Congreso profesaba, como también quienes pensaron que era Estados Unidos la potencia que mejor encarnaba esos valores.

231 “Un nuevo congreso para ‘intelectuales’”, *Punto Final*, (Santiago), 41, 7 de noviembre de 1967, 36.

La trayectoria del Congreso por la Libertad de la Cultura y su relación con América Latina estuvo signada por las dos revistas continentales que dicho ente editó: *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*. Ambas nos proporcionarán nuevas luces acerca del papel que el intelectual latinoamericano jugó en este polémico frente de la Guerra Fría cultural.

VIII
LA REVISTA *CUADERNOS DEL CONGRESO POR LA*
LIBERTAD DE LA CULTURA

Uno de los episodios donde se verificó una relación más concreta y manifiesta entre los intelectuales latinoamericanos y Estados Unidos fue el de la revista *Cuadernos*, editada por el Congreso por la Libertad de la Cultura, organismo que, como hemos visto, era financiado, encubiertamente, por la propia CIA, y que tenía una misión muy clara que cumplir en la Guerra Fría cultural. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* será una instancia en que un limitado grupo de intelectuales del continente adquirirá una tribuna importante que le permitirá tanto expresarse a un público amplio como entrar en contacto con las redes de intelectuales europeos y norteamericanos afines al mencionado Congreso.

Las revistas que el Congreso por la Libertad de la Cultura hizo circular por Europa –*Der Monat* en Alemania, *Encounter* en Inglaterra, *Preuves* en Francia, *Tempo Presente* en Italia– tenían como propósito dar un espacio a intelectuales no comunistas, por lo general liberales, que sin ser necesariamente pro Estados Unidos sí fueran críticos del mundo soviético.²³² Con la creación de *Cuadernos* se buscaba llegar a los intelectuales de los países latinoamericanos –y a sus pueblos–, y encarar el complejo caso español. En efecto, aunque en principio el destino central era América Latina, en la práctica la revista tuvo, en sus primeros tiempos, una marcada inclinación hacia la situación de España bajo Franco y contó con una abierta participación de escritores españoles exiliados. De partida, el personaje de mayor peso en la revista y el nexo con el Congreso fue el español Julián Gorkin –seudónimo formado por los nombres de dos rusos de su admiración: Gorki y Lenin–, un ex poumista (anti-stalinista) con quien nos toparemos (y nos hemos topado) más de una vez. Con todo, en la editorial del primer número de la revista se hace explícito el fondo latinoamericano que inspira su aparición: “Aspiran nuestros *Cuadernos* a recoger y a traducir lo universal a nuestro idioma, pero asimismo y sobre todo a recoger y a canalizar las ricas y variadas expresiones del espíritu latinoamericano hacia lo universal. (...) El Nuevo Mundo tiene mucho que decir y mucho que juzgar; nos ofrecemos nosotros a traducirlo y a reflejarlo”.²³³

La revista, con sede en París, donde también radicaba el Secretariado Internacional del Congreso, se nutrió de escritores latinoamericanos de prestigio ya ganado, de una generación ya consagrada, madura, y de filiaciones políticas heterogéneas, que participaron en diversos niveles, desde la dirección hasta la simple colaboración. De todos modos, el órgano nunca fue manejado por los latinoamericanos en propiedad –ni durante el corto tiempo en que el colombiano Germán Arciniegas fue su director–, sino que siempre estuvo sujeto a las riendas del Congreso por la Libertad de la Cultura y particularmente al verdadero hombre fuerte

232 Marta Ruiz se refiere a tres de estas revistas: “*Preuves* se caracterizaba por su europeísmo, *Encounter* por su corte liberal y *Tempo Presente* por ser la más progresista”. Marta Ruiz Galvete, *op. cit.*

233 “Libertad y universalidad de la cultura”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 1, marzo-mayo 1953, citado por Ruiz, *op. cit.*

de *Cuadernos*, el ya mentado Gorkin, que también la dirigió. Hay presencia de latinoamericanos en el Consejo de Honor: el venezolano Rómulo Gallegos (ex presidente de la república), el cubano Jorge Mañach, el peruano Luis Alberto Sánchez, el brasileño Erico Verissimo, el chileno Eduardo Barrios y el ya nombrado Arciniegas. En una nómina de colaboradores se anotan el peruano Ciro Alegría, el ecuatoriano Benjamín Carrión, la chilena Gabriela Mistral y el mexicano Octavio Paz (junto con otros no latinoamericanos: Albert Camus, Jorge Guillén, André Malraux). Entre quienes publicaron artículos u obra literaria a lo largo de los más de diez años de circulación de *Cuadernos* encontramos a Jorge Icaza, Ernesto Sábato, Juan Liscano, Francisco Romero, Alfonso Reyes, Fernando Díez de Medina, Arturo Torres Rioseco, Alfredo Pareja Diezcanseco, Juan Bosch, Mariano Picón Salas, Augusto Roa Bastos y Jorge Luis Borges.

No debe extrañar que junto a escritores más cercanos a la derecha política aparezcan otros más identificados con la izquierda. Entre éstos, hay que hacer notar que publicar en *Cuadernos* no significaba figurar en un medio derechista, pro Estados Unidos ni vinculado a la CIA –lo que no estaba probado–; es probable que se le aceptara solo como anticomunista pero no mucho más que eso. Si una Mistral, un Alegría, un Sábato o un Roa Bastos colaboraron o publicaron en *Cuadernos* lo hicieron seguramente debido a su seriedad y prestigio intelectual y no por suscribir al dedillo su línea editorial.²³⁴ La mayoría, no obstante, respondía al perfil de intelectual liberal, progresista, abierto al diálogo con amplios sectores, no comunista y con una actitud moderada hacia Estados Unidos. Hubo quienes, de seguro, fueron conscientes de haber estado jugando un papel en la Guerra Fría que implicaba colaborar con Estados Unidos y combatir a la Unión Soviética, pero es difícil saberlo con certeza. Es dudoso que Arciniegas haya ignorado todas las implicaciones que tenía dirigir *Cuadernos*, aunque también es dudoso que supiera del patrocinio de la CIA

²³⁴ Sin duda que se pretendía atraer a intelectuales de izquierda, algo incautos, con el fin de causar divisiones al interior del campo. Para el uruguayo Ángel Rama el objetivo último de *Cuadernos* fue “la ruptura del frente de izquierda latinoamericano (...), la división y por lo tanto debilitamiento de las fuerzas antiimperialistas” (*Casa de las Américas*, (La Habana), 38, septiembre octubre 1966, tomado de *Marcha*).

y más dudoso todavía que fuera derechamente un agente de este organismo, como más de una vez se sugirió.

1. Línea editorial y etapas de la revista

En la editorial del número uno se puede leer el diagnóstico de la actualidad que hace la revista y al cual debe orientar su labor: “Nunca como ahora vivió el hombre tan bajo el signo del miedo: miedo a perder la vida y miedo a perder lo que la hace digna y agradable. Largos siglos de progreso y de conquistas civilizadoras están amenazados por los totalitarismos modernos. ¿Quién puede permanecer indiferente a esta trágica realidad?”²³⁵

Las palabras claves aquí son “totalitarismos modernos”. Es ante ellos que se debe emprender la lucha. Pero “totalitarismos modernos” es un eufemismo, porque a lo que se alude en el fondo es a la Unión Soviética, único totalitarismo vigente tras la caída de Hitler. Ése es el sello original de *Cuadernos*: la denuncia del peligro soviético que se cierne sobre el mundo, la puesta en evidencia de la estrategia moscovita de dominación planetaria que incluye, por supuesto, a América Latina.²³⁶ Alertar a los latinoamericanos del peligro soviético mediante la exposición transparente de la realidad del mundo socialista será el objetivo primario de la revista. Uno secundario, pero relacionado, será desacreditar el neutralismo, concepto promovido por la URSS, que abogaba por un desarme y un pacifismo que solo servían a los intereses soviéticos.²³⁷ Al mismo tiempo la revista adhería a los principios

235 “Libertad y universalidad de la cultura”, *op. cit.*

236 Para Ruiz, entre las revistas del Congreso por la Libertad de la Cultura, “*Cuadernos* resultará sin lugar a dudas la que mejor se identifique con la defensa del mundo libre”. Ruiz, *op. cit.*

237 Ver Olga Glondys, *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953) - XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Universidad Autónoma de Barcelona, 2007. En su trabajo la autora quiere rescatar el valor de la revista por sobre la polémica de sus raíces y su ligazón con la CIA. Pondera su “notable compromiso ético” por informar de la realidad del mundo comunista así como sus logros en el fortalecimiento del ideal de libertad intelectual en Europa, esto pese a ser paradójicamente un instrumento de la CIA. Sentencia que juzgarla como un mero instrumento retórico y estratégico ensucia sus méritos. Ver 140-

generales del Congreso y de las otras publicaciones emparentadas, esto es, defender la libertad de pensamiento y creación, y fomentar la independencia y autonomía del intelectual.²³⁸ Con el paso del tiempo se definirán mejor los principios rectores y las temáticas dominantes que articularon la revista, lo cual también estuvo sujeto a modificaciones políticas y a cambios en la dirección.

Siguiendo el estudio de Olga Glondys, se reconocen tres etapas que se corresponden con los tres directores de la revista. La primera etapa fue encabezada por el francés François Bondy, quien la dirigió entre el primer número, de marzo-mayo de 1953, y el 27, de noviembre-diciembre de 1957. Se caracteriza por la supremacía de textos que enjuician a la Unión Soviética y a sus países satélites, enfatizando el imperialismo y la amenaza de expansión que los soviéticos representan para América Latina. Sería ésta la etapa donde la Guerra Fría aflora con mayor crudeza y también aquella donde más pesa la influencia del Secretariado Internacional del Congreso por la Libertad de la Cultura en la orientación de la revista.

La segunda etapa se inicia con el número 28, de enero-febrero de 1958, y se extiende hasta enero de 1963, con el número 68. Ejerce la dirección Julián Gorkin, el español que desde siempre había estado en la revista y que era una suerte de director alterno que en todo caso poseía bastante poder e influencia.²³⁹ No obstante,

142.

238 Para Olga Glondys otro de los leit motiv de la revista fue la exposición de un modelo y de un antimodelo de intelectual. El filósofo rumano Eugen Relgis, los italianos Benedetto Croce e Ignazio Silone, y, por América Latina, Juan Montalvo, José Martí y el propio Germán Arciniegas figuran entre los modelos. Su contraparte, el intelectual procomunista, caracterizado como iluso, ciego e ignorante, tuvo como principales exponentes a Jean-Paul Sartre y Pablo Neruda. Glondys, *op. cit.*, 103ss.

239 Gorkin, personaje discutido, se vio enfrascado en una ácida diatriba con Pablo Neruda, a quien llamó “diocesillo latinoamericano número uno en la jerarquizada religión estaliniana”, exaltando además su estalinismo y confrontando la fortuna que se adjudicó al recibir el Premio Stalin con las miserias sufridas por los escritores disidentes (Gorkin, “Los 50 años de Pablo Neruda”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 9, noviembre-diciembre 1954, citado por Glondys, *op. cit.*, 91). Neruda no se quedó atrás y, con ocasión de una visita de Gorkin a Chile, calificó al español de “aventurero sin nombre, especie de enganchador de la Legión Extranjera del anticomunismo, emboscado de París, traidor a la España Republicana, que

y basándose en la correspondencia que Gorkin cambiaba con las autoridades, Glondys indica que éste no coincidía con la alta cantidad de páginas que se dedicaban a los países del Este europeo –y también al cercano y medio Oriente– durante la dirección de Bondy.²⁴⁰ Como sea, lo cierto es que una vez en posesión del sillón del director, Gorkin le dio un mayor espacio a las colaboraciones provenientes del interior de España, “creándose así una especie de puente entre la España exiliada y la España peninsular”.²⁴¹ Pero la segunda etapa muestra también cambios que no son atribuibles del todo a Gorkin. Ya hacía tiempo que se venía imponiendo la temática de los países latinoamericanos bajo regímenes dictatoriales, cuestión que desde 1957 y hasta el cierre de la publicación sería central.²⁴² Por otra parte, con el advenimiento de la coexistencia pacífica la urgencia de mostrar la supuesta verdadera cara de la URSS declinó, cediendo su prioridad a otras preocupaciones.

Siguiendo con la labor de Gorkin como director, una de las marcas que habría dejado en *Cuadernos* sería, según Coleman, “presentar a los lectores latinoamericanos una interpretación favorable de la política norteamericana”²⁴³, aunque, claro, Gorkin desmiente tal aseveración en una carta privada a Indalecio Prieto en enero de 1959, cuando tajantemente comunica que “en la revista que dirijo no se ha defendido nunca la política norteamericana. La dirección y los colaboradores gozamos en ella de absoluta libertad”.²⁴⁴

La tercera época se inaugura en febrero de 1963 (número 69), cuando llega a la dirección Germán Arciniegas –recomendado

(...) fue siempre una rata desconocida”, “payaso siniestro”, “agente” y “soplón” al servicio de Estados Unidos (“¡Fuera de la Universidad el Gorkin!”), *El Siglo*, (Santiago), 31 de marzo de 1958).

240 Glondys, *op. cit.*, 53.

241 *Ibid.*, 53.

242 Marta Ruiz establece que “a los excomunistas españoles o latinoamericanos (Gorkin, [Eudocio] Ravines...) que de 1953 a 1954 denuncian la estrategia política del Kremlin en América Latina, se une entre 1954 y 1957 toda una serie de intelectuales latinoamericanos progresistas (Santos, Betancourt, Torres-Rioseco, Machín, Picón Salas, Arciniegas, Mañach, Carranza...) que comparten protagonismo con los españoles en torno al tema de las dictaduras y acabarán monopolizando, del 57 al 59, el comentario de la actualidad política y económica de las distintas repúblicas”. Ruiz, *op. cit.*

243 Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the struggle for the mind of post war Europe*, citado por Ruiz, *op. cit.*

244 Citado por Ruiz, *op. cit.*

por el propio Gorkin, que había dejado el puesto para dedicarse a otros asuntos—, permaneciendo hasta el número cien, el final, de septiembre de 1965. Arciniegas impondrá su estilo marginando las aportaciones españolas y dando prioridad a autores y tópicos latinoamericanos.²⁴⁵ Pero no obtiene éxito, y pronto la revista desaparece. Gorkin, cuya influencia seguía siendo fuerte, recomendó en persona el cierre, preocupado por la nueva propuesta de Arciniegas. Se decía que *Cuadernos* se había desconectado de la realidad política internacional y que más parecía una revista literario-liberal del siglo XIX.²⁴⁶ Se habla de una brusca caída en las ventas que habría gatillado la decisión. Las razones de la salida de circulación serían más profundas, en todo caso (de lo contrario un giro editorial o un cambio de director podrían haberla revertido). La nueva situación política generada por la Revolución Cubana habría dejado obsoleto el modelo de *Cuadernos*, incapaz de hacer frente a la ola revolucionaria emergente en América Latina y en especial entre sus intelectuales, de ahí “la escasa atención dedicada por la central de París hacia la nueva línea editorial impulsada por Germán Arciniegas”.²⁴⁷ Pero hay que dejar constancia que el problema, más que de Arciniegas, era de la revista. Arciniegas pudo cambiar la forma, pero era el fondo lo que no hacía de *Cuadernos* una revista muy atractiva. No porque no incluyera artículos firmados por académicos y creadores de peso, que le endosaban un nivel más que aceptable, sino por su estilo anticuado en todo sentido: diagramación, presentación, vigencia de los autores (la mayoría maduros, por decir lo menos), temas, y un tono inocentón, circunspecto y reposado. Era una revista tradicional, propia de la primera mitad del siglo, que si quería defender y promover posiciones políticas debía competir con publicaciones modernas, ideadas según el modelo de las revistas político-culturales, como *Marcha* o *Casa de las Américas*. Jean Franco piensa que su escaso éxito para contagiar a los jóvenes latinoamericanos se debió a las “espesas disquisiciones sobre seudoproblemas, al énfasis sobre la hegemonía de la cultura hispánica y a los intentos por

245 Glondys contabiliza en el periodo de Arciniegas un trabajo sobre la URSS, seis sobre países latinoamericanos y ninguno sobre la España franquista. Glondys, *op. cit.*, 52.

246 Marta Ruiz, *op. cit.*

247 Glondys, *op. cit.* 52.

canonizar la generación anterior (Germán Arciniegas, Salvador de Madariaga)”²⁴⁸. Para Coleman obedeció al fracaso en hacerse de la simpatía en los medios latinoamericanos y al excesivo énfasis en los emigrados españoles.²⁴⁹ La aparición de la revista *Mundo Nuevo* en 1966 confirma la hipótesis de la obsolescencia, pues se trata de una publicación de estilo moderno –similar a la cubana *Casa de las Américas*–, con fuertes contrastes respecto a *Cuadernos*, mucho más atractiva, en definitiva, para autores y lectores.²⁵⁰

2. Una revista en Guerra Fría

Es evidente que la existencia de *Cuadernos* cobra sentido solo en función de la Guerra Fría que le sirve de contexto. Con todo, mi interés no es la revista en sí sino la participación de los intelectuales latinoamericanos en ella y cómo esta participación produjo efectos sensibles en el escenario de la Guerra Fría. ¿Fueron utilizados los intelectuales latinoamericanos por *Cuadernos* (y por extensión, por el Congreso por la Libertad de la Cultura)? Sin duda que el Congreso buscó integrar a un amplio número de intelectuales a la revista y que eso convenía a la imagen de Estados Unidos. Interesaba crear una cierta conciencia que circulara lo más

248 Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*. Barcelona, Debate, 2003, 51.

249 Citado por Glondys, *op.cit.*, 39.

250 Con cierta liviandad Marta Ruiz opina distinto y parece atribuir a *Cuadernos* un éxito que le fue a todas luces esquivo. En un pasaje asevera: “Una de las razones por las que buena parte de la élite democrática de América Latina dio su adhesión al proyecto vehiculado por la revista *Cuadernos* fue que, en el contexto de la primera guerra fría, éste les parecía necesario ‘para neutralizar los peligros del totalitarismo.’” ¿Cuál es esa buena parte de la elite democrática de América Latina? No lo sabemos. ¿En qué se basa? Tal vez en las cifras de difusión de 1958. Cuenta que el tiraje de ese año comenzó en 6 mil y terminó en 7.400 ejemplares, cifras cuantiosas considerando que la revista no hacía publicidad y que tenía que competir con otras repartidas gratis por gobiernos y universidades. Tras comparar con los dos mil ejemplares de *Cuadernos Americanos* y con los 1.800 de *Sur* concluye: “Vistas las proporciones, qué duda cabe, El Congreso por la Libertad de la Cultura había prendido en el continente”. Es cierto que aquí habla del Congreso y no solo de la revista, pero pienso que es demasiado apresurado medir el impacto de uno y otra solo por el número de ejemplares editados, lo cual cualquier presupuesto generoso puede asegurar.

profusamente posible por el continente americano y para ello la firma de escritores de renombre era muy valorada. Por los nombres que ya hemos revisado el éxito en esta misión fue relativo pues no se consiguió que las nuevas generaciones de literatos se sumaran en masa a las páginas de la revista. Desde el ángulo contrario, *Cuadernos* se constituyó en una tribuna para un grupo de escritores que pudo publicar en un medio de gran difusión y distribución, expresando así sus ideas a un público numeroso. ¿Qué dijeron, pensaron, opinaron, criticaron, condenaron los intelectuales latinoamericanos en *Cuadernos*?

La lógica nos indicaría que las ideas que se plasmaron en la revista entregaron una imagen positiva de Estados Unidos que fue de la mano con una visión condenatoria del universo socialista. Pero las cosas no son tan simples. En primer lugar hay que aclarar que los intelectuales latinoamericanos poco se refieren a la Unión Soviética y su órbita, y que su cometido se concentra más que nada en la reflexión sobre América Latina y sus múltiples contingencias. Y al explorar la realidad latinoamericana con quien se topan es con los Estados Unidos: es la relación entre América Latina y este país el asunto que más atrae la atención de las plumas del continente. Lo paradójico es que Estados Unidos, de dondeprovenían los fondos que financiaban la revista, no quedará del todo bien parado. Ello demuestra, de paso, que los colaboradores contaron con bastante libertad para pronunciarse respecto a la política norteamericana, aunque, como siempre en estos casos, solo conocemos lo que apareció en la revista y no lo que se rechazó. A continuación analizo en detalle el tema de la relación de Latinoamérica con Estados Unidos y otros temas relevantes: el caso de Cuba y la disputa con África.

LOS ERRORES DE UN AMIGO SE PERDONAN

Entre las cartas al director de los números 24 y 25, de mayo a agosto de 1957, se podían leer frases como las que siguen: “¿creen ustedes que existe solo una potencia imperialista en el mundo actual?”, o “si con tanto empeño desde las páginas de esta revista se combate al comunismo y a los países que están bajo su esfera, ¿por qué no se hace lo mismo con los que están aquí, en Occidente, en

la esfera del dólar o la libra? Una investigación clara de cómo a los países se les obliga a permanecer reducidos en todos los órdenes de la relación social, atados por la red de la Royal Dutch, Ford, Standard Oil, etc., mostraría que son tan macabras como lo que sucede con el Kremlin”.²⁵¹ Pertenecientes a lectores argentinos, cabe preguntarse si el reproche que estas cartas presentan es justo o no. Creo que más bien sí, porque Estados Unidos rara vez es calificado como imperialista, mientras que al comunismo internacional se le achacan los más siniestros planes de intervención. No obstante, esto no quiere decir que Estados Unidos salga libre de polvo y paja, y es justamente a propósito del comunismo –y del modo de combatirlo– que sale a relucir la crítica hacia la política exterior que Estados Unidos dirige hacia América Latina.

Luis Alberto Sánchez, el historiador peruano de la literatura y rector de la Universidad de San Marcos, entre otros pergaminos, preocupado ante la persistencia del comunismo en suelo americano termina quejándose de Estados Unidos: “¿Existe comunismo en América Latina? Sí. ¿Es fuerte? Depende. ¿Era más fuerte? Sí. ¿Se ha debilitado por acción de la propaganda democrática? No. ¿Pudo ser menos fuerte? Muchísimo menos ¿Quiénes lo mantienen con o sin su voluntad? Las dictaduras, el atraso económico y la propaganda errónea, trasunto a su turno, de la errónea política de los Estados Unidos respecto a la América Latina”.²⁵²

Lo que hace Sánchez es establecer una relación entre dictadura y falta de desarrollo, por una parte, y propagación del comunismo, por la otra. Es decir que mientras menor sea la democracia y el progreso con mayor facilidad penetrará el discurso comunista:

Para obtener ese progreso necesitamos libertad efectiva, democracia auténtica, mejor trato económico, homogeneidad entre la palabra y la acción. Nos repugna, de partida, que se denomine democracias a las dictaduras; nos corrompe que se alineen como miembros de un frente democrático continental, autócratas de la edad de piedra; nos rebaja que se nos considere carne de cañón ideológica, por unos o por otros.²⁵³

251 Citadas por Marta Ruiz, *op. cit.*

252 Luis Alberto Sánchez, “El movimiento comunista en América Latina”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 7, julio-agosto 1954, 88.

253 *Ibid.*, 91.

Y en la tarea de mitigar el comunismo Estados Unidos puede ayudar a América Latina, pero hace todo lo contrario cuando entrega su apoyo o al menos su venia a gobiernos dictatoriales. En lo económico y en lo político, América Latina puede obtener múltiples beneficios de un acercamiento con los estadounidenses:

Queremos formar un frente interamericano. Comulgamos con la política de buena vecindad. (...) En consecuencia, estimamos que entre Estados Unidos y Sudamérica debe existir una alianza sincera, fecunda, sobre las bases de la democracia y de la paridad. Estamos seguros de que la unidad de los 160 millones de norteamericanos y los 165 millones de centro-sudamericanos es fundamental para el equilibrio del mundo, y que este crecimiento nuestro, estadísticamente el doble de los demás continentes, crea deberes ineludibles.²⁵⁴

Años más tarde, y con ocasión de la ajetreada gira que el entonces vicepresidente norteamericano Richard Nixon hizo por varios países latinoamericanos, el mismo Sánchez ahondaría en tal sentido: “Si, a cambio de facilitarnos capitales, se coarta nuestro desenvolvimiento democrático y se apoya a los usurpadores y tiranos, tendremos que recibir a regañadientes una ayuda mil veces más cara que cualquier préstamo al más alto tipo usuario [y se harán] inevitables la desconfianza y finalmente el repudio a tal tipo de asistencia”.²⁵⁵

Pero confía en que las protestas que tuvo que encarar Nixon pueden provocar una reacción y modificar las políticas norteamericanas. No en vano, calcula Sánchez, Latino y Norte América se complementan y se necesitan mutuamente, por ello avizora que “el interamericanismo practicante y ‘sin imperio’ será el único medio de contrarrestar el juego económico de los poderes euroasiáticos y de mantener vigente el sistema democrático aquí y para el resto del mundo”. Este “interamericanismo democrático sin imperio” al que alude no es una fórmula cualquiera sino que pertenece a su compatriota y correligionario Víctor Raúl Haya de la Torre. Expresa el deseo de una cooperación entre las Américas

²⁵⁴ *Ibid.*, 91.

²⁵⁵ Luis Alberto Sánchez, “El vicepresidente Nixon en América Latina”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 32, septiembre-octubre 1958, citado por Ruiz, *op. cit.*

que excluye las dictaduras y el intervencionismo imperialista, al tiempo que descarta el término panamericanismo, que sugiere la existencia de una sola América.²⁵⁶ Sánchez aquí se está atreviendo a conjugar Estados Unidos e imperialismo en una misma frase, algo nada común en la revista y que de alguna manera rompe con un tabú.

En el mismo número, y también con motivo del viaje de Nixon, Arciniegas coincide en puntualizar los desatinos de la política de la Casa Blanca hacia América Latina, aunque tiende a disculparla, anunciando que “no tiene ahora el presidente en Washington sino repasar la historia de los gestos de su administración frente a los dictadores, para ver que fueron equivocados... seguramente sin saberlo”.²⁵⁷ Sánchez también comprende a los norteamericanos, señalando que “semejantes hechos solo son concebibles en un país al que la responsabilidad mundial que le incumbe le ha llegado demasiado temprano. Y ésta es la única explicación plausible que nos obliga a los latinoamericanos a ser indulgentes en nuestros juicios y no perder las esperanzas en lo futuro”.²⁵⁸

Por todo lo visto no resulta inocente la publicación de un suplemento mediados de 1958 titulado “Ala conciencia de América” y que deviene todo un manifiesto de defensa de la democracia y de censura a las dictaduras. Aparentemente surgió por iniciativa de la propia revista y el mensaje de fondo exhortaba a no tolerar la dictadura con el pretexto de mantener a raya el comunismo: “No podemos seguir edificando la unidad americana sobre una simple base negativa y sistemática de rechazo al comunismo”. Palabras que encierran también un llamado de atención a Estados Unidos en eso de edificar la “unidad americana”. Entre los firmantes –de un total de diez países de América Latina– aparecen personajes ligados a la revista o afines a su sensibilidad como Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo, Alfredo Pareja Diezcanseco, Benjamín Carrión, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes y Arturo Uslar Pietri; aunque también otros de ideas más progresistas como José Bianco,

²⁵⁶ *Ibid.*

²⁵⁷ Germán Arciniegas, “Una reacción constructiva”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 32, septiembre-octubre 1958, citado por Ruiz.

²⁵⁸ Sánchez, “El vicepresidente...”, *op. cit.*

Arnaldo Orfila Reynal, Leopoldo Zea o Joaquín García Monge.²⁵⁹

El sistema americano en general es fuente de preocupaciones. Americanismo, panamericanismo, interamericanismo, son conceptos que remiten fundamentalmente a la relación entre Estados Unidos y los países de América Latina. Con la Organización de Estados Americanos (OEA), constituida en 1948, se logró una unión duradera que no ha estado, con todo, exenta de problemas. Pero para Germán Arciniegas los acuerdos firmados en Río de Janeiro y Bogotá eran tan auspiciosos que representaban una suerte de segunda independencia americana, ya que aseguraban la paz, el equilibrio y los derechos humanos.²⁶⁰ Sin embargo, los acontecimientos cubanos vendrían a echar por tierra la armonía alcanzada. Primero fue Kruschchev, piensa Arciniegas, quien transgredió el acuerdo interamericano cuando ofreció ayuda militar ante cualquier agresión económica o bélica de EE.UU. a Cuba; pero luego fue Eisenhower quien burló ese acuerdo al anunciar oponerse a una eventual acción soviética en suelo americano. Lamentablemente se trata, por consiguiente, de la desintegración de un sistema que consagraba la independencia, la opción de no acudir a extraños en caso de peligro de agresiones, la afirmación de la personalidad y el camino más seguro hacia el desarrollo con prescindencia de las grandes potencias.²⁶¹ Otra vez, por tanto, Arciniegas termina objetando el desempeño del gobierno estadounidense.

Quizá por eso el colombiano deposita esperanzas en el nuevo presidente John Kennedy y más precisamente en sus planes de integración para Latinoamérica, que espera corregirán, por ejemplo, los esfuerzos de Washington por armar y fortalecer a los ejércitos del continente que al cabo se han convertido en un peligroso rival de las constituciones, sin motivo además porque el sistema interamericano asegura mecanismos pacíficos de superación de conflictos.²⁶² Por lo mismo se explica el sentido

259 "A la conciencia de América", suplemento al número 30 de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), mayo-junio 1958, I.

260 Germán Arciniegas, "Las Américas y sus abismos", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 53, octubre 1961, 75.

261 *Ibid.*, 76-77.

262 Germán Arciniegas, "Nuestra América y el nuevo mundo africano", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 67, diciembre

lamento del colombiano ante el asesinato del presidente: “Él encarnó la juventud de América, de toda América, frente a los torvos deslizamientos de la guerra fría”. Y refiriéndose a la crisis de los misiles de 1962, no olvida exaltar su valentía “para contener a quienes se precipitaban sobre una isla”.²⁶³

Hasta aquí, y pese a cada uno de los reproches que Arciniegas y otros articulistas han dirigido a Estados Unidos, queda siempre la sensación de que la alianza o la unidad de América Latina con Estados Unidos no está en entredicho aunque sí sea preciso reparar errores significativos en la zigzagueante política norteamericana hacia sus vecinos. Pero en septiembre de 1965, y a raíz de la intervención de la Casa Blanca en Santo Domingo, Germán Arciniegas, el director de *Cuadernos*, hablará fuerte y propondrá la creación de una Organización de Estados Latinoamericanos, nada menos. Cree que Lyndon Johnson, mediante la acción de sus marines en la isla caribeña ha barrido con la OEA, cuya desarticulación acarreará una alarmante escalada en América Latina: “habrá veinte nuevos escenarios en donde podrá representarse el drama de la guerra fría entre los Estados Unidos y Rusia”.²⁶⁴ Fenecida de facto la OEA, ¿qué le queda a América Latina? En ningún caso el Tercer Mundo, con el cual tiene poco y nada que ver, de partida porque racial y culturalmente Latinoamérica posee mucho de Europa. La solución entonces sería erigir una Organización de Estados Latinoamericanos, asentada en la unidad de su destino y en la similitud de sus componentes. De esa manera los países podrían presentarse en bloque a conversar con las otras cuatro grandes federaciones: Estados Unidos, la Unión Soviética y su órbita, Europa (occidental) y el Tercer Mundo. Sin embargo, no hay que engañarse, pues de todos modos se debe siempre reservar una amistad especial hacia Estados Unidos: “No hay otro continente de la tierra que nos vaya a ofrecer, por ejemplo, lo que Kennedy, no solo como abierto deseo de impulsarnos por las vías del progreso, sino como comprensión humana, generosa y sin reservas. Todo

1962, 19ss.

263 Germán Arciniegas, “Editorial”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 90, noviembre 1964, 2.

264 Germán Arciniegas, “¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos?”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 100, septiembre 1965, 7.

nos mueve a estar cerca de los Estados Unidos, menos la seguridad en la igualdad del trato”.²⁶⁵ Un alcance más: este artículo apareció en el número final de *Cuadernos*, por lo que se puede especular si influyó el tono del comentario en el final de la revista, o bien si fue el final de la revista el que influyó en el tono del comentario.

Por último, un tanto por encima de las discusiones acerca de la política exterior norteamericana se hallan las reflexiones del narrador, ensayista y diplomático ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco, aunque también desliza una censura a Estados Unidos, de índole más moral, que sin embargo da paso a una alta valoración de su pueblo. En un artículo de noviembre de 1961 se aboca a la crisis de la cultura occidental en sus dos vertientes, la oriental y la occidental, que ha tomado lugar a partir de la posguerra y en la cual Estados Unidos ha sido víctima de un mal que amenaza con aproximar fatalmente el capitalismo con el totalitarismo: el consumo. Pero al interior del país se encuentra la fuerza regeneradora: “Habrá una rectificación creadora de este autoengaño de lo espiritual por lo material, cuando las grandes virtudes del pueblo yanqui y su ínsita generosidad sean vigorizadas por una filosofía de contornos capaz de hacerle comprender los peligros de la superfluidad”.²⁶⁶ Al igual que Arciniegas, henchido de fe por la elección de Kennedy, observa en sus mensajes una renovación de valores “sin la cual quizás entre el mundo en una larga noche de desprecio por todo lo que ganó la condición humana en sus mejores siglos de libertad creadora”.²⁶⁷ Pareja, en conclusión, no solo confía en la recuperación norteamericana sino que ve en ella la esperanza del resto del planeta.

CUBA

Uno de los temas que más reflexiones motivó entre los intelectuales latinoamericanos que colaboraron con la revista

²⁶⁵ *Ibid.*, 10.

²⁶⁶ Alfredo Pareja Diezcanseco, “Tres afirmaciones de conciencia latinoamericana”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 54, noviembre 1961, reproducido en la antología de textos de la revista *Expresión del pensamiento contemporáneo*. Buenos Aires, Sur, 1965, 161.

²⁶⁷ *Ibid.*, 161.

fue el de Cuba. Es interesante descubrir que incluso antes de la Revolución existió preocupación por el destino de la Isla, como lo demuestra un artículo del ensayista cubano Jorge Mañach, quien, hacia 1958, detectaba que la política del buen vecino de Roosevelt se había desfigurado en los hechos. Estados Unidos, para Mañach, prioriza en su política exterior la lucha contra el comunismo, en la cual América Latina representa su retaguardia. Bajo ese supuesto, el único interés de los norteamericanos es el mantenimiento de gobiernos anticomunistas por muy arbitrarios y abusivos que sean, pasando a ser secundaria la solidaridad con movimientos democráticos. De esa manera –continúa Mañach– Estados Unidos ha ayudado a las dictaduras de Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Somoza y, por supuesto, Batista, aunque en último término es deber de los pueblos sacudirse de los dictadores y mientras ello no ocurra es poco lo que los norteamericanos pueden hacer.²⁶⁸

Pocos meses más tarde llegaría a buen puerto la aventura de Fidel Castro y sus hombres, consumándose una revolución que cambiaría radicalmente el panorama político y cultural del continente y que sin ir más lejos influyó en el fin de *Cuadernos*, como ya se anotó. La revista se tomó con cautela y hasta con expectativa el acontecimiento, pero pronto se hizo ostensible la orientación definitiva y no tuvo otra alternativa que lanzarse en picada contra la Cuba de los barbudos. Ya en la entrega de marzo-abril de 1961 (N°47) apareció un suplemento con una declaración sobre el curso que habían seguido los hechos tras la caída de Batista, lamentando la conversión de Cuba en un mero satélite de la Unión Soviética y China. En noviembre del mismo año se publicó, entre las cartas al director, una réplica de Haydée Santamaría, la revolucionaria cubana directora de la institución Casa de las Américas, que recriminaba en duros términos a la revista por el mentado suplemento, al cual tildaba de difamatorio, tendencioso, mentiroso y pérfido.²⁶⁹

La frustrada invasión de mercenarios cubanos financiados por Estados Unidos en Bahía Cochinos, en abril de 1961, fue también motivo de polémica en las páginas de la revista. El escritor chileno

268 Jorge Mañach, “El drama de Cuba”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 30, mayo-junio 1958, 74-5.

269 *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 54, noviembre 1961, 96.

Alberto Baeza Flores escribe un artículo que acierta al fijar la Guerra Fría como el marco en el que se desenvuelven los hechos –no en vano se titula “Cuba, centro de la guerra fría”–, aunque yerra al negar el origen norteamericano de la expedición.²⁷⁰ Baeza afirma que los invasores no eran mercenarios y que la operación falló por falta de coordinación con la lucha interna, suscribiendo la idea de que al interior de Cuba la oposición al gobierno revolucionario era importante, tal como pensaron quienes planearon la invasión. Lo suyo es una reacción a la propaganda que en el mundo entero culpaba a Estados Unidos de la intentona, cuando en realidad lo que se vio combatir fueron tanques “Stalin” y aviones “Migs”, muestra de que la presencia soviética en la Isla sí es innegable. Responsabiliza a Fidel Castro, quien al proclamar la República Democrática Socialista lo que hizo en el fondo fue extender la Cortina de Hierro a América Latina. Recalca que Castro “no creó la guerra fría, mas, hasta ahora, su régimen es la mejor cabeza de puente que la Unión Soviética tiene en el continente americano”. El líder es además instigador de una guerra psicológica –al estilo de Hitler, Stalin o Kruschev– consistente en crear un enemigo necesario, que en su caso es el imperialismo yanqui.²⁷¹

El alcance de la relación entre Cuba y la Unión Soviética es materia de discusión en cuanto compromete la seguridad “panamericana”. Así lo entiende el ensayista Mario Llerena, viejo miembro del comité cubano del Congreso por la Libertad de la Cultura, quien en nombre de la unidad hemisférica condena la soviétización de Cuba, maniobra que es parte de la estrategia comunista de destrucción moral de Estados Unidos. Dicha soviétización se ha instrumentado a través de la llegada masiva de técnicos y por medio de tratados con la URSS y otros países socialistas. Cuba se ha convertido en una extensión del mundo soviético, sin más conexión con América que el idioma y la

270 El patrocinio norteamericano de la invasión es reconocido por Luis Alberto Monge ya en el número 52 de septiembre de 1961, en su nota “¿Esperanza o frustración?” (22). El propio Arciniegas, en el número 67 de diciembre de 1962, escribe que lo de Bahía Cochinos fue un error de Estados Unidos porque empujó a Cuba al comunismo (“Nuestra América y el nuevo mundo africano”, *op. cit.*, 20).

271 Alberto Baeza Flores, “Cuba, centro de la guerra fría”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 50, julio 1961, 67-72.

geografía, lo cual más temprano que tarde gatillará su exclusión de la OEA pues, sentencia, ya no pertenece espiritualmente a la comunidad panamericana. Termina reclamando a Estados Unidos una política más clara y decidida hacia América Latina que sea efectiva en el combate al comunismo amenazante.²⁷²

En el mismo número aparece “Latinoamérica y su política internacional”, del catalán Francisco Parés, que en un tono semejante aunque más virulento clama por la intervención militar en Cuba, en vista de que según los estatutos de la OEA se cumplen las condiciones para una acción de ese tipo.²⁷³ Pero también se incluye en la entrega una colaboración del escritor dominicano Juan Bosch, futuro presidente de su país, que constituye una muestra de pluralismo de la revista por cuanto se opone a algunas tesis expresadas por los artículos mencionados, denunciando que “so pretexto de que la revolución de Cuba es comunista, todos los medios de expresión, que están en manos de las oligarquías terratenientes, financieras y comerciales, golpean día y noche a las masas con el terror psicológico”.²⁷⁴

Bien podrían dirigirse estas aserciones hacia la propia revista que las publica. Lo más preocupante para Bosch, y en esto es profético, es que si hoy se persigue a los comunistas, mañana se perseguirá a los no comunistas también.²⁷⁵

Con todo, en los años siguientes Cuba dejará de ser el foco de atención que con tanta fuerza arremetió estos primeros años post revolución. Una de las últimas reflexiones que se observan es propiedad de Arciniegas, quien en una de sus editoriales se despacha

272 Mario Llerena, “La unidad panamericana en la encrucijada”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 53, octubre 1961, 32.

273 Francisco Parés, “Latinoamérica y su política internacional”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 53, octubre 1961, 6ss. El autor parte por diferenciar los imperialismos soviético y estadounidense, siendo éste predominantemente económico, a diferencia del primero, cuya brutalidad militar ha quedado de manifiesto en la intervención en Hungría. De todos modos, acepta hablar de imperialismo norteamericano, lo que para la revista no era poco.

274 Juan Bosch, “Panorama político en 1961”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 53, octubre 1961, 14.

275 Bosch fue elegido presidente en diciembre de 1962, pero siete meses después fue derrocado por el ejército debido a supuestas tendencias comunistas. En 1965 un movimiento que intentó devolverlo al poder generó una guerra civil en la que intervino, en su contra, Estados Unidos.

una interpretación peculiar de la crisis de los misiles del año 1962 al adjudicar a Krushev el error de dejarse embrojar por Fidel: “se plegó a enviar los cañones, porque Castro lo convenció...”²⁷⁶

Los escritores latinoamericanos que colaboraron con *Cuadernos* se integraron así al conflicto bipolar global, por mucho que algunos ni siquiera lo hayan imaginado. Otros, por cierto, sí estuvieron conscientes de los alcances políticos de su trabajo, aunque no creo que un Arciniegas o un Luis Alberto Sánchez hayan recibido sus remuneraciones pensando que en su labor debían favorecer a los norteamericanos. Creo, con todo, que quienes escribieron en *Cuadernos* lo hicieron de forma bastante independiente y autónoma, en la gran mayoría de los casos. No imagino a Arciniegas acatando presiones para decir tal o cual cosa, ni creo que desde la CIA se instruyera a *Cuadernos* proponer una Organización de Estados Latinoamericanos, algo que iba claramente en contra de los intereses estadounidenses. Pero, en definitiva, y como hemos apreciado, no es posible leer linealmente cada una de las ideas expresadas ya que la época poseía una retórica propia, la retórica de la Guerra Fría, donde los significados no eran unívocos y el objetivo de cada cosa dicha –o no dicha–, oblicuo.

²⁷⁶ *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 92, enero 1965, 2.

IX LA CONQUISTA DEL MUNDO NUEVO

El caso de la revista *Mundo Nuevo* vino a tensionar al máximo el campo intelectual latinoamericano de la segunda mitad de la década del sesenta, y si la intención de quienes idearon la revista fue dividir a los escritores del continente, vaya que lo consiguieron.²⁷⁷ Incluso desde antes que apareciera su primer número, la revista enfrentó dos maneras de comprender la realidad política y el trabajo intelectual, tal como quedó reflejado en el diálogo epistolar sostenido entre el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, flamante director de *Mundo Nuevo*, y Roberto Fernández Retamar, director de *Casa de las Américas*.²⁷⁸ En una primera misiva, el primero invitaba al segundo –y por su intermedio, a los intelectuales cubanos– a participar en la publicación, explicando antes que nada cómo se originó la opción de dirigir una revista literaria con sede en París destinada a América Latina: “He aceptado [la propuesta] porque el grupo que me la ofrece (vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura, pero no dependiente de él) me asegura toda libertad de elección y orientación. Entre las cosas que he especificado con toda claridad, deletreándolas, está la colaboración de intelectuales cubanos. Hay que erradicar definitivamente el maccarthismo”.²⁷⁹

277 Sobre la revista destaca el acabado estudio de María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997. Véase también Ernesto Sierra, “*Mundo Nuevo* y las máscaras de la cultura”, *Hipertexto*, 3, invierno 2006; y Russell Cobb, “The politics of literary prestige: promoting the latin american “Boom” in the pages of *Mundo Nuevo*”, en *A Contra corriente*, vol. 5, 3, primavera 2008.

278 Las cartas –enviadas entre el 1° de noviembre de 1965 y el 6 de abril de 1966– aparecieron en diversos medios de la época, como *Marcha*, *Bohemia*, *La Rosa Blindada* y *Siempre!*, y han sido reproducidas en distintos libros.

279 Citada por Ernesto Sierra, *op. cit.*, 6.

La alusión al Congreso por la Libertad de la Cultura no podía pasar desapercibida para Fernández Retamar ni para cualquier escritor revolucionario atento a cualquier asomo de penetración cultural imperialista y al cual la sola mención del célebre Congreso –cuya vinculación con la CIA fue siempre sospechada– erizaba sus sentidos. La categórica respuesta de Fernández a su “amigo” no se hizo esperar: “[El Congreso por la Libertad de la Cultura] es una organización creada para algo, que es, precisamente, lo contrario de lo que nuestros países requieren (...) Tiene como única misión la defensa (...) de los intereses imperialistas norteamericanos, agenciándose para ello la colaboración de intelectuales de diversos matices, algunos de los cuales no son necesariamente hostiles a nuestras causas”.²⁸⁰

A no engañarse: tal vez al principio –advertía el cubano– Rodríguez dirigiría la revista con libertad, pero pronto se le escaparía de las manos: “¿O debemos creer que el imperialismo norteamericano, al margen de ciertas hazañas en el Congo, Vietnam o Santo Domingo, se ha entregado de repente al patrocinio desinteresado de las puras tareas del espíritu en el mundo, sobre todo en nuestro mundo, y te envían a París para darle a la América Latina la revista que su literatura requiere?”²⁸¹

Este fue solo el primer round de la serie de pleitos que circundaron la corta y agitada vida de *Mundo Nuevo*, pero antes de abordarlos es preciso retrotraerse al origen de la revista, que es al mismo tiempo el fin de *Cuadernos*. Como se vio en el capítulo anterior esta publicación del Congreso por la Libertad de la Cultura cerró sus puertas en 1965 por motivos no del todo claros, aunque el más plausible y obvio fue su escaso arrastre entre la inteligencia latinoamericana. La clausura de *Cuadernos* es símbolo también del no más exitoso cometido del Departamento Latinoamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura, el cual fue cesado y reemplazado por el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, ILARI, en 1966. A este organismo le fue encargado el lanzamiento de revistas que interpelaran de verdad al público latinoamericano. *Aportes*, *Cadernos Brasileiros* (reformada) y *Mundo Nuevo* fueron el fruto de este esfuerzo, aunque esta última poseyó un perfil algo

280 Citada por Mario Goloboff, *Julio Cortázar. La biografía*. Buenos Aires, Seix Barral, 1998, 162.

281 *Ibid.*, 163.

ajeno al carácter académico y enfocado a las ciencias sociales que cultivaba el Instituto. Al ser el ILARI el “padre” de *Mundo Nuevo* se borraba el lazo con el Congreso, suficientemente desprestigiado en América Latina, todavía más cuando se empezaron a revelar las conexiones de éste con los oscuros tejemanejes de la CIA. Ello explica la salvedad solapada de Rodríguez en su carta a Fernández (“vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura, pero no dependiente de él”), consciente de que la distinción podía servir para legitimar su proyecto.

Por las circunstancias de su creación, *Mundo Nuevo* tenía necesariamente que marcar diferencias respecto a su predecesora, *Cuadernos*. La comparación entre ambas nos conduce no solo a lo que el Congreso por la Libertad de la Cultura esperaba de ellas, sino también a lo que buscaba, si no el gobierno de Estados Unidos, al menos la CIA, el organismo que ideó y manejó los destinos del Congreso. ¿Qué tenía *Mundo Nuevo* que *Cuadernos* no? Sin duda que el principal objetivo que la nueva revista persiguió fue atraer tanto a autores como a lectores, ítems deficitarios de la antigua, y lo consiguió, al menos con los primeros (es difícil medir el número de lectores y el impacto de la revista en el público, aunque se sabe que alcanzó un tiraje de 6 mil ejemplares). Si en *Cuadernos* publicaba la vieja guardia de los escritores latinoamericanos –Arciniegas, Sánchez, Alfonso Reyes, Gallegos–, en *Mundo Nuevo* participará la flor y nata de la pujante narrativa latinoamericana –García Márquez, Carlos Fuentes, José Donoso–, figuras clásicas de la poesía –Neruda–, y escritores emergentes –Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante–; es decir, el concurso de personajes de prestigio y en plena vigencia fue alcanzado con total éxito. El artífice de la convocatoria fue Emir Rodríguez Monegal, quien aprovechó sus numerosos lazos de amistad para comprometer las firmas ya señaladas, todo pese a las voces que denunciaban el viciado origen de la revista. Por otra parte, *Mundo Nuevo* supuso una fuerte renovación en lo que atañe a la composición interna. La sola portada, en varios colores, denotaba un cambio, tal como la inclusión de ilustraciones, fotografías y caricaturas, que en *Cuadernos* brillaban por su ausencia. La estructura varió. Se tornó habitual la entrevista, la mesa redonda, la crónica o el diario de eventos, el dossier de documentos, etc. La sección “Sextante”, destinada a informar de actividades culturales, artísticas o

editoriales, equivalía a “Al pie de la letra” de *Casa de las Américas*. Así se conformaba una publicación ágil, fácil de leer, a considerable distancia de su bucólica predecesora y mucho más cercana –en este aspecto– a la mentada revista cubana. En cuanto a los contenidos, las diferencias también son notorias. De partida, *Mundo Nuevo* fue mucho más literaria que *Cuadernos*, que era más bien una revista de ideas. Los materiales son casi siempre inéditos –no reproduce artículos de magazines amigas, práctica usual en *Cuadernos*– y su calidad es incuestionable. Políticamente, se observan dos líneas editoriales semejantes pero con sutiles e importantes diferencias. Si bien ambas exhiben una preocupación por las dictaduras en América Latina, en lo concerniente a la Unión Soviética el tono de la crítica se ve suavizado en *Mundo Nuevo*. Y si *Cuadernos* dejaba escapar reparos a la política exterior norteamericana, *Mundo Nuevo* exacerbará muchas de esas críticas y agregará otras. Aunque es probable que las críticas fueran sinceras, también podían servir de pantalla o de escudo ante quienes eventualmente acusaran a la revista de obedecer a intereses norteamericanos.

El paso de *Cuadernos* a *Mundo Nuevo* también estuvo determinado por el momento histórico en que se produjo. La Revolución Cubana había impactado a los escritores de América Latina con tal magnitud que muchos de ellos se abanderizaron con su causa, por tanto, si se quería detener la seducción que ejercía Cuba, no iba a ser precisamente *Cuadernos* el mejor medio de lograrlo. Había entonces que crear otro referente, y ese fue *Mundo Nuevo*. Pero si por ese lado urgía un órgano más agresivo, por otro se requería algo más conciliador, que estuviera a tono con los aires de coexistencia y de entendimiento entre las superpotencias que reinaban a mediados de los sesenta. Recuérdese que *Cuadernos* había sido fundada en 1953, época en que se respiraba un clima enrarecido y belicoso. Los tiempos habían cambiado, las revistas debían, a su vez, cambiar.

Emir Rodríguez Monegal, por su parte, era el más interesado en sacar adelante una revista pluralista, abierta, sin sesgos ideológicos ni pretensiones políticas, tal como se había comprometido con sus amistades. En los hechos, el uruguayo fue el amo y señor de la revista, y no parece haber recibido ningún tipo de presión por parte de sus patrocinadores. Fueron en total 25 los números que entre julio de 1966 y julio de 1968 alcanzó a dirigir, antes de renunciar. Cabe

decir que desde el primer número Rodríguez estuvo consciente de que *Mundo Nuevo* estaría en tela de juicio merced a la ola de acusaciones contra el Congreso por la Libertad de la Cultura y su relación con la CIA, que salpicaban a su publicación. Cualquier paso en falso podía echar por tierra lo avanzado.

1. La defensa de Rodríguez Monegal

Los ataques a *Mundo Nuevo* arreciaron desde antes de salir a luz y se acentuaron una vez que estuvo en circulación. Provinieron de los sectores de izquierda más identificados con la Revolución Cubana, siendo las revistas *Marcha* y *Casa de las Américas* las principales tribunas a través de las cuales se manifestaron. En general se acusó a *Mundo Nuevo* de ser un instrumento financiado por la CIA, de trabajar por la neutralidad de la cultura y por la despolitización del intelectual latinoamericano; y de “camaleonizar” el lenguaje de la izquierda.²⁸²

De todas, es la primera acusación la más constante y acuciante, y como tal será la que con mayor ahínco Rodríguez Monegal intentará desmentir. Cada vez que podía aclaraba que *Mundo Nuevo* era financiada por la Fundación Ford y que solo estaba vinculada al ILARI, desconociendo cualquier conexión con el Congreso por la Libertad de la Cultura. Esto era efectivo hasta cierto punto, porque quien proveía de fondos a *Mundo Nuevo* —en los dos primeros años, o sea, los que estuvieron bajo la dirección de Rodríguez— fue el Congreso por la Libertad de la Cultura, pese a que no existía un vínculo formal entre éste y la revista, que dependía, como dice el uruguayo, directamente del ILARI, el cual, en el papel, era autónomo.²⁸³ Los reportajes del *New York Times* que develaron a la CIA como el soporte oculto del Congreso por la Libertad de la Cultura, publicados a partir de abril de 1966, arrojaron un manto de desconfianza sobre todas las iniciativas ligadas al Congreso, entre ellas *Mundo Nuevo*. Aunque la revista evitó referirse al tema en sus primeros números, llegó el momento en que la presión se

282 Mudrovic, *op. cit.*, 59.

283 Sobre las fuentes de financiamiento de la revista he seguido el trabajo de Mudrovic, *op. cit.*, 46.

hizo insostenible y fue imperativo pronunciarse. Nació así –en el número 11, de mayo de 1967– la nota “Al lector”, que también circuló como hoja suelta en varios países de América Latina. Junto con explicar allí su situación institucional (“La vinculación de *Mundo Nuevo* con el ILARI es meramente funcional: a través de dicho instituto, la revista recibe fondos de la Fundación Ford pero solo de ella”), Rodríguez Monegal responde las críticas arguyendo que “esta es una revista de opinión independiente que no ha tenido miedo de denunciar el último golpe militar en Argentina (...), la condena de Siniavski-Daniel (...), el plan Camelot (...), las ‘elecciones’ presidenciales en el Brasil (...), la cultura de la pobreza en América Latina (...), la guerra del Vietnam (...), el chauvinismo cultural mexicano (...), etc”.²⁸⁴

Con la mención de estos temas Rodríguez quiere demostrar no solo la independencia de la revista, sino también la prescindencia de cualquier eventual imposición por parte de Estados Unidos. Quiere decir, en el fondo, que si *Mundo Nuevo* se opone a la Guerra de Vietnam o censura el Plan Camelot, difícilmente puede estar al servicio de organismos norteamericanos.²⁸⁵

Pese a los esfuerzos, *Mundo Nuevo* no logró revertir el efecto de las imputaciones y debió resignarse a ver cómo se sucedían las defecciones de autores que habían colaborado en ella.²⁸⁶ Quizá el caso más emblemático sea el de Gabriel García Márquez, quien, tras haber adelantado en *Mundo Nuevo* capítulos de *Cien años de soledad*, expresó en una carta a Rodríguez que “en estas condiciones,

284 “Al lector”, *Mundo Nuevo*, (París), 11, mayo 1967, 4. Ante una declaración que reprochaba a la revista no haberse pronunciado en contra de la ocupación de Santo Domingo por tropas norteamericanas, la nota explícita que se dedicó “un trabajo entero, realizado por [la española] Elena de la Souchere en la misma isla, a documentar y condenar la intervención con abrumadores testimonios”.

285 En una carta privada Rodríguez Monegal expresaba que “my position is that if the CIA is surreptitiously paying for *Mundo Nuevo*, blessed be the CIA because this magazine does not play their game, it reflects an authentically Latin American position”. Citada por Iber, *op. cit.*

286 Algunos se abstuvieron de participar desde un comienzo, pese a la buena relación que tenían con Rodríguez. Es el caso de Mario Vargas Llosa –de quien sí se reprodujeron textos– y de Julio Cortázar, quien, teniendo buena disposición para hacerlo, prefirió consultar antes a Roberto Fernández Retamar: “No contestaré a Monegal hasta no tener tu opinión”. Podemos imaginar cuál fue la respuesta. Julio Cortázar, *Cartas*. Volumen III, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.

señor Director, no me sorprendería que usted fuera el primero en entender que no vuelva a colaborar en *Mundo Nuevo*, mientras esa revista mantenga cualquier vínculo con un organismo que nos ha colocado a usted y a mí, y a tantos amigos, en esta abrumadora situación de cornudos”.²⁸⁷

Entretanto, el destape de las operaciones de la CIA en el terreno cultural comenzaba a ser reconocido por los organismos involucrados, lo cual demandaba de *Mundo Nuevo* o de Rodríguez Monegal —que a estas alturas es casi lo mismo— pronunciamientos más explícitos que se hicieran verdaderamente cargo de todo lo que se estaba diciendo. Éstos llegaron en julio y agosto de 1967. En ellos Rodríguez Monegal condena el procedimiento de la CIA, responsable del engaño a intelectuales de buena fe, y hace un esfuerzo por comprender al Congreso por la Libertad de la Cultura como una institución nacida al alero de la más cruda Guerra Fría, cuando el estalinismo alcanzaba una gran “centralización doctrinaria”. Pero ya no son los años cincuenta, el mundo ha cambiado, ha muerto Stalin y han variado las estructuras soviéticas, las ideologías —del marxismo al catolicismo— han entrado en crisis, el orbe socialista ha resentido la irrupción del nacionalismo chino y cubano dentro de un Tercer Mundo conmovido por la revolución y el hambre, ha renacido la vieja Europa, el terror nuclear ha equilibrado a las potencias, Vietnam ha acercado a intelectuales de distintas tendencias, etc.²⁸⁸ Se vive, en definitiva, un contexto muy diferente:

287 Citado por Mudrovcic, *op. cit.*, 38. La carta no se publicó en *Mundo Nuevo*. En *Casa de las Américas* (La Habana, 43, julio-agosto 1967, 134) se publicaron dos cartas al director relativas a este asunto. La primera era de Carlos Fuentes, quien había sido criticado en la misma revista por su fuerte presencia en *Mundo Nuevo*, pero que extrañamente no hacía ninguna mención al respecto en su misiva. En cambio, anunciaba a su “Querido Roberto” una pronta visita a Cuba para refrendar su apoyo a la Revolución, además de suscribir un reciente documento emitido por la revista y prometer una próxima colaboración. Sin embargo, está fechada el 22 de febrero de 1967, es decir, antes que apareciese el artículo de Ambrosio Fornet “New World en español” (*Casa de las Américas*, (La Habana), 40, enero-febrero 1967), en que se fustigaba a Fuentes. La segunda (del 4 de septiembre de 1966) pertenecía al escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, quien se excusaba por publicar en *Mundo Nuevo* aduciendo ignorancia y exceso de confianza en Rodríguez Monegal.

288 Emir Rodríguez Monegal, “La CIA y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, (París), 14, agosto 1967, 19-20.

Originario de la guerra fría, [el Congreso] ha sido atacado por la extrema derecha y por la extrema izquierda, ahora que tanto un bando como el otro han perdido su carácter monolítico y que no hay ortodoxias universalmente válidas, le ha tocado al Congreso la hora del análisis y de las revelaciones. La vinculación financiera que tuvo en el pasado con la CIA (siempre alegada por sus enemigos, nunca hasta ahora probada) ha sido plenamente admitida.²⁸⁹

En la misma línea, para el uruguayo la declaración de la Asamblea del Congreso por la Libertad de la Cultura en que se acepta la veracidad de las acusaciones cierra “el tiempo de la guerra fría en que dos superimperios de ideologías opuestas y aparentemente monolíticas se dividían encarnizadamente al mundo”.²⁹⁰

Lo que más lamenta *Mundo Nuevo* es el daño causado a los intelectuales que comprometieron su nombre y su trabajo en el Congreso ignorando la procedencia de los fondos, en especial aquellos que “habían demostrado su independencia frente al fascismo y al stalinismo en horas en que parecía casi imposible atreverse a decir una palabra”.²⁹¹ Como ejemplos de este tipo de intelectual Rodríguez sitúa a Ignazio Silone, Stephen Spender, André Malraux y Robert Oppenheimer. En realidad, lo de la CIA se enmarca en un hecho más general, cual es la situación del escritor en el mundo moderno y su dificultad para preservar su libertad: “Por un lado, es víctima de la calumnia de la reacción organizada, de la pandilla maccarthista o stalinista; por el otro, del engaño de la CIA”.²⁹² Pese a todo, Rodríguez cree en la virtud del intelectual y en su capacidad para resistir la coacción: “La CIA, u otros corruptores de otros bandos, pueden pagar a los intelectuales

289 Emir Rodríguez Monegal, “La CIA y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, (París), 13, julio 1967, 4.

290 Rodríguez Monegal, “La CIA y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, 14, op. cit., 19. Para tener una noción de los integrantes de la Asamblea, firman la declaración Minoos Masani (presidente), Raymond Aron, Daniel Bell, Pierre Emmanuel, Louis Fischer, Anthony Hartley, K. A. B. Jones-Quartey, Ezequiel Mphahlele, Nicolás Nabokov, Hans Oprecht, Michael Polanyi, Denis de Rougemont, Yoshihiko Seki, Edward Shils, Ignazio Silone y Manes Sperber.

291 Rodríguez Monegal, “La CIA y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, 13, op. cit., 4.

292 *Ibid.*

independientes sin que éstos lo sepan. Lo que no pueden hacer es comprarlos”.²⁹³ Como se advierte, la figura del intelectual independiente, aquel que debe luchar de forma constante por asegurar su libertad crítica, se impone como el modelo a seguir propuesto por Rodríguez, adoptando incluso ribetes épicos. Tanto es así que el uruguayo se despacha una interpretación –sofisticada pero inverosímil, según Mudrovic– bastante peculiar que responde también a la voluntad de salvaguardar la pureza del escritor. Sostiene que las revelaciones pudieron surgir de la propia CIA, que ya no necesita el servicio de los hombres del Congreso: “Esos intelectuales están ahora contra la política internacional de los Estados Unidos en el Vietnam y en América Latina. La CIA ya no necesita subvencionarlos secretamente. Por el contrario, le molestan, necesita desprenderse de ellos”.²⁹⁴

Para silenciar las críticas de los intelectuales –argumenta– qué mejor salida para la CIA que develar el hecho de haberlos financiado o incluso hacerlos parecer como sus agentes. Además, de ese modo la CIA se ahorra el trabajo de eliminarlos, pues “en las filas rivales encontrará verdugos no solo bien dispuestos, sino minuciosamente entrenados en la tarea desde hace largo tiempo. La operación no pudo ser más brillante”.²⁹⁵

Lo que vino no fue fácil para la revista. Mientras decaía el nivel general de la publicación por la negativa de algunas de las plumas más prestigiosas a colaborar, las autoridades del Congreso por la Libertad de la Cultura, en un esfuerzo postrero por salvar la imagen de sus organismos asociados, dispuso para *Mundo Nuevo* una nueva fuente de financiamiento. Fue así como la Fundación Ford se hizo cargo de la gestión de la revista desde 1968; sin embargo, puso dos condiciones. Al cabo de tres años de subvención, la revista debía generar recursos en forma autónoma, o sea, debía autofinanciarse. La segunda condición fue trasladar el centro de operaciones de la revista a América Latina, como un modo de transparentar su imagen y superar la convulsionada etapa parisina. Emir Rodríguez Monegal no aceptará esta segunda condición y presentará su renuncia. Al menos ésa fue la versión oficial. En el número 25, de

293 *Ibid.*

294 Rodríguez Monegal, “La CIA y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, 14, op. cit., 20.

295 *Ibid.*

julio de 1968, el uruguayo se despidió de los lectores agradeciendo a los autores que confiaron y creyeron en su proyecto. A la hora del balance, rescata que *Mundo Nuevo* “no se apartó jamás de la línea de objetividad estética y política que se había trazado”; con todo, lamenta que el escenario cultural latinoamericano se haya enrarecido en estos dos años al mando de la revista, tiempo en que “el diálogo se ha visto sustituido por la repetición de consignas, la discusión por el recitado de dogmas opuestos, el análisis crítico por varios coros rivales que funcionan ensordecedoramente”. Todo lo cual ha impedido una efectiva desmilitarización de la cultura (parafraseando a Sartre).²⁹⁶

En el mismo número se reproduce una entrevista de la Agencia France Presse de París a Rodríguez Monegal. En ella son casi tan interesantes las preguntas como las respuestas. Cuando se le consulta “¿Es cierto que la actitud de los responsables del Congreso por la Libertad de la Cultura, que reconocieron el año pasado haber recibido durante mucho tiempo una subvención de la CIA, haya influido en su búsqueda de una nueva financiación?”, el uruguayo, firme con su versión, asegura que la Fundación Ford –que nunca ha sido acusada de recibir dinero de la CIA– fue siempre la sostenedora de la publicación, agregando que “he publicado siempre la revista con entera libertad y sin ninguna clase de interferencia por parte de la Fundación o del ILARI”.²⁹⁷ En seguida le preguntan “¿Es cierto que los responsables del ILARI lo hayan acusado a usted de izquierdista?”; a lo que contesta que no comprende que se pueda acusar a alguien de ser izquierdista y que en todo caso no ha escuchado dicha aseveración. Y luego, consultado por cuáles autores progresistas, sean comunistas o no, publicaron en la revista, responde:

Por tratarse de una revista cultural, el criterio de *Mundo Nuevo* para juzgar a los autores que en ella colaboran no es el de esgrimir motes políticos, tan interesantes para los maccarthistas de Estados Unidos como para los neostalinistas del bloque opuesto. *Mundo Nuevo* ha

296 Emir Rodríguez Monegal, “Una tarea cumplida”, *Mundo Nuevo*, (París), 25, julio 1968, 4.

297 Emir Rodríguez Monegal, “A propósito de ‘Mundo Nuevo’”, *Mundo Nuevo*, (París), 25, julio 1968, 93.

publicado colaboraciones de escritores como Pablo Neruda o Jean-Paul Sartre, como Carlos Fuentes o Nicanor Parra, como K. S. Karol o Juan Goytisolo, cuyos vínculos políticos han sido festejados y/o denunciados por extremistas de ambos grupos rivales.²⁹⁸

Así se cerró la era Rodríguez Monegal de *Mundo Nuevo*. Desde el número 26-27, de agosto-septiembre de 1968, hasta el 57-58, de marzo-abril de 1971, estuvo dirigida por el argentino Horacio Daniel Rodríguez y su plaza fue Buenos Aires. El carácter de *Mundo Nuevo* cambió drásticamente, se acabaron las firmas rimbombantes y se reemplazaron por un equipo de redactores de bajo perfil pertenecientes a un ámbito más bien periodístico y académico, con una tendencia mayor a temas políticos y sociales. La diferencia más marcada, con todo, fue la relativa a la línea editorial, de un corte conservador que contrastó con el progresismo de la etapa de Rodríguez Monegal. Éste, por su parte, no escatimará su reprobación al nuevo rumbo tomado por la revista y, bajo el influjo de cierto resentimiento, escribirá en carta personal a Guillermo Cabrera Infante:

El nuevo *Mundo Nuevo* es una pifia que no leerán ni los lectores de pruebas. Qué triunfo para los Ramas, Fernández Retamar, Lisandro Oteros, Díaz Lastra y Julio (Gardel) Cortázar: que le saquen una revista incómoda de las manos sus propios enemigos y que le pongan ese supositorio tranquilizante a la conciencia siempre alerta y revolucionaria de la alerta y revolucionaria izquierda intelectual de América Latina. Lo que hice o traté de hacer en *Mundo Nuevo* era demasiado lúcido para este continente de beatas, maricas y revolucionarios.²⁹⁹

Incapaz de generar sus propios fondos al cabo de los tres años de plazo impuesto por la Fundación Ford —en parte, seguramente, por esa dificultad para captar lectores que Rodríguez Monegal profetizaba—, *Mundo Nuevo* tuvo un final sin pena ni gloria: ya no provocaba ningún debate en la escena pública. Lo paradójico es que mientras cultivó una línea progresista y contó con muchos

²⁹⁸ *Ibid.*

²⁹⁹ Citada por Mudrovcic, *op. cit.*, 110. Fechada el 24 de septiembre de 1968.

escritores de izquierda, fue atacada con denuedo por la izquierda más radical; y mientras fue una revista más cercana a la derecha, fue dejada en paz y considerada inofensiva por los mismos que antes la censuraban.

2. *Mundo Nuevo*: interpretaciones

Podría decirse que la segunda etapa de *Mundo Nuevo* estuvo completamente de más. En lo que nos concierne acá, solo interesa porque que ayuda a explicar la primera, la de Rodríguez Monegal. Asimismo, las distintas lecturas que tanto los contemporáneos de la revista como quienes la han estudiado o recordado se han aplicado fundamentalmente a la primera. Debe entenderse, en consecuencia, que cuando hablo de *Mundo Nuevo* me estoy refiriendo solo a la primera época.

Como ha quedado más que claro, la revista no tuvo una buena acogida en especial en los sectores procubanos y entre la izquierda más radical. Tampoco fue bien tratada por aquellos que, habiendo en un principio colaborado con ella, terminaron abjurando de la publicación. Pero hay también voces que defendieron a *Mundo Nuevo* en su oportunidad o que han rescatado su aporte al desarrollo cultural latinoamericano. Es el caso del peruano Abelardo Oquendo, quien ya en el primer número de la revista limeña *Amaru*, de enero de 1967, pondera en *Mundo Nuevo* su auténtico carácter latinoamericano, agradeciendo además a Rodríguez Monegal por no incluir solo colaboradores de derecha, y es más, felicita a los intelectuales progresistas que han comprendido que ninguna tribuna debe desaprovecharse.³⁰⁰ El profesor René Jara Cuadra, a su vez, defiende a Rodríguez de la avalancha de críticas, destacando su deseo de hacer de la revista un foro libre de discusión que estuviera al margen de sesgos políticos y literarios y por sobre la distinción por países, lo cual de alguna manera logró en esas 25 entregas de “indiscutible jerarquía intelectual” que escaparon de la politización. De que fue una revista independiente y en ningún caso derechista –apunta Jara– dan fe las firmas de escritores de la talla de Neruda, Parra, Octavio Paz, Ernesto Sábato o García

300 Citado por Gilman, *op. cit.*, 123.

Márquez; o el mismo hecho de que en Argentina dos números fueran proscritos.³⁰¹ El espaldarazo más resonante vino de parte de José Donoso, amigo del crítico uruguayo y colaborador de la revista, quien ya en una carta personal le había anunciado que el libro que estaba preparando lo iba a dejar bien parado.³⁰² El libro en cuestión era la *Historia personal del "boom"*, en el que, junto con aseverar que ninguna revista había logrado transmitir el entusiasmo por la existencia de algo vivo en la literatura continental como *Mundo Nuevo*, afirma que ésta “fue la voz de la literatura latinoamericana de su tiempo, y para bien o para mal, y con todo el riesgo que implica, estoy convencido de que la historia del boom en el momento en que presentó su aspecto más compacto, está escrita en las páginas de *Mundo Nuevo*, hasta el momento en que Emir Rodríguez Monegal abandonó su dirección”.³⁰³

María Eugenia Mudrovcic, autora del estudio más relevante sobre la revista que existe hasta ahora, suscribe en buena medida la tesis crítica contemporánea levantada por los cubanos de *Casa de las Américas* y en menor tono por *Marcha*.³⁰⁴ Para ella *Mundo Nuevo* fue un instrumento destinado a infiltrar en la cultura latinoamericana ciertas ideas y un determinado concepto del trabajo intelectual y de la figura del escritor. A través del análisis del discurso desnuda cómo dichos elementos se disfrazan y se introducen de manera sutil en las páginas de la revista y principalmente en los textos de Rodríguez Monegal. En esencia, lo que *Mundo Nuevo* propone —prosigue Mudrovcic— es una neutralización de la cultura latinoamericana, también entendida como despolitización del

301 René Jara Cuadra, *op. cit.*, 74-75.

302 “No temas por lo de *Mundo Nuevo* en mi libro *Historia Personal del Boom* (...) Lo único que en ese libro afirmo es que *Mundo Nuevo* fue, durante el mandato de Emir, el órgano que cohesionó y le dio forma al *boom* en su momento más rico y creativo (...) y te dejo como rey”. Carta del 11 de octubre de 1972, citada por Mudrovcic, *op. cit.*, 55.

303 José Donoso, *op. cit.*, 90-91.

304 Pasados los años, Roberto Fernández Retamar, emblema de *Casa de las Américas*, recordará que en aquellos días no se planteó que cada colaborador de *Mundo Nuevo* fuera necesariamente hostil a la Revolución Cubana. Se trataba de crear un ambiente confuso, tendiente a despistar al público sobre las reales funciones de la revista (“Caliban revisitado”, en Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*. Concepción, Cuadernos Atenea, 1998, 77. Originalmente el artículo se publicó en *Casa de las Américas*, (La Habana), 157, julio-agosto 1986).

escritor. Con ese fin cultivó un “discurso integracionista de tono moderado y ecléctico que evadió sistemáticamente la polémica verbal”³⁰⁵ y que contrastaba a toda luz con el “denuncialismo” de *Casa de las Américas*, por ejemplo. En ese mismo sentido se consume una sublimación del escritor independiente, el verdadero héroe para la revista, aquel que resiste las presiones políticas de un bando u otro. Junto con ello, Mudrovcic descubre el culto que se rinde al escritor como imagen comercial o como superestrella del espectáculo, siendo Carlos Fuentes el máximo exponente de este modelo. También es posible observar en la revista la voluntad de glorificar la novedad, por medio de un triunfalismo que exalta el arribo de una nueva era, post Guerra Fría –que se da por superada–, en la que el diálogo y el entendimiento se han abierto paso en desmedro de la confrontación y la polarización de años anteriores.³⁰⁶ Para la autora es evidente que todas estas estrategias para despistar a los lectores son elaboradas con plena conciencia por Rodríguez Monegal y cuentan con el aval de los organismos que financian la revista, es decir, de la CIA. Cuando se pregunta por qué la CIA invirtió tantos dólares en actividades culturales alrededor del mundo, llega a la conclusión de que lo hizo con fines propagandísticos.³⁰⁷ Pero, ¿fue de verdad *Mundo Nuevo* una tribuna para la propaganda norteamericana?

3. ¿Qué fue *Mundo Nuevo*?

Si el discurso de la revista *Mundo Nuevo* –que corresponde, grosso modo, al pensamiento de Rodríguez Monegal– fue en el fondo una fuente de irradiación de propaganda pro norteamericana

305 Mudrovcic, *op. cit.*, 71.

306 Hay también espacio para desacreditar la obra revolucionaria de Fidel Castro. En el número uno se publica “Notas sobre Cuba”, de François Fejtö, viejo colaborador del círculo del Congreso por la Libertad de la Cultura, quien entrega una imagen negativa de la Cuba de Fidel utilizando un lenguaje ambiguo destinado a generar confusión en el lector –como lo demuestra hábilmente la autora– (Mudrovcic, *op. cit.*, 84ss). El artículo de Fejtö mereció en su momento la descalificación de Ambrosio Fornet: “No valdría la pena referirse a esas *Notas sobre Cuba*: son un resumen de todo el veneno que difunden por el mundo las agencias cablegráficas yanquis mezclado con los propios prejuicios e incongruencias del autor” (Fornet, *op. cit.*, 71).

307 Mudrovcic, *op. cit.*, 42-43.

debemos suponer, a priori, que tal discurso construye una imagen positiva de Estados Unidos. La lectura de los primeros 25 números de la revista, sin embargo, no arroja ese resultado, al contrario, será más bien una constante la condena de determinados aspectos del comportamiento norteamericano, sobre todo en materia internacional. Rodríguez confiesa que al momento de fundar *Mundo Nuevo* supo que se alzarían voces que la acusarían de estar al servicio del imperialismo norteamericano, por mucho que nada dijera a su favor o que abundaran en sus páginas “trabajos que analizan críticamente los principales aspectos de la política internacional de los Estados Unidos, en América Latina y en el mundo entero”.³⁰⁸ Estas palabras son parte de la conversación que el director de la revista sostuvo con el español Max Aub, quien le dirá al uruguayo una frase de hondo significado. A propósito de una opinión de Aub, quien prefiere hablar de hegemonía norteamericana en vez de imperialismo –algo con lo que Rodríguez parece estar de acuerdo–, se produce el siguiente diálogo:

- Si dicha hegemonía –contesta Rodríguez– se basara en un sistema de tipo monolítico, como el del Imperio español, por ejemplo, como el de tantos imperios modernos, de Hitler a Stalin, una empresa cultural como la que yo estoy tratando de realizar con *Mundo Nuevo* sería totalmente imposible.
- A menos que los norteamericanos fueran muy inteligentes...
- Bueno, no quiero opinar a la ligera sobre la inteligencia de todo un gobierno, pero con los ejemplos recientes de Playa Girón, del Vietnam, de Santo Domingo y del Plan Camelot se me hace bastante difícil creer en la inteligencia superior del Departamento de Estado o de otro organismo oficial norteamericano.³⁰⁹

“A menos que los norteamericanos fueran muy inteligentes”, es la insinuación de Aub que propina un duro golpe a la ingenuidad –fingida o no– de Rodríguez Monegal. Porque si éste pensaba que el puro hecho de publicar trabajos críticos hacia Estados Unidos anulaba de inmediato cualquier sospecha sobre los fines de *Mundo Nuevo*, es que ignoraba las estrategias propagandísticas

308 “Diálogo. La confusión de nuestro tiempo”, entrevista de Emir Rodríguez Monegal a Max Aub, *Mundo Nuevo*, (París), 15, septiembre 1967, 51.

309 *Ibid.*, 52.

implementadas por la CIA u otros organismos en dicha época. Decir cosas hostiles a Estados Unidos era un mecanismo de “blanqueo”, de legitimación de un discurso que quiere parecer objetivo e independiente.

Ahora bien, veremos que tales críticas de las que se jacta Rodríguez Monegal se ven matizadas por consideraciones más positivas o por comparaciones con la Unión Soviética, de las cuales sale mejor parado Estados Unidos. El número 2 de *Mundo Nuevo* incluyó un dossier sobre la Guerra de Vietnam que, por cierto, contenía la recriminación a los Estados Unidos por su acometida bélica, cuestión en que, por lo demás, coincidía la mayor parte de la intelectualidad no solo de América Latina, sino del mundo entero, incluyendo a los propios norteamericanos. Claro que los documentos que se adjuntan son escritos por norteamericanos o por europeos, y no por latinoamericanos.³¹⁰ Así que la única opinión auténticamente latinoamericana que se observa es el texto con que la revista –o sea, Rodríguez Monegal– presenta los documentos.³¹¹ En él se expresa que existen dos guerras de Vietnam, una, la tradicional, la militar; la otra “se libra en la prensa periódica de todo el mundo o en libros (cada vez más numerosos) de periodistas y políticos, ocurre en los gabinetes de los profesores o en las vastas salas de asambleas, se debate en la calle o en las plazas. Es la Guerra de los Intelectuales”.³¹² Este pasaje, junto con explicitar la plena conciencia que un escritor tenía acerca de su participación en un conflicto de talla mundial, sirve de introducción a una serie de reveladores comentarios. El texto exalta las críticas que al interior de Estados Unidos han levantado los intelectuales de ese país, valorándolas por sobre la voz de otros intelectuales, por ejemplo, la de los comunistas, entendiendo que es lógica y esperable la censura que de ellos procede. Solapadamente agrega: “Ojalá se hubieran podido oír voces semejantes dentro de la Unión Soviética hace diez años, cuando la brutal represión de la revolución húngara”.

310 Los autores de los artículos incluidos son el estadounidense Lewis Mumford, el francés Jean Lacouture y los británicos Richard Lowenthal y John Mander.

311 En otra ocasión Rodríguez Monegal manifestó que la “intervención en Vietnam es injustificable del punto de vista democrático” (“Diálogo...”, *op. cit.*, 54).

312 “Documentos. La guerra del Vietnam y los intelectuales”, *Mundo Nuevo*, (París), 2, agosto 1966, 75.

Nótese cómo, a partir de la Guerra de Vietnam, se desvía la mirada para recordar algo que ocurrió diez años atrás, como queriendo equiparar una acción imperialista con otra. Pero así cómo se trivializa la opinión de los comunistas, también el texto desautoriza la de los intelectuales latinoamericanos (tal sería la razón de por qué en el dossier no figura ninguno de ellos). El argumento es bastante peculiar y merece citarse en toda su extensión:

Una larga y dolorosa experiencia de la política del intervencionismo norteamericano, que está jalonada por la expoliación de México, por el big stick en el Caribe, por el apoyo a los dictadores valetudinarios, por el reciente desembarco de los *marines* en Santo Domingo, ha preparado al intelectual latinoamericano para la denuncia global del ‘imperialismo yankee’. (...) Estados Unidos es una realidad y una presencia demasiado poderosa en América Latina para ser encarada con objetividad y desapasionamiento. La intervención de los Estados Unidos en cualquier punto del mundo desata en nosotros una reacción que es tan fatal como las que provocaba Pavlov en su laboratorio. Semejante condicionamiento tiene indudables justificativos políticos pero suele pretextar malos análisis.³¹³

El texto es híbrido por cuanto, al mismo tiempo que desliza una severa crítica histórica al accionar estadounidense en el continente, descalifica el discurso antiimperialista de los intelectuales latinoamericanos por el solo hecho de haber sido éstos víctimas de ese imperialismo. Se invalidan así los análisis provenientes de esta parte del mundo, los cuales suelen repetir lo que se dice en Europa o bien cultivan una retórica de denuncia que además de ineficaz fomenta la “buena conciencia”.³¹⁴ También es digno de consignar la homologación entre su propia persona y el resto de los intelectuales de América Latina. Se declara parte de esta intelectualidad y se siente partícipe del rechazo natural a Estados Unidos, con lo cual, de paso, anula su propia objetividad.

Un formato similar al empleado para fustigar la intervención norteamericana en Vietnam se utiliza en otras dos ocasiones. Primero para atacar el también extendidamente censurado Plan

³¹³ *Ibid.*

³¹⁴ *Ibid.*

Camelot –el proyecto de investigación sociológica montado en Chile por el ejército de Estados Unidos con el fin de evaluar las probabilidades de colapso social en el país–, calificado por Rodríguez Monegal como “actividad intolerable que afecta a la soberanía de América Latina,”³¹⁵ reproduciéndose, previa presentación del uruguayo, un artículo del norteamericano Robert Nisbet. Y segundo, para diagnosticar una crisis norteamericana de la cual Vietnam, Cuba (Bahía de Cochinos) y República Dominicana son síntomas, mediante otro documento, esta vez escrito por el también estadounidense Theodore Draper. En la introducción al artículo se lee: “Lo que aquí denuncia Draper, con una documentación impecable, es la sustitución de la dirección política de las relaciones internacionales de los Estados Unidos por una dirección militar”.³¹⁶ De esa manera no se reprueba a Estados Unidos como unidad, sino solo a una indeterminada dirección militar. En seguida aparece de nuevo el juicio histórico que condena el trato que Estados Unidos ha dado a sus vecinos del sur, en lo que ya se constituye como uno de los principios de la revista: “Hace muchas décadas que se conocen directamente en América Latina las consecuencias de esta forma de la crisis norteamericana”.³¹⁷

Pese a que *Mundo Nuevo* parece coincidir con la izquierda tradicional latinoamericana al deplorar la acción norteamericana sobre el continente, establece paralelamente sutiles diferencias que intentarían moderar su discurso antiyanqui. En esa línea operaba, como vimos recién, la desautorización de las opiniones latinoamericanas por el hecho de provenir de víctimas del objeto de análisis. Y también cumpliría la misma función la elección de hegemonía como el concepto más adecuado para definir la política exterior norteamericana, en reemplazo de imperialismo, conclusión a la que llega Rodríguez Monegal en comunión con Max Aub. En esa misma conversación, el director de *Mundo Nuevo* desliza un reproche a los intelectuales de América Latina, que no logran ver que Estados Unidos carece del carácter monolítico

315 Robert Nisbet, “Documentos. El Plan Camelot: una autopsia”, presentación de Emir Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo*, (París), 9, marzo 1967, 78.

316 Theodore Draper, “Documentos. La crisis norteamericana: Vietnam, Cuba y la República Dominicana”, presentación de Emir Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo*, (París), 13, julio 1967, 80.

317 *Ibid.*

que distingue a los imperios históricos clásicos. Luego sentencia, en lo que quizás son las frases más elogiosas dirigidas a Estados Unidos en toda la primera etapa de la revista, que “esa falta total de centralización, esa rivalidad incluso de los distintos órganos del Estado y hasta de la instituciones no oficiales, esa multiplicidad de opiniones y puntos de vista, es lo que permite que toda una serie de actividades, sobre todo en el campo cultural, se realicen con patrocinio norteamericano y tengan un margen de latitud y de independencia extraordinarios”.³¹⁸ Es la resistencia a concentrar el poder en una sola mano la que, según Rodríguez, impide que Estados Unidos se vuelva un imperio al estilo de los más abusivos de la historia.

Del examen de la actualidad internacional que formulan Rodríguez Monegal y la revista también se desprenden luces acerca de cómo se retrata a Estados Unidos en *Mundo Nuevo*. No parece muy ajustado a la verdad aquello de que la Guerra Fría es cosa del pasado, más bien dicha premisa sería solo legítima en el plano cultural. El mismo Rodríguez Monegal es bastante escéptico de los aires de buena vecindad entre las dos potencias hegemónicas del momento. Preocupado por el rol del intelectual en el escenario mundial, el uruguayo planteaba que:

Tanto un bando como el otro me parecieron demasiado empeñados siempre en una guerra de propaganda ideológica que no puede beneficiar para nada al creador independiente, como se ha demostrado a la larga. Y si ahora, ambos aparentemente han dado marcha atrás, tampoco parece muy clara la nueva actitud. Hay quienes opinan (...) que el cambio no se debe, como en los viejos y queridos melodramas, a que los enemigos descubrían de pronto tener lazos de sangre, sino que han encontrado un rival poderoso en el Asia.³¹⁹

Según su óptica, sería la amenaza encarnada por China el motivo del acercamiento entre Moscú y Washington. Más aún, la pretendida concordia se ejercería solo parcialmente: “Si es cierto que los Estados Unidos y la Unión Soviética andan ahora del brazo no andan juntos por todo el mundo. En América Latina no andan

318 “Diálogo...”, *op. cit.*, 52

319 “Diálogo...”, *op. cit.*, 57.

del brazo”.³²⁰ Se viven, en consecuencia, días de confusión en los que el escritor latinoamericano debe repensar su realidad y elaborar preguntas y respuestas por sí mismos y no reproducir consignas y frases hechas que vienen “de los tiempos de la guerra fría” (aquí sí da por superada esa era). En lo personal, confiesa Rodríguez, la voluntad de buscar una expresión auténticamente latinoamericana lo ha llevado a tratar una y otra vez de contar con el aporte de los intelectuales cubanos para su revista; de hecho, solicitó una visa para viajar a La Habana cuya aprobación todavía está esperando.³²¹

El congreso del PEN Club Internacional llevado a cabo en Nueva York en 1966 da pie al uruguayo para sentenciar una nueva era en la cultura global, sacudida ya de las sujeciones que imponía la Guerra Fría. El evento, al que asistió, es ponderado con indisimulado entusiasmo: “El PEN fue la primera institución en romper los límites de la guerra fría entre el mundo capitalista y el mundo socialista”.³²² La asistencia de una nutrida delegación de escritores latinoamericanos, muchos de ellos de izquierda, es saludada como “la mejor demostración de que el maccartismo había sufrido una gran derrota póstuma en los Estados Unidos y de que la guerra fría (por lo menos en el terreno intelectual) había dado paso al diálogo”.³²³ A lo que alude es a las dificultades y negativas para ingresar a Estados Unidos que muchos escritores encontraron solo por las ideas que profesaban. Rodríguez felicita al Departamento de Estado norteamericano, “que ha suspendido por la duración de este Congreso sus severísimas restricciones en materia de visas (...) Este es un primer paso, apenas, en una política de liberalización que debe continuar desarrollándose hasta terminar con todos los vestigios del triste periodo maccarthista”.³²⁴ En contraste, se lamenta de la inasistencia de escritores soviéticos, que pone en entredicho el diálogo.

Otro de los presentes en Nueva York, Carlos Fuentes, escribió –según informa Rodríguez en la misma crónica– en la revista *Life*

320 *Ibid.*

321 *Ibid.*, 58.

322 Emir Rodríguez Monegal, “El P.E.N. Club contra la guerra fría”, *Mundo Nuevo*, (París), 5, noviembre 1966, 87.

323 *Ibid.*, 86.

324 Emir Rodríguez Monegal, “Diario del Pen Club”, *Mundo Nuevo*, (París), 4, octubre 1966, 42.

en español un artículo de título concluyente: “El PEN: entierro de la guerra fría en la literatura”. Allí el escritor mexicano, en sintonía con lo expresado por Rodríguez, comenta que en el evento “triunfó la convicción práctica de que el aislamiento y la incomunicación culturales no sirven sino a la tirantez internacional”. Y como símbolo de los nuevos tiempos Fuentes recupera la imagen de Neruda recitando y la de un público indignado ante un exiliado ruso que no paraba de denostar a la Unión Soviética, cosas que hace veinte años nadie hubiera imaginado.³²⁵

El mismo Neruda protagonizó un incidente en la reunión del PEN al enfrentarse verbalmente al italiano Ignazio Silone, un ex comunista de larga colaboración con el Congreso por la Libertad de la Cultura. Por existir varias versiones del asunto, Rodríguez Monegal entrega también la suya. Lo que dijo Silone, provocando la respuesta de Neruda, no fue tan violento como algunos medios han asegurado, pues se limitó a elogiar a los escritores que alzaban la voz en Francia (contra la intervención en Argelia), en Estados Unidos (contra Vietnam) y en la Unión Soviética. Parece que esto último molestó al poeta chileno, quien, en la misma onda que Rodríguez o Fuentes, señaló: “yo creía que la guerra fría había pasado a la historia, pero tengo aquí colegas ilustres que se han complacido en sacarme de mis sueños”.³²⁶

En verdad, la mención de los disidentes soviéticos tenía que ver con un caso muy publicitado de la época, el que afectó a los escritores soviéticos Yuli Daniel y Andrei Siniavski, condenados respectivamente a cinco y siete años de trabajos forzados por actividades “antisoviéticas”. *Mundo Nuevo* se hizo eco del revuelo y en su primera entrega publicó un especial que reprodujo entre otras cosas artículos de Carlos Fuentes y de Mario Vargas Llosa. En la presentación de los documentos Rodríguez Monegal celebra el consensual rechazo que el proceso ha generado entre los intelectuales, aunque lo más auspicioso fue “haber liberado a la intelligentsia latinoamericana de ese voto de silencio frente a la Unión Soviética”. Claro que este reparo a los intelectuales de izquierda latinoamericanos es inmediatamente relativizado por el director, quien acepta o comprende el argumento que casi siempre

325 El artículo de Fuentes en *Life en español* del 1 de agosto de 1966, citado por Rodríguez, “El P.E.N. Club...”, *op. cit.*, 89.

326 Rodríguez Monegal, “El P.E.N. Club...”, *op. cit.*, 85.

han esgrimido los intelectuales de izquierda latinoamericanos para callar sus críticas a la URSS, cual es no favorecer con esas críticas a los sectores reaccionarios, a las oligarquías nacionales, a los poderes establecidos como la Iglesia o el Ejército y a los intereses económicos de Estados Unidos. Además, es explicable la reticencia a reclamar por la libertad de expresión en el socialismo real cuando en sus propios países se sufre la censura o se prohíbe a millones de indígenas hablar su lengua.³²⁷ Para el uruguayo, entonces, es justificable ese histórico silencio que ahora, con el caso Siniavski-Daniel, ha comenzado a vulnerarse. A los ojos cubanos, pendientes de cualquier indicio que remitiera a la mano oculta de la CIA, tanta magnanimidad de Rodríguez para con sus supuestos enemigos ideológicos despertó sorpresa y sospecha. Para Ambrosio Fornet dicha condescendencia fue una treta destinada a enmascarar las verdaderas intenciones de *Mundo Nuevo*; es más, con comentarios de ese tipo “los viejos reaccionarios del continente acabarán acusando a *Mundo Nuevo* de estar pagada por el oro de Moscú. Ese sería el mayor triunfo de la revista”.³²⁸

El tema del intelectual, de su posición en el mundo contemporáneo, de su independencia, de su autoridad para opinar de tal o cual problema, es de una asiduidad tan marcada en la revista que afirmar que ésta alentó una despolitización del intelectual y una neutralización de la cultura suena realmente como un despropósito. El primer número de *Mundo Nuevo* quiso sentar desde un principio el pensamiento de la revista sobre el asunto y fue la conversación entre Rodríguez Monegal y Carlos Fuentes –titulada “Situación del escritor en América Latina”– la encargada de hacerlo. El uruguayo, en lo que es prácticamente una declaración de principios, defiende el oficio de escritor como un ejercicio de por sí activo y significativo, con efectos concretos sobre la sociedad:

Creo que debemos abandonar un poco la idea anticuada pero muy anticuada, muy apocalíptica, de una disyuntiva ente la palabra y la acción. Si queremos ser escritores conscientes, escritores responsables, basta de palabras y actuemos, nos

327 “El caso Siniavski-Daniel”, presentación de Emir Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo*, (París), 1, julio 1966, 86.

328 Fornet, *op. cit.*, 108.

dicen de muchos bandos. En este mundo de la amenaza atómica, de Vietnam y Santo Domingo, de los millones que se mueren de hambre en el Tercer Mundo, no hay lugar para la literatura. No y no. La acción de un escritor está en sus palabras. Esa es su única y auténtica acción.³²⁹

La declaración es una contestación, por un lado, a Sartre y su tesis de que la literatura no tiene sentido mientras subsista la miseria en el mundo; y por otro, a los intelectuales cubanos que exigen del compromiso intelectual algo más que el mero ejercicio de la profesión. Para Rodríguez Monegal el escritor que se lanza a la acción –pone el caso de Malraux en España– consigue poco y nada, mientras que el uso de la palabra le abre grandes posibilidades.

Fuentes secunda al uruguayo en su llamado a devolver al escritor el poder que le es propio por naturaleza. En esa dirección lanza un reproche al escritor de izquierda, quien, “con demasiada frecuencia, también se protege bajo una sombrilla ideológica que lo exime de pensar con independencia, se disfraza con el decálogo de la apocalipsis venidera y deja de escribir, de someterlo todo a juicio a través de la palabra y la imaginación, que es nuestro mester”.³³⁰ El mensaje es claro: el primer deber del escritor es para con la palabra, el compromiso inicial es con su propio oficio, después con la política. Pero esto no quiere decir que el escritor deba circunscribirse a su torre de marfil: “Mira, yo no voy a tomar un fusil y encaramarme a la Sierra Madre. Pero sí te digo que Vietnam y Santo Domingo no son ajenos a mí, como escritor, simplemente porque acatar el consenso, el statu quo, supone silencio, negación de la palabra y abandono del lenguaje, que queda expuesto a que lo secuestre cualquier oscuro McCarthy surgido de una barraca tropical”.³³¹

329 Carlos Fuentes y Emir Rodríguez Monegal, “Situación del escritor en América Latina”, *Mundo Nuevo*, (París), 1, julio 1966, 18.

330 *Ibid.*, 19.

331 *Ibid.*, 19. El diálogo Fuentes-Rodríguez ha dado bastante que hablar y le ha costado al mexicano más de un ataque. Polémico, en especial, ha sido este párrafo: “Estamos tan sometidos como cualquier gringo o francés al mundo de las competencias y los símbolos de status, al mundo de las luces de neón y los Sears-Roebuck y las lavadoras automáticas y las películas de James Bond y los tarros de sopa Campbell (...) Somos contemporáneos de todos los hombres en las mercancías y la modas”. (14). Ernesto Sierra hace la siguiente lectura

Creo que es erróneo confundir escritor despolitizado con escritor independiente. Es cierto que frente al modelo de intelectual comprometido que en América Latina descolló por su adhesión a la Revolución Cubana, o frente al intelectual que derechamente tomó las armas y se unió a la guerrilla, el propuesto por *Mundo Nuevo* es, en un sutil grado, “menos” político. El escritor de Rodríguez Monegal es primero escritor y después político; el otro, primero político y después escritor. Lo fundamental es su independencia, su autonomía frente al poder político, lo único que le autoriza para ejercer su mirada crítica en toda sociedad. ¿Es éste un intelectual neutral, apolítico? O bien, ¿le hace daño este intelectual a la revolución, a la izquierda, a Cuba, a la Unión Soviética? O incluso, ¿juega a favor de Estados Unidos este modelo de intelectual? Aunque las respuestas fueran sí, no es seguro que Rodríguez Monegal y su revista hayan erigido este modelo con el afán de favorecer a Estados Unidos en la Guerra Fría, ni tampoco que lo hayan hecho por instrucción de la CIA, como parecen sostener sus críticos.

4. Juicio a *Mundo Nuevo*

Condenada antes de nacer, la revista *Mundo Nuevo* acepta, no obstante, más de una valoración, especialmente porque se la puede juzgar desde variados puntos de vista. Quisiera centrarme, con todo, en la figura de Rodríguez Monegal, en sus motivaciones y fines y en el éxito o fracaso de su gestión. Creo que lo que movió al uruguayo fue el genuino deseo de articular una revista de calidad que diera cabida a un amplio espectro de expresiones artísticas y culturales no seleccionadas por posturas políticas sino por su real aporte estético o intelectual. Y, pese a todo, lo logró, tal como lo refrenda una nómina de las más altas plumas que firmaron sus registros: Carlos Fuentes, Severo Sarduy, César Fernández Moreno, Cristián Hunneus, Julio Ortega, João Guimaraes Rosa, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Germán Belli, Gabriel García Márquez,

del pasaje: “Es un grito de adhesión a la fachada material de la modernidad preconizada en el mensaje de la cultura de masas de los 60, y a su prolífica, pero a veces insulsa, terminología estética” (Sierra, *op. cit.*, 6-7). Para defender a Fuentes pienso que, más que celebrar el hecho, simplemente lo constata.

Carlos Monsiváis, José Donoso, Nicanor Parra, Pablo Neruda, Jorge Edwards, Ernesto Sábato, Augusto Roa Bastos, Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Rubén Bareiro Saguier, Ernesto Cardenal, José Lezama Lima, Reinaldo Arenas, Bernardo Kordon y Manuel Scorza.

El desempeño de Rodríguez Monegal, del Congreso por la Libertad de la Cultura, hasta de la CIA, despierta incertidumbres. No es posible determinar fehacientemente cuáles fueron sus motivaciones y hasta qué punto dicen la verdad. Tal vez todo se hubiera esclarecido si Fernández Retamar y los cubanos aceptan colaborar en *Mundo Nuevo*. ¿Qué hubiera pasado? Si el uruguayo publica, sin cortes, los trabajos de los cubanos, por muy virulentos y antiyanquis que fuesen, se habría comprobado que la revista era de verdad una tribuna abierta para todos y que el uruguayo dictaminaba qué incluir y qué no. Por el contrario, si los artículos no aparecían o eran mutilados habría quedado en evidencia la injerencia de una mano oculta, por detrás de Rodríguez. Si los trabajos se publican y, al poco tiempo, alarmados por el rumbo izquierdista de la revista, las autoridades del ILARI o del Congreso destituyen a Rodríguez, se habría develado lo que realmente se esperaba de *Mundo Nuevo*, al tiempo que el uruguayo hubiera salvado su imagen.

Mucho se podría especular porque son muchas las preguntas que el episodio de *Mundo Nuevo* deja sin resolver. Lo que sí queda claro es que el campo intelectual latinoamericano se remeció con fuerza por unos acontecimientos que asociaban en forma directa a los intelectuales del continente con la Guerra Fría. En ese sentido son significativos el temor y la repulsa que experimentaron no pocos escritores ante la sola posibilidad de estar siendo utilizados por Estados Unidos y de estar trabajando, de manera inconsciente, para su causa. Quedaba de manifiesto entonces que los imperativos éticos seguían pesando quizá más que ningún otro factor a la hora de comprometer o no la capacidad creativa en un proyecto con claras connotaciones políticas relacionadas directamente con la Guerra Fría.

X

LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS Y LA IMAGEN DE ESTADOS UNIDOS

Desde que Estados Unidos se transforma en república independiente ejerce un magnetismo especial sobre la clase política e intelectual latinoamericana. Es así como se erige en modelo a seguir por los criollos independentistas y por las nacientes repúblicas hispanoamericanas. Esta “luna de miel” se prolongaría, según los esquemas tradicionales, durante buena parte del siglo XIX. Pero esta afirmación resiste más de algún reparo. En primer lugar, habría que distinguir las diferencias entre los diversos grupos políticos en acción al interior de las sociedades latinoamericanas. En México, por ejemplo, conservadores y liberales no tuvieron una postura homogénea, siendo estos últimos favorables al vecino del norte hasta la guerra contra España el 98.³³² Por otra parte, desde Estados Unidos se ha planteado que la etapa inicial, la de la admiración y simpatía, finalizó en 1830, una vez que fue evidente que los norteamericanos establecerían alianzas anticoloniales solo si convenían a sus intereses. A esta decepción siguió la certidumbre de que la avidez de territorios por parte de ese país se satisfaría a expensas de sus vecinos del sur. Siguiendo el estudio de McPherson, hasta fines del siglo XIX se miraría a Estados Unidos con desconfianza y temor, al tiempo que se constataba su espíritu “filibustero”.³³³ Como bien se puede colegir de la obra de De Onís, durante el siglo XIX coexistieron ambas posturas –la que concebía a EE.UU. como amenaza y la que lo concebía como modelo–, sin que ninguna se haya impuesto definitivamente sobre la otra.³³⁴

332 Enrique Krauze, “Sumarísima historia del antiyanquismo”, *Letras Libres*, 36, diciembre 2001; Luis Ochoa Bilbao, “Estados Unidos y el nuevo discurso intelectual mexicano: la emergencia del neorrealismo en el pensamiento internacionalista”, *Argentina global*, 18, enero-julio 2008.

333 McPherson, “Antiyanquismo”, op. cit., pp.10ss.

334 De Onís, *op. cit.*

Sin duda la guerra contra España de 1898 marcó a fuego el imaginario de los intelectuales de la época. Estados Unidos emergió del conflicto como una nación guerrera y prepotente, lo que se confirmaría en las décadas siguientes con las sucesivas intervenciones militares en Centroamérica y el Caribe. Ello dio pábulo para que asomaran las voces virulentas que, según McPherson, representaron el punto máximo de antiyanquismo en las relaciones Estados Unidos/América Latina. Fue la época del gran garrote y de la puesta en práctica de la interpretación más siniestra de la doctrina Monroe. Quien tempranamente encarnó el gran rechazo latinoamericano fue José Enrique Rodó, cuyo *Ariel* condenó el espíritu materialista y utilitarista de Estados Unidos, abogando por los valores de la cultura latina, que nos emparentaban con la vieja Europa.³³⁵

El arielismo se propagó por el continente con inusitada devoción, tiñendo esa primera década del siglo con su vitalismo y humanismo. Pronto las posiciones antiyanquis se harían más radicales y concretas, de la mano del pensamiento nacionalista y luego del socialista. Se reelaboraban, pues, postulados de diversas fuentes que finalmente llegaban a un mismo puerto: la condena del imperialismo norteamericano. Esto suponía una comprensión ya no solo cultural, como en Rodó, sino también económica del fenómeno, ya que tanto nacionalistas como socialistas veían en la presencia de los capitales estadounidenses en las economías locales, la esencia de un imperialismo de estirpe británica que en manos de los norteamericanos se hacía más avasallante y abusivo. Además, las grandes compañías recibían el apoyo, si era necesario, de los marines, prestos a resguardar el orden y tener a raya los intereses nacionalistas. Cuando las ideas marxistas, que venían haciéndose fuertes en el continente, se hicieron cargo de los tentáculos comerciales norteamericanos, retomaron las tesis leninistas sobre el imperialismo y conjugaron ahora un antiyanquismo socialista

335 En 1971 Fernández Retamar rectificaría a Rodó apuntando que el verdadero símbolo de los latinoamericanos es Caliban y no Ariel. De todos modos coincide con el uruguayo al reconocer en Estados Unidos la principal amenaza del continente. Roberto Fernández Retamar, "Caliban", en *Todo Caliban*, Concepción, Atenea, 1998. Originalmente apareció en *Casa de las Américas*, 68, septiembre-octubre 1971.

que no dejaba de ser nacionalista.³³⁶ Con los peruanos Mariátegui y Haya de la Torre se sumó una visión que incluía las masas campesinas indígenas –gracias al primero–, y un componente americanista sólido a través del segundo y del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), un partido de aspiraciones continentales. Por último, el movimiento revolucionario liderado por Sandino en Nicaragua y su fuerte componente antiimperialista cerraba el círculo de un antiyanquismo que se expresaba por diversas vías ideológicas y estratégicas.

Pero cuando estas actitudes se hallaban en su punto máximo nuevos acontecimientos provocarían un paréntesis. El ascenso de los totalitarismos y el estallido de la Segunda Guerra Mundial acercaron a los países latinoamericanos a Estados Unidos, que tras el desenlace del conflicto asomó como la potencia protectora y democrática que en el escenario de la Guerra Fría asumía un rol paternal. A ello se sumó un nuevo trato político de Washington respecto a América Latina, conocido como la “buena vecindad” (impulsada por F. D. Roosevelt, presidente en 1933), que se tradujo en una notable disminución de las intervenciones militares. Dentro de este panorama las conferencias panamericanas que hacía tiempo auspiciaba EE.UU. con escaso éxito pudieron finalmente derivar en la Organización de Estados Americanos (1948).³³⁷ Este clima de relativa concordia se extendió por casi toda la década del cincuenta, pero tendría un abrupto final a raíz de la Revolución Cubana, aunque ya la intervención en Guatemala de 1954 había recordado a los intelectuales y partidos de izquierda que no se podía confiar en las aparentes buenas intenciones estadounidenses asentadas en

336 Al respecto, Eduardo Devés señala: “Arielismo, nacionalismo y primer socialismo se funden dando vida a una teoría del imperialismo y del intervencionismo a la cual solo faltaba el catalizador que fue Lenin para configurarla definitivamente”. Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos, 2000, volumen 1, p.184.

337 Para Pita González en esta época cabe hablar más de interamericanismo que de panamericanismo, dado el entendimiento más paritario entre las Américas. Alexandra Pita González, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”; en Aimer Granados García y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (siglos XIX y XX)*, México, El Colegio de México, 2004, p.255.

el panamericanismo. Cuando, tras abrazar el socialismo como guía del proceso revolucionario, Cuba sufrió la agresión fallida en Bahía Cochinos, se inició una nueva y más aguda era de antiyanquismo en el continente. Los intelectuales exacerbaron sus críticas y no dejaron pasar nada a unos Estados Unidos que concentraban todos los males que una nación podía albergar.

Durante la Guerra Fría se observa una gran proliferación de ideas e imágenes referentes a Estados Unidos que en conjunto conforman una gran gama de posiciones que van desde la adhesión y el agradecimiento hasta la condena más absoluta. Y dentro de este último discurso, el crítico, la representación de Estados Unidos se expresa con una profundidad y amplitud inéditas.

Por supuesto, no es casual que la acentuación de los ataques ocurriera durante la Guerra Fría. Ésta supuso una radicalización de las posiciones políticas que cubrió también a los intelectuales, los cuales debieron tomar algún tipo de partido pues la neutralidad no representaba una opción válida. La polarización desatada en Latinoamérica a partir de la Revolución Cubana provocó que los intelectuales le declararan la guerra a este país, lo cual se extremó con la intervención norteamericana en Vietnam.

1. Estados Unidos y América Latina

Cuando hacia 1949 Pablo Neruda acusaba la conducta imperialista de Estados Unidos en América Latina no hacía más que, por un lado, continuar con un discurso tradicional de la izquierda latinoamericana, y por otro, sentar que en tiempos de Guerra Fría la denuncia del imperialismo iba a ser un ejercicio recurrente. Esa vez en México Neruda habló de la extorsión de Estados Unidos a las economías latinoamericanas y de la esclavización sufrida por Puerto Rico, Panamá y Guatemala, los casos más graves.³³⁸ Para Neruda había que oponerse a un plan premeditado de Estados Unidos que perseguía dividir, silenciar y aislar la cultura latinoamericana; en ese marco nació el Congreso Continental de Santiago del año 1953, concebido entre otras cosas

338 Pablo Neruda, *Yo respondo...*, op. cit., 66. Corresponde a una ponencia presentada en el Congreso Continental Americano por la Paz, Ciudad de México.

para enfrentar a los gobiernos serviles que cundían en América Latina.³³⁹

Otro poeta comunista, Nicolás Guillén, reaccionará ante la intervención de Estados Unidos en Guatemala en 1954 que consumó la caída del presidente Jacobo Arbenz. Es notable cómo las incursiones de Estados Unidos en América Latina van marcando el ritmo de los ataques que los intelectuales latinoamericanos dirigen a ese país. Guatemala es el primer evento de este tipo en tiempos de Guerra Fría, el primero de una serie que completan Cuba, Santo Domingo, Chile, Nicaragua, El Salvador, Granada, Panamá... Guillén hace la misma cuenta pero en retrospectiva para decir que la de Guatemala es solo la última de las agresiones del imperialismo sobre nuestros pueblos, después de Texas, California, Veracruz, Haití, la Enmienda Platt en Cuba, el desmembramiento de Colombia y la explotación de petróleo en Venezuela. El derrocamiento de Arbenz es responsabilidad directa, según el cubano, de la United Fruit y de Estados Unidos, que creó artificialmente la idea de que el gobierno de Arbenz se encaminaba al socialismo soviético. Guillén asume que la de Estados Unidos ha sido una victoria pírrica porque con acciones como ésta se acrecienta el malestar mundial en su contra, a la par que se afianza la solidaridad latinoamericana.³⁴⁰ A partir de realidades como ésta, el poeta llega a un diagnóstico muy severo de la precaria situación de América Latina en los años cincuenta:

No ya en Madrid sino en Washington está nuestro enemigo.
No es ya la Colonia, sino el Imperialismo quien nos explota,
como antes España nos explotaba. No son los Capitanes
Generales, sino los representantes de 'trusts' y 'cartels' quienes
mantienen en nuestra patria al negro tan esclavo como antes
y al blanco tan esclavo como al negro, asfixiados ambos por
un mismo dogal.³⁴¹

339 Pablo Neruda, *Obras Completas*. Barcelona, Galaxia Gutemberg, 832. Intervención en el Consejo Mundial de la Paz en Berlín, 1952, titulada "Pretenden detener con el terror la marcha del pensamiento", publicada posteriormente en el periódico *Democracia* de Santiago (23 de julio de 1952).

340 Nicolás Guillén, *Páginas vueltas. Memorias*. México, Presencia Latinoamericana, 1982, 211ss. Este libro recoge y transcribe el reportaje que sobre la situación guatemalteca escribió Guillén originalmente para el periódico *Universal Gráfico* de México en 1954.

341 Nicolás Guillén, *Prosa de prisa: crónicas*. La Habana, Imprenta Nacional

Los años sesenta se verán jalonados por sucesos que impactarán hondamente a los intelectuales de América Latina, los cuales, bajo la convicción de tener un papel que cumplir, radicalizarán aun más su discurso antinorteamericano. La Revolución Cubana que emerge triunfante en los sesenta, no es novedad decirlo, provoca un cambio en la mentalidad política de la izquierda latinoamericana al demostrar la factibilidad de que una revolución triunfara en las barbas del enemigo. Carlos Fuentes, un escritor que, como pocos, contará una historia de encuentros y desencuentros con Estados Unidos y los estadounidenses, apunta a esa esperanza que Cuba pasó a representar: “Con su acción de vanguardia, la Revolución cubana ha abierto aquí el camino para que en el futuro nuestros países superen la presión unilateral que Estados Unidos ejerce a través del sistema panamericano”.³⁴² La percepción de que Cuba constituía un ejemplo, un camino a seguir, era también la percepción de que en el resto del continente el imperialismo campeaba a sus anchas. Es lo que expresan los escritores reunidos en Chile en 1969 a través de la Declaración de Viña del Mar:

Los países latinoamericanos tienen, como elemento común de definición, la característica de constituir, con la sola excepción de Cuba, sociedades explotadas, especialmente desde el punto de vista económico, por los países desarrollados, y más concretamente por los Estados Unidos, los cuales les imponen relaciones de dependencia a la vez que un complejo de condiciones causantes del colonialismo interno.³⁴³

de Cuba, 1962, 155. Corresponde a artículo “Don Juan”, aparecido en *Última Hora* de La Habana, en algún año de la década de 1950.

³⁴² Citado por Jean Franco, *op. cit.*, 57. El original es un artículo para *Política* de México al regreso de la Conferencia de Belgrado de la Organización de Países No-Alineados (1961).

³⁴³ René Jara Cuadra, *op. cit.*, 39. El documento emana del Encuentro Latinoamericano de Escritores que se celebró en Santiago, Valparaíso, Viña del Mar y Concepción. En el artículo “Ecuador: boceto de un pueblo” (*Casa de las Américas*, (La Habana), 38, septiembre-octubre 1966, 127) el ecuatoriano Pedro Jorge Vera llamaba la atención sobre otra consecuencia de la Revolución Cubana: que para Estados Unidos ya no existían países sin importancia pues todos contaban para su proyecto imperial. De partida, acusa que la caída del presidente Carlos Arosemena en 1963 fue instigada por el embajador estadounidense Berbaum.

Ante la Revolución Cubana Estados Unidos tuvo que reaccionar para que no se repitiera un episodio similar en algún otro país latinoamericano; y si por un lado la reacción supuso un redoblamiento del recurso militar del que dan cuenta tanto la invasión frustrada en Bahía Cochinos como la intervención en Santo Domingo, por otro se elaboró una respuesta económica orientada a mitigar los ímpetus revolucionarios en el continente a través de la colaboración monetaria. Nació así la Alianza para el Progreso, que fue rechazada de plano por los intelectuales de izquierda, no tanto por considerarla una ayuda insuficiente, sino más bien por su carácter de paliativo antirrevolucionario. Carlos Fuentes, presente en Punta del Este, sede de la Conferencia en que se anunció el plan, escribiría una carta a su amigo Pablo Neruda que denotaba todo el repudio que generó la propuesta inspirada por John Kennedy:

Cuanto te diga de la farsa de Punta del Este sería poco (...) Las presiones, los chantajes y la compra de votos se efectuaba a la luz pública, entre manotazos y gritos de los senadores norteamericanos encargados de ‘ablandar’ a los ministros latinoamericanos. ¡Qué tragicomedia! No sabía uno si reír o llorar frente a esa comparsa de guatemaltecos y salvadoreños, nicaragüenses y paraguayos, beodos, iletrados, incoherentes, cobardes.³⁴⁴

El propio Fuentes, un par de años más tarde, atisba vientos de cambio (y de derrota) para el imperialismo norteamericano en América Latina al observar que Cuba ya no está sola sino que tiene la compañía de Chile –con Allende– y de Perú –con Velasco Alvarado– en la cruzada por la liberación del continente, la cual, no obstante, solo puede resultar exitosa si los países grandes, o sea Argentina, Brasil y México, se suman a ella. El imperialismo, que ha sido desplazado de Asia y que internamente incuba fuerzas sociales que socavan su poder, ve en América Latina, su patio trasero, un reducto que no está dispuesto a abandonar. Así se explica la verdadera exportación de golpes de Estado con que EE.UU. castiga a sus vecinos del sur.³⁴⁵

³⁴⁴ Citado por Volodia Teitelboim, *Neruda*. Madrid, Ediciones Michay, 1984, 331.

³⁴⁵ Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*. México, Joaquín Mortiz, 1971, 187.

La República Dominicana fue uno de ellos. Expresión del pánico norteamericano a que se replicara lo de Cuba, la intervención armada en Santo Domingo que supuso el derrocamiento de Juan Bosch y la instalación de una junta militar, tuvo como fundamento –como en la Guatemala de Arbenz– la presunción de que el socialismo acechaba la isla caribeña. El hecho recibió la condena energética de la comunidad intelectual latinoamericana que veía cómo uno de los suyos era la nueva víctima de un imperialismo yanqui que no toleraba siquiera reformas sociales y democráticas. El escritor Juan Bosch, años después de lo sucedido, confesará que “yo era un hombre que vivía un sueño. Cuarenta y dos mil ‘marines’ norteamericanos se encargaron de despertarme de ese sueño cuando nosotros quisimos aplicar, en Santo Domingo, nada más que el sistema de la democracia representativa”.³⁴⁶

Un caso distinto a Santo Domingo, pero tanto o más polémico, fue el de Puerto Rico, la isla que, anexada desde 1898 a Estados Unidos, supuso una reivindicación por la que los intelectuales latinoamericanos lucharon siempre, lucha que se intensificaría en los setenta y ochenta del siglo XX. El estatus de Puerto Rico –Estado Libre Asociado de Estados Unidos desde 1952– lo distinguió nítidamente de los países latinoamericanos pues lo que aquí se quería lograr era la independencia, no la supresión de los intereses imperialistas, de orden más que nada económicos, en cada realidad nacional. La escritora puertorriqueña Nilita Vientós Gastón subraya este punto cuando sostiene que “la llamada ‘americanización’ que pueda sufrir una nación libre es de calidad muy distinta a la ‘americanización’ que por ser posesión de Estados Unidos sufre nuestro pueblo. La nación libre adopta lo que puede asimilar de esta influencia, sin deformarse; tiene recursos para hacer frente y rechazar lo que es ajeno a su modo de ser”.³⁴⁷

Avanzada la década de 1970 un nuevo foco de conflicto atrajo la atención de los intelectuales de América Latina: la revolución nicaragüense. Saludada con júbilo por la comunidad intelectual

346 “Juan Bosch: ‘yo era un hombre que vivía un sueño’” [entrevista de José Ricardo Eliashev en París], *Punto Final*, (Santiago), 100, 17 de marzo de 1970, 16-17.

347 Nilita Vientós Gastón, “Comentarios a un ensayo sobre Puerto Rico”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 35, marzo-abril 1966, 39-40. El texto original es de 1964.

que veía en Nicaragua una nueva Cuba –o algo mejor–, la revolución sandinista pronto pasó a ser fuente de preocupación por la amenazante reacción de Estados Unidos, más que renuente a admitir otro país socialista –y eventual aliado soviético– en Centroamérica. Un escritor especialmente comprometido con Nicaragua fue Julio Cortázar, que hizo varios viajes entre París y Managua hasta poco antes de su muerte en 1984. Podría decirse que la situación nicaragüense fue la que consumió sus mayores energías políticas en sus últimos años de vida, en parte porque su relación con Cuba nunca volvió a ser la misma después del Caso Padilla. *Nicaragua tan violentamente dulce* fue el título del libro que agrupó crónicas y ensayos acerca del asunto nicaragüense. Allí, junto con alabar el nuevo régimen, combate la indiferencia del mundo ante la intromisión de Estados Unidos en el país (y ante el clima bélico en general): “se diría que la verdadera realidad se nos escapa entre los dedos, trátese de la bomba de neutrones o de la lucha del pueblo sandinista”.³⁴⁸ Para Cortázar es claro que la ayuda de EE.UU. a los Contras –el grupo guerrillero opositor al gobierno de Ortega– se inscribe en la estrategia de establecer una “paz norteamericana” en todo el orbe.³⁴⁹ En otro lugar Cortázar será menos académico para calificar de “bastardos” a quienes quieren destruir la nueva Nicaragua, vale decir, Estados Unidos y los somocistas.³⁵⁰

La cruzada por defender la revolución nicaragüense involucró no solo a intelectuales de América Latina. Lo demuestra una declaración firmada por grandes figuras de las letras: Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Julio Cortázar, por Latinoamérica, el alemán Heinrich Böll y el británico Graham Greene, por Europa, y William Styron por Estados Unidos. Expresan que para Estados Unidos lo de Nicaragua es una guerra, una guerra no declarada, inconstitucional, encubierta, no visada por el Congreso, irracional, reaccionaria, pérfida e inmoral, que, de internacionalizarse, pone en peligro la paz mundial, y que retira el conflicto nicaragüense

³⁴⁸ Julio Cortázar, *Nicaragua tan violentamente dulce*. Barcelona, Muchnik, 1987, 118.

³⁴⁹ *Ibid.*, 124.

³⁵⁰ Entrevista a Cortázar en *Los reportajes de The Paris Review: Confesiones de escritores. Escritores latinoamericanos*. Prólogo de Noé Jitrik, Buenos Aires, El Ateneo, 1996, 108.

de su “contexto natural e histórico para encajarlos a la fuerza en el conflicto entre oriente y occidente”.³⁵¹

A mediados de 1985 se efectuó en Caracas el Primer Congreso de la Federación Latinoamericana de Sociedades de Escritores. En la consecuente “Declaración de Caracas” se reflejan sintéticamente los problemas que más aquejaban a los intelectuales latinoamericanos del momento, problemas que en su mayoría implicaban a Estados Unidos. El texto proclama la solidaridad de los escritores con la lucha por la autodeterminación de Nicaragua, al tiempo que solicita a Estados Unidos cesar la ayuda militar a la oposición. Luego condena tanto los gobiernos de Haití, Chile, Paraguay, El Salvador y Guatemala, como el apoyo de Estados Unidos a esos regímenes “depredadores y despóticos”. Las sociedades de escritores adhieren a la plena independencia de Puerto Rico y exigen la liberación de Granada y las Islas Malvinas, amén de pedir la desocupación de Guantánamo. Aboga también por la paz en Centroamérica, flanqueada por la ocupación de hecho acometida por Estados Unidos en Honduras, Costa Rica y Panamá. Un último punto que aborda corresponde a un tema que se instaló con fuerza en el discurso de los intelectuales latinoamericanos de mediados de los ochenta: la deuda externa, ante la cual solicitan condiciones justas de pago.³⁵²

2. La naturaleza imperialista de Estados Unidos

Para los intelectuales latinoamericanos imperialismo y Estados Unidos son prácticamente la misma cosa. El mejor argumento para probar dicha identidad lo encuentran en la historia de América Latina, o sea, en las intervenciones y en el abuso económico propinado por aquel país que, aun no usando los métodos de un imperio clásico, ha desplegado un tipo de imperialismo económico y cultural que ha prescindido del dominio político directo, encomendando éste a las elites locales y ayudándolas a hacerse del poder y mantenerlo. Esto no significa que Estados Unidos restrinja sus métodos imperialistas a América Latina; por el contrario, los

351 *Casa de las Américas*, (La Habana), 140, septiembre-octubre 1983, 148-149.

352 *Casa de las Américas*, (La Habana), 153, noviembre-diciembre 1985, 144.

intelectuales recalcan que el imperialismo afecta a todo el Tercer Mundo. Pero sin duda es Latinoamérica el continente donde EE.UU. se siente con más “derecho” para establecer su hegemonía, sobre todo si le va mal en otras áreas. Es lo que plantea el uruguayo Mario Benedetti a mediados de los setenta: “Las derrotas en Vietnam y en Angola han tenido una importancia que sobrepasa su significado estrictamente militar, que no es poco. Ha sido sobre todo una derrota de influencias. Sin perjuicio de que aún quedan, en África y Asia, virtuales enclaves de los Estados Unidos, es innegable que la América Latina (...) sigue siendo su principal zona de influencia económica y militar”.³⁵³

La condena del imperialismo norteamericano es asumida como un deber de todo intelectual, un compromiso con los pueblos oprimidos del mundo.³⁵⁴ Y es también un desafío desenmascararlo, detectarlo allí donde aparezca, pues una de sus propiedades es no mostrarse abiertamente. Jorge Amado, molesto ante quienes denuncian un supuesto brote de imperialismo soviético en Brasil, se pregunta retóricamente –aludiendo a la presencia norteamericana en su patria– si son soviéticas las banderas en bases aéreas, navales y militares de su país, o si es soviético el comando de su ejército, o si es a la URSS que se entrega la producción de petróleo. También quiere desnudar a los imperialistas que dicen defender la causa sagrada del cristianismo siendo que es el Vaticano el que amenaza y degrada dicha doctrina al transformarse en una agencia política del Departamento de Estado de Estados Unidos.³⁵⁵

El carácter universal de la acción del imperialismo obliga a

353 Mario Benedetti, “Los ciclos de la CIA”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 99, noviembre-diciembre 1976, 167.

354 Es decidior al respecto el reclamo de dos escritores, Nieves Espresate y Emmanuel Carvalho, contra el tono de los debates del Encuentro de Escritores celebrado en Chile en 1969. En la carta donde comunican su retiro del evento lamentan “la condena a medias, entre vergonzosa y taimada, del imperialismo y de las consecuencias que para nuestros países supone su acción progresiva y devastadora en todos los órdenes” (René Jara, *op. cit.*, 38).

355 Jorge Amado, *O mundo da paz. União Soviética e Democracias Populares*. Río de Janeiro, Vitoria, 1953, 46. Esta es una de las poquísimas alusiones al Vaticano o a los Papas con que me he topado en la investigación. Otra pertenece a Luis Cardoza y Aragón, quien detecta, a partir de algunas opiniones, una “escandalosa coincidencia” de criterios entre Juan Pablo II y Ronald Reagan (Cardoza y Aragón, “Sueño de una noche de verano”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 151, julio-agosto 1985, 34).

los intelectuales a alertar sobre el peligro que se cierne sobre el planeta. El mismo Amado demuestra que sus cuitas traspasan las fronteras cuando arremete contra la brutal intervención de Estados Unidos en la vida de los países europeos instrumentada por el Plan Marshall, culpable de liquidar la actividad económica y las libertades democráticas de la Europa occidental.³⁵⁶ El uso de un lenguaje catastrófico para referirse al flagelo imperialista cundirá en el discurso de los intelectuales latinoamericanos. El argentino Alfredo Varela se preguntaba a mediados de los sesenta si se podía permanecer impasible “cuando Washington dispone enviar sus cohortes de ‘marines’ y bombarderos para arrasar gentes y tierras en cualquier parte donde no se admita su prepotencia, multiplicando el drama insoportable del Vietnam”. Subrayaba luego que “el que está en el banquillo es el imperialismo, su acrecida agresividad, la guerra que engendra (y que si por ahora tiene carácter local, lleva miras de convertirse en arrasadora catástrofe nuclear)”.³⁵⁷

Es importante destacar que la crítica al imperialismo de Estados Unidos no fue exclusividad de los intelectuales de izquierda sino que involucró también a intelectuales de otras tendencias. Recordemos que hasta la revista *Cuadernos*, aunque tardíamente, se atrevió a hablar de imperialismo norteamericano. Oscar Terán constata que en la sensibilidad de los intelectuales argentinos de los sesenta es posible advertir la omnipresencia de la reprobación al imperialismo, desde la revista *Sur* hacia la izquierda.³⁵⁸

3. El belicismo de Estados Unidos y sus dirigentes

Empalma con el carácter imperialista de Estados Unidos la asignación a este país de un espíritu belicoso, agresivo, guerrero, que quiere imponerse sobre la Tierra por medio de las armas,

356 Amado, *O mundo da paz*, op. cit., 111.

357 Respuesta de Alfredo Varela a una encuesta sobre intelectuales y movimientos de liberación que la revista *Casa de las Américas* aplicó a diversos escritores (*Casa de las Américas*, (La Habana), 35, marzo-abril 1966, 96).

358 Terán cita, por ejemplo, a Carlos Estrada, quien en la revista *Hoy en la cultura* (1962) vincula imperialismo con belicismo al tiempo que relaciona a la URSS con la cruzada por la coexistencia pacífica; y también a David Viñas, que en su obra *La literatura argentina* (1962) sentencia que “los dioses metropolitanos tienen sus pies amasados con la miseria colonial” (Oscar Terán, op. cit., 119).

que no trepida en lanzarse a una batalla que puede ser la última de la humanidad y que, en consecuencia, ni siquiera teme a su autodestrucción. Por supuesto, el baldón del belicismo no fue homogéneo a lo largo de la Guerra Fría, sino que experimentó ciclos, curvas, momentos en que creció y otros en que menguó. Dichas fluctuaciones tuvieron que ver fundamentalmente con las guerras que se estaban librando; así, a inicios de los cincuenta la Guerra de Corea va a motivar a los intelectuales a recusar a Estados Unidos como su principal instigador; en los sesenta la Guerra de Vietnam va a marcar el cenit en lo que a condenación del belicismo norteamericano se refiere. En paralelo, la resistencia vietnamita se va a alzar como un estandarte para los intelectuales en su lucha contra Estados Unidos: símbolo de que el gigante era vulnerable, ya no solo a nivel moral sino también en lo militar. Aplacados los ánimos de Vietnam, un nuevo (y último) auge de la protesta contra el belicismo se observará con la elección y primeros años de gobierno de Ronald Reagan, presidente que encarnó un nuevo armamentismo que atemorizó a un planeta que ignoraba la debilidad estructural por la que comenzaba a transitar la Unión Soviética.

Como decía, la Guerra de Corea (1950-1953) fue un suceso que impresionó a los intelectuales, y no era para menos: fue el primer conflicto post Segunda Guerra Mundial, y la prueba fehaciente de que la liquidación de ésta había dejado grietas abiertas que auguraban un sombrío panorama para la paz. Pablo Neruda no dudaba en responsabilizar a Estados Unidos, y más específicamente a su secretario de Estado John Foster Dulles, quien, según el vate, había inventado una agresión comunista como excusa para invadir y así beneficiarse comercialmente a través de su participación en una fábrica de armamentos. “Inocentes muchachos de Texas y Baltimore dejaron allí la sangre y la vida”, concluye con dramatismo Neruda, en un prelude de lo que sería Vietnam.³⁵⁹ Es interesante la personalización que en este caso hace Neruda. Identificar con nombre y apellido a un supuesto culpable fue una práctica que se mantendría, no creo que como una forma de exculpar al Estado, sistema o gobierno norteamericano, aunque tal vez sí a su pueblo.

359 Pablo Neruda, *Yo respondo con mi obra*, op. cit., 233. Carta a canciller chileno Roberto Aldunate reproducida en *El Siglo*, (Santiago), junio 1954.

Se hace recurrente atribuir a tal o cual presidente (o candidato a la presidencia) apetitos más o menos belicosos. Hacia 1960, René Depestre, analizando la contienda electoral de ese año, advertía que a nivel internacional existe una opinión negativa sobre Estados Unidos debido al reciente vuelo de un avión de su fuerza aérea sobre territorio soviético, a amagos de intervención armada en Cuba y el Congo, y a lo que se observa como rechazo a cualquier tentativa de desarme. En ese panorama, mientras de John Kennedy –el candidato a la postre triunfador– Depestre no sabe qué esperar, de Richard Nixon dice que encarna “lo que hay de más intolerable”, calificándolo de enemigo del progreso de los pueblos.³⁶⁰ Bastaría esperar unos años para que Nixon, en el poder, fuera blanco de las críticas.

La ignominiosa invasión a Cuba en 1961 también fue aliciente para los intelectuales. Edmundo Desnoes, el autor de *Memorias del subdesarrollo*, explicaba el fracaso norteamericano básicamente por su desconocimiento de otras culturas y específicamente de la realidad interna de Cuba. EE.UU. vive de espaldas a Hispanoamérica, y agrega que el fracaso en Playa Girón es el fracaso del sistema. Considera preocupante el accionar vacilante de Kennedy ante el suceso pues con esa misma irresponsabilidad podría llevar a su país y al mundo a una guerra nuclear.³⁶¹ Una inquietud semejante gobierna a la escritora brasileña Rachel de Queiroz, corresponsal en Estados Unidos de la revista *O Cruzeiro*, cuando informa de forma extensa sobre las elecciones presidenciales de 1964 que enfrentaron a Lyndon Johnson y Barry M. Goldwater. La autora se declara partidaria de Johnson, más que nada por desconfianza al republicano Goldwater, cuya imagen proyecta reticencia a la integración racial y cierta impulsividad que, como remarcaba la propaganda demócrata, podría derivar en otra guerra. De Queiroz, una vez conocidos los resultados, confiesa que “vamos agora rezar, para que o Presidente Johnson possa fazer o que promete, para tranqüilidade de todo o Mundo. E quando eu digo todo o mundo, não é modo de falar, me refiro ao Mundo todo, mesmo”.³⁶²

360 René Depestre, “Las elecciones norteamericanas”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 2, agosto-septiembre 1960, 68.

361 Edmundo Desnoes, “Invasión made in U.S.A.”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 6, mayo-junio 1961, 88-91.

362 Rachel de Queiroz, “As eleições americanas (III)”, *O Cruzeiro*, (Río de

Ese mismo temor por el futuro del planeta va a resurgir en 1980 con la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos. El escritor y profesor de una universidad estadounidense, el chileno Fernando Alegría, cree advertir que el nuevo gobernante pretende erradicar todas las conquistas sociales que dejó la Segunda Guerra Mundial, y que la consigna de su mandato será liquidar con violencia toda clase de distensión.³⁶³ Más directa se pronuncia la Asamblea de Intelectuales Ecuatorianos cuando llama a detener las amenazas a la paz mundial desatadas por “Reagan y sus frenéticos provocadores de una Tercera Guerra Mundial”.³⁶⁴

4. El mito del American Way of Life

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial se vivió la época de oro de Estados Unidos como imagen de sociedad ejemplar. El país que había conducido a los aliados a la victoria sobre el poder nazi se alzaba como la sociedad del presente y del futuro, idea difundida a lo largo del planeta por una maquinaria cultural de proporciones desconocidas: el cine, que llevaba a los más remotos rincones del planeta la imagen de unos Estados Unidos triunfales, prósperos y joviales. Era la tierra de las oportunidades, aquella donde cualquier ciudadano podía ver cumplido el sueño americano. Era el reino de la libertad, del libre emprendimiento, de la igualdad de oportunidades, de la democracia. La sociedad norteamericana que emergía de la Segunda Guerra como la más poderosa del orbe se constituía en el modelo a imitar. Haber derrotado al fascismo le granjeaba ese privilegio. Mas al frente también se erguía un modelo, la sociedad socialista, y de dicha tensión entre estas sociedades arquetípicas se nutrió la Guerra Fría, que en gran medida fue una lucha ideológica y propagandística por imponer un modelo sobre otro. Claro está que los intelectuales latinoamericanos, en su gran mayoría, no se tragarón la imposición

Janeiro), 19 de diciembre de 1964.

³⁶³ Citado en reseña de Lisandro Otero al libro *Ponencias I Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América*, (La Habana, Casa de las Américas, 1985), que recoge lo presentado en dicho evento de 1981 (*Casa de las Américas*, (La Habana), 155-156, marzo-junio 1986, 179).

³⁶⁴ *Casa de las Américas*, (La Habana), 131, marzo-abril 1982, 179.

del American Way of Life y lo bombardearon sistemáticamente, poniendo la mira en los vicios y precariedades de la no tan perfecta sociedad norteamericana.³⁶⁵

El ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada, cuyo entusiasmo con la Revolución Cubana motivó su mudanza a La Habana, escribía hacia 1961 una máxima que concitaría gran adhesión, a saber, que la grandeza material de EE.UU. se contraponía a su pequeñez moral: “Tanto la mentalidad como el instrumental de conquista heredado y perfeccionado por los Estados Unidos, colocan a este país, que en el orden de la grandeza material es grande, a la zaga de otros pequeños que en el orden de la grandeza moral son mucho más grandes, y que, por añadidura, apuntan a una meta a la que ellos han dado la espalda”.³⁶⁶

Uno de esos países pequeños a los que apunta Martínez Estrada es, sin duda, Cuba. Jorge Edwards secunda esta interpretación y afirma que uno de los modos de entender la Revolución Cubana es oponiéndola al american way of life. Así, “frente al becerro de oro, frente a la estrepitosa y mentirosa vulgaridad del Norte, el mundo hispano-afro-americano ofrecía un rostro barbudo, surcado por los

365 Por cierto esta es una simplificación de la realidad, ya que la sociedad norteamericana que sale al mundo como imagen ideal no es la única disponible, aunque sí es la dominante. Las películas y las series, por ejemplo, en su mayoría transmiten ese mensaje, pero eso no quiere decir que no se hayan realizado cintas que desde muy temprano cuestionaron la supuesta perfección del sistema de vida norteamericano. Intelectuales norteamericanos y de otros países del primer mundo occidental alzaron también su voz para recusar los vicios del capitalismo. Muchos de ellos, como ha mostrado Paul Hollander en *Los peregrinos de La Habana* (Madrid, Playor, 1987), buscaron en países periféricos la utopía perdida –Albania, Cuba, Vietnam–, hartos de la vacía opulencia de Occidente. De parte de filósofos y sociólogos estadounidenses –o residentes en EE.UU.– y europeos, en una tradición cuyo cenit marcó Herbert Marcuse y *El hombre unidimensional* (1964), se elaboró un discurso muy crítico de la sociedad occidental. Silvia Sigal ha mostrado cómo en América Latina y especialmente en Argentina se empezó a mirar con otros ojos a Estados Unidos precisamente por las corrientes críticas que al interior de este país quebraron la imagen monolítica que de él se tenía. El pensamiento de Charles Wright Mills (con su famoso *Escucha, yanqui!*, 1960), de Paul Baran e incluso del *Monthly Review* en español fue acogido y saludado por los intelectuales de América Latina (Silvia Sigal, *op. cit.*, 191).

366 Ezequiel Martínez Estrada, “U.S.A. uber alles”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 142, enero-febrero 1984, 20. El artículo apareció originalmente en el número 6 de la misma revista, correspondiente a mayo-junio 1961.

desvelos, sin afeites que disimularan la realidad terca y dura”.³⁶⁷ Pero quedarse en la simple recusación del materialismo no sería más que una crítica superficial. El materialismo es expresión o reflejo de algo más, de un sistema que al tiempo que descansa en el materialismo, lo fomenta. Y el materialismo también se hermana con el consumismo, tal como sugiere la escritora mexicana Rosario Castellanos: “Hemos visto en las naciones desarrolladas –tenemos enfrente ese espejo monstruoso de los Estados Unidos– el precio que se paga por los aparatos que facilitan el trabajo, por la urbanización, por la salud, etcétera. Vemos cómo la existencia del hombre se reduce a una cifra estadística y cómo se cosifica”.³⁶⁸

Juan Bosch, el ex presidente de República Dominicana, elabora una explicación profunda y original del comportamiento norteamericano en *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967). Señala que Estados Unidos se encuentra dominado por lógicas belicistas, donde una economía de guerra determina tanto la política exterior como la interior:

Las fuerzas militares de un país pentagonista no se envían a conquistar territorios coloniales. La guerra tiene otro fin; la guerra se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él.³⁶⁹

Bosch asegura que el imperialismo es cosa del pasado y que el pentagonismo consiste en colonizar a los propios norteamericanos, los cuales “paga[n] a través de los impuestos los aviones de bombardeo que enriquecen a sus fabricantes; de donde resulta que la metrópolis pentagonista convierte a su propio pueblo en su

³⁶⁷ Jorge Edwards, *Persona non grata*. Barcelona, Seix Barral, 1982 (1973), 33.

³⁶⁸ Entrevista a Rosario Castellanos en Günter Lorenz, *Diálogo con Latinoamérica. Panorama de una literatura del futuro*. Barcelona, Pomaire, 1972 (alemán, 1970), 203.

³⁶⁹ Juan Bosch, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1968, 18.

mejor colonia; es a la vez metrópoli y colonia”.³⁷⁰

El mexicano Carlos Fuentes y el haitiano René Depestre también quieren explicar la crisis en que creen sumida a la sociedad estadounidense. Hacia 1961 el autor de *La muerte de Artemio Cruz* detecta en EE.UU. conflictos de orden cultural, anímico, social, económico, etc., que se suman al desplome de las estructuras y al colapso del bipartidismo, todo lo cual lo mueve a afirmar que “la tecnocracia no cabe dentro del sistema tradicional, se devora a sí misma al mismo tiempo que devora la cultura circundante, crea nuevas formas de miseria física y (...) oscila entre la creación irracional de bienes de consumo innecesarios y de armamentos destinados al genocidio”.³⁷¹

Fuentes vuelve a mencionar los bienes de consumo, pero agrega el gasto en armamentos y el uso del concepto “tecnocracia” para definir el sistema político –definición que unos años más tarde va a reemplazar por la de tecnoburocracia. Se entenderá que en tal precaria condición es poco lo que puede ofrecer Estados Unidos a los países subdesarrollados, y de hecho su política exterior –de 1946 a 1960– se ha reducido al apoyo a regímenes conservadores –Franco, Salazar, Chiang, Batista, Pérez Jiménez, Somoza, Castillo Armas, Stroessner–, lo que termina por asimilar, a los ojos del mundo, Estados Unidos con oligarquía feudal, latifundio, y todo lo que en teoría quiere eliminar. Para Fuentes, además, EE.UU. cree equivocadamente que la libre empresa conducirá a los países pobres al progreso, obviando que su propia industrialización obedeció no solo a un liberalismo puro sino también a la intervención del Estado.³⁷²

Depestre, en una dirección similar, adivina que una crisis moral se cierne sobre Estados Unidos, que el problema no resuelto de los derechos de los negros y de la persecución que éstos sufren en los estados del sur pronto va a estallar, que el número de norteamericanos que descubre las falacias sobre las que se sustenta el poder va en franco ascenso, en fin, que el capitalismo vive la hora de su agonía. Es justamente en la deshumanización del capitalismo que se enraíza el cáncer que corroe la sociedad, básicamente porque

³⁷⁰ *Ibid.*, p.19.

³⁷¹ Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, op. cit., 185.

³⁷² Carlos Fuentes, “Radiografía de los Estados Unidos”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 4, enero-febrero 1961, 47.

ha convertido al ser humano en moneda de cambio y porque ha animalizado al hombre negro. Esta deshumanización, en suma, “es el monstruo que terminará por devorar en los Estados Unidos sus propias creaciones”, y es señal de que “la tendencia fundamental de la sociedad norteamericana es la de precipitar a millones de seres en la inseguridad, en la angustia, en la desolación”.³⁷³

Estados Unidos –continúa el haitiano– quiere hacer creer al mundo que su modelo es la medida absoluta de la civilización: ser civilizado es vivir como se vive en Nueva York o San Francisco. El burgués norteamericano no puede ser el ideal de todo ser humano –se rebela Depestre–, tal como lo proponen los medios de comunicación de masas que desde la Segunda Guerra Mundial diseminan por el planeta –a bordo de periódicos, libros, películas o discos– un mismo mensaje: que EE.UU. constituye el logro social que todas las naciones envidian y que sus intereses coinciden con los del resto de la humanidad.³⁷⁴ Estados Unidos ha montado una gran maquinaria productora y distribuidora de mitos acerca de sus valores, su libertad, su democracia, etc., sobre el sueño americano, en una frase. En verdad no existiría motivo para tanta preocupación, porque el colapso norteamericano es cosa de tiempo: “A causa de su positivismo militarizado, su mentalidad rastreadamente utilitaria y egoísta, [los Estados Unidos] viven la agonía de sus más nobles leyendas y se ven condenados a morir de frío, como clase irreversiblemente en decadencia”.³⁷⁵

La percepción de que Estados Unidos atravesaba entre los sesenta y los setenta por una crisis, para algunos terminal, para otros no tanto, se convertirá en un tópico en el que coincidirán varias sensibilidades.

373 René Depestre, “Carta de Cuba sobre el imperialismo de mala fe”, en Depestre, *Por la revolución, por la poesía*. La Habana, Instituto del Libro, 1969, 125 (original en *Casa de las Américas*, (La Habana), 34, enero-febrero 1966).

374 René Depestre, “Los mitos norteamericanos mueren en Viet Nam”, en *Por la revolución...*, op. cit., 39-41).

375 René Depestre, “El intelectual revolucionario y sus responsabilidades para con el Tercer Mundo”, en *Por la revolución*, op. cit., 139. Ponencia presentada al Congreso Cultural de La Habana, 1968.

5. La decadencia del Imperio Americano

Que Estados Unidos tenía sus días contados como la mayor fuerza imperial del orbe fue una hipótesis en la que algunos intelectuales creyeron con convicción pero también con cierta dosis de ansiedad. Especialmente fueron algunas revistas del Río de la Plata los actores que se refirieron de manera más explícita a esta decadencia, aunque hay que recordar que Estados Unidos, encarnación por excelencia del capitalismo, concitó los malos augurios que la teoría del imperialismo clásica de Lenin ya formulaba, por lo que esta proclamación de decadencia fue un componente constante del discurso tradicional de los partidos e intelectuales comunistas, socialistas o simplemente seguidores del marxismo-leninismo. El tantas veces pregonado colapso del capitalismo es por tanto una idea antigua y conocida para los intelectuales latinoamericanos; la decadencia del imperio que surge como enunciado en los sesenta-setenta es, en cambio, una elaboración singular que responde además a sucesos históricos concretos.

El asesinato de John Kennedy fue interpretado como un fenómeno mucho mayor que un simple magnicidio, de partida como símbolo de una sociedad enferma, pero también como indicio de profundas divisiones que decantarían en una guerra civil. Si lo de Kennedy fue el asomo de algo que al final no ocurrió, la guerra de Vietnam suponía la prueba irrefutable de que esta vez sí el imperio se desplomaba. La revista argentina *Fichas* deduce que el rumbo tomado por el imperialismo norteamericano “expresa la quiebra del sistema, su incapacidad para seguir desarrollando las fuerzas productivas en su conjunto”.³⁷⁶ Otra publicación argentina, *Pasado y Presente*, en la constatación del negro futuro de Estados Unidos enlazaba aquel hecho de repercusión global como lo era Vietnam con uno más modesto, a escala latinoamericana, pero igualmente revelador: “Norteamérica necesita arrojar gases tóxicos sobre los vietcongs o invadir la isla [Santo Domingo]; es una sociedad moribunda porque no puede solucionar los problemas que suscita su funcionamiento”.³⁷⁷

Sin lugar a dudas será la revista montevideana *Marcha* la que

³⁷⁶ Citado por Oscar Terán, *op. cit.*, 120, sin información de fecha.

³⁷⁷ Citado por Oscar Terán, *op. cit.*, 119. Original en número de octubre 1964 a marzo 1965.

—especialmente a través de la página editorial, sin firma pero atribuible al director Carlos Quijano— postule la caída del imperio americano en forma más sistemática. Lo hace basándose, más que en criterios políticos y morales, en antecedentes económicos, partiendo por el hecho de que Estados Unidos enfrenta un agudo desequilibrio presupuestario que en buena medida es consecuencia de sus onerosos gastos militares. Éstos, sumados a la adquisición de empresas en el extranjero, suponen egresos por 40 mil millones de dólares, con lo que quedan a disposición solo diez mil millones.³⁷⁸ Resultado: un Estados Unidos endeudado que para resarcirse explota al Tercer Mundo y se aprovecha de sus aliados en Europa (donde prefieren tener un mal amo a probar lo que vendría en su reemplazo).³⁷⁹ Incapaz de cumplir con sus obligaciones, EE.UU. se aproxima a la bancarrota y al desmoronamiento del régimen del dólar como moneda de reserva mundial, lo cual derivará en el colapso no únicamente del imperio sino de todo el capitalismo occidental. El trance estadounidense le evoca a la revista el fin del imperio británico porque, tal como los norteamericanos, los ingleses en su tiempo también siguieron manteniendo un imperio más allá del límite de sus fuerzas. Ahora la historia se repite: “Nada salvará al imperio y la enfermedad letal asoma, día a día, a través de las pústulas. Entre tanto, la defensa y salvaguarda del imperio, que utiliza los más cruentos y bárbaros métodos, mantiene y acrecienta la injusticia, el caos y la miseria”.³⁸⁰

El escenario internacional y las mutaciones que ha experimentado tampoco ayudan a Estados Unidos. Desde un punto de vista geopolítico, una editorial de *Marcha* de febrero de 1972 resalta la aparición de nuevos actores que se reposicionan a expensas de unos Estados Unidos que pierden la primacía de antaño. Ahora ya no son dos las superpotencias sino tres, pues se ha incorporado China, pero es fundamentalmente la consolidación de Europa occidental —aquella que recién se sometía a su amo norteamericano— la que modifica la escena merced a un largo trabajo en torno al Mercado Común, irguiéndose “en esta época de transformaciones profundas

378 “Historia de ayer y de hoy”, *Marcha*, (Montevideo), 1558, 27 de agosto de 1971, 7.

379 “La caída del imperio”, *Marcha*, (Montevideo), 1542, 7 de mayo de 1971, 7.

380 “Historia de ayer y de hoy”, *op. cit.*, 7.

con un renovado y acrecido poderío”. Con excesiva seguridad la editorial se atreve a afirmar que “el mundo de Yalta y de Potsdam ha pasado a mejor vida. El mundo del Imperio ha muerto y está enterrado”.³⁸¹

La incidencia de la Guerra de Vietnam en la certidumbre de que el imperio estadounidense caía de manera inexorable fue determinante. Para *Marcha* solo cabía agradecimiento al pueblo vietnamita por su heroica gesta, que hacia 1972 se vislumbraba ya como una victoria segura. La gran enseñanza del fracaso norteamericano en el sudeste asiático ha sido la constatación de que un pueblo pequeño y sacrificado puede vencer al imperio más grande de la historia; la guerra entonces “ha demostrado que el hombre, en la época de la técnica, vale más, en definitiva, que la técnica. Que sin el hombre la técnica es nada o podredumbre”. A Vietnam le cabrá la gloria de detonar la crisis final de un sistema imperial corrupto que ha oprimido largo tiempo a la humanidad, por lo tanto es a nombre del Tercer Mundo entero que se rinde el homenaje: “Al luchar por la propia liberación, combatió por la ajena. Y en primer término por la nuestra. La de los pueblos sometidos del Tercer Mundo”.³⁸²

Sería un error sentarse a esperar que el imperio norteamericano se derrumbe por su propio peso; es necesario luchar por apurar ese desenlace: “La mortal enfermedad y prevista caída del imperio son condiciones imprescindibles de la liberación. Contribuir a esa caída es la tarea primordial de nuestro tiempo”.³⁸³ En la misma línea otra editorial señalaba que el final del imperio “en alto grado depende de nosotros, de cuantos hemos sido y somos sus víctimas. Nuestro deber es, para liberarnos, apresurar su entierro”.³⁸⁴ El cómo hacerlo es algo que no se precisa, aunque es obvio que una participación tan militante como la del pueblo de Vietnam no está al alcance del intelectual latinoamericano, quien al parecer debe conformarse con el apoyo moral, la resistencia al imperialismo, la denuncia de sus acciones y la propia profecía de su ocaso.

381 “Ha nacido otro mundo”, *Marcha*, (Montevideo), 1580, 4 de febrero de 1972, 7.

382 “La lección de Vietnam”, *Marcha*, (Montevideo), 1592, 12 de mayo de 1972, 7.

383 “La caída del imperio”, *op. cit.*, 7.

384 “Historia de ayer y de hoy”, *op. cit.*, 9.

6. La penetración cultural del imperialismo yanqui

Los intelectuales latinoamericanos de izquierda emprendieron a partir de la década del sesenta una verdadera cruzada en defensa de su actividad frente a las recurrentes tentativas norteamericanas de infiltrar el campo cultural del continente. Esta misión tuvo la peculiaridad de estar dirigida a un área que comprometía directamente los intereses de los intelectuales: ya no era la defensa de la autonomía de los países latinoamericanos, ni la denuncia de las garras imperialistas que subyugaban al Tercer Mundo, ni la condena al belicismo desenfrenado, ahora era el feudo propio de los intelectuales el que había que proteger. La lógica anti-penetración impregnó muchos de los discursos y las actitudes de los intelectuales de la época, provocando conflictos entre ellos, siendo el más resonante el que confrontó a Pablo Neruda con los intelectuales cubanos.

La carta de los intelectuales cubanos a Pablo Neruda trasunta en cada uno de sus párrafos la idea subyacente del combate a la penetración imperialista norteamericana. Como es sabido, Pablo Neruda fue parte de la delegación latinoamericana presente en el congreso del PEN Club realizado en Nueva York en 1966, un evento que fue interpretado como un avance significativo en el fomento de las relaciones entre los escritores de América Latina y sus pares norteamericanos, así como una instancia de diálogo que superó las barreras de una Guerra Fría que en el plano cultural se daba por cerrada. Los intelectuales cubanos reaccionaron alarmados ante la utilización que los enemigos de la revolución universal estaban haciendo de la imagen de Neruda y de otros escritores de izquierda latinoamericanos. Plasmaron su inquietud en una carta abierta a Pablo Neruda publicada en el periódico *Granma* (31 de julio de 1966) con fecha 25 de julio de 1966 y firmada por una larga lista de autores entre los que destacaban Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, Juan Marinello y Lisandro Otero.³⁸⁵ De inmediato llama la atención el tono paternalista de

385 También figuraban Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, José Antonio Portuondo, Alfredo Guevara, José Lezama Lima, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, Fayad Jamis, Miguel Barnet, Jesús Díaz, Antón Arrufat, Graziella Pogolotti, José Rodríguez Feo, Manuel Moreno Fragnals, Santiago Alvarez, Tomás Gutiérrez Alea y Humberto Solás.

la misiva, confundido también con cierta arrogancia de quienes se consideraban dueños de la verdad revolucionaria: los únicos habilitados para dictaminar si un acto era favorable o contrario a la revolución. El texto comenzaba interpelando al poeta con relajada confianza: “Creemos deber nuestro darte a conocer la inquietud que ha causado en Cuba el uso que nuestros enemigos han hecho de recientes actividades tuyas”.³⁸⁶ Conscientes de que en la lucha revolucionaria son necesarias todas las voluntades, los cubanos no querían perder la ayuda de Neruda, “gran poeta y revolucionario”, por tanto el fin formal de su carta es encausarlo por el correcto camino. Y el primer paso es explicarle por qué su visita a Nueva York es nociva para la revolución: “No se nos ocurriría censurar mecánicamente tu participación en el Congreso del Pen Club, del que podían derivarse conclusiones positivas; ni siquiera tu visita a los Estados Unidos, porque también de esa visita podían derivarse resultados positivos para nuestras causas. Pero ¿ha sido así?”

Evidentemente no, pues cabe preguntarse por qué Estados Unidos, después de veinte años, concedió visa a Neruda; preguntarse cuál fue el objetivo, porque toda medida de Washington es sospechosa y encierra una intencionalidad que es preciso develar. Se ha esgrimido como explicación que la Guerra Fría está rumbo a su fin, pero, ¿cómo puede afirmarse eso cuando Vietnam es agredido día a día y cunden los golpes de estado en el Tercer Mundo?³⁸⁷ La razón es otra: Estados Unidos pretende sacar provechos bien concretos de la presencia de escritores de izquierda como Neruda: “hacer creer, con ella, que la tensión ha aflojado; hacer olvidar los crímenes que perpetran en los tres continentes subdesarrollados (y los que están planeando cometer, como en Cuba); y sobre todo, neutralizar la oposición creciente a su política entre estudiantes e intelectuales no solo latinoamericanos, sino de su propio país”.³⁸⁸

En estas líneas los cubanos sobredimensionan con clara intención

386 Todas las citas corresponden a la transcripción de la carta que hace *Casa de las Américas*, (La Habana), 38, septiembre-octubre 1966, 131-135.

387 La carta reza: “Es inaceptable que entonemos loas a una supuesta coexistencia pacífica y hablemos del fin de la guerra fría en cualquier campo, en el mismo momento en que tropas norteamericanas acaban de agredir al Congo y a Santo Domingo”.

388 Ejemplar en ese sentido ha sido la negativa de Jean-Paul Sartre a una invitación cursada por Estados Unidos como una forma de repudio a la Guerra de Vietnam y para evitar ser utilizado.

los efectos que el uso de la imagen de Neruda puede generar, y de esa manera asocian, de forma subrepticia, al poeta chileno con los males propagados por EE.UU. en el mundo. Pese a reconocer que Neruda hizo en Estados Unidos declaraciones “políticamente justas” y que efectuó otras actividades positivas, en concreto su visita se ha utilizado en favor de la política de EE.UU. y, aunque no se explicita cómo, se pretende probar dicha utilización con “el júbilo manifestado en torno a la visita por voceros norteamericanos como *Life en Español* y *La Voz de los Estados Unidos de América*”, lo cual ciertamente no parece un argumento consistente. Por otra parte, no se aclara qué pudo haber hecho Neruda para sacar dividendos positivos de su viaje. Más adelante la carta insiste en que “se puede ir a Nueva York, desde luego, a Washington si es necesario, pero a luchar, a plantear las cosas en nuestros propios términos, porque ésta es nuestra hora y no podemos de ninguna manera renunciar a ella”. ¿Qué hizo Neruda sino “plantear las cosas en nuestros propios términos”? Durante su estancia en Norteamérica el poeta ofreció multitudinarios recitales que atacaron al “monstruo imperial” en sus “propias entrañas”, siendo aplaudido en Nueva York, Washington y Berkeley por jóvenes que compartían sus condenas al imperialismo y la Guerra de Vietnam.³⁸⁹

La carta se pronuncia particularmente recelosa de tendencias como la “nueva izquierda” o la “coexistencia literaria” que eventos como el del PEN promueven, por cierto que en sintonía con los intereses norteamericanos, que las conciben como instrumentos de dominación de los pueblos del continente. Para los cubanos lo que se observa en el terreno cultural es el correlato de lo que la Alianza para el Progreso persigue en lo político y social: neutralizar la revolución latinoamericana. Con esa función nace la “nueva política cultural” de Estados Unidos hacia América Latina, que no es más que una “forma de neutralizar a nuestros estudiantes, profesionales, escritores y artistas en nuestras luchas de liberación”. Los escritores cubanos se plantean el deber de divulgar la revelación de esta política para así precaver a sus pares del continente: “Tenemos que declarar en todo el continente un estado de alerta: alerta contra la nueva penetración imperialista en

389 Ernesto Carmona, “Las intrigas de la CIA contra Neruda (y los conflictos políticos de los escritores latinoamericanos)”, *Hacer Memoria*, 187, septiembre 2004.

el campo de la cultura, contra las becas que convierten a nuestros estudiantes en asalariados o simples agentes del imperialismo, contra la conversión de nuestros escritores en simios de salón y comparsas de coloquios yanquis”.

El incidente de Neruda ha servido así como pretexto para dejar al descubierto los siniestros planes norteamericanos. Pero, sin olvidar que el sentido último del mensaje ha sido abrirle los ojos al poeta chileno, los cubanos se despiden emotivamente: “Algunos de nosotros compartimos contigo los años hermosos y ásperos de España, otros, aprendimos en tus páginas cómo la mejor poesía puede servir a las mejores causas. Necesitamos saberte inequívocamente a nuestro lado en esta larga batalla que no concluirá sino con la liberación definitiva”.

He interpretado hasta aquí la carta como un documento que ilumina el modo en que los intelectuales cubanos concebían el plan de penetración cultural norteamericano. Pero hay otra lectura posible que atañe más bien a la lucha política y partidista de mediados de los sesenta. Desde esa perspectiva Neruda fue el blanco de unos ataques dirigidos menos a su persona que al Partido Comunista chileno –y por extensión al resto de los PCs latinoamericanos. Más que de intelectuales cubanos a Neruda, la misiva fue dirigida desde el revolucionarismo de estirpe cubano al burocratismo de los anquilosados partidos comunistas, o de la vía guerrillera –que la carta explicita– a la vía electoral. Incluso, detrás de los partidos comunistas se hallaban las directrices del Kremlin, por lo que puede interpretarse la carta como un mensaje de La Habana a Moscú. Si se atiende esta óptica se comprenden mejor los tendenciosos y casi insostenibles argumentos con que Neruda es atacado, pasando a ser lo del PEN una mera excusa para decir algo de mayor alcance. Sea como fuere, Neruda jamás perdonó a quienes escribieron y firmaron la carta, que no necesariamente fueron todos los que aparecieron en la lista de adherentes.³⁹⁰

El hecho de que los intelectuales cubanos asomasen en la carta como los guardianes de la pureza revolucionaria del intelectual y como los paladines de la lucha contra la penetración cultural se reflejará poco después en las resoluciones adoptadas por la

390 Neruda tenía claro que la firma de algunos apareció por arte de magia y que otros fueron obligados a firmar.

Conferencia de la OLAS de 1967 celebrada en Cuba. Éstas afirman que el imperialismo ejerce la expansión cultural a través del control de los medios masivos de información, de las agencias cablegráficas, de las editoriales y de productos de cultura masiva como el cómic, las series y los programas radiales. De esa manera Estados Unidos trata de imponer en los pueblos no solo la información que reciben, sino también los gustos de las personas y un determinado modo de vida. En el plano de la ciencia, la investigación y la universidad también se verifica la supervigilancia imperialista, y una de sus manifestaciones es la emigración del personal calificado. Dentro de ese panorama los intelectuales no pueden escapar de los tentáculos imperialistas y es así como se intenta neutralizar, dividir o ganar para su causa a los mismos empleando diversos procedimientos de cooptación que es imperativo delatar.³⁹¹ Por consiguiente se instruye como una de las labores más nobles y eficaces del momento el desenmascaramiento y el rechazo de las estrategias imperialistas que se han implementado en Latinoamérica y en otras regiones del Tercer Mundo. Valorando las luchas “valientemente libradas” por maestros, estudiantes e intelectuales, se advierte que, pese a su relevancia, no son suficientes para erradicar la penetración cultural e ideológica imperialista “mientras los Estados Unidos detenten el poder político y económico, en convivencia con oligarquías locales”.³⁹²

Aquellos intelectuales que se sintieron interpelados por este llamado se pondrán en campaña no solo para denunciar las estrategias de penetración imperialista sino también para desoír los cantos de sirena con que el imperio los intentará seducir. Es a partir de la puesta en funcionamiento de la Alianza para el Progreso que se multiplicaron los intentos de cooptación, que en un principio se focalizaron en los artistas plásticos del continente mediante instituciones y fundaciones que ofrecían becas, subsidios, exposiciones, bienales, premios, etc. En una segunda etapa, las redes norteamericanas se tendieron sobre escritores y científicos sociales, de lo que dan fe la labor de organismos como el ILARI y la revista *Mundo Nuevo*, sobre todo auspiciando proyectos de investigación o publicaciones.³⁹³ En agosto de 1966, en una mesa

391 *Casa de las Américas*, (La Habana), 45, noviembre-diciembre 1967, 114.

392 *Punto Final*, (Santiago), 35, 2ª 15ª agosto 1967, documento 2, 15.

393 Claudia Gilman, *op. cit.*, 130.

redonda integrada por los escritores cubanos Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet —representantes de la elite dirigente de los intelectuales de la Isla—, ya se habían explicitado los métodos de cooptación más frecuentes con que se quería reclutar a los hombres de letras de América Latina. Mencionaban en esa ocasión las ofertas de capacitación, las traducciones masivas y otros modos de adular a los escritores con el propósito de minar la resistencia, halagar la vanidad y llevarlos a callar los abusos y humillaciones que debían soportar los pueblos si querían mantener esas ventajas; en suma, una forma sutil de prebendaje, asimilación y atracción.³⁹⁴

El liderazgo de los intelectuales cubanos se reflejó en la actitud de varios escritores del continente que siguieron el camino que Fernández Retamar y otros indicaban. El caso más evidente fue el de Julio Cortázar, quien consultaba a La Habana antes de emprender cualquier iniciativa eventualmente pernicioso. Ya vimos cómo solicitaba la venia para publicar en la revista *Mundo Nuevo*, cosa que se le prohibió. Pero poco después Cortázar pareciera que se descuadró, y sin consultar a nadie aceptó una entrevista de *Life en español*, lo que contravenía la recomendación de Casa de las Américas de no tener contacto de ninguna especie con Estados Unidos (salvo con intelectuales críticos de ese país). En carta personal del 15 de enero de 1969 el narrador argentino daba explicaciones a Fernández Retamar, pretextando que, ante la proposición de la revista, “mi primera reacción fue una negativa profunda, pero inmediatamente comprendí las posibilidades que se abrían para intentar una violenta incursión en terreno enemigo”.³⁹⁵ Además puso como condición la revisión previa de las pruebas para evitar posibles malos entendidos. Un último argumento que lo convenció fue el hecho de que la revista se leyera mucho entre el público latinoamericano. Lamentablemente no conocemos la respuesta de Fernández Retamar y no sabemos si dispensó a Cortázar de toda culpa. En carta a su (aún) amigo Mario

394 Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet, “Sobre la penetración intelectual del imperialismo yanqui en América Latina”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 39, noviembre-diciembre 1966, 126-7.

395 Julio Cortázar, *Cartas*. Edición de Aurora Bernárdez, Buenos Aires, Alfaguara, 3 vol., 2000, 1323.

Vargas Llosa, el argentino le confesaba el temor de tener problemas en Cuba por lo de *Life*. En la misiva Cortázar divergía con la decisión del novelista peruano de enseñar en la Universidad de Pullman, en Estados Unidos, porque la declaración de *Casa de las Américas* contra el drenaje de cerebros que ambos habían firmado –así como las resoluciones del Congreso Cultural de La Habana– había consagrado la “decisión *física* de no ir” siquiera a ese país. Por más libertades que le hubiesen asegurado para decir lo que quisiera, en América Latina eso se desconoce y solo se publicitan las comodidades que los escritores reciben al hacer clases en las universidades norteamericanas. Cortázar comunica a Vargas Llosa que la misma advertencia le hizo a Octavio Paz, quien se aprestaba a dar un curso en Pittsburg, y que personalmente había declinado una oferta de la Universidad de Columbia.³⁹⁶

Años más tarde, en 1974, Cortázar volvería a rechazar sendas invitaciones del PEN Club y del Center of Inter-American Relations, pero al año siguiente cambiaría su postura y aceptaría animar en la Universidad de Oklahoma una conferencia y un coloquio sobre su obra escudándose en la utilidad de que intelectuales latinoamericanos trabajen polémicamente en EE.UU., tal como él lo hizo en sus cinco clases, una de las cuales, según destacaba con orgullo, se tituló “Politics and the Intellectual in Latin America”.³⁹⁷

Hacia 1972 una editorial de la revista *Casa de las Américas* vuelve a poner en el tapete el tema de la penetración al insistir en su llamado a oponerse a la infiltración imperialista y al empleo que el imperio hace de la cultura como un arte alienante mediante protestas, abstenciones, boicots e incluso la violencia si va en respuesta a la violencia colonizadora del sistema.³⁹⁸ El propio Julio

396 Carta del 11 de marzo de 1969, en Julio Cortázar, *Cartas*, op. cit., 1335.

397 Mario Goloboff, *op. cit.*, 240-1. Marcela Croce avizora una inconsecuencia en la actitud de Cortázar frente a Estados Unidos: “De lo diabólico [EE. UU.] Cortázar se desliza hacia el humanismo utópico al pronunciarse por el socialismo y tomar distancia del comunismo, previa estación mercantil en la cual consigna que la CIA financió revistas que hablaban mal de ella misma, pero silenciando que ese mismo organismo pagó la crítica benevolente que le dio entidad y nombre al boom latinoamericano entre cuyos integrantes ocupa un lugar de privilegio” (M. Croce, *Polémicas intelectuales en América Latina. Del “meridiano intelectual” al caso Padilla (1927-1971)*. Buenos Aires, Simurg, 2006, 22).

398 *Casa de las Américas*, (La Habana), 73, julio-agosto 1972, editorial.

Cortázar gozará de la posibilidad de cumplir con las instrucciones de *Casa* al participar en una instancia premunida de suficiente poder de difusión: el Tribunal Russell. Concebido para juzgar los horrores de la Guerra de Vietnam, este organismo se amplió luego a otros conflictos, abriéndose el espacio para recusar la acción de EE.UU. en el campo cultural latinoamericano. Cortázar recuerda así su experiencia: “En Roma, en el Tribunal Russell, hemos estado escuchando testimonios angustiosos y horribles sobre la máquina de la penetración cultural del imperialismo norteamericano en América Latina; tenemos las pruebas de cómo intenta, y a veces consigue, imponer sus propios modelos dentro de la cultura, gracias a las fundaciones, las becas, los planes de cooperación”.³⁹⁹

Aunque decaería con el tiempo, la férrea campaña contra la penetración cultural imperialista, implementada por los intelectuales latinoamericanos de izquierda y especialmente por los cubanos y procubanos, se logró instalar con fuerza en el clima de ideas de la época y condicionó sin duda alguna la relación de muchos escritores y artistas del continente con Estados Unidos.

7. Estados Unidos: el enemigo

La animadversión de un amplio sector de los intelectuales latinoamericanos hacia Estados Unidos es antigua y sería erróneo pensar que florece con la Guerra Fría, como también sería un error pensar que se apagó una vez concluida ésta. Tampoco sería correcto atribuir solo a la dinámica de la Guerra Fría las críticas que durante el periodo 1945-1990 se dirigieron a EE.UU. Postulo que durante la Guerra Fría se yuxtapusieron la condena histórica a Estados Unidos con la condena contingente a los acontecimientos de la política internacional del periodo. El negativo juicio tradicional a Estados Unidos, basado en la denuncia de sus atropellos a la libre determinación de los pueblos latinoamericanos, no solo se mantuvo en la segunda mitad del siglo XX sino que se potenció con la crítica al comportamiento estadounidense en materia internacional. El belicismo, la agresividad, la prepotencia con que Estados Unidos

399 Entrevista (1976) a Julio Cortázar en Rosalba Campra, *América Latina: la identidad y la máscara*. México, Siglo XXI, 1987, 152-153.

enfrentó la Guerra Fría, alimentándola y dándole vida, se fusionó con el discurso histórico originando en definitiva una visión aun más negativa de este país. Se constituye así una imagen de Estados Unidos –elaborada por los intelectuales latinoamericanos críticos– sumamente oscura que circulará por el continente durante todo el tiempo de la Guerra Fría.

Estados Unidos, tirano de América Latina; Estados Unidos, el peor de los imperios; Estados Unidos, amo de la guerra; Estados Unidos, antimodelo para el mundo. Fueron esos cuatro enunciados los que estructuraron la mala imagen de Estados Unidos construida por los intelectuales latinoamericanos.

TERCERA PARTE
MÁS ALLÁ DE LAS SUPERPOTENCIAS O CÓMO SALIR
DE LA GUERRA FRÍA

Los intelectuales de América Latina comenzaron a buscar fórmulas para escapar de la Guerra Fría casi desde el mismo inicio de ésta. Si lo consiguieron es dudoso porque el solo intento de salir del orden bipolar suponía desde ya la aceptación de su lógica. Es por eso que los discursos que nacían con la voluntad de ofrecer una nueva forma de ver las cosas, quizá sin quererlo se veían obligados, tarde o temprano, a plantear sus ideas en los términos que la Guerra Fría había establecido. Además, en la práctica se observó que tales discursos alternativos a menudo se inclinaron por uno de los bandos y tomaron partido, por mucho que la neutralidad fuera uno de sus postulados centrales. Quiero decir que durante la Guerra Fría hasta la neutralidad no era neutral, o así al menos sucedió en los hechos, lo que dependió de antecedentes geopolíticos, históricos, económicos. La neutralidad de Yugoslavia, por ejemplo, dañaba a los soviéticos al tiempo que agradaba a los norteamericanos. La retórica de la Guerra Fría, por otra parte, había impregnado el lenguaje de nuestros intelectuales de manera tal que los conflictos políticos, socioeconómicos y culturales eran analizados bajo ese prisma, aunque lo que se discutiera no tuviera relación directa con el juego de las potencias. Era pues muy difícil sacudirse de la lógica de Guerra Fría, una lógica que se había convertido en un crisol que condicionaba y penetraba todos los aspectos de la realidad social. El internacionalismo, sin ir más lejos, era una actitud omnipresente en la mentalidad de la época, pues no se concebía la situación de cada sociedad en términos solo nacionales. La conciencia de estar atravesando un trance que involucraba a casi todas las naciones del planeta, anuló todo asomo de pensamientos localistas o aislacionistas. Sin embargo, aun sin poder escapar plenamente de la Guerra Fría, sí existieron corrientes, sensibilidades y movimientos que buscaron levantar propuestas alternativas, que se opusieran al orden bipolar excluyente sostenido por Estados Unidos y Unión Soviética.

El Tercer Mundo y el tercermundismo nacieron bajo ese marco. La creación de lazos de todo tipo entre los países subdesarrollados debe interpretarse como una respuesta al mundo desarrollado, un desafío al sistema internacional imperante que pretendía instaurar un orden nuevo, el cual implicaba sí o sí, un conflicto con el primer y segundo mundo. Y entrar en conflicto con estos mundos era por cierto entrar en la Guerra Fría.

El tercermundismo significó para los intelectuales latinoamericanos una oportunidad, pero también un deber. Una oportunidad de agregar aliados a la lucha contra el imperialismo; una oportunidad de sumar y sumarse a dos continentes, África y Asia, para hacer de la solidaridad una bandera de lucha con una base mucho más amplia que la que tenían hasta entonces. Y un deber porque se hizo imperativo dialogar con los pueblos de esos continentes, conocer sus realidades y descubrir (o inventar) vínculos y elementos en común que justificaran la alianza con asiáticos y africanos. De este esfuerzo por abrirse al resto del Tercer Mundo nacerá el interés, el respeto, la admiración y el afán de imitación respecto a determinados Estados que se alzaron como paradigmas para pueblos aún no liberados o en vías de liberación. China y Vietnam se instalan así en el imaginario de los intelectuales latinoamericanos, sumando sus ejemplos al que ofrecía Cuba en el propio continente.

La Tercera Posición, por último, es la mejor muestra de cómo la voluntad de escapar de la Guerra Fría se topaba con una realidad ya tan cruzada por ese conflicto que era inoficioso hacer caso omiso de ella. Reflejo de este sino fue la constante necesidad de los terceristas de reafirmar que no estaban a favor ni de soviéticos ni de norteamericanos, como majaderamente acusaban sus detractores. Sea como fuere, la Tercera Posición se constituyó como el pensamiento alternativo más sólido y original surgido en el continente durante la época estudiada.

XI

EL CAMPO INTELECTUAL LATINOAMERICANO, EL TERCER MUNDO Y EL TERCERMUNDISMO

En 1952 el demógrafo francés Alfred Sauvy publicó en *L'Observateur* el artículo donde se usó por primera vez la expresión “tercer mundo”.⁴⁰⁰ Haciendo una analogía con el histórico “tercer estado” de la Revolución Francesa, quería subrayar las diferencias entre la pobreza de los países subdesarrollados, la “nobleza” del primer mundo –el capitalista–, y el “alto clero”, correspondiente a la Unión Soviética y los estados socialistas de Europa Oriental. Un par de décadas más tarde el propio Sauvy confesaría lamentar el excesivo uso que por comodidad se había hecho del término, precisando que en su origen solo quiso designar a los países coloniales o recién emancipados.⁴⁰¹ Los conceptos cobran vida propia y muchas veces escapan a lo que el creador quiso referir; en ese sentido, Sauvy no debería haberse preocupado por la laxitud con que “tercer mundo” empezó a ser utilizado. Al contrario, debía sentirse orgulloso de la fecundidad de su categoría, que se expandió por el orbe con una amplia acogida. Creo, más allá de las aprensiones de Sauvy, que el hecho simboliza bien el recorrido de la expresión “tercer mundo” entre la intelectualidad latinoamericana: aquellos que con más voluntad enarbolaron el Tercer Mundo como un referente que interpelara a los pueblos oprimidos de todos los continentes, a los pocos años se declararán escépticos y le privarán de sentido a la expresión. Saludado por unos, rechazado por otros, el Tercer Mundo no dejó indiferentes a los intelectuales de América Latina.

400 “Tres mundos, un planeta” fue publicado en la revista francesa *L'Observateur* el 14 de agosto de 1952.

401 *Casa de las Américas*, (La Habana), 70, enero-febrero de 1972, 188.

Con “Tercer Mundo” se designó y describió un conjunto de países sin hacer distinción de continentes ni de razas ni de sistema político. Un segundo paso, determinante, fue el sentimiento de pertenencia al Tercer Mundo y de solidaridad con los países que lo integraban. Esta actitud militante, combativa, de afirmación del Tercer Mundo, constituye el tercermundismo, que sin llegar a ser una ideología sí fue una batería de ideas, de posiciones y de sensibilidades que alcanzó una gran representatividad. Entre las décadas del cincuenta y del setenta, especialmente, el tercermundismo se instaló con autoridad en el debate internacional. Economistas, sociólogos y politólogos elaboraron todo un lenguaje en torno a un concepto que pasó a explicar las contradicciones del mundo moderno y a sugerir un camino de justicia social a los pueblos explotados del planeta. En el ámbito de las artes y las letras, o sea, el de los intelectuales que interesan a esta investigación, se volvió pues imperativo dotar al Tercer Mundo de espesor cultural. En América Latina, los intelectuales abrazaron el tercermundismo con entusiasmo, dándose a la tarea específica de buscar en el terreno cultural los lazos que unían a asiáticos, africanos y latinoamericanos, lazos que ya se habían encontrado en los campos socioeconómico y político. Si las ciencias sociales habían logrado con éxito establecer la solidaridad entre los pueblos rezagados como una necesidad y una estrategia de acción, les tocaba ahora a los intelectuales de las artes y las letras definir qué problemas específicamente culturales aquejaban a los pueblos del Tercer Mundo y qué tareas debían enfrentar de manera mancomunada.

Si la solidaridad entre los países de América Latina y el latinoamericanismo había recibido un impulso inédito a partir de la Revolución Cubana, ahora el desafío era lanzarse al mundo entero, lo cual les obligaba a familiarizarse con lugares tan distantes y ajenos como los países árabes o los del África negra.⁴⁰² De hecho, antes de 1960 casi no se observa comunicación de ningún tipo con los intelectuales de dichas regiones; y son los escritores

402 Parecido sucedía en Asia y África. En 1963, en el marco de la Tercera Conferencia de Solidaridad Afroasiática de Moshi, Tanzania, un grupo de intelectuales de todo el mundo decidió dedicar el 17 de abril de 1963 a la solidaridad internacional con todos los pueblos de América Latina (Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 45).

comunistas los que en cierto modo fueron pioneros en el ejercicio: tanto Neruda como Nicolás Guillén alguna experiencia poseían. Neruda como diplomático conoció de cerca el sudeste asiático y, aunque no parece muy interesado en su vida cultural, sí estaba al tanto de la realidad política india, como lo revelan sus impresiones sobre Gandhi y Nehru: “Me tocó verlos hablar y actuar, luchando para levantar la indiferencia inmemorial de aquellos pueblos, para elevarlos a una condición de luchadores por la independencia y contra el colonialismo que tenía aspectos verdaderamente crueles”.⁴⁰³ A Guillén lo vemos frustrado al negársele la visa para asistir al Congreso de Escritores Asiáticos de Nueva Delhi en 1956. Viajero frecuente, ya en los sesenta Guillén sí se apersona en el II Congreso de Escritores Afroasiáticos de El Cairo en 1962 –donde lo acompaña su compatriota Roberto Fernández Retamar– y más tarde en la reunión del PEN Club, instancia regularmente vilipendiada, pero que ahora se realizaba en Abidján, Costa de Marfil (1967).

Los contactos esporádicos se harán cada vez más habituales. En paralelo, el Tercer Mundo había concitado, antes que nada, el interés, la necesidad de conocer una realidad algo misteriosa que ya había sido declarada homóloga a la latinoamericana por las ciencias sociales. Interiorización y familiarización dominan en esta primera etapa. Cabe advertir que el interés por el Tercer Mundo fue tanto o más cultivado en los países centrales. Como muestra, en Italia, en 1965, y con el auspicio de la UNESCO, el Instituto Columbianum, entidad con sede en Génova y dirigido entonces por el sacerdote jesuita Angelo Arpa, organizó las Jornadas sobre Tercer Mundo y Comunidad Mundial, donde se discutió acerca de las relaciones culturales entre los tres continentes subdesarrollados. Participó un nutrido grupo de América Latina.

Las revistas político-culturales fueron fundamentales en la promoción del tercermundismo y en la misión de dar a conocer al público latinoamericano la realidad de los países de Asia y África. Destacaron con clara nitidez el semanario montevideano *Marcha*

403 “Pablo Neruda: autobiografía poética”, *El Mercurio*, Santiago, 23 de julio de 2006, E-19. Texto inédito transcrito por Fundación Pablo Neruda que corresponde a un encuentro del poeta con estudiantes de medicina de la Universidad de Chile en 1967.

y la revista *Casa de las Américas* de La Habana.⁴⁰⁴ En la primera, la preocupación por el Tercer Mundo se manifestó más temprano por medio de reportajes y entrevistas a figuras destacadas de Asia y África que pronto se erigirían como referentes del tercermundismo no solo a nivel latinoamericano sino también a nivel mundial. Nombres como los de los jefes de gobierno Patrice Lumumba (Congo), Gamal Abdel Nasser (Egipto), Achmed Sukarno (Indonesia), Josip Broz Tito (Yugoslavia), Chou En-Lai (China Popular), Ahmed Ben Bella (Argelia) y Ho Chi Minh (Vietnam del Norte) se pasean por las páginas de *Marcha*.⁴⁰⁵ Otros personajes que, en menor medida, capturaron la atención fueron Amílcar Cabral (activista en Angola, Guinea y Cabo Verde), Kwame Nkrumah (presidente de Ghana), Huari Bumedián (gobernante argelino), Antonio Agostinho Neto (jefe de Estado angoleño), Marien Ngouabi (presidente del Congo).⁴⁰⁶

En *Casa de las Américas* se visualiza un giro a partir de 1965, cuando la revista no solo adquiere un perfil más político, en detrimento de la literatura, sino que además da un fresco ímpetu a lo concerniente al Tercer Mundo. Una de las figuras privilegiadas por la revista fue la de Ho Chi Minh, a quien con asiduidad se le comparó con el héroe cubano José Martí. En general, los procesos independentistas de Argelia y Vietnam son seguidos con devoción.

Los intelectuales de izquierda, comprometidos con la Revolución

404 Silvia Sigal, en *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires, Puntosur, 1991, 193), recuerda la ola de tercermundismo que sacudió Argentina hacia 1962, en virtud de la cual se prestó en diversas publicaciones una inédita atención a movimientos nacionalistas y revolucionarios de otros continentes, destacando el interés sobre el Congo, Egipto, Indonesia y Argelia.

405 Eduardo Devés y Ricardo Melgar han rastreado la presencia de ideas y pensadores asiáticos entre los intelectuales latinoamericanos y han establecido que los pocos contactos que se observan remiten más bien a políticos y líderes revolucionarios que han influido en mayor o menor medida en nuestro continente. Mao Zedong, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y, en tono menor, Kim il Sung y Sukarno son quienes más interés han provocado, tanto entre los intelectuales como en movimientos políticos. Eduardo Devés y Ricardo Melgar, “El pensamiento del Asia en América Latina. Hacia una cartografía”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 2005.

406 La inclusión de líderes de Yugoslavia y de China en esta nómina es problemática porque no está clara su pertenencia al Tercer Mundo. Se incluyen porque, más allá de si son o no del Tercer Mundo, representan una clara alternativa a las potencias que encabezaban sus respectivos bloques.

Cubana, adherirán en masa a los postulados del tercermundismo, tal como pregonaban los intelectuales cubanos que ejercían un liderazgo incuestionable. En el segundo lustro de los sesenta, dos acontecimientos marcaron hitos indelebles en el recorrido del tercermundismo por América Latina. El primero fue la Conferencia Tricontinental de La Habana, en enero de 1966, que afianzó el rol conductor de Cuba en la alianza de los países del Tercer Mundo. De profundo impacto político, que entre otras cosas dio lugar a la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), la Tricontinental tuvo dos años más tarde su correlato intelectual: el Congreso Cultural de La Habana, verdadero cenit de la confluencia de intelectuales del mundo y tal vez el evento más grande –en cuanto a países participantes– que recuerde la historia de los encuentros de escritores. Las iniciativas conjuntas, es decir las que convocaban a intelectuales de los tres continentes del Tercer Mundo, vivieron su época dorada a partir de estos sucesos y hasta bien entrada la década del setenta, para ir apagándose en los ochenta.

Sin embargo, la vibrante acogida que la mayoría de los intelectuales de izquierda dio al tercermundismo colisionó con la posición escéptica de quienes vieron en el Tercer Mundo una entelequia que artificialmente emparentaba a los países de América Latina con sociedades que poco y nada tenían en común. La dificultad para englobar bajo un mismo concepto naciones que diferían tan radicalmente en tantos aspectos fue el argumento más esgrimido a la hora de cuestionar la validez del Tercer Mundo. Y aunque esta actitud primó en los círculos intelectuales menos afectos a Cuba y al revolucionarismo, también afloró en intelectuales de izquierda que consideraban inoficioso pedir a los pueblos de nuestros países sentir apego por sociedades que apenas conocían. En abierta oposición al tercermundismo no surgieron demasiadas voces; en general se le restaba legitimidad, pero ello no significaba un ataque frontal. A lo más se observó cierta velada animadversión hacia África cuando se temió que este continente le disputara mercados y clientes a Latinoamérica.

Pero, volviendo al inicio, lo más curioso fue la negación del Tercer Mundo por parte de los propios tercermundistas. Ocurrió que, rebelándose a una división tripartita del orbe que naturalmente establecía una barrera entre el Tercer Mundo y el segundo,

representado por el bloque socialista, se tendió a disolver esta barrera para así proyectar una lucha directa entre el primer mundo capitalista y su rival, un segundo mundo socialista, revolucionario, en vías de liberación, que ponía a la Unión Soviética como cabeza tanto de las naciones socialistas y emancipadas como de las integrantes del viejo Tercer Mundo o incluso de los países no-alineados.

Esta operación no debe sorprender, en todo caso, pues responde a esa lógica casi de amor y odio que cruza la historia del Tercer Mundo en cuanto concepto y que, sintomáticamente, hasta afectó a su mismo “padre”.

1. ¿Qué es el Tercer Mundo?

Si en 1952 el concepto de Tercer Mundo era empleado por primera vez con el fin de englobar a un conjunto de países que no pertenecían al capitalismo ni a la órbita socialista, hoy, cuando ha desaparecido lo que correspondía al “segundo mundo”, la expresión Tercer Mundo ha perdido sustancia, aunque se ha seguido usando.⁴⁰⁷

En una primera etapa el Tercer Mundo comprendía a los países subdesarrollados que no estaban adscritos ni al bloque capitalista ni al socialista. Era por lo tanto un concepto económico y geopolítico, y aún no contenía un ánimo reivindicativo. En cierto sentido el término era deudor del pensamiento desarrollista que había nacido al alero de la CEPAL, especialmente de la díada centro-periferia que había formulado el argentino Raúl Prebisch. Pronto el Tercer Mundo generó contenidos más políticos que dieron lugar

407 Según reseña Berger, el tercermundismo se asentaba sobre los siguientes supuestos: las aspiraciones revolucionarias de las masas populares de los países del Tercer Mundo; el deseo de materializar estas aspiraciones a través de una fusión entre formas precoloniales de igualitarismo y la realización de una utopía futura; la certidumbre de que las transformaciones serían vehiculadas por Estados-naciones fuertes y centralizados; la convicción de que las naciones del Tercer Mundo debían consolidar alianzas que les permitieran trabajar colectivamente al alero de instancias regionales e internacionales de cooperación como el Movimiento de los Países No-Alineados o la propia Naciones Unidas. Mark T. Berger, “After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism”, *Third World Quarterly*, (Londres), 1, Vol. 25, 2004, 34.

al tercermundismo. Éste lo entiendo como un conjunto de ideas y actitudes que constituyeron un programa de medidas concretas. El primer paso en la formulación del tercermundismo se dio cuando los países se declararon miembros del Tercer Mundo; hasta entonces existía cierta resistencia a este reconocimiento y se entendía el concepto como una calificación peyorativa y hasta oprobiosa. Una vez que los países tercermundistas se reconocieron como tales, el paso siguiente fue solidarizar entre sí, sentirse parte de algo y ser conscientes de esta condición común. Solo restaba articular un plan de acción, un programa de reivindicaciones en torno al cual unirse y exigir así a la comunidad internacional la aplicación de medidas tendientes a remediar la situación de desmedro en que se hallaban como sociedades. Nació así el Nuevo Orden Económico Internacional, al cual el mundo debía propender para borrar las distancias entre los países desarrollados y los dependientes.

Todo partía por un diagnóstico explicativo del retraso del Tercer Mundo. Las reglas del intercambio comercial y el consecuente deterioro de los términos de intercambio habían perjudicado por siglos a los países productores de materias primas. A esto se sumaba una división internacional del trabajo igualmente injusta, todo lo cual consagraba el desarrollo de los países centrales y la pauperización de las economías periféricas —que también podían llamarse dependientes, colonizadas, neocolonizadas o simplemente subdesarrolladas. Economistas y sociólogos latinoamericanos de inspiración desarrollista tomaron algunos de estos conceptos, los reelaboraron y agregaron otros para dar origen en los años sesenta a la teoría de la dependencia, que postulaba que el desarrollo de unos solo era posible por el subdesarrollo de otros; así, sociedades subdesarrolladas y sociedades subdesarrollantes no podían en el futuro sino incrementar las diferencias. Planteaba además que este esquema se reproducía al interior de cada sociedad, donde una elite oligárquica era dueña de gran parte de los beneficios mientras el grueso de la población subsistía en la miseria.

Ante este cuadro los teóricos tercermundistas propondrán una serie de acciones tendientes justamente a implantar en el orbe el Nuevo Orden Económico Internacional.⁴⁰⁸ En primer lugar

408 Ver Eduardo Devés, “Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973”, *Universum*, (Talca), XXI, 1, 2006, 138-167.

consideraban básico que los países del Tercer Mundo constituyeran un bloque con poder de decisión y con la fortaleza suficiente como para hacer valer sus intereses en el escenario global. Tal corporación también debería ser capaz de imponer sus términos a las grandes empresas transnacionales. Otra directriz apuntaba a la búsqueda de modelos propios y alternativos de desarrollo; de partida porque certificaban el agotamiento del desarrollismo clásico que había demostrado ser insuficiente para alcanzar el nivel de los países industrializados.⁴⁰⁹

Podría decirse que la anterior corresponde a la vertiente económica del tercermundismo. Es posible distinguir también una vertiente más política o geopolítica en la construcción teórica del Tercer Mundo que se relaciona con el reparto de poder en el mundo de posguerra. En esta línea, el Tercer Mundo fue concebido como una variante, como un camino propio para aquellos países que se resistían a plegarse a uno u otro de los bandos rivales. Y esto se emparenta con un fenómeno paralelo al tercermundismo y que coincide en muchos de sus planteamientos: el Movimiento de los Países No-Alineados. Probablemente esta organización haya sido una formalización u oficialización de los postulados que comprometían a los países que se consideraban tercermundistas, una expresión concreta de la solidaridad surgida entre éstos, y que a través más que nada de las vías diplomáticas, haría sentir la voz del Tercer Mundo en el foro internacional. Los No-Alineados nacieron en la década del cincuenta y pronto su objetivo fue aglutinar a un grupo de países que no se conformaba con ser simplemente neutrales frente a las dos superpotencias sino que pretendía además tener un protagonismo militante que les permitiera defender sus derechos e imponer sus intereses. Integrado en su primera hora por naciones africanas y asiáticas –Cuba era la única americana–, fue en las Conferencias de Bandung (Indonesia) en 1955 y de Belgrado (Yugoslavia) en 1961 que se instituyó la Organización, bajo el notable liderazgo de figuras como Sukarno, Tito, Nasser y Nehru. Pese a la pretendida prescindencia de las grandes potencias, con los años y en la práctica ésta se hizo insostenible por la clara simpatía que algunos miembros profesaban a Estados Unidos o a la Unión Soviética –Cuba es el mejor ejemplo–; los lazos económicos

409 Se ha considerado la aprobación de la Declaración y Programa de Acción sobre el Establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional como el más contundente triunfo del tercermundismo (Berger, *op. cit.*, 10).

y comerciales también relativizaron dicha neutralidad.

Los principales postulados del Movimiento (Organización) de Países No-Alineados –y que pueden hacerse extensivos, de alguna manera, al pensamiento tercermundista– apuntaban a la consolidación de la libertad política de sus Estados miembros, que involucraba la autodeterminación, la renuncia a pactos militares multinacionales, el desarme y el principio de no intervención; asimismo, el Movimiento condenaba toda forma de imperialismo, propugnando al mismo tiempo una democratización de las relaciones internacionales y el reforzamiento de las Naciones Unidas; hacía suya, finalmente, la demanda del nuevo sistema económico global que el tercermundismo había elevado.

Mark Berger comprende el tercermundismo en estrecha relación con el Movimiento de los Países No-Alineados. A partir de esa base distingue dos etapas. La primera la asocia con la Conferencia de Bandung (1955), en torno a la cual se aglutinaron países de un amplio espectro político que postulaban reemplazar la lógica Este-Oeste de la Guerra Fría por la Norte-Sur, fundada en criterios económicos. Esta primera generación tercermundista dominó entre 1955 y 1965, aproximadamente. En la segunda mitad de los sesenta, a partir de la Conferencia Tricontinental de La Habana, el predominio lo pasa a ejercer la segunda generación tercermundista, que se diferenciaba de la primera por su carácter más explícitamente socialista, inspirada en una izquierda radical representada por Fidel Castro, Ernesto Guevara y Muammar Al-Gaddafi. Por cierto la presencia de América Latina en esta etapa fue mayor. La década del setenta sería para Berger la edad de oro del tercermundismo, para iniciar, en cambio, su franca decadencia en los ochenta, cuando el panorama internacional comenzó a experimentar transformaciones que desbarataron el orden de la Guerra Fría y desnudaron las contradicciones de un conjunto de países que en muchos casos enfrentaban, además, delicados procesos de descolonización.⁴¹⁰ Eric Hobsbawm sitúa ya en los setenta, justo después de su mejor momento, la crisis del concepto, explicable por la gran heterogeneidad de los países que comprendía el Tercer Mundo, acentuada por el dispar desarrollo económico que habían alcanzado.⁴¹¹

⁴¹⁰ Berger, *op. cit.*, passim.

⁴¹¹ “Y sin embargo, justo en el momento que el tercer mundo y las ideologías basadas en él estaban en su apogeo, el concepto comenzó a desmoronarse. En

Vertiente económica, política, geopolítica... solo restaba la vertiente cultural del Tercer Mundo. Ésta se desarrolló a un ritmo más lento que las anteriores, pero entrados los sesenta se advierte ya una vitalidad nada desdeñable reflejada esencialmente en actividades que convocaban a intelectuales y artistas de los tres continentes implicados. Asimismo, en estos años se afianza la toma de conciencia de lo que significaba ser un intelectual del Tercer Mundo. El papel que le cupo a los intelectuales latinoamericanos en este proceso adopta contornos particulares que serán materia de análisis en el presente capítulo.

Una cuestión delicada y nunca del todo zanjada fue (y es) la determinación de qué países pertenecían o no al Tercer Mundo. A modo de ilustración, un estudioso francés incluía hacia 1971 en el Tercer Mundo a toda América excepto Estados Unidos, Canadá y Cuba; y a toda África, Asia y Oceanía, con las excepciones de Unión Soviética, China, Mongolia, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Japón, Israel, Australia y Nueva Zelanda.⁴¹² Evidentemente todo pasaba por el criterio a utilizar. Si se seguía un criterio economicista, solo pendiente del grado de subdesarrollo de una sociedad, muy bien podía incluirse a Cuba o Vietnam del Norte, pero mediante un criterio más político estos dos países dejaban de pertenecer al Tercer Mundo por hallarse libres del yugo colonial (algo que a Cuba, orgullosa de su tercermundismo, no le hubiese agradado). ¿Dónde ubicar a Yugoslavia, adalid de los no alienados?, ¿o qué hacer con China, a medias industrializada? Un parámetro unitario que tomara en cuenta variables económicas, políticas, geopolíticas y culturales hubiera sido la solución, pero ése era un logro probablemente irrealizable.

los años setenta se hizo cada vez más evidente que un solo nombre no podía abarcar adecuadamente a un grupo de países cada vez más diferentes. El término seguía siendo útil para diferenciar a los países pobres del mundo de los ricos, y en la medida en que la diferencia entre ambas zonas, ahora designadas con frecuencia 'el Norte' y 'el Sur', se iba acrecentando a ojos vista, la distinción estaba plenamente justificada (...) Sin embargo, es evidente que el tercer mundo ha dejado de ser una entidad única". Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica, 1998, 362.

⁴¹² Pierre Lalée, *Le Tiers Monde en chiffres* (1971), citado por Carlos Rangel, *El tercermundismo*. Caracas, Monte Ávila, 1982, edición en internet.

2. Nosotros, los tercermundistas

El mexicano Carlos Fuentes gustaba de ser vanguardista y profético cuando se trataba de retratar la misión del intelectual en la sociedad. Fue de los primeros en enarbolar la bandera de la Revolución Cubana y años más tarde proclamaría el fin de la Guerra Fría y la necesidad de dialogar con los escritores estadounidenses. Antes, en 1962, Fuentes sentenciaba que las características históricas sociales de “nuestros” países tercermundistas urgían a los escritores para que cumplieran el rol que en otras sociedades cumplían partidos, sindicatos o parlamentos, y así ser la voz de quienes no la tienen.⁴¹³

Tempranamente Fuentes asumía hablar desde un *nosotros*, *los tercermundistas*, homologando de paso la labor que los intelectuales debían cumplir en el conjunto de esas sociedades. El hecho de enunciar que los hombres de letras cumplían una función similar en los tres continentes era ya indicativo de una actitud abierta, presta a dialogar y solidarizar. Será esta idea la matriz a partir de la cual los intelectuales del Tercer Mundo entablarán relaciones entre sí.

Poco más adelante Julio Cortázar volvería a ponderar el papel del intelectual tercermundista cuando explicaba que “todo intelectual, hoy en día, pertenece potencial o efectivamente al Tercer Mundo puesto que su sola vocación es un peligro, una amenaza, un escándalo para los que apoyan lenta pero seguramente el dedo en el gatillo de la bomba”.⁴¹⁴ En la misma línea de afirmación de la identidad tercermundista del intelectual, el autor de *Rayuela* se mostraba consciente y para nada indiferente respecto de los problemas que aquejaban al individuo: “El escritor latinoamericano, es decir un escritor del Tercer Mundo sabe que ese hombre [tercermundista] es el hombre histórico, alienado y mediatizado por el subdesarrollo en el que lo mantiene el capitalismo y el imperialismo”.⁴¹⁵ De

413 Xavier Rodríguez Ledesma, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN, 2001, 192-3.

414 Carta de Julio Cortázar a *Casa de las Américas* (noviembre-diciembre de 1967), citada por Gilman, *op. cit.*, 205.

415 Julio Cortázar, Óscar Collazos y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (1970) citado por Mario Goloboff, *Julio Cortázar. La biografía*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1998, 200.

cualquier manera, el trabajo del escritor y el rol de la literatura no deben subordinarse al conflicto social. Enfrascado en una polémica con Oscar Collazos, el argentino defiende el valor intrínseco de la creación literaria ya que la mirada del escritor excede los problemas concretos e inmediatos:

La auténtica realidad es mucho más que el ‘contexto socio-histórico y político’ (...) y por eso una literatura que merezca su nombre es aquella que incide en el hombre desde todos los ángulos (y no, por pertenecer al Tercer Mundo, solamente o principalmente en el ángulo socio-político), que lo exalta, lo incita, lo cambia, lo justifica, lo saca de sus casillas, lo hace más realidad, más hombre...⁴¹⁶

Tanto Fuentes como Cortázar conciben al intelectual como un actor inmerso en el Tercer Mundo que se define, antes que como mexicano, argentino o latinoamericano, como tercermundista, su seña de identidad primordial.

La revista *Marcha* alude también a esta nueva identidad que el signo de los tiempos forzaba a adquirir. A raíz de la publicación de la serie *Cuadernos de Marcha*, que dedicó muchas entregas a países y personajes tercermundistas, la revista hacía hincapié en la necesidad de familiarizarse con los nuevos aliados:

Y no se trata solo del ser nacional uruguayo, sino, sobre todo, del ser nacional latinoamericano, y de nuestra inevitable integración –seamos o no conscientes de ella– con los otros países del Tercer Mundo. Los cercanos, a los que nos une un origen común y un común destino; pero también los extraños y lejanos, de los que poco sabemos excepto que padecen, como nosotros, la exacción de los poderosos, o del poderoso.⁴¹⁷

Cuadernos de Marcha destacaría –auguraban sus responsables– por hacer de la lucha antiimperialista su objetivo central, fruto a su vez del fomento de la nacionalidad, pero no una nacionalidad patrioterica circunscrita a un solo país, sino una trascendida por un

⁴¹⁶ *Ibid.*

⁴¹⁷ Editorial de *Marcha* (29 de diciembre de 1967), citado por Luisa Peirano Basso, *Marcha de Montevideo*. Buenos Aires, Ediciones B, 2001, 99.

espíritu latinoamericanista y tercermundista. Porque será manifiesta la vocación combativa de los miembros y de los adherentes del Tercer Mundo, ajenos por completo a una concepción pasiva o meramente descriptiva del tercermundismo.

Ese tono militante y épico acompañaría el discurso tercermundista por décadas. Y uno de los catalizadores de tal sensibilidad lo constituyó la Guerra de Vietnam, que inflamó los ánimos de solidaridad y de fe en la victoria. *Marcha* expresaba emocionada que Vietnam, “al luchar por la propia liberación, combatió por la ajena. Y en primer término por la nuestra. La de los pueblos sometidos del Tercer Mundo”.⁴¹⁸ El Movimiento de los Países No-Alineados también inspiró apasionados discursos tercermundistas. El ensayista peruano Augusto Salazar Bondy va a reafirmar hacia 1974 el carácter revolucionario tanto del Tercer Mundo como del No Alineamiento, y en ese contexto saluda la posición del gobierno de Velasco Alvarado, que ha comprometido a Perú en aquel movimiento e incluso ha propuesto la creación de una suerte de sindicato de países pobres.⁴¹⁹ Sobre esta relación vinculante entre revolución y Tercer Mundo también se pronunciará el novelista Manuel Scorza: “Nosotros, los pueblos del Tercer Mundo, tenemos dos problemas, necesitamos dos revoluciones: primero una revolución para recuperar nuestra persona, para transformarnos en seres humanos, [y luego] la revolución política para transformarnos en seres humanos dignos”.⁴²⁰ Todavía en

418 “La lección de Vietnam”, *Marcha*, (Montevideo), 1592, 12 de mayo de 1972, 7. En la misma revista el poeta chileno Nicanor Parra se manifestaba como un buen tercermundista al sufrir “con la guerra de Vietnam, con las situaciones africanas y con esa otra guerra lenta que está desmoronando nuestros pueblos que es la miseria, el subdesarrollo” (Mario Benedetti, “Nicanor Parra, o el artefacto con laureles”, *Marcha*, (Montevideo), 17 de octubre de 1969, 15).

419 Augusto Salazar Bondy, “El Tercer Mundo revolucionario”, *Textual*, (Lima), 9, diciembre 1974, 71 (original en *El Expreso* de Lima, 29 de enero de 1974). El mismo Salazar, quien moriría en febrero del 74, se manifestaba en contra del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en un artículo titulado “Remember Guatemala, Santo Domingo”, donde celebraba que Perú se hubiera integrado a los No-Alineados, aunque lamentaba el actual “régimen seudo legal que consagra la violencia imperialista y la opresión interna en nuestro continente” (*Textual*, (Lima), 9, diciembre 1974, 54, original en *El Expreso*, Lima, 9 de septiembre de 1973).

420 Rosalba Campa, *América Latina: la identidad y la máscara* [entrevistas]. México, Siglo XXI, 1987, 178-9. Entrevista realizada en 1975.

1984 el ministro de cultura cubano, Armando Hart, ponderaba los contactos con los países no alineados y con los africanos en particular, proclamando que “estamos en la lucha por la defensa de los pueblos frente a sus explotadores, de los pobres de la tierra y de los derechos humanos de esos pobres”.⁴²¹ Y aunque los avances del Tercer Mundo, en plena década del ochenta, no daban para entusiasmarse, en Luis Cardoza y Aragón pervivía un pujante optimismo. Rechazando una “perversa propaganda” que acusaba al Tercer Mundo de ser enemigo de los valores de Occidente, lo cual es imposible ya que es ese mismo Occidente el que ha generado –vía imperialismo y colonialismo– el Tercer Mundo, asegura que “el ascenso del tercer mundo, inevitable e indetenible, perfeccionará la dudosa, la avara y mezquina democracia de los poderosos, infestada aún de colonialismo”.⁴²²

Así como la Guerra de Vietnam o los No-Alineados sirven de estímulo para la reflexión tercermundista, se observan también otros temas, quizá menos espectaculares, que provocan el mismo efecto. Uno de ellos es el de los negros al interior de Estados Unidos, que despierta entre los intelectuales latinoamericanos singular preocupación. En los ya mentados *Cuadernos de Marcha*, el número 12, consagrado a “El poder negro”, establece una estrecha interdependencia entre la condición de los afroamericanos en EE.UU. y la del Tercer Mundo en general, pues al fin y al cabo luchan contra el mismo enemigo amparados en idénticos principios:

No habrá liberación para los primeros, sin modificación substancial, revolucionaria, de las estructuras de Estados Unidos. Y sin que desaparezca la explotación del Tercer Mundo, base y fruto a la vez de esas estructuras y semejante a la explotación que los negros padecen. No habrá liberación para el Tercer Mundo, mientras el imperialismo subsista. Golpear adentro y golpear afuera es la consigna en común (...) El imperio caerá por sus contradicciones y por la acción conjunta de todos los que son sus víctimas.⁴²³

421 Armando Hart, “Del horizonte nacional de la cultura al humano universal”, *América Latina*, (Moscú), 1, 1984, 35.

422 Luis Cardoza y Aragón, “Sueño de una noche de verano”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 151, julio-agosto 1985, 34.

423 Citado por Peirano, *op. cit.*, 106.

Con palabras más simples, Haydée Santamaría, histórica directora de Casa de las Américas y presidenta de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) realizada en La Habana en 1967, expresaría el mismo argumento: “Los negros norteamericanos forman parte fundamental de nuestro tercer mundo antiimperialista”.⁴²⁴

Asimismo, las formas de lucha específicamente culturales que pueden emprender los intelectuales en pos del Tercer Mundo también motivarán encendidos discursos. Por ejemplo, en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado en La Habana el año 71, la intelectualidad cubana se compromete a alentar las expresiones artísticas de África, Asia y América Latina, decretando que “nuestros organismos culturales serán vehículos de los verdaderos artistas de estos continentes,” aquellos que militan de forma auténtica junto a sus pueblos en la lucha antiimperialista.⁴²⁵ Tras constatar que el imperialismo ha intentado aniquilar las culturas autóctonas de los pueblos colonizados, los intelectuales cubanos concluyen que “la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico”; lo que implica una especial dedicación al combate de todo intento de coloniaje cultural.

Aún en la dimensión cultural del asunto, pero en un campo más específico, el teatro también se sumará a la cruzada tercermundista. El dramaturgo chileno Alonso Alegría, participante de un Festival Mundial de Teatro, desprecia los alardes universalistas de instancias como ésta, desconfiando de una supuesta concordia global que solo perpetuaría el sometimiento de los pueblos subdesarrollados. Por el contrario, saluda los vientos de unidad que corren en el Tercer Mundo, reflejo de la convicción de que la unidad es el único modo efectivo de oponerse a las potencias. Como resulta lógico, la unión entre intelectuales y artistas de los países tercermundistas, opera en la misma dirección. Cargado de ironía, expresa:

Pero no se puede buscar la unidad a nivel mundial. ¡Cómo que no! ¿y la hermandad de la intelectualidad de izquierda

424 “Entrevista a Haidée Santamaría”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 45, noviembre-diciembre 1967, 108.

425 “Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 65-66, marzo-junio 1971, 18.

internacional? ¿El sueño de una sola cultura para un mundo cada vez más chico? ¡Mueran Chauvin y sus secuaces, viva el arte universal que trasciende las fronteras y hace hermanos a todos los pueblos! Hace algunos años nos hubiéramos tragado estas ideas, pero ahora, gracias a Dios, comenzamos a pensar en el teatro no solo como 'arte' sino como medio de comunicación.⁴²⁶

Una actitud diferente a las anteriores se observa en determinados intelectuales que, a medio camino entre la preocupación y la simpatía, hacen un llamado de alerta frente a los peligros que acechan al Tercer Mundo, que provienen ya no tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética. Es el caso de Mario Vargas Llosa y de Carlos Franqui. El novelista peruano, sin tomar partido ni rasgar vestiduras por el Tercer Mundo, avizora días difíciles para los países que lo conforman a raíz de los sucesos de Checoslovaquia en 1968. Para Vargas Llosa lo de Praga no solo es indicio de lo que podría ocurrirle a Cuba si sigue una conducta semejante a la de los checos, sino que representa una amenaza de las superpotencias contra todo el Tercer Mundo.⁴²⁷ El cubano Carlos Franqui identifica a la Unión Soviética como la responsable de un expansionismo imperial de pretensión universal que interviene impunemente en el Tercer Mundo, apoyándose en esos verdaderos brazos armados que son Cuba y Vietnam.⁴²⁸

3. Escépticos del Tercer Mundo

El Tercer Mundo tuvo una asombrosa facilidad para captar tanto adherentes como detractores y escépticos. Ahora bien, este escepticismo, esta reticencia a aceptar sus presupuestos básicos, adoptó diversas formas e incluso dio pie a contradicciones y cambios de posición a nivel individual. Es por eso que pueden distinguirse un escepticismo de izquierda o tercermundista —aunque suene

426 Alonso Alegría, “¿Para qué un Festival Mundial de Teatro?”, *Textual*, (Lima), 7, junio 1973, 74.

427 Mario Vargas Llosa, *Contra viento y marea (1962-1982)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984, 160. Original: “El socialismo y los tanques”, *Caretas*, (Lima), octubre 1968.

428 Carlos Franqui, “Tiempos dictatoriales”, *Vuelta*, (México), 72, noviembre 1982, 46.

paradójico—, un escepticismo de derecha o antitercermundista, y un escepticismo situado por sobre izquierdas y derechas.

TERCERMUNDISTAS ESCÉPTICOS DEL TERCER MUNDO.

El tercermundismo, por el simple hecho de nacer y crecer un poco espontánea y libremente, al margen de definiciones rigurosas, generó controversias y actitudes contrapuestas en intelectuales que en un momento dado pudieron parecer firmes defensores del Tercer Mundo y tiempo después renegar de él. O incluso afirmar el Tercer Mundo y al mismo tiempo negarlo. Alfredo Varela, por ejemplo, a propósito de la Conferencia Tricontinental de La Habana en 1966, un evento al que asiste y saluda con fervor, precisará que:

La Conferencia del pretendido ‘tercer mundo’ ratifica que no hay tal ‘tercer mundo’ (como no existe una ‘tercera posición’ o un ‘tercer sexo’ –y si lo hubiera, no sería recomendable...) Puesto que solo cuentan dos: el que representan el imperialismo y sus aliados de distinta catadura, y el que forman todas las fuerzas de la liberación, el progreso y la paz, englobando a los países socialistas, los pueblos que se han independizado o luchan por liberarse y el movimiento obrero y revolucionario de los países capitalistas desarrollados.⁴²⁹

Junto con tomar partido por la lucha de los pueblos oprimidos en contra del imperialismo, o sea, tomando la bandera de los países que conforman el Tercer Mundo, el argentino rompe con la división tripartita proponiendo en cambio solo capitalismo y socialismo. Es una interpretación de inspiración marxista –acorde con la militancia comunista del autor– que extrapola la lucha de clases a la disputa global, o en otras palabras, que la lucha ya no es entre clases sino entre países. En realidad lo que desaparece no es el Tercer Mundo sino el Segundo, o mejor, ambos se fusionan, pasando a definirse más por una ideología –revolucionaria, socialista, anticapitalista– que por similitudes históricas, culturales o socioeconómicas.

429 Alfredo Varela, “Un gran acontecimiento: la Tricontinental”, *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), 79, marzo-abril 1966, Buenos Aires, 6.

Lo que Varela veía con claridad en 1966, Roberto Fernández Retamar lo asumirá pocos años más tarde. Quien fuera piedra angular del Congreso Cultural de La Habana y uno de los máximos referentes del tercermundismo en Cuba y Latinoamérica, discretamente va a recelar del concepto Tercer Mundo. Primero –hacia 1971– va a achacar a los intelectuales centrales o metropolitanos la mala costumbre de crear categorías con las cuales definir a los latinoamericanos, desde barbarie hasta Tercer Mundo, pasando por “pueblos de color” y “países subdesarrollados”.⁴³⁰ En 1975 profundizaría sobre el tema atacando la ambigüedad que encierra el concepto Tercer Mundo y, llegando a coincidir con lo que expresaba Varela años atrás, patentizando la “imposibilidad de que ese ‘tercer mundo’ se situara entre capitalismo, en un extremo, y socialismo en otro. La vía socialista es hoy, ya, no solo la de países europeos desarrollados, sino también la de otros (...) que están saliendo del subdesarrollo, como Mongolia, China, Corea, Vietnam, Cuba, países del ‘tercer mundo.’” Otra vez se quieren desechar los índices sociales y de calidad de vida para calificar o no a un país de tercermundista, y lo que se hace prevalecer es el sistema político o grado de independencia de un país. Se resiste Fernández Retamar a poner en un mismo saco a Cuba y a aquellas sociedades explotadas por las metrópolis y pertenecientes al mundo capitalista, por mucho que tengan un ingreso per cápita similar. Pero también se observa cierto temor a identificar Tercer Mundo con una vía alternativa no necesariamente socialista ni menos soviética. El tercermundismo no comporta una tercera vía válida, como querrían algunos, que es inexistente puesto que en el mundo solo existen dos opciones: capitalismo o socialismo. Termina el cubano haciendo un llamado a prescindir de un término tan confuso como el de Tercer Mundo.⁴³¹

430 Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*. Concepción, Cuadernos Atenea, 1998, 9. Original: “Caliban”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 68, septiembre-octubre 1971.

431 Roberto Fernández Retamar, “De *Introducción a Martí*”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 93, noviembre-diciembre 1975, 36. Eduardo Galeano también incurrirá en esta lógica de negación del Tercer Mundo, aunque en otro sentido. En 1980 sostiene que “el llamado Tercer Mundo no tiene nada de tercero. Integra el mundo capitalista: son los suburbios sometidos los que hacen posible el esplendor de los centros” (Rosalba Campa, *op. cit.*, 162-3).

ANTITERCERMUNDISTAS O ESCEPTICISMO DE DERECHA

Hubo en el campo intelectual latinoamericano del periodo posturas reacias a creer en el Tercer Mundo y sobre todo a creer que América Latina era parte de él. Este escepticismo lo llamo de derecha porque sus representantes son anticomunistas o anticastristas y en general adversos a las ideas de izquierda. No comparten la solidaridad para con los pueblos de otros continentes y restringen su preocupación a los países del hemisferio. Se oponen a la falacia de igualar dentro de la categoría Tercer Mundo países como los nuestros y otros tan extraños y remotos como los de África y Asia.

Sobre esto último enfoca su mirada Luis Alberto Sánchez en un artículo para la revista *Cuadernos* de París. Para el peruano existen diferencias infranqueables entre los países que integran el Convenio que 73 naciones subdesarrolladas firmaron en Ginebra en 1964. Se pregunta cómo homologar el grado de subdesarrollo de Estados como Jordania y Argentina, el Congo y Chile. Menos diferencia hay –sostiene– entre países del Primer Mundo y del Segundo.⁴³² En el mismo número de esta revista, su director, Germán Arciniegas, alega que América Latina no debe ser incorporada al Tercer Mundo, el que se configuró –aclara– en la Conferencia de Bandung en 1955 por voluntad de 29 países de Asia y África. Por lo demás, éste sería en rigor el cuarto mundo, pues Europa (occidental) constituiría el tercero, y en consecuencia América Latina –que tiene muchos rasgos, raciales y culturales, del viejo continente– vendría a ser un quinto mundo. Sobre esta base Arciniegas (como se expuso en el capítulo IX) propone instituir una Organización de Estados Latinoamericanos, asentada en la unidad de su destino y en la similitud de sus componentes.⁴³³

El ensayista venezolano Carlos Rangel comprenderá el Tercer Mundo como una categoría política y lo asociará al no alineamiento que surgió como respuesta a la confrontación bipolar entre las

432 Luis Alberto Sánchez, “Sobre Estados Unidos, Europa, África y el colonialismo mental”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 100, septiembre 1965, 28-29.

433 Germán Arciniegas, “¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos?”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (París), 100, septiembre 1965, 8-9.

superpotencias. Es por lo tanto un término nacido bajo la égida de la Guerra Fría y que en sus inicios coincidió con el neutralismo, pese a que muchos de esos países orbitaban el mundo capitalista, conservaban convenios de distinto tipo con Estados Unidos o bien todavía eran colonias. Además en buena parte de ellos la influencia de la cultura occidental era avasalladora. Con tales sujeciones el neutralismo del movimiento era muy difícil de sostener. Rangel constata que, unos 25 años más tarde, hacia principios de los ochenta, la situación se ha invertido y el neutralismo se ha hecho insostenible por el favor que muchas de esas naciones le han brindado a la Unión Soviética. El Tercer Mundo como sinónimo de no alineamiento carece entonces de sentido, al parecer de Rangel.⁴³⁴ El autor cuestiona además, como ya es una constante, las supuestas semejanzas entre los países del Tercer Mundo, pues a su juicio son muchas más las diferencias que los parecidos. Por último, resulta curioso cómo se aproxima a Fernández Retamar cuando descalifica el término Tercer Mundo y la ideología tercermundista, acusando que fueron ideados y forjados en Occidente, y que son meros reflejos del masoquismo y autoflagelación que han llevado al mundo occidental a plantear una especie de suicidio.

⁴³⁴ Carlos Rangel, *op. cit.*, 69-70.

XII LA TERCERA POSICIÓN

Para Jorge Amado una tercera posición es lisa y llanamente imposible. Es que el mundo, pensaba hacia 1952, se divide en dos campos: uno, el del progreso y la paz; el otro, el de la guerra y el imperialismo esclavista. Una tercera posición es impensable, en cualquier dominio humano, de la política al arte, de la ciencia a la literatura: “Estamos travando a grande batalha final e ninguém pode esquivar-se dela participar”. Aquellos intelectuales que, llamándose de izquierda, se oponen a la URSS y al imperialismo (norteamericano) terminan develándose como agentes imperialistas (por ejemplo, Tito y sus seguidores).⁴³⁵ Los escritores y artistas, prosigue, están en medio del conflicto y la definición no acepta medias tintas: o se está con los pueblos o con los señores del dólar. Para un intelectual, entonces, tercerista será sinónimo de neutralista y, luego, de imperialista.⁴³⁶

En verdad, los terceristas han de haberse acostumbrado a recibir ataques como éste. Paradójicamente, su postura, menos confrontacional por definición, despertó recelos a diestra y siniestra. Sobre ellos recaía una sospecha permanente que les obligó a autodefinirse de manera constante para (intentar) dejar claro que no estaban ni con la URSS ni con los Estados Unidos. Pero, en concreto, ¿quiénes eran los terceristas?

⁴³⁵ Jorge Amado, *op. cit.*, 20.

⁴³⁶ *Ibid.*, 51.

Por “tercera posición” se entienden, se entendían y se entenderán muchas cosas. Situándonos en la época, o sea, a partir del segundo lustro de los cuarenta, en el escenario político e intelectual latinoamericano por tercera posición se entendían básicamente dos cosas. La primera era la política exterior del gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina, que se caracterizó por proponer una alternativa distinta a los dos bloques enfrentados tras la Segunda Guerra Mundial. Para Perón la tercera posición comportaba independencia tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, al tiempo que proclamaba la alianza de las naciones latinoamericanas y la lucha por una paz activa.⁴³⁷ En segundo lugar, como tercera posición se conocía una corriente de ideas que interpretaba el conflicto de la Guerra Fría mediante una conceptualización peculiar y que estaba identificada con el semanario uruguayo *Marcha*.

1. El tercerismo uruguayo de *Marcha*

Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, *Marcha*, su director Carlos Quijano, algunos de sus redactores y fundamentalmente el filósofo Arturo Ardao, elaboraron un conjunto de ideas acerca de la situación internacional en general y de la Guerra Fría en particular. Fue definiéndose así esta corriente que, aunque no puede ser calificada de ideología, alcanzó bastante consistencia, larga vida, numerosos adherentes y no pocos detractores.

Los inicios de la Tercera Posición se remontan a la inmediata posguerra, cuando Quijano elevó una voz que pretendió alertar y

437 Ver Claudio Panella, “Naturaleza de la tercera posición”, en *La Argentina y el mundo del siglo XX. Actas de las Jornadas Internacionales Bahía Blanca, 12 al 14 de noviembre de 1997*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1998, 519ss. El autor sintetiza así la tercera posición peronista: “1. Propugnaba la paz universal basada en la paz interna de cada nación, la cual se debía lograr mediante la instauración de la justicia social. 2. Defendía el respeto por la soberanía de las naciones, la igualdad jurídica de los Estados y la autodeterminación de los pueblos. 3. Se declaraba anticolonialista y, consecuentemente, antiimperialista. 4. Anhelaba y propugnaba una real y concreta unión de las naciones latinoamericanas, en especial en el campo económico” (523-4). Ver también Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987, 331.

movilizar las conciencias para de algún modo retardar el avance de nuevas conflagraciones. En su editorial titulada “Sí, la guerra ha sido en vano”, de 1946, sentencia que así como sería una desgracia la dominación del orbe por los soviets, también lo sería el dominio estadounidense.⁴³⁸ Poco más tarde, en marzo del 47, Quijano, en su editorial “El miedo que todo lo cubre”, se rebela contra la bipolaridad y señala el alarmismo del presidente Truman ante el avance comunista como parte de una espiral de miedo: “El miedo que, además, se cultiva, se exalta, se propaga como obedeciendo a una consigna. El coro de los necios repite y repite, y amplifica y agranda. Y así el miedo está cubriendo el universo y dominándolo todo”.⁴³⁹ Este es el punto de partida de la Tercera Posición: el rechazo simétrico a ambos bloques y la conciencia del peligro por el que atraviesa el hombre. No obstante, el tercerismo –que usaré como sinónimo de Tercera Posición– hunde sus raíces en problemas anteriores a la Guerra Fría, como subraya la especialista en *Marcha* Carmen de Sierra, pues reflexiona sobre colonialismo y neocolonialismo, desarrollo y subdesarrollo, relación entre países centrales y periféricos, imperialismo y antiimperialismo. Son estas las bases sobre las que se construye el pensamiento tercerista.

El tercerismo se funda en la negativa categórica a alinearse con uno u otro bando de la Guerra Fría. Ni Estados Unidos ni Unión Soviética representan alternativas válidas para millones de personas que no quieren ser “súbditos espirituales” de Stalin ni de Truman.⁴⁴⁰ Y no se trata de un dilema que toca solo a uruguayos o latinoamericanos, sino al mundo entero: “O el ‘American way of life’, Biblia en mano y dólares en bolsa, o el comunismo. Europa no existe, África no existe, América latina no existe, Asia no existe”.⁴⁴¹ Se asume que ambos sistemas son imperialistas y

438 Citado por Carmen de Sierra, “Marcha en el contexto político-económico internacional en el siglo XX”, Horacio Machín y Mabel Moraña (eds.), *Marcha y América Latina*. Pittsburg, Universidad de Pittsburg, 2003, 58.

439 Editorial del número 371 del 14 de marzo de 1947, citado por Luis Bocaz, “Enseñanzas de la Guerra Fría. Mistral y Neruda frente a la ‘caza de brujas’”, *Le Monde Diplomatique*, (edición chilena, Santiago), 16, enero-febrero 2002, 32-33.

440 “Tercera posición”, *Marcha*, (Montevideo), 423, 9 de abril de 1948, 5.

441 Carlos Quijano, “Murieron por nosotros”, editorial de *Marcha* del 7 de mayo de 1965, citado por Carmen de Sierra, “Intelectuales y universitarios uruguayos frente a la ‘Guerra Fría’ y a la ‘Tercera Posición’”, *Ciclos*, (Buenos

que por consiguiente no ofrecen perspectivas de bienestar para los otros pueblos y ni siquiera para los propios, debido a que son conducidos por dirigentes que no se identifican con su gente.⁴⁴² Imponer en América Latina uno u otro de esos sistemas sería un despropósito. En el caso del soviético por causas culturales obvias: “América organizada según los cánones soviéticos es por razones históricas, geográficas y en virtud de la coyuntura económica, impensable”; en el caso del norteamericano, sencillamente porque ya se ha probado y no ha resultado: “por la presión de nuestros amos y celosos tutores, [América Latina] ha sido durante años una copia servil del capitalismo occidental, una caricatura del mismo, [que] nunca tuvo viabilidad y menos la tiene ahora”. No queda otra que un tercer camino, el propio: “El dilema es: o América encuentra sus formas y estructuras para ser lo que debe ser o no será nada”.⁴⁴³ Para el continente es imperativo, por tanto, encontrar ese derrotero y, aunque no está claro cuál es, sí se sabe cual no es.

No parece ser la definición del camino el objetivo principal de la Tercera Posición. Sus propósitos son más inmediatos. En la editorial de abril de 1951 se trazan dos objetivos. Uno, en el campo mundial, es nada menos que evitar la tercera guerra; el otro, dentro del campo nacional, es preservar los destinos autónomos de la nación. Se define además como una gran corriente espiritual y política que tiene como misión salvar los mejores valores de la civilización.⁴⁴⁴ Sin duda es el pacifismo una de sus banderas de lucha más evidentes, pero ello no debe confundirse con neutralismo. Una de las batallas más enconadas de los terceristas será justamente negar la neutralidad que sus críticos le achacan, y no dudarán en declarar su beligerancia cuando las circunstancias lo exijan: “El ‘tercerista’ puede ser beligerante. De hecho lo es frecuentemente. Pero su beligerancia no tiene un frente exclusivo; combate contra la sinrazón, tal como él la entiende, sea cometida por Rusia o los Estados Unidos”.⁴⁴⁵ No es una beligerancia a priori,

Aires), 16, 2º Semestre 1998, 135.

442 “La tercera posición”, *Marcha*, (Montevideo), 572, 20 de abril de 1951, 5.

443 Carlos Quijano, “De agosto de 1961 a noviembre de 1963”, editorial de *Marcha*, noviembre de 1963, citado por De Sierra, “Intelectuales...”, *op. cit.*, 132.

444 “La tercera posición”, *Marcha*, (Montevideo), 572, 20 de abril de 1951, 5.

445 A.F.S., “Lo que no es y lo que es la tercera posición”, *Marcha*, (Montevideo),

sino que dependerá de una eventual necesidad urgente de tomar partido. Durante la guerra de Corea, por ejemplo, es inoficioso –afirma la editorial de junio de 1951– inclinarse por uno de los bandos puesto que ninguno representa la democracia ni al verdadero pueblo coreano; lo que se impone, en consecuencia, es la neutralidad. Ante la presente Guerra Fría no cabe tomar partido pues el solo hecho de hacerlo implica la aceptación de las reglas del juego y una tácita cooperación a su materialización: “Pronunciarse ahora, embanderándose con Moscú o con Washington, es, no solo contribuir a que la guerra estalle, sino aún a que estalle en los términos y dentro de las ecuaciones en que la ofrece el antagonismo actual de los dos grandes imperios soviético y norteamericano”.⁴⁴⁶

Aquí se introduce una salvedad que a mi parecer ha sido bastante soslayada, pues la editorial advierte que llegado el caso de una efectiva tercera guerra, habría que definirse del mismo modo que durante la Segunda Guerra Mundial, cuando apoyar las democracias occidentales contra el nazismo se hizo un deber. Aunque no se dice abiertamente, se insinúa que, ante la obligación de definirse, la opción a abrazar sería la democracia occidental norteamericana pese a todo, ya que la alternativa, el totalitarismo soviético, resultaría al uruguayo y al latinoamericano insufrible. Dicha manifestación es un argumento macizo contra aquellas acusaciones de comunismo que el tercerismo, de hecho, recibió. En cualquier caso, la editorial es tajante al manifestar su horror a otra guerra: “nos resistimos a admitir esa hipótesis como un hecho fatal, en función del cual sea obligado adoptar desde ahora posiciones beligerantes”.⁴⁴⁷

Una de las formas de entender mejor el tercerismo es escuchar lo que niega ser. Se ha marcado ya la insistencia de la Tercera Posición en negar el neutralismo, también en negar el comunismo; en verdad, el tercerista puede profesar o no una ideología, y en ese sentido habría, mejor dicho, terceras posiciones, siendo su ubicación *entre* ambas potencias, sin un lugar fijo, lo que realmente lo define.⁴⁴⁸ En un artículo firmado por A.F.S. se decreta que el único y gran requisito para ser tercerista es “no aceptar la capitania

580, 15 de junio de 1951, 16.

446 “Puntualizaciones”, *Marcha*, (Montevideo), 579, 8 de junio de 1951, 5.

447 *Ibid.*

448 “La tercera posición”, *op. cit.*, 5.

de las potencias y fuerzas sociales que encarnan la polarización del mundo actual en dos bandos enemigos. Estar y sentirse libre de enganche. Con eso basta, ya es ‘tercera posición.’”⁴⁴⁹ Tal condición dota al tercerista de independencia de juicio y libertad, otros de sus distintivos máximos.

Dentro de los juicios críticos al tercerismo más acuciosos, se cuenta el libro del cientista social uruguayo Aldo Solari, *El tercerismo en el Uruguay*, de 1965, en el que, junto con precisarse los fundamentos y la trayectoria del movimiento, se localizan sus zonas oscuras. Apunta que el tercerismo puede dividirse en dos etapas separadas por la proclamación de la coexistencia pacífica en 1956 (según moción de Kruschew). Hasta esta fecha el movimiento –según Solari– se nutre más que nada de nacionalismo y neutralismo. En adelante perderá unidad ya que será jalonado por acontecimientos importantes, como la revolución cubana, que lo impresiona positivamente, y sobre todo por el acercamiento cubano a la URSS, que genera “desgarramientos de conciencia”, y el quiebre chino-soviético, que unge a China como alternativa. Cree que este reordenamiento de fuerzas puede anunciar el fin del tercerismo.⁴⁵⁰ Con todo, lo que más le interesa a Solari es el análisis del núcleo de ideas que da forma a la Tercera Posición en su primera fase. En específico, expone cómo el antiyanquismo constituye la piedra angular de la corriente y cómo este antiyanquismo termina por deformarla al punto de volverla nociva para el país y el continente. Sostiene que el antiimperialismo que profesa es en último término antiyanquismo, aunque los terceristas pretexten que si hablan más contra el imperialismo norteamericano es porque les afecta más que el ruso. Acusa que el tercerismo ha incubado una visión estereotipada de la sociedad estadounidense, presentada como monolítica y dominada por grupos de presión que responden a grandes intereses económicos. Así, es el materialismo, la hipocresía puritana y el desprecio por los valores del espíritu los rasgos por excelencia con que se describe a los EE.UU., sin que por ningún lado se resalten sus logros.⁴⁵¹ El problema es que de ese modo el antiyanquismo adquiere una función de justificación explicativa, ya que remite todos los males que aquejan a la sociedad uruguayana

⁴⁴⁹ A.F.S., *op. cit.*, 17.

⁴⁵⁰ Aldo Solari, *El tercerismo en el Uruguay*. Montevideo, Alfa, 1965, 17ss.

⁴⁵¹ *Ibid.*, 65-66.

y, por extensión, latinoamericana, a la acción de esa suerte de ogro en que se ha transformado aquel país del norte. Así, los problemas de Uruguay se disuelven, primero, en los de América Latina, y luego éstos en los de Estados Unidos, que a su vez son el fruto de una sociedad corrompida. Poco se puede hacer entonces desde acá, deviniendo el tercerismo en una ideología conservadora, y la única solución que resta esperar, lejana aunque inexorable, es el advenimiento de una gran catástrofe, que ha de producirse por factores pobremente delineados. En conclusión, la Tercera Posición entraña una función escapista.⁴⁵² Solari lanza esta acusación porque ve con preocupación que tal actitud es perjudicial para el país pues impide la buena acogida de las políticas desarrollistas –con industrialización e inversión extranjera incluidas– que planes como la Alianza para el Progreso, impulsada por Estados Unidos, puede facilitar. El tercerismo ha sido infiltrado, concluye Solari, por cierta obsesión antiimperialista y por el hipercriticismo y purismo tradicionales del medio intelectual uruguayo.⁴⁵³

Quien asume la defensa de la Tercera Posición es el filósofo y viejo colaborador de *Marcha* Arturo Ardao. Respondiendo a Solari en una serie de columnas publicadas durante 1966, Ardao aprovecha de entregar luces acerca del origen del tercerismo, atribuyendo su fundación a Henry Wallace, quien organizó campañas contra la política de polarización emprendida por Truman, de quien había sido ministro, invocando el mantenimiento de la paz a través de un equilibrio global con la Unión Soviética; también reconoce una tradición tercerista francesa que tiene en Jacques Kayser y León Blum a sus mayores exponentes.⁴⁵⁴ A Ardao le interesa sentar que no es el antiimperialismo yanqui lo que da cohesión al tercerismo, por el contrario, su alcance es universal y su meta, el aseguramiento de la paz. El único fin de pelear contra el armamentismo y contra todo imperialismo es evitar una tercera guerra, por eso el tercerismo puede convocar a más de una ideología.⁴⁵⁵ Para Ardao, que en los años sesenta se hable menos de Tercera Posición, más que señal de declinación, es señal de su éxito pues de lo que se habla menos

⁴⁵² *Ibid.*, 72-73.

⁴⁵³ Ver también Yamandú Acosta, “Arturo Ardao: la inteligencia filosófica y el discernimiento del tercerismo en *Marcha*”, en Machín y Moraña, *op. cit.*

⁴⁵⁴ De Sierra, “Intelectuales...”, *op. cit.*, 137.

⁴⁵⁵ *Ibid.*, 136.

es, en el fondo, de Guerra Fría.⁴⁵⁶ Porque, además, uno de los errores de Solari es ver la Tercera Posición como una ideología y no como lo que es, una posición política que deviene estrategia, con objetivos y resultados, que ha sido puesta en práctica en diversas reuniones internacionales –Estocolmo, Belgrado, París, El Cairo y Nueva Delhi. Se reconoce –agrega– en la Conferencia de Bandung de 1955, cuando se constituye la Organización de Países No Alineados, la influencia del pensamiento tercerista internacional.⁴⁵⁷ Por último, Ardao se enfoca directamente en las acusaciones de Solari argumentando que el tercerismo se opone al desarrollismo de origen estadounidense (desde Truman) y no al desarrollo, y en especial a la Alianza para el Progreso porque, a diferencia del Plan Marshall, da preponderancia a la inversión privada.⁴⁵⁸

Como se ha visto, las ideas terceristas no resisten una sistematización fácil, más bien responden a fragmentos que se van agregando unos a otros no sin contradicciones. A veces, incluso, el tercerismo se define mejor a partir de *lo que no es*. Se incluyen en él argumentos antiimperialistas, anticolonialistas, democráticos, internacionalistas (solidaridad entre las naciones débiles), socialistas, latinoamericanistas, etc. Carmen de Sierra ha intentado una definición más global de la Tercera Posición:

Búsqueda de reivindicación metodológica y de significación del espacio, el tiempo y los protagonistas específicos del continente latinoamericano y de la región del Cono Sur. Así también como un derecho y una exigencia a construir la propia historia, sin negar las relaciones y el peso de la historia universal.⁴⁵⁹

2. Ecos del tercerismo

Aunque el tercerismo fue un movimiento relevante, sobre todo en Uruguay, no fueron muchos los intelectuales que adhirieron en un cien por ciento a su discurso. Aquello de condenar abiertamente el

456 Acosta, *op. cit.*, 151.

457 *Ibid.*, 138ss.

458 De Sierra, “Intelectuales...”, *op. cit.*, 137.

459 *Ibid.*, 132.

imperialismo soviético no era para nada popular y hacerlo era caer automáticamente bajo la sospecha de anticomunismo, lo que en los cincuenta y sesenta era, con algo de mala voluntad, sinónimo de macartismo.

Declarada aliada de *Marcha*, la mexicana *Cuadernos Americanos*, bajo la dirección de Jesús Silva Herzog y la colaboración de Daniel Cossío Villegas, se situará frente a la Guerra Fría con una óptica bastante similar a la de los uruguayos, como muy bien refleja el artículo que Silva Herzog tituló “¿Los EEUU o la Unión Soviética?” y que fue publicado a mediados de 1950. Allí el economista e historiador marxista (no comunista) advierte que ambas potencias “son la pesadilla del resto del mundo, de los hombres de bien que anhelan la paz con sus semejantes”.⁴⁶⁰ De Estados Unidos confiesa sentir simpatía por su pueblo trabajador y por sus intelectuales de mente liberal, pero no por sus funcionarios belicistas, por los dueños de trusts industriales, por los grandes banqueros y comerciantes, que viven inmersos en el american way of life creyendo ingenuamente que el capitalismo durará por siempre.⁴⁶¹ Respecto a la Unión Soviética, destaca sus grandes logros, los cuales, sin embargo, pueden ser o son buenos para los soviéticos, pero éstos no son la medida de todos los hombres y no cree que su sistema sea la aspiración de todos los pueblos de la Tierra. En Hispanoamérica, sentencia, se debe encontrar un sendero propio que se inspire en la democracia socialista: ésa es su propuesta, muy semejante al tercerismo uruguayo.⁴⁶²

Una sensibilidad afín aflora en la menos conocida revista bonaerense *Eco Contemporáneo* cuando uno de sus números de diciembre de 1962 manifiesta que “no creemos en el Paraíso social Bolchevique, ni en el Edén del capital privado, ni en el Mito de las Razas Superiores. Una visión de futuro implica trabajo. Nos limitamos al gesto cotidiano, pero vamos a él con todo. No pensamos imponerle nada a nadie, tampoco permitiremos que nos impongan modos o ideologías que no compartimos”.⁴⁶³

460 Jesús Silva Herzog, “¿Los EEUU o la Unión Soviética?”, *Cuadernos Americanos*, (México), 3, mayo-junio 1950, 7.

461 *Ibid.*, 10.

462 *Ibid.*, 14.

463 Carlos Mangone, “Revolución Cubana y compromiso político en las revistas culturales”, *Cultura y política en los años '60*. Enrique Oteiza (coord.), Buenos

Por último, hacia 1953 Ernesto Sábato usaba expresiones familiares para retratar el momento que se respiraba: “se está con Moscú o con Wall Street: o se firma obsecuentemente cualquier papel que nos presenta el PC (...) o se es un lacayo del imperialismo yanqui”. Recurre a una nómina de ilustres personajes –Mann, Einstein, Russell, Hesse, Gandhi, Croce, Berdiaeff, Chesterton, Unamuno, Maritain, Bernanos, Scheler, Buber– para demostrar “que se puede no ser comunista y no obstante ajeno a Wall Street e incluso deseoso de un régimen social más humano y justiciero”. Es un poco más fino Sábato a la hora de ofrecer una superación de la antítesis entre individualismo capitalista y colectivismo soviético, pues, ya que el hombre no es un yo aislado, sino un ser en comunidad con sus semejantes, a lo que se debe propender es a una sociedad socialista no totalitaria fundada en comunidades auténticas (y no en máquinas sociales).⁴⁶⁴

La Tercera Posición se iría apagando conforme avanzaba la Guerra Fría. Un estudio más amplio podría revelar si esta corriente dejó una semilla en movimientos políticos e intelectuales posteriores, como la tercera vía, por ejemplo. Por lo pronto cabe resaltar el tercerismo como una elaboración propia y original que cumplió su objetivo de ofrecer una alternativa latinoamericana al conflicto bipolar de la Guerra Fría.

Aires, Universidad de Buenos Aires, 1997, 201.

⁴⁶⁴ Ernesto Sábato, *op. cit.*, 180-181. Original en *Heterodoxia*, 1953.

**CUARTA PARTE: CONCIENCIA, ACCIÓN Y PODER
DEL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO EN LA
GUERRA FRÍA**

XIII

EL INTELLECTUAL EN ACCIÓN

La frase que da título a este capítulo bien podría ser una redundancia. Esto si definimos intelectual como el individuo que elabora una reflexión acerca de la sociedad en que vive o de la “cosa pública” y que necesariamente comunica el resultado de su reflexión a un público más o menos masivo a través de actividades, valga la redundancia, públicas. Es decir que pone en circulación en el campo cultural los bienes simbólicos que produce y ofrece a disposición del público su pensamiento. Si el intelectual comunica su reflexión y deja libre el acceso a ella está ya en acción, es un sujeto activo y no pasivo, como podría ser un profesor universitario que no sale de su aula, un pintor que se limita a pronunciar sus ideas en su espacio privado o un novelista que apenas autografía sus obras en la feria del libro de turno. El intelectual puede ejecutar diversos tipos de acciones, unas más concretas y visibles que otras. Publicar en una revista o enviar una carta a un periódico supone ya una acción, pero mucho más perceptible a los ojos de la sociedad es dar una entrevista a la televisión, participar en una marcha o dirigirse a públicos masivos en actos académicos, artísticos o políticos.

Son, pues, múltiples las actividades que un intelectual, o mejor, un grupo de intelectuales, puede emprender con el fin de constituirse en una voz audible en el escenario de la vida pública de un país, un continente o el planeta entero. Figurar en la esfera pública suponía para los intelectuales una mayor posibilidad de influir, de participar y de hacerse conocido y reconocido como un actor con pleno derecho para interactuar con otros actores ya no de su campo sino del campo de poder político, estatal o interestatal. En la historia del intelectual latinoamericano es visible la progresión de su perfil: desde un aficionado a las letras cercano a la elite dirigente –o parte de ella– pero complaciente con el orden establecido, pasando por el intelectual profesionalizado con inquietudes sociales y vocación de transformación política, hasta el intelectual comprometido, generalmente de ideas de izquierda, muchas veces revolucionario o al menos disconforme con el orden existente. En la segunda mitad del siglo XX este último es el perfil dominante de intelectual, uno que poco a poco ha ido ganando acceso a instancias que antes le estaban vedadas y que va agregando mecanismos de participación: integra partidos políticos y con frecuencia se le descubre en las cúpulas dirigentes; escribe en diarios y revistas y se refiere a temas que exceden su competencia original, ya sea científica o artística; conforma asociaciones de pares que se pronuncian respecto a coyunturas no solo culturales sino también políticas y sociales; articulan redes multinacionales, quizá menos formales pero tanto o más representativas; rubrican individual o colectivamente declaraciones, manifiestos, cartas públicas y abiertas que proliferan en la segunda mitad del siglo XX (aunque tienen un origen anterior, desde luego); organizan y animan toda clase de eventos; aunque no abundan, intelectuales se postulan a cargos electivos o se inscriben como ministros de sus respectivos países (Rómulo Gallegos, el novelista venezolano, llegó a la presidencia en 1948, Juan Bosch fue presidente de República Dominicana en 1962); desarrollan proyectos editoriales como la publicación de revistas o colecciones; acometen viajes que son bastante más que paseos turísticos y en numerosas ocasiones se entrevistan con jefes de Estado u otras autoridades, sin contar el contacto con sus pares de los países visitados; circulan internacionalmente y se vinculan a organizaciones de alcance continental o global, gubernamentales

o no. En el lapso que abarca esta investigación, 1945-1990, se sucederán las anteriores actividades y se agregarán otras más específicas.

1. Congresos, encuentros, declaraciones

El ejercicio practicado por los intelectuales que tuvo mayor repercusión social fue la celebración de congresos. Éstos se encuentran encadenados a la conformación de asociaciones, pudiendo ser ésta anterior o posterior al evento. O sea: una asociación puede dar origen a un congreso así como un congreso puede dar origen a una asociación. En las secciones anteriores de este trabajo nos hemos enfrentado recurrentemente tanto con eventos como con agrupaciones. Tenemos a los intelectuales comunistas o filosoviéticos formando alianzas nacionales de intelectuales y organizando eventos como el Congreso Continental de la Cultura realizado en Santiago el año 1953; o a los intelectuales ligados al Congreso por la Libertad de la Cultura reuniéndose en Ciudad de México, Buenos Aires o Santiago en la década del cincuenta. Éstos son solo ejemplos de una práctica muy extendida y en la que los intelectuales confiaban como instancia de intervención en el debate público. Habría que estudiar en la prensa de cada país sede la repercusión real de estos eventos, pero a priori es evidente que a los participantes les embargaba la percepción de que de verdad estaban cambiando el mundo con sus reuniones, tal como sugería el tono de las declaraciones o resoluciones emanadas de los congresos, o al menos eso era lo que querían transmitir a la sociedad. Y es que, por cierto, todo congreso de escritores o intelectuales que se preciara de tal no podía clausurarse sin una declaración pública que fijara sus posiciones frente a los acontecimientos políticos más apremiantes del momento.

En la proliferación de los encuentros de escritores tuvo una incidencia decisiva la Revolución Cubana y la ola de latinoamericanismo resultante, aunque también fue importante el liderazgo que hacia fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta había asumido el poeta chileno Gonzalo Rojas, quien desde Concepción, donde enseñaba, convocó en sucesivos eventos a un

selecto grupo de escritores y científicos de América Latina y de Occidente, que marcaron un camino y fueron fuente de inspiración para las reuniones que más adelante se tornarían ya una especie de institución o rito para los intelectuales latinoamericanos.

Entre la gran cantidad de congresos que se verificaron en el periodo es necesario discernir los más significativos. Uno de ellos fue el Congreso de Intelectuales celebrado en Concepción (Chile) el primer mes de 1962, no tanto por las consecuencias concretas que arrojó —una carta al Fondo de Cultura Económica, por ejemplo—, sino por la empatía que se generó entre los escritores participantes, que en adelante afianzarían un espíritu de cuerpo que se traduciría en nuevos encuentros y en la articulación de un discurso más o menos homogéneo, con varios elementos comunes.⁴⁶⁵ Las Jornadas Tercer Mundo y Comunidad Mundial, celebradas en Génova el año 1965,⁴⁶⁶ son trascendentes porque allí se fundó la Comunidad Latinoamericana de Escritores, entidad que luego convocaría al Congreso de Escritores Latinoamericanos realizado en México el año 1968, y al encuentro homónimo de Venezuela en 1970.

El evento de México, hospedado por la capital federal, Guadalajara y Guanajuato, fue muy significativo pues en él entraron en tensión los intelectuales procubanos y el sector más moderado.⁴⁶⁷ A poco de iniciado el congreso, el grupo de cubanos y afines —Fernández

465 Destacó la presencia de Héctor P. Agosti, José Bianco, Thiago de Mello, Alejo Carpentier, Benjamín Carrión, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos, José María Arguedas, José Miguel Oviedo, Claribel Alegría, Mario Benedetti, Pablo Neruda, Gonzalo Rojas, José Donoso, Mariano Picón Salas y el Premio Nobel de Química, el estadounidense Linus Pauling.

466 Concurrieron a Italia Augusto Roa Bastos, Ciro Alegría, José María Arguedas, Juan Rulfo, Roberto Fernández Retamar, João Guimarães Rosa, Ernesto Sábato, José Luis Romero, Leopoldo Zea, José Matos Mar, Enrique Anderson Imbert, Rafael Gutiérrez Girardot, Antonio Candido, Benjamín Carrión, Juan Marinello, Cintio Vitier, Elvio Romero, Carlos Pellicer, Sebastián Salazar Bondy, Abelardo Villegas, Luis Villoro, Josefina Pla, Arnaldo Orfila Reynal, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama.

467 Asistieron Juan Rulfo, Carlos Pellicer, José Revueltas, Elena Garro, Marco Antonio Montes de Oca, Fernando del Paso, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, João Guimarães Rosa, José María Arguedas, Benjamín Carrión, Manuel Rojas, José Bianco, Miguel Otero Silva, Juan Carlos Onetti, Ángel Rama, Nicolás Guillén, Jorge Icaza, Mario Benedetti, René Depestre, Carlos Martínez Moreno, Enrique Lihn, Salvador Garmendia, Augusto Monterroso, Thiago de Mello.

Retamar, Carpentier, Guillén, Depestre, Benedetti, Manuel Rojas, Salvador Garmendia, Enrique Lihn, Carlos Martínez Moreno, Thiago de Mello, Augusto Monterroso, Miguel Otero Silva—declaró su negativa a integrar la Comunidad Latinoamericana de Escritores si ésta admitía a quienes carecían de un espíritu antiimperialista sólido: “hoy en día no se puede pretender que un escritor de izquierda integre la misma comunidad que otro, de militancia pro imperialista, o comprometido con las oligarquías nacionales, u omiso frente a los desmanes del enemigo”.⁴⁶⁸ Con objeto de salvar la unidad se propuso hacer una declaración que condenaba el imperialismo norteamericano y saludaba la revolución latinoamericana y la lucha contra las oligarquías. Pero no hubo consenso. Finalmente la asamblea aprobó un mensaje en que, si bien se censuraba la Guerra de Vietnam, el bloqueo a Cuba, los proyectos sociológicos Camelot y Simpático, y la intervención en universidades de Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela, se atacaba el imperialismo a secas y no norteamericano, lo que abría la crítica al imperialismo soviético o de otro signo.⁴⁶⁹ La declaración recibió la abstención del grupo procubano y el rechazo de José Revueltas —uno de los organizadores— y Edelberto Torres Rivas.⁴⁷⁰

De todos modos la crítica a Estados Unidos dio su impronta al evento, aunque quizás no con la fuerza que hubiesen deseado los procubanos. Prueba de ello son los dos telegramas que los escritores reunidos en México dirigieron al presidente norteamericano Lyndon Johnson. Uno expresaba:

Escritores de América Latina hemos acordado elevar a usted nuestra enérgica demanda para que cese el bloqueo militar, económico y cultural a la República de Cuba, por constituir

468 Informe de Benito Milla para el diario *Acción* de Montevideo, reproducido en *Mundo Nuevo*, (París), 13, julio 1967, 77.

469 Ver Ángel Rama, “Los desacuerdos de una comunidad”, *Marcha*, (Montevideo), 1347, abril 1967.

470 Roberto Fernández Retamar se preguntaba: “¿cómo es concebible que en una comunidad así pueden encontrarse Germán Arciniegas y Jorge Zalamea, o Juan Liscano y Nicolás Guillén?” (*Casa de las Américas*, (La Habana), 43, julio agosto 1967, 98). João Guimaraes Rosa, por su parte, renunció a la vicepresidencia de la CLE, expresando que las responsabilidades políticas del escritor debían ser encaradas por los escritores como tales y expresadas de acuerdo a su dignidad y oficio.

ese bloqueo una agresión odiosa a un país integrante de la comunidad latinoamericana.⁴⁷¹

En tanto el otro decía:

Escritores de América Latina hemos acordado dirigirnos a usted para protestar por el bombardeo sistemático que está sufriendo el pueblo de Viet Nam. Creemos que el cese inmediato de los bombardeos y la retirada de las fuerzas contribuirán a promover la causa de la paz y el entendimiento internacional.⁴⁷²

Ambos textos, pese a su brevedad y a su lenguaje telegráfico, son tremendamente expresivos de la actitud con que los escritores latinoamericanos encaraban este tipo de eventos y de la fe que en sus medios manifestaban. Claro está que solo un intelectual demasiado ingenuo pudo pensar que el mensaje remecería a Johnson. ¿Por qué, entonces, enviar el telegrama? En vista de las rencillas que cundieron en su seno, el congreso bien pudo elaborar el telegrama con el fin de satisfacer a la facción más radical, como una forma de componer las relaciones internas. No hay que perder de vista que las declaraciones y comunicados salían a la luz pública; no eran telegramas privados sino abiertos; por lo tanto más que ser escuchados por Johnson, lo que perseguían los intelectuales era proyectar a la sociedad y a la opinión pública su posición y su pensamiento frente a Estados Unidos y a la situación internacional. De ese modo se cultivaba la imagen que los escritores querían mostrar, y también se influía o se deseaba influir en el foro político de México, sede del evento, y del resto de las naciones latinoamericanas. También puede entenderse el envío de los mensajes como un artilugio para auto-posicionarse como actores relevantes ante el resto de la sociedad. Dirigirse al presidente de Estados Unidos y demandar el cese del bloqueo a Cuba o sugerir la detención de los bombardeos y el retiro de tropas valía como un recurso para impresionar a la opinión pública (como diciendo: “véannos, nosotros le escribimos a Johnson”), para erigirse como un interlocutor válido, aun cuando una respuesta de Johnson que

⁴⁷¹ *Casa de las Américas*, (La Habana), julio-agosto 1967, 113.

⁴⁷² *Ibid.*

validara esa pretensión podía esperarse eternamente y sin éxito. Jugando a la historia ficción, ¿qué hubiese sucedido si Johnson, tras leer los telegramas, ordena el fin del bloqueo y el retiro de las tropas? Simplemente se demostraría que los intelectuales sí se constituyeron en un actor poderoso y determinante. Como ello no sucedió, como era imposible que sucediera, los mensajes más bien son indicio de lo que los intelectuales querían proyectar a la sociedad, de cómo querían que fueran considerados, con el probable fin también de ganarse la simpatía o la admiración de un público expectante ante el atrevimiento de unos escritores que no trepidaban en emplazar al hombre más poderoso del planeta.

En las ciudades venezolanas de Caracas y Puerto Azul se desarrolló el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, continuación del de México.⁴⁷³ En julio de 1970 se dieron cita importantes intelectuales del continente, representantes de un amplio abanico de naciones, generaciones, géneros y simpatías políticas.⁴⁷⁴ Claro que había un vacío decidor: los cubanos, que se ausentaron en pleno. El hecho de que el discurso inaugural corriera por cuenta del presidente Rafael Caldera era señal tanto de la envergadura del congreso como del vínculo que se establecía entre el máximo representante del poder político de una nación y la intelectualidad del continente. La alocución de Pablo Neruda entrega una pauta de lo que fueron las preocupaciones más debatidas. El poeta denuncia la represión, de origen estadounidense, en Santo Domingo y Guatemala, y se rebela ante la condición humillada en que se mantiene a Puerto Rico. Manifiesta también su angustia ante los regímenes dictatoriales de Haití, Brasil y Paraguay; condena el boicot a Cuba y clama por la libertad de José Revueltas (detenido

473 Convocaban al evento la Comunidad Latinoamericana de Escritores y la Comunidad Venezolana de Escritores (en la cual convivían rivales ideológicos como Juan Liscano y Miguel Otero Silva).

474 Entro otros, aparecieron en Venezuela Pablo Neruda, Benjamín Carrión, Leopoldo Zea, Enrique Anderson Imbert, Rosario Castellanos, Eduardo Lizalde, Nilita Vientós Gastón, Pablo Antonio Cuadra, Manuel Maldonado Denis, Elvio Romero, Germán Arciniegas, Emir Rodríguez Monegal, Gerard Pierre-Charles, Miguel Otero Silva, Arturo Uslar Pietri. Remitieron mensajes de saludo Mario Vargas Llosa, Augusto Roa Bastos, Julio Cortázar, Miguel Ángel Asturias, Ángel Rama, Severo Sarduy, Carlos Pellicer, Jorge Amado y Agustín Yáñez.

tras los sucesos de Tlatelolco el 68) y de Regis Debray en Bolivia.⁴⁷⁵ La asamblea al final redacta una serie de resoluciones: condena la dominación colonialista a la que es sometido Puerto Rico y en general toda forma de imperialismo y opresión en el mundo; solicita a “los gobiernos integrantes de la Comunidad el mantenimiento de los Derechos Humanos y la promoción de conquistas sociales”; pide a la comisión de derechos humanos de Naciones Unidas que investigue los casos de los escritores detenidos Eli de Gortari, Caio Prado Junior y los ya nombrados Revueltas y Debray; deplora la escalada bélica que recorre Indochina y específicamente la política norteamericana en Vietnam; solidariza con el pueblo negro y con la juventud estadounidenses; por supuesto, reprueba el bloqueo a Cuba.⁴⁷⁶ Resulta llamativo que las actas del trabajo de las distintas comisiones en que se dividió el congreso sean más explícitas y crudas para lanzar sus dardos. Por ejemplo, se habla sin rodeos de la incursión norteamericana en Camboya y Laos y se califica de genocida la intervención en Vietnam; asimismo se denuncia la “brutal represión” sufrida por los estudiantes norteamericanos.⁴⁷⁷ El desfase entre las resoluciones y las actas puede explicarse por el carácter más consensual y equilibrado de las primeras, que debían representar a las distintas sensibilidades presentes en el congreso; las actas, en cambio, podían reflejar la opinión solo de quienes constituían las mesas.

Por cantidad de invitados y por el heterogéneo origen de los mismos, el Congreso Cultural de La Habana, celebrado en enero de 1968, es probablemente el más grande de los encuentros de intelectuales del periodo. Nació como la continuación en el terreno cultural de lo que fue la Conferencia Tricontinental de La Habana (1966) en el plano político. Debía, en consecuencia, servir de plataforma para que ahora los intelectuales de África, Asia y América Latina se conocieran y se integraran en un trabajo común.

Al Congreso acudieron intelectuales de setenta países de todos los continentes y no escasearon los del Primer Mundo. Susan Sontag, H. M. Enzensberger, Eric Hobsbawm y los infaltables

⁴⁷⁵ *Congreso Latinoamericano de Escritores III*. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1971, 50.

⁴⁷⁶ *Ibid.*, 63-67.

⁴⁷⁷ *Ibid.*, 273-275.

Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir⁴⁷⁸ perseveraron así en la rebeldía y en la peregrinación hacia un Tercer Mundo que para algunos había sido inventado precisamente al interior de los países centrales. Entre los latinoamericanos destacaron Julio Cortázar, Mario Benedetti, Roberto Matta, David Alfaro Siqueiros, Jorge Enrique Adoum, José María Arguedas, Emmanuel Carballo, René Depestre, Jorge Edwards, José Revueltas, Manuel Galich, Enrique Lihn, Edelberto Torres Rivas, Jorge Zalamea, Francisco Urondo y Rodolfo Walsh. Algunos delegados de Asia y África fueron: Mario de Andrade (Angola), Dennis Brutus y Alex La Guma (Sudáfrica), Kaddour M'Hamsadi (Argelia), Eduard-Marcel Sumbú (Congo) y Lajpat Rai (India).

Del evento emanaron documentos y declaraciones de inspiración tercermundista, y se comprometieron actividades, asociaciones y labores conjuntas. Cabe consignar que el ímpetu del congreso no logró recobrase en el tiempo, debilitándose la mayoría de sus iniciativas.

En las ciudades chilenas de Santiago, Valparaíso y Concepción se llevó a cabo el Encuentro Latinoamericano de Escritores, organizado por la Sociedad de Escritores de Chile. El supuesto vínculo entre el gobierno demócrata-cristiano de Eduardo Frei y los gestores del evento tiñó de sospecha un encuentro que según algunos se concibió para utilizar la imagen de los escritores a favor de dicho gobierno.⁴⁷⁹ Pese a todo, la Declaración de Viña del Mar no parece hecha a la medida del gobierno de Chile, y en cambio su primer párrafo es toda una declaración de principios de inspiración fuertemente antiimperialista y filocubana:

Los países latinoamericanos tienen, como elemento común de definición, la característica de constituir, con la sola excepción de Cuba, sociedades explotadas, especialmente desde el punto de vista económico, por los países desarrollados, y más concretamente por los Estados Unidos, los cuales les

478 Del primer mundo también asistieron David Dellinger, Jules Feiffer, Herbert Read, Andre Gunder Frank y Arnold Wesker.

479 Tomaron parte del congreso efectuado en agosto de 1970 Mario Vargas Llosa, Marta Traba, Ángel Rama, Mario Monteforte, Fernando Alegría, Leopoldo Marechal, Juan Carlos Onetti, Carlos Martínez Moreno, Rosario Castellanos, Bernardo Kordon, Emmanuel Carballo, Jorge Enrique Adoum, Enrique Lihn, Juan Rulfo, Francisco Coloane y Antonio Cisneros

imponen relaciones de dependencia a la vez que un complejo de condiciones causantes de colonialismo interno.⁴⁸⁰

En verdad la aversión a Estados Unidos aflora en la mayoría de las declaraciones o resoluciones que los eventos de la época elaboran. Los congresos recién nombrados, sea en México como en Santiago o en Caracas, por lo general se fundan en el rechazo a Estados Unidos, el apoyo a Cuba y la condena de la Guerra de Vietnam. Son estos los elementos que estructuran el discurso de los intelectuales latinoamericanos en la segunda mitad de los sesenta y en la primera de los setenta.

En la medida que los fuegos y las pasiones desatadas por la Guerra de Vietnam se fueron apagando, los congresos de escritores y las declaraciones que engendraban fueron orientando su atención a otros sucesos, aunque siguió siendo el ataque a Estados Unidos un elemento constante, y si ya no era Vietnam su principal culpa, fue la situación de varios países centroamericanos la fuente del repudio. A Cuba se sumaron El Salvador y Nicaragua. En paralelo, es innegable que los encuentros de intelectuales sufrieron una ostensible declinación en la década del setenta.⁴⁸¹ Consecuencia en buena medida del caso Padilla, que no solo dividió a los intelectuales sino que también quebró la alianza entre la Revolución Cubana y un sector importante de los intelectuales de Occidente. La multiplicación de regímenes dictatoriales en el continente también incidió en el descenso. Sea como fuere, en los ochenta los congresos experimentan un renacer que vuelve a colocar a Cuba a la cabeza de la izquierda intelectual. En 1981, aprovechando una instancia de larga data, la reunión del jurado del premio literario Casa de las Américas, y con la participación de invitados como Gabriel García Márquez y René Zavaleta Mercado, se efectuó el Encuentro de Escritores de América Latina y el Caribe, del cual

480 “Declaración de Viña del Mar”, reproducida en René Jara Cuadra (comp.), *El compromiso del escritor*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971, 39.

481 Entre los escasos encuentros desarrollados en el segundo lustro de los setenta se cuenta el II Encuentro de Joven Literatura Iberoamericana (Caracas, noviembre de 1975), organizado por una Confederación de Escritores Iberoamericanos. En el temario se incluye la posición del escritor ante la penetración cultural imperialista y la creación de un frente cultural continental (*Casa de las Américas*, (La Habana), 95, marzo-abril 1976, 149).

nació el Llamamiento por los Derechos Soberanos y Democráticos de los Pueblos de Nuestra América, que en poco tiempo consiguió la adhesión de quinientos intelectuales de distintos países.⁴⁸² La trascendencia del evento radica, empero, en que sentó las bases de un congreso de magnitud que dejaría huella, el Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América.

En septiembre de 1981 La Habana recibió la visita de García Márquez, Juan Bosch, Ernesto Cardenal, Miguel Otero Silva, Chico Buarque de Hollanda, Mario Benedetti, Pablo González Casanova, Oswaldo Guayasamín, Volodia Teitelboim, Héctor Agosti, Agustín Cueva, Manuel Galich, Carlos María Gutiérrez, Manuel Maldonado Denis, Edelberto Torres Rivas, René Zavaleta Mercado, Alfredo Bryce Echenique, Antonio Cisneros, Eduardo Galeano, Augusto Monterroso, Claribel Alegría, Luis Cardoza y Aragón, Osvaldo Soriano y Luis Vidales. A ellos hay que sumar los anfitriones: Nicolás Guillén, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Ambrosio Fornet.⁴⁸³ En la Declaración final se condena el genocidio cultural y las campañas de tergiversación de la realidad operadas por las agencias de noticias; repudia el apoyo del gobierno de Reagan a los regímenes más bárbaros del continente, así como las agresiones del mismo a los pueblos que legítimamente buscan su liberación; proclama el pleno ejercicio de la soberanía cultural, saludando de paso la soberanía política de Belice; apela al pueblo norteamericano para oponerse al armamentismo, tal como lo hizo durante la Guerra de Vietnam.⁴⁸⁴

El Encuentro acordó dirigir una carta al pueblo y a los intelectuales de Estados Unidos; en respuesta, el Congreso de Escritores Norteamericanos propone establecer lazos profundos (y formales) con los escritores y con otras organizaciones de América Latina.⁴⁸⁵ Mas los ecos del evento no concluyeron ahí. De partida, se formó un Comité Permanente del Encuentro, que junto con preparar las siguientes reuniones se pronunciaba sobre la contingencia. Así, por ejemplo, reunido en Managua, el Comité lanza una

482 *Casa de las Américas*, (La Habana), 125, marzo-abril 1981, 190-191.

483 Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos, Roberto Matta, Juan Rulfo, Manuel Scorza y Darcy Ribeyro transmitieron mensajes de adhesión.

484 *Casa de las Américas*, (La Habana), 129, noviembre-diciembre 1981, 34-36. En un párrafo los escritores afirman hablar desde “nuestra trinchera de ideas”.

485 *Ibid.*, 3.

declaración que acusa un siniestro programa de desintegración y desnaturalización de la identidad histórica y cultural de la América Latina perpetrado por Estados Unidos.⁴⁸⁶

Una de las consecuencias más visibles del Encuentro fue la organización del Diálogo de las Américas, que justamente cristalizaba la voluntad de acercamiento entre los escritores de América Latina y de Estados Unidos. Ciudad de México fue en septiembre de 1982 la sede de un evento inaugurado nada menos que por el presidente mexicano José López Portillo. La declaración de rigor hacía una defensa de los procesos revolucionarios del continente –Nicaragua, Cuba, Granada, Surinam– y de los movimientos guerrilleros de El Salvador y Guatemala; al mismo tiempo denunciaba la guerra encubierta que en esos momentos libraba Estados Unidos en contra de Nicaragua y las intervenciones que –gracias a la enmienda Symms– Reagan acometía en el Caribe y Centroamérica. En la misma dirección se solidarizaba con la resistencia a las dictaduras de Haití y del Cono Sur, con las demandas de Panamá (por el Canal) y de Puerto Rico (por su independencia), con los movimientos populares y democráticos al interior de Estados Unidos, y con chicanos, puertorriqueños y otras minorías radicadas en este país.

En diciembre de 1985 se celebró, en La Habana, el Segundo Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, última repercusión de aquel original de 1981. En la ocasión se concitaron más de trescientos intelectuales de América Latina y de otros países, destacándose Roberto Fernández Retamar, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Ariel Dorfman, Armando Hart, Antonio Candido, Volodia Teitelboim, Eduardo Galeano, Chico Buarque y Juan Bosch. Aunque los acuerdos de trabajo estuvieron lejos de la fogosidad del primer encuentro, los casos que más llamaron la atención fueron los de Puerto Rico, Granada y Nicaragua, prueba de que Centroamérica y el Caribe conservaron su protagonismo.⁴⁸⁷

En los años ochenta se observa además un resurgimiento de los

486 *Casa de las Américas*, (La Habana), 132, mayo-junio 1982, 137-138. También se apunta la creación de una filial del Encuentro en España, compuesta por Claribel Alegría, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Carlos María Gutiérrez, Patricio Guzmán y Julio Huasi (169).

487 *Ibid.*, *passim*.

encuentros internacionales que convocaban a escritores de más de un continente, y también de los esfuerzos de la órbita socialista por recuperar su empatía con los intelectuales. En 1980 se desarrollaba en Sofía, Bulgaria, el Tercer Encuentro Internacional de Escritores, que contó con la presencia latinoamericana de Miguel Otero Silva, Volodia Teitelboim, Alfredo Varela, Carlos Monsiváis y Lisandro Otero. Entre sus decisiones se reprobó la absolución que un tribunal venezolano dispensó a los autores del atentado al avión cubano derribado en 1976 frente a Barbados.⁴⁸⁸ Varsovia albergó en enero de 1986 el Congreso Internacional de Intelectuales para el Futuro Pacífico del Mundo, al cual se integraron más de 250 congresales de 54 países del globo. Tras debatir en torno a la amenaza de una guerra nuclear, al desarme, a la protección del medio ambiente y al fomento de una colaboración internacional en condiciones de igualdad, se firmó una declaración que llamaba a la consecución de la paz sin uso de la fuerza, a detener la carrera armamentista y los planes para “armar” el cosmos, y a la eliminación de las bombas nucleares antes de fin de siglo. El Congreso hacía suya, en consecuencia, la designación por parte de Naciones Unidas de 1986 como el Año de la Paz e inicio de una era pacífica para la humanidad.⁴⁸⁹ El Encuentro de Intelectuales de Issyk-Kul, en la república soviética de Kirguizistán, marcó una orientación distinta, reflejo a su vez de la nueva época que se aproximaba. En octubre de 1986 se dio cita un reducido grupo de intelectuales del mundo, con el cubano Lisandro Otero como representante de Latinoamérica, y con la presencia de Arthur Miller, Claude Simon, Peter Ustinov, Federico Mayor, el anfitrión, Chinguiz Aitmatov, y una decena más de intelectuales. Otero dice haber asistido entonces a los orígenes de la perestroika, pues la reunión, convocada por Mijaíl Gorbachov, constituía “una iniciativa para encauzar a los intelectuales en una campaña en favor de la ‘nueva mentalidad’”.⁴⁹⁰ Este renovado espíritu se plasmó en una declaración final que

488 *Casa de las Américas*, (La Habana), 124, enero-febrero 1981, 186-187.

489 *Casa de las Américas*, (La Habana), 157, julio-agosto 1986, 176. No tengo noticia de quienes representaron a América Latina en el evento.

490 Lisandro Otero, *Llover sobre mojado: memorias de un intelectual cubano* (1999), citado por Enrico Mario Santí, “Mi reino por el caballo: las dos memorias de Lisandro Otero” (reseña), *Estudios Públicos*, (Santiago), 76, primavera 1999, 40.

exaltaba la sabiduría, la creatividad, la enseñanza y la inspiración como los valores fundamentales que deben proporcionar los intelectuales. Y en una prueba de la tolerancia y de la armonía a que se propendía concluían los escritores que “estamos conscientes de que los dirigentes de los países que llevan el peso principal de la responsabilidad están buscando con ahínco armonizar sus concepciones sobre el futuro de la humanidad”.⁴⁹¹ Estamos, a todas luces, en presencia de un lenguaje y de un tono distinto, que abandonando el énfasis combativo y confrontacional de otrora abría el horizonte hacia la nueva convivencia internacional que ya se estaba fraguando.

2. Organismos, instituciones, redes intelectuales

A la hora citada, los alumnos se encontraban en la clase de geografía. Hubo una primera pasada de aviones norteamericanos... Los niños descendieron a un refugio subterráneo bastante elemental, evidentemente, pero ¿qué hacer más que abrir galerías de topo en una tierra húmeda cuando esto constituye la única defensa posible? Las bombas comenzaron a caer. Caían exactamente sobre el refugio y los que allí se encontraban. Treinta y tres niños perecieron enterrados. Algunos fueron hallados estrechando en sus brazos a sus compañeros de estudios. Se halló la camisa de uno de ellos colgada de un árbol. El suelo estaba sembrado de libros manchados de sangre... Lo que queda de esta escuela de Hadinh es un hoyo de 13 metros de diámetro y 7 de profundidad.⁴⁹²

Estas palabras fueron pronunciadas por el novelista cubano Alejo Carpentier en 1966. El lugar: Estocolmo. La ocasión: sesión del Tribunal Russell. Este organismo, de jurisprudencia solo moral, fue creado con el fin de juzgar las acciones bélicas de Estados

⁴⁹¹ *Casa de las Américas*, (La Habana), 160, enero-febrero 1987, 135.

⁴⁹² Marta Rojas, “Alejo Carpentier, el conversador y el novelista”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid), 649-650, julio-agosto 2004, 32. *Casa de las Américas* anuncia el periplo de Carpentier agregando que en Estocolmo se juzgará al presidente Lyndon Johnson, al secretario de Estado Dean Rusk y al Defensa Robert McNamara (*Casa de las Américas*, (La Habana), 40, enero-febrero 1967, 145).

Unidos en Vietnam. Carpentier, que había visitado hacía poco ese país, declaraba como testigo, materializando la presencia de un intelectual latinoamericano en una organización de altura y repercusión global como lo fue el Tribunal, cuya existencia solo es comprensible en el mundo de la Guerra Fría, donde cada batalla era sentida como propia pues podía incidir en el destino de cualquier nación más temprano que tarde.

La participación de intelectuales de América Latina en organismos como el Tribunal Russell tiene larga historia. Hemos sido testigos de cómo asumieron un papel bastante protagónico en el Consejo Mundial de la Paz, a partir de fines de los cuarenta y sobre todo en los cincuenta. Amado, Neruda, Oliver y otros se instalaron en esa institución y desde allí pudieron trabajar en pos de la paz mundial, una *pax soviética*, en cualquier caso. El Congreso por la Libertad de la Cultura comparte algunas características de la entidad anterior: es internacional, tiene presencia en prácticamente todos los continentes, afinc sus raíces en una de las superpotencias, aunque se establece en una ciudad más neutral, en este caso París, etc. Un Germán Arciniegas o un Luis Alberto Sánchez establecieron estrechos vínculos con el Congreso y se incorporaron de paso al fragor de la arena cultural de la Guerra Fría. Conocimos también el PEN Club Internacional, una institución fundada desde mucho antes de la Guerra Fría pero que en este periodo se vio mezclada a cada rato en asuntos políticos, que aludían de manera franca al conflicto bipolar. Mario Vargas Llosa llegó a ser presidente del PEN y su gestión tendiente a integrar a escritores soviéticos fue concebida como una forma de colaborar al entendimiento entre escritores de ambos bloques, con la ambición de que en una segunda etapa el acercamiento fuera general. Años atrás Miguel Ángel Asturias había postulado –apoyado por los escritores franceses– a la presidencia, pero fue derrotado por Arthur Miller, el candidato que era visto con buenos ojos por la CIA. Un congreso del PEN, aquél de Nueva York a mediados de los sesenta, sabemos lo que le costó a Pablo Neruda, censurado por visitar Estados Unidos y, según los cubanos, ser utilizado por los yanquis. De modo que el Tribunal Russell supuso una instancia que, al igual que las anteriores, fue aprovechada por los intelectuales para marcar presencia y redoblar el volumen de su voz.

El filósofo y matemático Bertrand Russell, apoyado por la fundación para la paz que llevaba su nombre, ideó este tribunal un poco inspirado en el juicio de Nuremberg y otras iniciativas menos concretas y más simbólicas. Lo cierto es que fue concebido con la intención de impactar en la opinión pública y de exhibir ante el mundo los horrores que a veces las agencias de noticias ocultaban en una época donde el más mínimo detalle comunicacional podía acarrear efectos impensados. Funcionó entre 1966 y 1967 bajo la presidencia ejecutiva de Jean-Paul Sartre y contó con la participación de Simone de Beauvoir, Lelio Basso, el brasileño Josué de Castro y el mexicano Lázaro Cárdenas, entre otros. Sus sentencias fueron muy duras con Estados Unidos, declarado culpable de un vil atropello a los derechos humanos y de numerosos crímenes de guerra.

Sin embargo, el Tribunal Russell no expiraría tras el juicio a Estados Unidos. Reaparecería años más tarde, pero ahora con una misión que tocaría de cerca a los latinoamericanos: enjuiciar los regímenes dictatoriales del continente. Y si en el juicio abocado a Vietnam la presencia de los intelectuales latinoamericanos fue menor, en esta segunda etapa, como es lógico, sería mayor. Así, tanto en la sesión de Roma el año 1974 como en la de Bruselas al año siguiente, Gabriel García Márquez (en calidad de vicepresidente), Juan Bosch, Julio Cortázar y Armando Uribe (miembros), jugaron un rol protagónico.⁴⁹³ El autor de *Cien años de soledad* comentaría más tarde la satisfacción que le reportaba intervenir en el Tribunal, pues se trataba de un trabajo concreto que podía servir para publicitar los problemas del continente en el mundo entero: “Es como una caja de resonancia... Una gran pieza de teatro que hemos montado para que haya noticias sobre la situación en América Latina”.⁴⁹⁴

Esta segunda fase del Tribunal, si bien guarda una relación más

493 Lo presidió el político italiano Lelio Basso. También figuraron Vladimir Dedijer, Francois Rigaux, Albert Soboul, George Casalis, Giulio Girardi, Uwe Holtz, Alfred Kastler, John Molgaard, James Petras, Pham Van Bach, Laurent Schwartz y Alberto Tridente. Nótese que los representantes de Latinoamérica son todos escritores (Bosch, además, era un ex presidente, y Uribe, ex embajador de Chile en China). Cortázar integraría desde 1979 una nueva ramificación del Tribunal Russell, el Tribunal Permanente de los Pueblos.

494 Oscar Collazos, *García Márquez: la soledad y la gloria*. Barcelona, Plaza y Janes, 1983, 189.

cercana con Latinoamérica que la primera, se aleja un tanto del escenario de la Guerra Fría. Claro está que el fenómeno de las dictaduras latinoamericanas estaba inserto dentro del ordenamiento bipolar, y en ese sentido la resistencia a ellas implicaba un efecto en el conflicto global. Sin embargo, hay un aspecto en el que este Tribunal se aproxima más directamente a la Guerra Fría, y es la condena explícita a Estados Unidos y su responsabilidad tanto en el origen como en el mantenimiento de los gobiernos militares. Se señala que EE.UU. ha patrocinado la acción de las grandes empresas multinacionales que han saqueado el continente americano, privándolo del legítimo aprovechamiento de sus recursos naturales:

El Tribunal ha comprobado que los Estados Unidos de América y las empresas extranjeras que ejercen actividades en América latina, por intermedio de filiales o de sociedades sobre cuyo capital y operaciones ejercen un control dominante —y entre las cuales las más fuertes y más numerosas son norteamericanas— han tenido y tienen, con la complicidad de las clases opresoras de América latina, una intervención permanente a fin de asegurarse los más altos beneficios económicos y la dominación estratégica.⁴⁹⁵

Ello ha generado, entre otras miserias, “la utilización, necesaria a este proceso de explotación, de una oligarquía local y de un gobierno controlado por ella para mantener los salarios a un nivel bajo, imponer condiciones de trabajo inhumanas y coartar por todos los medios el ejercicio de los derechos sindicales, de asociación y de huelga, por parte de los trabajadores, utilizando para impedirlo la represión e inclusive el asesinato”⁴⁹⁶

También se deplora el incumplimiento por parte de Estados Unidos de los acuerdos de Naciones Unidas en orden a devolver a los pueblos aún colonizados la soberanía plena de sus derechos, beneficio que Washington no había concedido a Puerto Rico.

Por cierto, no se pueden confundir de manera mecánica las sentencias del Tribunal con el pensamiento y las decisiones de

⁴⁹⁵ Reproducido en <http://www.literaberinto.com/cortazar/tribunalrussel.htm> (visitada el 10 de octubre de 2008).

⁴⁹⁶ *Ibid.*

los intelectuales latinoamericanos que lo integraban, mas lo importante es que, mediante su participación en el organismo, tomaron partido, adoptaron una posición y contribuyeron al ataque contra Estados Unidos, que desde tantos flancos era fustigado. Y al mismo tiempo García Márquez, Cortázar, Bosch y Uribe legitimaban con su presencia las resoluciones del Tribunal, en tanto únicos representantes de los pueblos del continente.

Aunque no fueron instituciones en todo el sentido de la palabra, las redes intelectuales que urdieron los escritores y artistas latinoamericanos del periodo correspondieron también a organismos que se esforzaron por participar efectivamente en el curso de los acontecimientos. Su existencia aceptó una formalidad variable, desde la plena informalidad hasta la formalidad de asociaciones con estatutos más o menos flexibles. Como anunciaba en la introducción, ha llegado la hora de hacer decantar de todo el relato precedente las distintas redes que operaron durante el periodo en cuestión.

1. La red conformada por los escritores comunistas (desde los cincuenta en adelante).

Emerge de los contactos establecidos por los escritores comunistas que tuvieron como instancia de encuentro la institucionalidad ofrecida por la Unión Soviética y la Kominform (no siempre transparentemente). No cristalizaron una asociación privativa de América Latina, sino que se plegaron a instancias más amplias, como el Consejo Mundial por la Paz. Cabe agregar, sí, que los intelectuales comunistas formaron asociaciones de alcance nacional en un alto número de naciones latinoamericanas. Los nombres más relevantes: Pablo Neruda, Jorge Amado, Nicolás Guillén, María Rosa Oliver, Alfredo Varela, Juan Marinello, Salvador Garmendia, Oscar Niemeyer, Luis Vidales y José Asunción Flores.

2. La red liderada por los escritores cubanos y seguida por los del resto del continente (desde los sesenta en adelante).

Nació a partir de la Revolución Cubana y se asentó sobre las instituciones oficiales de la Isla, especialmente Casa de las Américas (con su revista, sus concursos, sus congresos). Liderada por Roberto Fernández Retamar, Alejo Carpentier, Haydée Santamaría, Nicolás Guillén, Lisandro Otero, entre otros cubanos, y secundada por Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Miguel Otero Silva, Ernesto Cardenal, Eduardo Galeano, Mario Vargas

Llosa (hasta 1970), Carlos Fuentes (hasta un poco antes),

3. La red integrada por los intelectuales de izquierda (años sesenta en adelante).

No estuvieron sujetos a las orientaciones soviéticas (no eran comunistas) ni a las directrices cubanas (aunque muchos figuraron entre los procubanos, pero no dogmáticos). Revolucionarios, antiimperialistas, latinoamericanistas, a veces se aglutinaron en asociaciones, otras firmaron declaraciones conjuntas, publicaron en *Marcha*, *Casa de las Américas*, *Siempre!*, incluso *Mundo Nuevo*. Aparecen aquí, junto a algunos ya nombrados (García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes), Juan Rulfo, Miguel Ángel Asturias, Ángel Rama, Marta Traba, Juan Carlos Onetti, Gonzalo Rojas, Augusto Roa Bastos, Ciro Alegría, Ernesto Sábato, Juan Bosch, René Depestre, José María Arguedas, Oswaldo Guayasamín, Luis Cardoza y Aragón, José Revueltas, Antonio Candido, Ariel Dorfman.

4. La red fraguada al alero del Congreso por la Libertad de la Cultura (décadas del cincuenta y sesenta).

Parcialmente formalizada por la pertenencia al Congreso y nutrida por las actividades entre los centros nacionales, incluyó a Germán Arciniegas, Luis Alberto Sánchez, Rómulo Gallegos, Jorge Mañach, Erico Verissimo, Juan Liscano, Alfonso Reyes y Alfredo Pareja Diezcanseco.

5. La red liderada por Octavio Paz (desde los setenta en adelante).

De tendencia liberal y anticomunista, operó más que nada en México con el concurso de Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Jorge Ibarguengoitia, Elena Poniatowska, Tomás Segovia, Gabriel Zaid y Enrique Krauze, y ocupó como tribuna las revistas *Plural* y *Vuelta*.

6. La Comunidad Latinoamericana de Escritores (1965-1970 aproximadamente).

Fundada en el congreso de Génova, impulsó la realización de encuentros en México –donde sufrió la defección del grupo procubano– y Venezuela. Supuso el esfuerzo más serio por constituir una asociación amplia y fuerte, con capacidad resolutive y deliberativa. Su proyección fue, sin embargo, muy limitada.

7. El Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América (1981-1985 aprox.).

Si bien se trata, en principio, de un congreso, evolucionó

para convertirse en una red formal que funcionó vía un comité permanente.

Ya sea mediante la participación en instituciones u organismos internacionales, o bien a través de redes intelectuales por lo general informales, los escritores y artistas latinoamericanos quisieron aumentar su participación, engrosar el volumen de su voz, aparecer como un interlocutor colectivo –por ende, mayor– y fortalecer su poder.

3. Interlocutores

En 1970 el poeta chileno Nicanor Parra concurrió a la Casa Blanca a tomar té con la señora Nixon. Para quienes conozcan la vida y la obra de Parra, y para qué decir su irreverencia, esto puede sonar muy extraño, y en realidad lo es. Los intelectuales cubanos también lo entendieron así, procediendo a retirarle a Parra la invitación para que compusiera el jurado del Premio Casa de las Américas de ese año. Les parecía un hecho aun más grave por la circunstancia que se atravesaba: la intensificación de la guerra en Vietnam y la represión interna. En *Casa de las Américas* se reprodujo el cable con que Parra se justificaba:

Entrevista casual happening Patricia Nixon ocurrió quince abril periodo aparente esperanza paz negociaciones periodo promesa retiro tropas yanquis antes invasión inaceptable Camboya antes masacre monstruosa estudiantes Kent. Rechazo interpretaciones maliciosas. Profundamente afectado apelo justicia revolucionaria. Solicito rehabilitación urgente. Viva lucha ant imperialista pueblos oprimidos. Viva revolución cubana. Viva unidad popular.⁴⁹⁷

Ante estos poco convincentes argumentos *Casa de las Américas* repudia el mero hecho de creer que Estados Unidos estaba cambiando su comportamiento, en circunstancia que tantos años de agresiones clausuraban cualquier esperanza. Las últimas frases de Parra parecen hechas solo para congraciarse con los cubanos, lo que demuestra el valor que los intelectuales latinoamericanos

⁴⁹⁷ *Casa de las Américas*, (La Habana), 61, julio-agosto 1970, 183.

daban a mantener una buena relación con ellos. Es imposible no asociar este incidente con el que afectó a Pablo Neruda unos años atrás. En esa ocasión el autor de *Canto General* no pudo defenderse antes de recibir la carta, aunque es improbable que se apresurara tanto como Parra para disculparse. Por lo demás, en atención a los reparos con que Cuba apreciaba el proceso chileno al socialismo, avivar la Unidad Popular (que estaba próxima a imponerse en las elecciones presidenciales), como hace Parra en el cable, quizá no ayudaba mucho.

Más allá de lo anecdótico, tener a Parra en la Casa Blanca no es un hecho casual. Responde a una voluntad de acercamiento entre el poder político de la nación más poderosa de la tierra y el poder intelectual. Y es también reflejo de la atracción que el poder político ejerce sobre los intelectuales. No conozco mayores detalles de la reunión, y es probable que para Parra haya sido, en principio, una anécdota y que ignoraba los costos que le traería. Quizás asistió porque temió negarse a una invitación tan empingorotada. O quizás lo hizo seducido por la posibilidad de codearse con la elite norteamericana, de adquirir reconocimiento o incluso prebendas económicas, si somos maliciosos.

Digo que la invitación de la señora Nixon no es casual porque existen antecedentes. Recordémoslo: hacia 1963 se trasladó vía aérea al grupo de intelectuales que participaba en el simposio de la Fundación Inter-Americana de las Artes para ser recibidos por el mismísimo presidente Kennedy. El contacto directo, personal, entre intelectuales del continente y jefes de Estado fue, en cualquier caso, algo más o menos común a lo largo de la historia y durante la Guerra Fría también. A través del relato hemos constatado la persistencia de este tipo de encuentros, algunos más significativos que otros, por cierto, dependiendo del país del gobernante. Si es de Estados Unidos –como en el caso de Kennedy– o de la Unión Soviética, tanto mejor. Si es con jefes de países grandes y poderosos, o de países influyentes, también es considerable. Cuando se trata de presidentes de países latinoamericanos la relevancia es menor aunque en ningún caso desdeñable. Pablo Neruda, primero en representación del Consejo Mundial de la Paz y luego como embajador de Chile en Francia, se reunió con Nehru y con Brezhnev, respectivamente. Encuentros más fugaces con Mao y otros gobernantes confirman al Nobel como uno de

los intelectuales de mayor roce con las elites políticas mundiales. Jorge Amado se entrevistó con el presidente de Albania, Enver Hoxha y, ya a fines de la Guerra Fría, conoció a Mijaíl Gorbachov. María Rosa Oliver estuvo con Kruschev y con Mao; Nicolás Guillén se relacionó con el premier búlgaro Todor Zivkov. David Alfaro Siqueiros entrevistó a Nasser, Chou En Lai y Nehru. El músico paraguayo José Asunción Flores fue recibido en China por Mao Zedong. Hasta aquí he nombrado a comunistas o filosoviéticos. Gabriel García Márquez debe ser el campeón en cuanto a encuentros y amistades con dirigentes se refiere. Amigo de Fidel Castro, de Omar Torrijos, de López Michelsen, de López Portillo y de Carlos Andrés Pérez, comensal de Mitterand,⁴⁹⁸ conocido de Agostinho Neto (Angola)... hasta con Juan Pablo Segundo sostuvo una entrevista (aunque tuvo la sensación de que el Papa nunca reparó con quién estaba hablando). Al presidente panameño Torrijos acompañó incluso a Washington para la firma de un tratado sobre el canal, en 1978, usando pasaporte oficial (también integró la comitiva Graham Greene).⁴⁹⁹ El cubano Carlos Franqui, antes de distanciarse de la Revolución, fue parte de una delegación oficial que en 1960 visitó Nueva York, donde se reunió con Nikita Kruschev; más tarde le fue encargada la misión de convencer a Janio Quadros para que votara a favor de Cuba en una asamblea de Naciones Unidas. Como periodista viajó a Moscú, donde ahora realizó una entrevista al gobernante soviético. En 1962 conoció además al presidente argelino Ben Bella.⁵⁰⁰ Lisandro Otero saluda a Gorbachov cuando éste visita La Habana...

Existió cercanía entre muchos de los intelectuales que hemos estudiado con presidentes tanto de sus propios países como con otros del resto del continente. Mención aparte se lleva Fidel Castro, quien trabó amistad o al menos una relación cordial con

498 En *El olor de la guayaba* el colombiano recuerda un almuerzo en México con François Mitterand al que también asistieron Carlos Fuentes y Luis Cardoza. Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Bogotá, La Oveja Negra, 1982, 108.

499 García Márquez reconoce ser una especie de embajador subterráneo. Aparte de jefes de Estado, también tuvo reuniones con dirigentes sandinistas y se relacionó con la Internacional Socialista. Ver Collazos, *op. cit.*, 208-209.

500 Carlos Franqui, *Family portrait with Fidel*. Nueva York, Vintage, 1985 (1984).

gran número de escritores y artistas. Aunque desde su posición de superioridad ejerció un profundo magnetismo sobre ellos, también es cierto que los escuchaba y que en ocasiones cedió ante sus sugerencias. Pero muchas de estas amistades no terminarían bien – García Márquez es, aún hasta hoy, una excepción. El caso del poeta cubano Heberto Padilla desencadenó la ruptura entre Fidel y los intelectuales occidentales en general, no solo los latinoamericanos. Desde que en 1968 comenzaran las hostilidades del aparato estatal sobre Padilla –proceso que hizo crisis en 1971– hubo escritores que se sintieron con el derecho y la confianza como para enviarle cartas privadas y personales a Castro solicitándole que intercediera por Padilla.⁵⁰¹ El 71 las cartas se harían abiertas, públicas y masivas, y con un tono de insolencia que Fidel no aceptó. Sin embargo, la ola de protestas ante la detención de Padilla probablemente fue decisiva para su liberación, y en ese sentido los intelectuales le habrían doblado la mano a Castro, con el costo, sí, de romper relaciones en muchos casos. El grado de influencia que ejercieron los escritores sobre Fidel será siempre discutible, pero no es un despropósito afirmar que en el caso Padilla el poder específico de los intelectuales se hizo sentir.

Por cierto, el puro y simple contacto personal no prueba nada. No podría aseverar pues que los intelectuales latinoamericanos interfirieron en el curso de la historia porque influyeron, condicionaron, presionaron u obligaron a los jefes de Estado para que acatasen sus recomendaciones o exigencias. Algún grado de influencia pudo existir, acaso muy menor. Pero lo que sí se puede afirmar es que los intelectuales entraron en la dinámica del poder, circularon en torno a las cúpulas políticas de los Estados, ampliaron así sus redes de contactos, adquiriendo ante los ojos de la opinión pública un nuevo y mayor estatus, se internacionalizaron. También se prueba que de parte de las autoridades políticas de los países –grandes o pequeños– existió la voluntad de atraer a los intelectuales, de mostrarlos como amigos si no como aliados, de ganarse en alguna medida la simpatía del público que vibraba con las novelas, se emocionaban con los poemas o se impresionaba ante los cuadros de sus artistas favoritos.

501 En noviembre del 68 Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Carlos Franqui, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y el español Juan Goytisolo escriben una misiva a Castro alarmados por la situación de Padilla y de otros escritores.

La conversación informal y distendida que predominó en los encuentros personales entre intelectuales y gobernantes no fue la ocasión ideal para plantear demandas, reivindicaciones o protestas. Las cosas importantes se decían de otro modo. Ante el público, primero que nada; a través, luego, de canales masivos, como diarios y revistas; utilizando soportes como declaraciones o manifiestos; dirigiéndose a sus pares en congresos, etc. Pero, ¿a quién hablaban los intelectuales? ¿A quiénes interpelaban? ¿Quiénes eran los destinatarios, implícitos o explícitos, de sus mensajes? Éstos, los destinatarios, ¿les contestaban, se daban por aludidos o ni siquiera se enteraban? Aunque la mayoría de los pronunciamientos eran dirigidos al aire, o sea, a una tácita opinión pública, o bien a sus pares, ya fueran amigos o rivales, hubo una cantidad importante de mensajes que sí explicitaron el destinatario, a veces con nombre y apellido, otras a instituciones o entidades.

Organismos internacionales, como Naciones Unidas u otras federaciones de países, fueron interpelados por la inteligencia latinoamericana. Es lo que sucede en 1968 con el secretario general de la ONU, U Thant, a quien envía un cable al “Frente Cultural Antimperialista”, formado en Chile por el pintor Roberto Matta a su regreso del Congreso Cultural de La Habana. Le pide que garantice que Estados Unidos no lance bombas atómicas en Indochina ni prosiga la guerra bacteriológica.⁵⁰² El peruano Javier Pérez de Cuéllar, homólogo de Thant hacia 1983, recibe una carta de setenta escritores connacionales en la que le instan a contener las agresiones estadounidenses sobre Nicaragua.⁵⁰³ Naciones Unidas fue escenario incluso para un intelectual como Lisandro Otero, quien, encomendado por Cuba, defendió a su país ante la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, en 1987. Su exitosa gestión –EE.UU. no logró que se examinase la violación de derechos humanos en la Isla– se fundamentó en el desarrollo cultural cubano, que demostraba el respeto a tales derechos. Según Otero, “quienes afirman lo contrario son alentados por el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, que ha sido juzgado y condenado por sus contemporáneos, y lo será también por la historia”.⁵⁰⁴ De ese modo Otero conseguía tornar al acusador

502 *Punto Final*, (Santiago), 50, 12 de marzo de 1968, 25.

503 *Casa de las Américas*, (La Habana), 140, septiembre-octubre, 1983, 149.

504 *Casa de las Américas*, (La Habana), 163, julio-agosto 1987, 139.

en acusado. La presencia de Otero es reflejo de la confianza que Cuba depositaba en sus intelectuales (misma confianza que más tarde se le negaría al mismo Otero, que terminó peleado con el régimen) como para encargar a uno de ellos una tarea tan delicada como ésta. El Movimiento de Países No-Alineados era una asociación menor que Naciones Unidas, claro está, pero de todos modos era una agrupación amplia y muy representativa de los países del Tercer Mundo. Con motivo de la VI Conferencia Cumbre del Movimiento (La Habana, septiembre de 1979), se montó una conferencia de prensa en la sede de la UNESCO en París, en la cual intelectuales europeos y latinoamericanos se dirigieron concretamente al presidente de la Cumbre para expresarle su solidaridad hacia Cuba y apoyar las iniciativas de lucha liberadora en contra del imperialismo, el neocolonialismo, el apartheid, el racismo y las presiones económicas, y contra toda forma de dominación o de agresión extranjera sobre las naciones. Por América Latina suscribían artistas plásticos (Roberto Matta, José Balmes, Julio Le Parc), músicos (Isabel y Ángel Parra, Daniel Viglietti) y literatos (Alfredo Bryce Echenique, Julio Cortázar y Jorge Enrique Adoum).⁵⁰⁵

Quizás los mensajes más resonantes fueron aquellos mandados a personajes con nombre y apellido. Ya vimos cómo el Congreso de Escritores Latinoamericanos apremiaba a Lyndon Johnson para que retirara sus hombres de Vietnam. En Argentina, el Encuentro Nacional de Artistas y Escritores (noviembre de 1971) resolvió redactar un telegrama a Richard Nixon que, amén de insistir con el repliegue de las tropas en Vietnam, exigía la libertad de la activista afroamericana Angela Davis.⁵⁰⁶ Hacia 1982 el Comité Permanente del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América le escribía a Margaret Thatcher (presumo que por las islas Malvinas).⁵⁰⁷ En 1989 era George Bush quien recibía

505 *Casa de las Américas*, (La Habana), 118, enero-febrero 1980. Recordemos que Julio Cortázar trabajó en la UNESCO y que Adoum fue funcionario de Naciones Unidas y también de la UNESCO.

506 “El encuentro nacional de Artistas y Escritores”, *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), 111, enero-febrero 1972, 8.

507 *Casa de las Américas*, (La Habana), 131, marzo-abril 1982, 179. El Comité también reclamó a la junta de gobierno salvadoreña la libertad de los hijos de Roque Dalton y a la junta argentina la de Héctor Agosti.

una comunicación de cientos de intelectuales del mundo, esta vez preocupados por la situación de Nicaragua.

Hasta aquí se han consignado los mecanismos por medio de los cuales los intelectuales latinoamericanos dirigen sus pronunciamientos así como los destinatarios de los mismos. Es momento de contestar la gran pregunta: ¿recibieron respuesta?, ¿tuvieron algún efecto sensible sus iniciativas?, ¿fueron escuchados, al menos?

Pablo Neruda tuvo, como ya se ha reseñado, un encuentro con Leonid Brezhnev en París que según recuerda no fue del todo grato, sobre todo al tocar el tema de los escritores disidentes. Dice incluso que el jerarca le miró mudo, con cara de palo. Algo semejante le había ocurrido muchos años atrás con Sri Pandit Jawaharlal Nehru. ¿Son éstas experiencias metáforas de lo que le ocurrió en general a los intelectuales de América Latina al momento de elevar sus demandas y reivindicaciones a los líderes políticos mundiales? Creo que, sin ser reflejo exacto de la realidad, en buena medida sí. Porque en verdad no se observan en el periodo esfuerzos materiales de las cúpulas políticas por cumplir las aspiraciones de los intelectuales. Evidentemente no se trata de que Johnson o Nixon hayan corrido a retirar sus tropas de Vietnam luego de recibir (si es que los recibieron) los comunicados emitidos por los intelectuales. Pero sí pudo haber sucedido que éstos fueran escuchados con más detención, que se hubieran instituido canales de diálogo equilibrados y fluidos, que les hubiesen encargado misiones o cargos de importancia y confianza, que se hubiesen incorporado sus propuestas a programas estatales o internacionales, que hubiesen participado del debate en las más altas esferas de la escena mundial. Por cierto, esto no quiere decir que no existiese un diálogo efectivo ni que los intelectuales hubiesen obtenido nula respuesta. Existe, e incluso se puede aseverar que lograron constituirse en un actor y en un interlocutor válido al interior de la arena pública internacional y, por ende, en el terreno de la Guerra Fría. En especial porque, si bien es cierto que los poderes políticos no parecen reaccionar ante los emplazamientos de los intelectuales, desde el poder sí nace, de manera espontánea, una voluntad por acercarse y contactarse con los agentes culturales. Es decir que se trataría de una comunicación unidireccional: los políticos acuden a los intelectuales cuando lo necesitan o lo estiman conveniente, pero

no cuando son los intelectuales quienes los interpelan. Y pruebas hay muchas. Sucede en los congresos de escritores que responden a iniciativas oficiales. En Cuba, en Santiago, en Caracas o en Moscú es habitual, en esta línea, que los presidentes (o en su defecto sus ministros) inauguren los eventos o envíen mensajes de saludo. Ocorre muchas veces que los intelectuales son invitados a palacio, sea el “príncipe” Kennedy o Mao. Los jefes de Estado pueden premiar y condecorar a escritores y artistas, pero difícilmente se da al revés. Bush puede enviar una carta de agradecimiento a Germán Arciniegas, pero dudo que se dignase responder aquella carta de 1989 en protesta por lo de Nicaragua que le remitieron cientos de intelectuales. Y en un sentido negativo, los gobiernos se permitían exiliar, detener, desaparecer o negar la visa a los intelectuales, pero no creo que cediesen ante las cartas abiertas que les solicitaban la liberación de tal o cual intelectual preso.

En el fondo, la pregunta de si eran o no considerados los intelectuales por el poder político remite justamente al asunto del poder efectivo que detentaban y a cómo este poder específico se introdujo en el campo de poder político internacional. Por de pronto, ha quedado en evidencia que al menos se instituyeron instancias de diálogo entre el poder político y el poder intelectual, más allá de que sea imposible de cuantificar la influencia real de los escritores y artistas en el curso de la política global.

EPÍLOGO

El fin de la Guerra Fría ha generado distintas interpretaciones. Se han discutido especialmente las causas reales del desmoronamiento de la Unión Soviética, tanto como la fisonomía del nuevo orden mundial, con Estados Unidos como única potencia hegemónica. Y pese a que el fin de la Guerra Fría no se produjo de un día para otro, sí es evidente que el modo en que se resolvió sorprendió por la rapidez con que se derrumbaron estructuras que por décadas parecieron inamovibles. Se podría escribir mucho acerca del tema, por cierto. Pero me limitaré en estas páginas, a retratar una especie de fotografía del momento, que no pretende para nada ser exhaustiva, sino una simple captura de emociones, reflexiones, confesiones, acerca del desenlace de un conflicto que por más de cuatro décadas mantuvo expectante a la comunidad intelectual internacional. Tan larga fue la Guerra Fría, que muchos lisa y llanamente se perdieron el final, se despidieron del planeta sin saber cuál bando sería el triunfador. Los que se quedaron, en cambio, celebraron, lamentaron y hasta se hicieron, en algunos casos, los desentendidos.

Si la alegría por la caída del bloque socialista se pudiera personificar, sin duda sería Octavio Paz el mejor intérprete. Como vimos en su momento, el Nobel mexicano organizó un gran evento para analizar los sucesos que daban la razón a todos aquellos que supieron desnudar los vicios que corroían internamente y por décadas al gigante euroasiático, aquellos que, como Paz, habían cuestionado la fascinación que la URSS ejercía sobre tantos intelectuales que hicieron del socialismo soviético la utopía a seguir. “El Siglo XX: La experiencia de la libertad”, fue el título adoptado por el encuentro, que congregó a escritores y pensadores reconocidos por sus ideas liberales o bien por su disidencia a los regímenes de Europa del Este. Un par de años después, sin embargo, el grupo de intelectuales cohesionados en torno a la revista *Nexos* –liderado por Héctor Aguilar Camín– gestó el Coloquio de Invierno, la respuesta al evento de Paz que con una mirada progresista intentaba moderar la euforia liberal.⁵⁰⁸

Para un número importante de intelectuales la preocupación pasó por evitar que la derrota soviética fuera interpretada como un triunfo absoluto de Estados Unidos y del capitalismo que le habilitara para cometer sin reservas los atropellos de siempre. Carlos Fuentes incluso compara la manera en que norteamericanos y ex socialistas resuelven los desafíos de la hora. Con motivo de la incursión estadounidense en Panamá (diciembre de 1989), califica el hecho como un desastre internacional que “interrumpe violentamente el proceso de distensión y establece un violento contraste entre los cambios pacíficos que se suceden en la antigua zona de influencia soviética y la arrogante incapacidad norteamericana para aceptar los caminos de la negociación y el derecho en su propia área de influencia en Centroamérica y el Caribe.”⁵⁰⁹

En sintonía con lo anterior, Gorbachov, al contrario de Bush, ha renunciado, según Fuentes, a toda clase de intervencionismo y ha dejado que cada país dirima libremente sus conflictos. Fuentes clama por una “perestroika americana”, porque lo que cabe esperar, sobre todo para los latinoamericanos, no es auspicioso: “Si

508 Maarten van Delden, “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*”, *Foro Hispánico*, 22, 105-119.

509 *Casa de las Américas*, (La Habana), 179, marzo-abril 1990, 154. El texto corresponde a “Las lecciones de Panamá”, publicado originalmente en *El País* del 24 de diciembre de 1989.

Washington ha decidido que el fin de la guerra fría internacional autoriza el inicio de una guerra caliente interamericana, nadie ni nada se encuentra a salvo.”⁵¹⁰ Fuentes sintetiza bien lo que era una percepción bastante extendida: “El mundo ya no responde a las visiones o ilusiones provincianas de Estados Unidos. Los procesos de cambio son demasiado profundos, a la par que imprevisibles. Washington no se debe engañar creyendo que *ellos* han triunfado y *los otros* han perdido, y que esta lectura falaz les da a Estados Unidos patente de corso, si no en Europa, Asia o África, sí en este hemisferio.”⁵¹¹

Es reconocible a su vez en determinados intelectuales de izquierda el deseo de poner a resguardo el socialismo como principio y rescatarlo de las ruinas del bloque soviético. Roberto Fernández Retamar, en este sentido, sentencia que no ha dejado de existir el socialismo, sino sólo versiones deformes de él.⁵¹² Eduardo Galeano observa que no parece haber sitio hoy para las revoluciones ni para la izquierda: “Estamos todos invitados al entierro mundial del socialismo... Yo confieso que no me lo creo. Estos funerales se han equivocado de muerto.”⁵¹³ Al mismo tiempo, el uruguayo se permite recuperar aún una virtud soviética, que contrasta con el abuso norteamericano que tiene en Nicaragua a su última víctima. Dice que en América Latina y el Tercer Mundo siempre se valoró que la URSS “no se alimentaba de la pobreza de los pobres, no participaba del saqueo en el mercado internacional capitalista y, en cambio, ayudaba a financiar la justicia en Cuba, en Nicaragua y en muchos otros países.”⁵¹⁴

A nadie afectó más el desmantelamiento del bloque soviético que a los viejos comunistas. En ellos el dolor se duplicaba o triplicaba, porque no sólo se derrumbaba la Unión Soviética, se derrumbaba un sistema, un credo, un sueño. Además se sintieron en parte engañados, pues nunca se imaginaron las miserias que

⁵¹⁰ *Ibid.*, 155.

⁵¹¹ *Ibid.*, 156.

⁵¹² Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*. Cuadernos Atenea, Concepción, 1998, 92. Original: “Caliban en esta hora de Nuestra América”, *Casa de las Américas*, 185, octubre-diciembre 1991.

⁵¹³ *Casa de las Américas*, (La Habana), 180, mayo-junio 1990, 152. Original: “El niño perdido en la intemperie”, en *La Jornada* de México, 29 y 30 marzo de 1990.

⁵¹⁴ *Ibid.*, 153.

el socialismo real albergaba, miserias que fueron develadas tras la caída del Muro de Berlín en cada una de las repúblicas satélite.⁵¹⁵ Oscar Niemeyer, con todo, demoró en procesar lo sucedido. Narra que ante el fin de la URSS aún confiaba que algo debía explicarlo y que los antiguos comunistas sabrían solucionar la crisis. Perplejo, percibía que su posición era rara en su país y en el mundo, y es que no aceptaba la derrota, pensaba que la crisis era sólo una fase más de la lucha política y esgrimía que “o ser humano nao atingida ainda o nível que a sociedade comunista, solidária, exigia” (o sea que la falla era del hombre, no del sistema). Además, el arquitecto insistía en ponderar lo que la Revolución de Octubre había hecho por el pueblo ruso y por el ser humano, un logro que la crisis del momento no debía ensombrecer.⁵¹⁶

Quien sí acusó el golpe fue Jorge Amado. Su confeso dolor nos devuelve a la década del cincuenta, cuando su experiencia en el bloque socialista, primero, y las revelaciones contra Stalin, después, le birlaron para siempre el entusiasmo juvenil que había profesado por el comunismo. Fiel a su partido, Amado, en los noventa, solidariza con el dolor de sus camaradas, algo que parece afectarle más que el propio fin de la URSS:

Fragmentos de lo que fue el sueño y el combate, la esperanza y la certeza de millones de seres humanos, están siendo vendidos por el mundo en pequeños pedazos por ávidos comerciantes norteamericanos a coleccionistas de reliquias, junto con los fragmentos del muro de Berlín. Sé de hombres y mujeres, magníficas personas, que de repente se encuentran desamparados, vacíos, sumergidos en la duda, en la incertidumbre, en la soledad, perdidos, enloquecidos. Lo que los inspiró y condujo por la vida, el ideal de justicia y belleza por el cual tantos sufrieron persecuciones y violencia, exilio, cárcel, tortura, y otros muchos fueron asesinados, se

515 Sin ser comunista, aunque sí de la izquierda radical, Mario Benedetti confesaba que “no sabíamos hasta qué punto llegaba la corrupción en algunos de esos países; en el caso de Ceausescu era impensable” (entrevista a Mario Benedetti en Sergio Marras, *América Latina. Marca registrada*. Barcelona, Ediciones B-Andrés Bello, 1992, 216). En el mismo libro, Nicanor Parra cuenta: “yo sabía que las cosas no estaban bien, yo había hecho mis viajes a la Unión Soviética y había síntomas de desintegración” (375).

516 Oscar Niemeyer, *As corvas do tempo. Memórias*. Río de Janeiro, Revan, 1999, 252.

transformó en humo, en nada, en algo sin valor, apenas fue mentira e ilusión, mísero engaño, ignominia.⁵¹⁷

Qué duda cabía. Uno de los contendores había abandonado. La Guerra Fría era cosa del pasado. Para los intelectuales latinoamericanos, que habían luchado en distintos escenarios y empuñado las más diversas armas, era el fin de una agitada –quizá como nunca– época. Atrás habían quedado décadas que tuvieron a los intelectuales como protagonistas de la escena cultural del continente y del mundo. Décadas que, en cualquier caso, no fueron homogéneas, sino que, al contrario, fueron cambiantes y alternativas, lo que es natural dada la extensión del periodo, casi medio siglo. Para proponer una periodificación de la Guerra Fría desde la experiencia de los intelectuales latinoamericanos, se pueden trazar las siguientes etapas:

1. La Guerra Fría como conflicto bipolar mundial (1945-1959). En esta etapa los intelectuales se hacen cargo de la Guerra Fría como un conflicto que los involucra en tanto ciudadanos del mundo más que como latinoamericanos. Se trata de una reacción ante la inminencia de una tercera guerra, que se traduce en una lucha pacifista que tibiamente toma partido contra la supuesta agresividad norteamericana. Es el tiempo en que los intelectuales comunistas o pro comunistas identifican la lucha por la paz con la causa soviética. En simultáneo surge la alternativa tercerista, equidistante de las potencias. Y también es la época más vital del Congreso por la Libertad de la Cultura, que insiste con un discurso en apariencia neutral.

2. “Latinoamericanización” de la Guerra Fría (1959-1966). Su punto de partida es la Revolución Cubana, a la cual los intelectuales se adhieren calurosamente, sellando un compromiso con la revolución continental que al mismo tiempo los empuja a una posición más definida y categórica en su antinorteamericanismo. En estos años se enfatiza la convicción de que América Latina es afectada de manera directa por la Guerra Fría, así como también se hace evidente la importancia que el continente posee para

517 Jorge Amado, “Sólo el futuro es nuestro”, *La Jornada Semanal*, México, 29 de diciembre de 1991, citado por Jorge Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires, Ariel, 1993, 55-56.

los bloques en pugna. Por otro lado, la Revolución Cubana intensifica los esfuerzos norteamericanos por influir en la cultura del continente, ante el temor que lo de Cuba se replicara en otros países de la región.

3. “Tercermundialización” de la Guerra Fría (1966-1975). El efecto de la Conferencia Tricontinental de La Habana (1966) y de la Guerra de Vietnam golpea con fuerza a los intelectuales, que en adelante declararían su tercermundismo militante y que ante la Guerra de Vietnam alzarían su voz para atacar sin tregua la política exterior estadounidense.

4. “Centroamericanización” de la Guerra Fría y lucha por la democracia (1975-1985). Apagados los ecos de la Guerra de Vietnam y decaídos los ánimos tercermundistas, los intelectuales vuelcan su preocupación sobre la agitada situación política de los países centroamericanos y sobre la crisis de la democracia en los países del Cono Sur. Al ya antiguo conflicto de Cuba con Estados Unidos se sumarán las luchas revolucionarias en El Salvador y Nicaragua, fundamentalmente. El triunfo sandinista en 1979 generará un fervoroso apoyo de los intelectuales, que por cierto supone un nuevo motivo de enfrentamiento con Estados Unidos. Y la instauración dictatorial en Chile, Uruguay y Argentina, que se agrega a la de Brasil, provocarán primero la lucha por la supervivencia y, segundo, la lucha por la recuperación de la democracia.

5. Repliegue (1985-1990). El fin de las dictaduras en Sudamérica, la perestroika y la posterior caída de la Unión Soviética, amén del nuevo clima de entendimiento entre las superpotencias, provocarán un progresivo repliegue de los intelectuales, los cuales perderán visibilidad en la vida pública. Además, los antiguos adalides del comunismo han quedado desautorizados.

¿Qué significó, más allá de esta división, la era de la Guerra Fría en la historia de los intelectuales latinoamericanos? Durante la época alcanzaron su punto culminante varios procesos que venían jalonando la situación del intelectual —entiéndase que hablo del “intelectual-artista”— desde hacía décadas. En primer lugar, se masificó la circulación internacional de los intelectuales latinoamericanos, que recorrieron el continente y el mundo con una intensidad sin precedentes. En segundo lugar, se agudizó el compromiso de los intelectuales con movimientos políticos

y sociales, participando, en muchos casos, directamente en la conducción revolucionaria, ya sea como ideólogos, ya sea como militantes, ya sea, incluso, como combatientes. Si bien es cierto los intelectuales de América Latina lucían una larga trayectoria política, será en esta época, y más que nada a partir de la Revolución Cubana, que alcanzará su mayor expresión. En tercer lugar, se afianzó la profesionalización de los intelectuales, que en grado creciente se incorporaron al mercado y, en los casos más exitosos, consiguieron no solo vivir de su vocación sino también ganar dinero en grande. En cuarto lugar, y en varios sentidos relacionado con los puntos anteriores, los intelectuales lograron dirigirse a públicos masivos, utilizando para ello los medios de comunicación masivos que se han creado o perfeccionado, como el cine, la radio, la televisión, las revistas, las editoriales transnacionales, etc. Todo lo anterior confluyó para que los intelectuales adquirieran un protagonismo inédito, al menos en lo que respecta a popularidad e impacto mediático.

Sin embargo, conviene distinguir dos momentos al interior de la era de la Guerra Fría, ejercicio del cual emerge una conclusión bastante clara: si los años sesenta fueron la “época de oro” del intelectual-artista comprometido, los años setenta y ochenta asistirán a un declive en la figuración de éste intelectual, mermado por la persecución de las dictaduras y desacreditado por la derrota del socialismo real y por el eclipse de la Cuba castrista. Se podría incluso aventurar que tuvo lugar un relevo, una entrega de testimonio del intelectual-artista al intelectual-cientista social. Sería éste el que adquiriría mayor relevancia sobre todo en el escenario de la lucha contra las dictaduras y la recuperación de la democracia, apoyado claro está por las ONGs, la cooperación internacional y los organismos internacionales. Así, alrededor de 1990, al menos en cuanto a visibilidad pública, y en especial en los países que sufrieron el rigor de los regímenes militares, un tipo de intelectual se habría impuesto por sobre el otro.

Sea como fuere, es mejor atenerse a los hechos concretos y a los distintos roles que efectivamente jugó la intelectualidad latinoamericana en la Guerra Fría, comenzando por el más relevante. Los intelectuales se alzaron como un actor internacional, pero quiero agregar ahora que se alzaron como un actor no estatal. En un planeta donde los Estados acaparaban, junto con

algunos organismos internacionales, el control de los discursos y el poder, los intelectuales se constituyeron como un grupo de opinión e incluso de presión capaz de influir en el público y en la opinión pública y de plantearle, por ejemplo, a las autoridades de las potencias sus impresiones acerca de la situación política internacional.

En tanto actor no estatal, los intelectuales también practicaron una especie de diplomacia alternativa. Y así como recién veíamos que podían constituirse en representantes de los lectores, ahora veremos que también lo fueron de gobiernos, pueblos y tendencias políticas. El caso más evidente fue Cuba, que encontró en los intelectuales unos embajadores más eficientes que cualquier legación oficial justo cuando pocos países latinoamericanos osaban mantener relaciones diplomáticas con La Habana. Viajar y hablar bien de Cuba fue un ejercicio frecuente entre los intelectuales, que devinieron vectores propagandísticos, y el prestigio de Cuba en Latinoamérica y en Europa se debió en buena medida a este apoyo. El intelectual se asumió como representante del pueblo de su país en distintas instancias. En un congreso internacional, en Europa, Asia o África, hablaba a nombre de su pueblo; lo mismo si se reunía con autoridades. Tuvieron la particularidad, además, de representar no sólo a su país o a su pueblo, sino al continente y hasta al Tercer Mundo en conjunto, no solo alzando su voz ante el primer o segundo mundo, sino también fortaleciendo los lazos entre los países que lo integraban.

Una reivindicación recurrente entre los intelectuales de América Latina fue la impugnación de la tendenciosa —a su juicio— acción de las agencias de noticias occidentales. Las acusaban de informar, o mejor, de desinformar acerca de las realidades de los países del bloque socialista y, al mismo tiempo, de tergiversar el acontecer de Estados Unidos y sus aliados, suscitando un desequilibrio informativo que predisponía a los pueblos según los deseos del poder imperialista. El intelectual del continente, junto con denunciar el hecho, se abocó a la tarea de informar al público de los sucesos internacionales en forma equilibrada y abierta. Ello se asocia con una de las funciones más trascendentes que desarrollaron los intelectuales de la época, la de representar a los pueblos latinoamericanos el conflicto de la Guerra Fría.

Entre el devenir internacional y el público latinoamericano

se insertó el intelectual, como mediador entre ambos polos, esforzándose por filtrar y adecuar la Guerra Fría a los ojos de un tácito público receptor, explicando, esencialmente, cómo el enfrentamiento entre las potencias afectaba de manera concreta a los pueblos latinoamericanos. En ese sentido, el imperialismo norteamericano fue presentado como el referente que más se relacionaba con los problemas del continente, el que más lo comprometía –aunque la lucha antiimperialista se librara con o sin Guerra Fría. El discurso de los intelectuales tejía una representación tanto de cada una de las potencias como del conflicto en sí, lo cual decantaba una forma particular de entender la Guerra Fría que era asimilada por el público. Si tenían en mente a ese público como destinatario final de sus mensajes, un público no erudito, se explica la simpleza de los argumentos esgrimidos por los intelectuales. Aunque no se debe generalizar, el tono retórico, impresionista, impresionable y declamatorio del lenguaje fue el dominante. Y se manifestó, por ejemplo, en la representación maniquea de la Guerra Fría, donde los malos eran los norteamericanos y los buenos, las víctimas de EE.UU., a saber, los latinoamericanos y los habitantes del Tercer Mundo (y no los soviéticos).

Surge entonces la cuestión de si los intelectuales construyeron su discurso pensando más en impresionar a lectores y auditores que en ejercer su plena facultad crítica. Lo anterior no significa, vuelvo a decirlo, que no hayan existido intelectuales que sí articularon reflexiones de mayor estatura. En cualquier caso, creo que no cabe hablar de una caricaturización de la Guerra Fría, que es más fuerte que una visión maniquea, ni tampoco creo que pueda calificarse como propaganda el discurso que elevaron, aunque varias de sus características o “reglas” afloraron en forma constante. La regla de la simplificación y del enemigo único se cumple a cabalidad con la denuncia de Estados Unidos como gran culpable de las miserias del mundo subdesarrollado; la exageración y la desfiguración puede ejemplificarse con la descripción de las sociedades socialistas revestidas de utopía; la repetición de slogans, la descripción grotesca de los enemigos, la glorificación de los ídolos (o la asimilación entre Martí y Ho Chi Minh), la ridiculización de los argumentos rivales, todos rasgos de lo que entendemos por propaganda, si bien se dieron en la época, y vaya que lo sabemos, pienso que no fueron tan intensos como para generalizar con ese

concepto el conjunto de las ideas puestas en circulación por los intelectuales.⁵¹⁸

El lenguaje empleado en la transmisión de los mensajes debió adaptarse a la altura de las circunstancias. Luego, no fue extraño que los intelectuales incluyeran tecnicismos bélicos en sus apreciaciones; de partida, hablaron con frecuencia de armamento y específicamente de bombas atómicas, según el avance de la carrera armamentista. Por cierto también emplearon un léxico político y económico, pero eso ya es un fenómeno antiguo entre los escritores y artistas latinoamericanos.

En alguna ocasión los intelectuales también se conciben como soldados.⁵¹⁹ Los soldados se reclutan, y las superpotencias en la Guerra Fría reclutaron intelectuales a la par de soldados. Entra así a tallar el concepto de cooptación. Un intelectual cooptado, para mí, es aquél que voluntariamente acepta favores y beneficios de parte de un ente superior, en este caso, un Estado, y que, condicionado por tales prebendas, rinde de forma consciente servicios al cooptador, los que pueden adoptar diferente naturaleza e intensidad. Pero, ¿qué pasa con el intelectual que contra su voluntad o sin darse cuenta, acepta favores y rinde servicios sin plena conciencia de ello? Pienso que también es cooptado, aunque en forma distinta al anterior, porque al momento de prestar un servicio lo está haciendo condicionado, aunque no se percate, por los favores recibidos. Podríamos diferenciarlos y llamar “cooptado activo” al primero y “cooptado pasivo” al segundo.

En la Guerra Fría son patentes los esfuerzos de las potencias –en especial de Estados Unidos– por atraer a los intelectuales, por reclutarlos, cooptarlos o al menos neutralizarlos. Se trataba en un caso de mostrar a los intelectuales el lado amable de Estados Unidos, que aparecía financiando actividades culturales que incluso aceptaban a la izquierda no comunista y toleraban una crítica moderada a sus políticas. Pensemos en un intelectual que ha recibido la beca Guggenheim. La esperanza de Estados Unidos,

518 Un recurso bastante utilizado, sobre todo en las publicaciones del Congreso por la Libertad de la Cultura, fue defenderse de acusaciones nunca explicitadas. De esa manera se facilitaba la tarea de convencer al lector, evitándose además dar tribuna al ataque enemigo.

519 “Soldados disciplinados de un gran ejército civil que impedirá la guerra” (Volodia Teitelboim, *Neruda*. Madrid, Ediciones Michay, 1984, 275).

según la lógica de la cooptación, era que, por el embrujo de los dólares, el intelectual considerara con otros ojos, más benévolos, a aquel país. En múltiples oportunidades los intelectuales más radicales, los comunistas, los cubanos, llamaron a desoír las ofertas de becas, subvenciones y cátedras universitarias provenientes de los norteamericanos. Temían justamente “perder” a esos intelectuales. Los temores eran infundados, porque tras todo lo expuesto queda claro que las tentativas de cooptación fracasaron con la inmensa mayoría de los intelectuales.⁵²⁰ Del lado soviético las cosas se hacían con más transparencia, acaso porque los escritores comunistas no requerían ser cooptados, colaboraban de forma voluntaria, gustosos de ayudar a la causa. No diré que lo hacían gratuitamente: cuando recibían dinero lo hacían conscientes de estar realizando un trabajo honorable que merecía ser remunerado. Claro que había otras formas de recompensar, como traducción y publicación de libros, premios y viajes. Sea como fuere, las interrogantes acerca de la cooptación sólo podrían ser contestadas fehacientemente a través de una investigación directa con fuentes oficiales estadounidenses y soviéticas.

Si hubiese existido una cooptación más extendida, ella se habría plasmado en un bajo nivel de autonomía del campo intelectual respecto del campo de poder político. Pero todos los elementos indican que el campo intelectual mantuvo un alto grado de autonomía. Los intelectuales latinoamericanos de la época se alinearon y se ordenaron en función de la realidad política nacional, continental y mundial. Estos referentes políticos fueron mucho más fuertes que los referentes artísticos o estéticos. Los intelectuales y artistas no se asociaron o distanciaron según afinidades estilísticas, escuelas o tendencias, ni tampoco según claves generacionales. Por supuesto que estas variantes condicionaron, mas no determinaron la fisonomía del campo intelectual, como sí lo hicieron los factores políticos. Sin embargo, esto no significó que los intelectuales hayan obedecido al poder político. No era el poder político la fuerza que movía los hilos de los intelectuales; sus actos no respondían al dictado de las potencias o del resto de los Estados. Es evidente

520 Claudia Gilman afirma que escritores e intelectuales resistieron a la cooptación con mucho mayor éxito que los artistas plásticos y sus instituciones (*Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, 130).

que hubo importantes sectores que sí se disciplinaron a las órdenes del poder político: los intelectuales comunistas fueron leales a las recomendaciones de Moscú; los intelectuales cubanos se cuadraron con la Revolución y trabajaron para ella; los procubanos de los sesenta, sobre todo, también sirvieron a la causa, aunque decir que siguieron instrucciones de La Habana ya es un tanto excesivo. Pero en su gran mayoría los intelectuales cuidaron celosamente su independencia, a tal punto que, cada vez que sintieron amenazada su autonomía, se rebelaron de manera resuelta. Ocurrió con los intelectuales procubanos que frente al Caso Padilla y otros indicios de dirigismo cultural prefirieron replegarse y reconsiderar su apoyo al gobierno revolucionario; ocurrió con los intelectuales de izquierda que, habiendo colaborado con la revista *Mundo Nuevo*, se retiraron apenas conocieron el origen de los fondos que la financiaban. A lo largo del relato conocimos muchos casos individuales que también refrendan esta defensa cerrada que los intelectuales hicieron de los principios éticos de su oficio.

Se podría conjeturar, en consecuencia, que el nivel de autonomía del campo intelectual depende en parte de cuál sea el peso del componente moral en el compromiso del intelectual. O sea, mientras el compromiso intelectual se halle sujeto a factores éticos por sobre factores políticos, económicos, profesionales, etc., se facilitará el mantenimiento de la autonomía del campo intelectual. Ello tiene mucho que ver con la profesionalización de los intelectuales, o mejor, con su independencia profesional. Un escritor que vive de sus ventas literarias evidentemente tendrá una independencia mayor a otro que trabaje para el Estado o en una universidad. Existiría, por lo tanto, una estrecha relación entre el nivel de profesionalización y el nivel de autonomía, pero no cualquier profesionalización, sino una proporcionada por el mercado y no por el Estado. Si durante la Guerra Fría los intelectuales lograron mantener la autonomía fue en buena medida porque sus medios de subsistencia no sólo permitían una actitud rebelde, contestataria, sino que incluso la estimulaban.

Hasta qué punto el campo intelectual latinoamericano estuvo condicionado por factores comerciales es una pregunta que requiere más antecedentes para ser respondida. Es razonable suponer que en la ordenación del campo gravitaron factores comerciales relacionados con la industria cultural y sobre todo con la industria

editorial. En este sentido el fenómeno del boom transformó un mercado que hasta 1960 movía capitales muy reducidos. Cuando las ventas pasaron a ser un medio para la consagración económica de un escritor entraron en juego elementos publicitarios y de mercadotecnia que conectaron la obra de un autor con su vida pública, con sus apariciones en medios masivos y con sus opiniones. Y una conducta pública o derechamente política podía elevar la popularidad de un escritor tanto como sus ventas. No debe olvidarse que no es el dinero el único capital por el que se interesan escritores y artistas, también están la fama, el reconocimiento, la crítica, la influencia. Por lo tanto hay que tener en cuenta que detrás del comportamiento de un intelectual pueden estar en juego estos intereses, aunque demostrar dicha vinculación no parece sencillo, a menos que sea por confesión propia.

Dueños de un poder singularmente apetecido por las circunstancias históricas, los intelectuales latinoamericanos fueron celosos a la hora de “administrar” su poder. Si atendemos a la autonomía recién constatada, deberíamos reconocer que los intelectuales conservaron su poder, no lo transaron ni lo vendieron, lo usaron con libertad y lo pusieron a disposición de los entes que su conciencia les dictaba. Sin duda hubo intelectuales que trabajaron a favor de Estados Unidos, de Unión Soviética, de Cuba y quizá de Vietnam, a cambio de algo, algo que podía ser dinero, fama, prestigio, figuración, publicaciones, trabajo o poder, un poder distinto al suyo y que podía ser político, económico, social, o moral. El caso de Cuba es iluminador. Los escritores cubanos se entregaron a la Revolución con sincero entusiasmo. El talento y la fama internacional de algunos, pensemos en Carpentier, le hacían muy bien a la imagen de Cuba en el extranjero. Y el gobierno los recompensa, los coloca en altos cargos (la dirección de la UNEAC, de Casa de las Américas, del ministerio de cultura), los nombra como embajadores, les encarga misiones diplomáticas, les entrega recursos, editoriales... en una frase, les entrega poder. En cuanto a los soviéticos, sabemos que Neruda o Amado enarbolaron la bandera roja y la pasearon por el mundo. ¿Les concedió algo a cambio la URSS? ¿Qué poder podía concederles? Más allá de que colaboraran desinteresadamente, es innegable que Moscú les facilitó algunas cosas, como presencia en el Consejo Mundial de la Paz, voz y voto en la designación del Premio Stalin/Lenin, viajes,

premios, ediciones. Tampoco podía darles mucho más. No podían los soviéticos ofrecerles ministerios o embajadas por razones obvias; fama y prestigio poseían por sí mismos. ¿Dinero? No me consta. De cualquier modo, es innegable que cuotas vagas o inciertas de poder les proporcionaron.

Estados Unidos no hubiera titubeado en dar altas dosis de poder al intelectual que hubiera estado dispuesto a comprometerse con su causa. Mas debieron contentarse los norteamericanos con remunerar a aquellos escritores que se integraron al Congreso por la Libertad de la Cultura. O engatusar a Emir Rodríguez Monegal para que dirigiera *Mundo Nuevo* (aportándole, de forma oblicua, generosos recursos). Pero en estos casos más que poder lo que ofrecían era dinero, o sea que se trata más de cooptación que de intercambio de poder. Lo que sí ocurre con Estados Unidos es más bien el fenómeno inverso, pues lo que en definitiva hizo fue usar su poder para inhibir la fuerza del intelectual. Como no pudieron captar la simpatía o siquiera aminorar la inquina del intelectual latinoamericano, intentaron restarle poder. Es lo que sucedió cuando la CIA promovió a Arthur Miller en vez de Asturias para la presidencia del PEN, o cuando la misma CIA trató de impedir que la dieran el Nobel a Neruda, o simplemente cuando se negó la visa a los intelectuales de ideas comunistas (bajo ese cargo hasta Arciniegas estuvo retenido).

El hecho de que la mayoría de los intelectuales usara su poder para favorecer de forma desinteresada a las causas en que creían (¿qué podían esperar a cambio del apoyo a Vietnam, por ejemplo?, ¿o del Tercer Mundo en general?) nos lleva a interrogarnos sobre las razones de fondo de su comportamiento. Algo ya está dicho: la fe en determinados ideales, sus convicciones, la defensa de una causa. Pero eso no puede ser todo. Viajaron, se movilaron, lanzaron campañas, hicieron declaraciones, organizaron congresos... Las buenas intenciones no alcanzan para tanto. Se sentían responsables o con una responsabilidad que cumplir, una responsabilidad para con sus pueblos y para con una tradición que exigía de los intelectuales militancia en causas de justicia social y democratización política. Explícita o implícitamente se concebían con un papel que cumplir en la sociedad, y sentirían culpa de refugiarse en la torre de marfil y obviar las turbulencias de la comunidad. Pensaban que no araban en el mar; creían con firmeza que su activismo redituaba

dividendos. Estaban convencidos de que en sus manos se jugaba la historia, no en las manos de los intelectuales, sino en las manos del hombre, del latinoamericano, del tercermundista de la época; ante un escenario de cambio social, de urgencia revolucionaria, los intelectuales no podían sentarse a mirar, tenían que intervenir con sus armas y argumentos particulares. Y tampoco podían quedarse de brazos cruzados mientras por primera vez el hombre tenía los medios para borrarse de la Tierra. Los intelectuales debían aprovechar las tribunas que se le abrían por su condición de tales. Además, los escritores, sobre todo a partir del boom, acapararon éxito, fama y figuración; eran escuchados, entrevistados, filmados; poseían un acceso privilegiado a los medios de comunicación y se codearon con personalidades políticas o bien con sus pares del mundo desarrollado. Hubo motivos menos altruistas. Por imagen, publicidad, coherencia con lo que el público esperaba de ellos, afán de figuración, contactos, deseos de conocer el mundo, imitación de los ídolos, obtención de buenas críticas, ganar concursos y hasta por “caer bien” a los demás, los intelectuales pudieron actuar como actuaron.

Múltiples factores pueden incidir en la conducta de los intelectuales, que por algún misterioso motivo despiertan una singular suspicacia. Creo que el principal desafío que enfrenta el intelectual, tanto en el terreno de la Guerra Fría como en cualquier época, es cómo combinar adecuadamente el compromiso y la independencia, cómo evitar que un excesivo celo en la conservación de la independencia anule la capacidad de comprometerse con determinada causa o con determinado movimiento; y cómo hacer para que el compromiso no suspenda ni eclipse la independencia y la facultad crítica. El compromiso con una causa bien puede engeuecer, incluso inconscientemente, la capacidad crítica del intelectual. Pero si, por temor a poner en entredicho esa facultad, se privilegia una independencia a ultranza que, por consiguiente, inhiba cualquier intento de compromiso con un movimiento, el intelectual dejará de cumplir con su papel o bien se convertirá en un individuo ajeno a la sociedad que habrá renunciado a su potencial transformador.

LA TRINCHERA LETRADA
Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

FUENTES PERIÓDICAS

DIARIOS

El Siglo, (Santiago), marzo-mayo 1953.

El Mercurio, (Santiago), marzo-abril 1953.

REVISTAS

Alerce, (Santiago), 1962.

Amaru, (Lima), 1969-1970.

América Latina, (Moscú), 1976-1985.

Boletín del Congreso Continental de la Cultura, (Santiago), 1953.

Casa de las Américas, (La Habana), 1960-1990.

Cuadernos Americanos, (Ciudad de México), 1946-1950.

Cuadernos de Cultura, (Buenos Aires), 1953-1986.

Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, (París), 1955-1965.

Cultura y Libertad, (Santiago), 1954-1955.

Eco, (Bogotá), 1964.

Marcha, (Montevideo), 1950-1973.

Monthly Review, (Santiago), 1963-1970.

Mundo Nuevo, (París), 1966-1968.

Nuevas Perspectivas, (Helsinki), 1986-1988.

O Cruzeiro, (Río de Janeiro), 1959, 1960, 1964.

Punto de Vista, (Buenos Aires), 1978-1990.

Punto Final, (Santiago), 1965-1970.

Siempre!, (Ciudad de México), 1971-1972

Sur, (Buenos Aires), 1946-1949.

Textual, (Lima), 1973-1975.

Unión, (La Habana), 1970.

Vuelta, (Ciudad de México), 1977-1990.

Zona Franca, (Caracas), 1966-1978.

LIBROS, ARTÍCULOS Y TESIS

- Acosta, Yamandú, “Arturo Ardao: la inteligencia filosófica y el discernimiento del tercerismo en *Marcha*”, en Horacio Machín y Mabel Moraña (eds.). *Marcha y América Latina*. Pittsburg, Universidad de Pittsburg, 2003.
- África 69. Mario Benedetti (presentación y coordinación), Montevideo, Cuadernos de Marcha (28), 1969.
- Ahmad, Aijaz, “Literatura del Tercer Mundo e ideología nacionalista”, en Beatriz González Stephan (comp.). *Cultura y tercer mundo*. Caracas, Nueva Sociedad, 1996.
- Albuquerque, Germán, “El caso Padilla y las redes de escritores latinoamericanos”, *Universum*, (Talca), Año XVI, 2001.
- Albuquerque, Germán. *Los escritores latinoamericanos de los sesenta: una red intelectual*. Tesis para optar al grado de magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, 2003.
- Albuquerque, Germán, “Los escritores latinoamericanos de los sesenta: una red intelectual”, *Cuadernos Americanos*, (México), 106, Julio-Agosto 2004.
- Alegría, Ciro. *Mucha suerte con harto palo. Memorias*. Buenos Aires, Losada, 1976.
- Amado, Jorge. *Navegación de cabotaje. Apuntes para una libreta de memorias que jamás escribiré*. Madrid, Alianza, 1995.
- Amado, Jorge. *O mundo da paz. União Soviética e Democracias Populares*. Río de Janeiro, Vitoria, 1953.
- Aron, Raymond. *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1979.
- Aróstegui, Julio; Buchrucker, Cristian; Saborido Jorge, (directores). *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Buenos Aires-Barcelona, Biblos-Crítica, 2001.
- Arrosa Soares, María Susana (coord.). *Os intelectuais nos processos políticos da América Latina*. Rio Grande do Sul, Ed. da Universidade, 1985.
- *Así veían a Stalin*. Alejandro Magnet (ed.), Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1956.
- Asturias, Miguel Ángel. *Viajes, ensayos y fantasías*. Buenos Aires, Losada, 1981.
- Avellaneda, Andrés, “Desde las entrañas: revistas de y sobre Latinoamérica en los Estados Unidos”, en Saúl Sosnowski (ed.). *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza,

- 1999.
- Baca, Laura y Cisneros, Isidro (comps.). *Los intelectuales y los dilemas políticos*. México, Flacso-Triana, vol. I, 1997.
 - Bagguley, John y Cecil Wolf (comp.). *Los intelectuales ante el Vietnam: dos preguntas sobre la guerra en el Vietnam, contestadas por intelectuales de varias naciones*. Madrid, Alfaguara, 1968.
 - Benedetti, Mario. *Escritos políticos (1971-1973)*. Montevideo, Arca, 1985.
 - Benedetti, Mario. *Letras del continente mestizo*. Montevideo, Arca, 1969.
 - Berger, Mark T., “After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism”, *Third World Quarterly*, (Londres), 1, Vol. 25, 2004.
 - Bobbio, Norberto. *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona, Paidós, 1998 (italiano, 1993).
 - Bocaz, Luis, “Enseñanzas de la Guerra Fría. Mistral y Neruda frente a la ‘caza de brujas’”, en *Le Monde Diplomatique*, (edición chilena, Santiago), 16, enero-febrero 2002.
 - Bodin, Louis. *Los intelectuales*. Buenos Aires, Eudeba, 1965 (francés, 1962).
 - Boneau, Denis, “Estudio sobre las redes estadounidenses de influencia. Cuando la CIA financiaba a los intelectuales europeos”, <http://www.defensahumanidad.cult.cu/artic.php?item=535>
 - Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983.
 - Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.
 - Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995 (francés, 1992).
 - Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel. *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago, FLACSO, 1983.
 - Brunner, José Joaquín, “¿Dónde están los intelectuales?”, *El Mercurio*, (Santiago), 21 de julio de 2002
 - Brunner, José Joaquín. *Los intelectuales y el campo cultural*. Santiago, FLACSO, 1982.
 - Brunner, José Joaquín. *Los intelectuales: esbozos y antecedentes para la constitución del campo de estudio*. Santiago, FLACSO, 1985.
 - Buchrucker, Cristián. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
 - Cacia Prada, Antonio. *Germán Arciniegas: Su vida contada por él mismo*. Bogotá, Universidad Central, 1990.
 - Camp, Roderic Ai. *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*.

- México, FCE, 1988 (inglés, 1985).
- Campra, Rosalba. *América Latina: la identidad y la máscara* (entrevistas). México, Siglo XXI, 1987.
 - Cancino Troncoso, Hugo; Klengel, Susanne; Leonzo, Nanci (eds.). *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*. Madrid, Iberoamericana, 1999.
 - Cardenal, Ernesto. *En Cuba*. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1972.
 - Cardoza y Aragón, Luis. *Retorno al futuro*. México, Letras de México, 1948.
 - Careaga, Gabriel. *Los intelectuales y la política en México*. México, Extemporáneos, 1971.
 - Carmona, Ernesto, “Las intrigas de la CIA contra Neruda (y los conflictos políticos de los escritores latinoamericanos)”, *Hacer Memoria*, 187, septiembre 2004.
 - Carpentier, Alejo. *Ensayos*. México, Siglo XXI, 1990.
 - Castañeda, Jorge, “Latin America and the End of the Cold War”, *Transition*, 59, 1993.
 - Castañeda, Jorge. *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires, Ariel, 1993.
 - Cauter, David. *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*. New York, Oxford University Press, 2003.
 - Clementi, Hebe. *María Rosa Oliver*. Buenos Aires, Planeta, 1992.
 - Cobb, Russell, “The politics of literary prestige: promoting the latin american “Boom” in the pages of *Mundo Nuevo*”, en *A Contra Corriente*, vol. 5, 3, primavera 2008.
 - Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1910-1913)*. México, Siglo XXI, 1985 (inglés, 1968).
 - Cohn, Deborah, “William Faulkner’s Ibero-American Novel Project: The Politics of Translation and the Cold War”, *Southern Quarterly*, (University of Southern Mississippi), Invierno 2004.
 - Collazos, Oscar. *García Márquez: la soledad y la gloria*. Barcelona, Plaza y Janes, 1983.
 - *Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas*. Valencia, Generalitat Valenciana, 4 volúmenes, 1989.
 - *Congreso Latinoamericano de Escritores III*. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1971.
 - Consejo Mundial de la Paz. *Assemblée Mondiale de la Paix, Helsinki 22-29 juin 1955*. Viena, Globus, 1955.
 - Cortázar, Julio. *Cartas*. Edición de Aurora Bernárdez, Alfaguara, Buenos Aires, 3 volúmenes, 2000.
 - Cortázar, Julio. *Nicaragua tan violentamente dulce*. Muchnik, Barcelona, 1987.

- Coser, Lewis. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, FCE, 1980, (inglés, 1965).
- Croce, Marcela. *Polémicas intelectuales en América Latina. Del “meridiano intelectual” al caso Padilla (1927-1971)*. Buenos Aires, Simurg, 2006.
- Cucullú, Gloria, “El estereotipo del ‘intelectual latinoamericano’. Su relación con los cambios económicos y sociales”, en Marsal, Juan F. (editor). *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970.
- Da Cal, Enrique; Duarte, Ángel; Veiga, Francisco. *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*. Madrid, Alianza, 1997.
- De Onís, José. *Los Estados Unidos vistos por los escritores hispanoamericanos*. Madrid, Cultura Hispánica, 1956.
- Delden, Maarten van, “Conjunciones y disyunciones: la rivalidad entre *Vuelta* y *Nexos*”, *Foro Hispánico*, 22.
- Depestre Catony, Leonardo. *A medio mar: chilenos en Cuba*. Santiago, Un Barco de Papel para Cuba, 1996.
- Depestre, René. *Por la revolución, por la poesía*. La Habana, Instituto del Libro, 1969.
- Deustua, José y Rénique, José Luis. *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931*. Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1984.
- Devés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Buenos Aires, Biblos, vol. 2, 2003.
- Devés, Eduardo y Melgar, Ricardo, “El pensamiento del Asia en América Latina. Hacia una cartografía”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 10, 2005.
- Devés, Eduardo, “Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973”, *Universum*, (Talca), XXI, 1, 2006.
- Devés, Eduardo. *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad Santiago de Chile, 2007.
- Domínguez, Carlos, “Entre Escila, Caribdis y sus respectivos Lestrigones: América Latina y el Caribe frente la Segunda Guerra Fría (1979-1989)”, <http://www.caei.com.ar/es/programas/historia/h3.pdf>
- Donoso, José. *Historia personal del “boom”*. Santiago, Andrés Bello, 1987.
- Dorfman, Ariel. *Los sueños nucleares de Reagan*. Buenos Aires, Legasa, 1986.
- Dosse, François. *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales*,

- historia intelectual*. Valencia, Universitat de València, 2007.
- Edwards, Jorge. *Adiós, poeta...* Tusquets, Santiago, 1990.
 - Edwards, Jorge. *Persona non grata*. Barcelona, Seix Barral, 1982.
 - *El Congreso por la Libertad de la Cultura. Sus ideas y actividades*. Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1958.
 - *Expresión del pensamiento contemporáneo*. Buenos Aires, Sur, 1965.
 - Fernández Retamar. *Todo Calibán*. Concepción, Atenea, 1998.
 - “Financiación, totalitarismo y democracia. El gobierno cubano y sus ataques a Encuentro”, <http://www.cubaencuentro.com/es/opinion/historias-de-fondo/financiacion-totalitarismo-y-democracia-5230>, 22 de septiembre de 2005.
 - Fornet, Ambrosio, “*Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía*”, en Saúl Sosnowski (editor). *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999.
 - Fornet, Ambrosio, “El Quinquenio Gris: revisitando el término”, *Casa de las Américas*, (La Habana), 246, enero-marzo 2007.
 - Franco, Jean. *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*. Barcelona, Debate, 2003 (inglés, 2002).
 - Franqui, Carlos. *Family portrait wiht Fidel*. Nueva York, Vintage, 1985 (español, 1984).
 - Frontini, Norberto y Oliver, María Rosa. “*Lo que sabemos hablamos...*”: *Testimonio sobre la China de hoy*. Buenos Aires, Ediciones Botella al Mar, 1955.
 - Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México, Joaquín Mortiz, 1969.
 - Fuentes, Carlos. *Tiempo mexicano*. México, Joaquín Mortiz, 1971.
 - García Canclini, Néstor (comp.). *Cultura y pospolítica: el debate sobre la modernidad en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
 - García Márquez, Gabriel. *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza: el olor de la guayaba*. Bogotá, La Oveja Negra, 1982.
 - García Márquez, Gabriel. *De viaje por los países socialistas. 90 días en la “Cortina de hierro”*. Edición en Internet.
 - García Márquez, Gabriel. *Por la libre. Obra periodística 4 (1974-1995)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
 - Garrido Caballero, Magdalena. *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Murcia, 2006. (http://www.tesisenxarxa.net/TDX/TDR_UM/TESIS/AVAILABLE/TDR-1215106-21642//MGarridoCaballero_02de19Introduccion.pdf)
 - Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor*

- revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Giunta, Andrea. *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires, Paidós, 2001.
 - Glondys, Olga. *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953) - XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Universidad Autónoma de Barcelona, 2007 (www.recercat.net/bitstream/2072/4359/1/Treball%2Bde%2Brecerca.pdf).
 - Godoy U., Hernán, “La sociología del intelectual en América Latina”, en Marsal, Juan F. (editor). *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970.
 - Godoy Urzúa, Hernán. *El oficio de las letras. Estudio sociológico de la vida literaria*. Santiago, Editorial Universitaria, 1970.
 - Goldfarb, Jeffrey. *Los intelectuales en la sociedad democrática*. Madrid, Cambridge University Press, 2000 (inglés, 1998).
 - Goloboff, Mario. *Julio Cortázar. La biografía*. Buenos Aires, Seix Barral, 1998.
 - González Stephan, Beatriz (comp.). *Cultura y tercer mundo*. Caracas, Nueva Sociedad, 1996.
 - Gouldner, Alvin. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de una nueva clase*. Madrid, Alianza, 1980 (inglés, 1979).
 - Goytisolo, Juan. *En los reinos de Taifa*. Barcelona, Seix Barral, 1986.
 - Gramsci, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México, Juan Pablos Editor, 1975.
 - Gramuglio, María Teresa, “Hacia una antología de *Sur*. Materiales para el debate”, en Saúl Sosnowski (ed.). *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999.
 - Grenier, Yvon “Cambio de piel: disposiciones y posiciones políticas de Carlos Fuentes”, *Foro Hispánico*, 22.
 - Guillén, Nicolás. *Páginas vueltas. Memorias*. México, Presencia Latinoamericana, 1982.
 - Guillén, Nicolás. *Prosa de prisa: crónicas*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1962.
 - Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica, 1998.
 - Hollander, Paul. *Los peregrinos de La Habana*. Madrid, Playor, 1987 (inglés, 1981).
 - Hoppenhayn, Martín, “Los intelectuales latinoamericanos vistos por sus (im)pares”, *Estudios Públicos*, (Santiago), Otoño, 2001.
 - Iber, Patrick, “¿Comprometido con qué?: The Congress for Cultural Freedom in Latin America, 1953-1972”, inédito.
 - Informe sobre la Conferencia Latinoamericana por las Libertades*.

- Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1955.
- Jara Cuadra, René (comp.). *El compromiso del escritor*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971.
 - Jay, Martin. *Campos de fuerza: entre la historia intelectual y la crítica cultural*. Buenos Aires, Paidós, 2003.
 - Jozami, Eduardo. *Rodolfo Walsh La palabra y la acción*. Buenos Aires, Norma, 2006.
 - King, John. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*. México, FCE, 1989.
 - Koch, Stephen. *El fin de la inocencia: Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*. Barcelona, Tusquets, 1997.
 - Krauze, Enrique, “Sumarísima historia del antiyanquismo”, *Letras Libres*, 36, diciembre 2001.
 - Laso Prieto, José María, “El Movimiento Internacional de Partidarios de la Paz y su interpretación como una de las modalidades de la Pax Soviética”, en *El Catoblepas*, 18, agosto 2003, www.nodulo.org/ec/2003/n018p06.htm.
 - Lechner, Norbert. “Intelectuales y política”, en Baca, Laura y Cisneros, Isidro (comps.). *Los intelectuales y los dilemas políticos*. México, Flacso-Triana, vol. 1, 1997.
 - Liauzu, Claude, “Le tiersmondisme des intellectuels en accusation: Le sens d’une trajectoire”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 12, octubre-diciembre 1986.
 - Lorenz, Gunter. *Diálogo con América Latina: panorama de una literatura del futuro*. Valparaíso-Barcelona, Ediciones Universitarias-Pomaire, 1972.
 - “Los intelectuales, el público y el mercado”, dossier de revista *Nexos*, con colaboraciones de José Joaquín Brunner, José Antonio Aguilar Rivera, Martín Hopenhayn, Raúl Trejo Delarbre y Mauricio Tenorio Trillo, *Nexos*, (México), 295, julio de 2002.
 - *Los reportajes de the Paris Review: Confesiones de escritores. Escritores latinoamericanos*. Prólogo de Noé Jitrik, Buenos Aires, El Ateneo, 1996.
 - Machín, Horacio y Mabel Moraña (eds.). *Marcha y América Latina*. Pittsburg, Universidad de Pittsburg, 2003.
 - Mangone, Carlos, “Revolución Cubana y compromiso político en las revistas culturales”, en *Cultura y política en los años ’60*. Enrique Oteiza (coord.), Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1997.
 - *Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina*. Santiago, Congreso por la Libertad de la Cultura, 1954.
 - Mannheim, Karl. *Ensayos de sociología de la cultura*. Madrid, Aguilar, 1957.
 - “María Rosa Oliver papers”, Universidad de Princeton, 1998 (<http://>

- libweb. princeton.edu/libraries/firestone/rbsc/aids/oliver.html).
- Marras, Sergio. *América Latina. Marca registrada*. Barcelona, Ediciones B-Andrés Bello, 1992.
 - Marsal, Juan F. (editor). *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970.
 - Marsal, Juan F. (introducción y selección). *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1971.
 - Marsal, Juan F., “Los ensayistas socio-políticos de Argentina y México (Aportes para el estudio de sus roles, su ideología y su acción política)”, en Marsal, Juan F. (editor). *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970.
 - McPherson, Alan, “Antiyanquismo: Nascent Scholarship, Ancient Sentiments”, introducción a McPherson (editor), *Anti-americanism in Latin America and the Caribbean*. Nueva York, Berghahn Books, 2006.
 - Mendoza Diez, Álvaro. *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*. México, UNAM, 1962.
 - Mendoza, Plinio Apuleyo; Montaner, Carlos Alberto; y Vargas Llosa, Álvaro; con prólogo de Mario Vargas Llosa. *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Buenos Aires, Atlántida, 1996.
 - Miceli, Sergio. *Intelectuais e classe dirigente no Brasil: 1920-1945*. Sao Paulo, Difel, 1979.
 - Michnik, Adam, “Optimismo de la Historia. Entrevista con Mario Vargas Llosa”, <http://www.jornada.unam.mx/1997/05/18/sem-adam.html>
 - Miller, Nicola, “The anxiety of ambivalence: intellectuals and the state in twentieth-century. Argentina, Chile and Mexico”, en M. Plotkin y R. González Leandri (eds.). *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid, CSIC, 2000.
 - Miranda, Julio, “Lucha armada, lucha escrita: Zona Franca e Imagen en la Venezuela de los ‘60”, en Saúl Sosnowski (ed.). *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999.
 - Mistral, Gabriela. *Escritos políticos*. Edición de Jaime Quezada. México, FCE, 1994.
 - Monsiváis, Carlos, “De los intelectuales en América Latina”, *América Latina Hoy*, (Salamanca), 47, 2007.
 - Monsiváis, Carlos. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona, Anagrama, 2000.
 - Montaner, Carlos Alberto. *Cuba: claves para una conciencia en crisis*. Madrid, Playor, 1983 (www.hacer.org/pdf/Montaner13.pdf)
 - Morejón Arnaiz, Idália, “La literatura brasilena en los años 60 desde Casa de las Américas y Mundo Nuevo”, en *Cadernos Prolam/USP*, 5, año

- 2, vol. 2, 2003.
- *Movimiento Mundial de la Paz. Resoluciones y documentos.* Consejo Mundial de la Paz, c.1956.
 - Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60.* Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997.
 - Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido.* Santiago, Planeta, 1994.
 - Neruda, Pablo. *Obras Completas.* Hernán Loyola (editor), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 5 volúmenes, 1999-2002.
 - Neruda, Pablo. *Yo respondo con mi obra: conferencias, discursos, cartas, declaraciones (1932-1959).* Pedro Gutiérrez y Manuel Gutiérrez (eds.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004.
 - Niemeyer, Oscar. *As corvas do tempo. Memórias.* Río de Janeiro, Revan, 1999.
 - Niemeyer, Oscar. *Quase memórias: viagens. Tempos de entusiasmo e revolta 1961-1966.* Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira, 1968.
 - Ochoa Bilbao, Luis, “Estados Unidos y el nuevo discurso intelectual mexicano: la emergencia del neorrealismo en el pensamiento internacionalista”, *Argentina global*, 18, enero-julio 2008.
 - Oltra, Benjamín. *Una sociología de los intelectuales.* Barcelona, Vicens-Vives, 1978.
 - Oteiza, Enrique (coord.). *Cultura y política en los años 60.* Buenos Aires, UBA, 1997.
 - Otero, Lisandro. *En busca de Viet Nam.* Montevideo, Nuestra América, 1971.
 - “Pablo Neruda: autobiografía poética”, *El Mercurio*, Santiago, 23 de julio de 2006.
 - Padilla, Heberto. *La mala memoria.* Barcelona, Plaza y Janes, 1989.
 - Palma, Luis. *La confrontación ideológica en la Guerra Fría.* Santiago, RIL, 2003.
 - Palomero, Federica, “La década prodigiosa. El arte en Venezuela en los años sesenta”, <http://www.analitica.com/archivo/vam1998.01/mensual/sociedad/soc2.htm>
 - Panella, Claudio, “Naturaleza de la tercera posición”, en *La Argentina y el mundo del siglo XX. Actas de las Jornadas Internacionales Bahía Blanca, 12 al 14 de noviembre de 1997.* Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1998.
 - Paoletti, Mario. *El aguafiestas. La biografía de Mario Benedetti.* Buenos Aires, Seix Barral, 1995.
 - Paz, Octavio y Orfila, Arnaldo. *Cartas Cruzadas.* México, Siglo XXI, 2005.
 - Paz, Octavio, *El ogro filantrópico: historia y política 1971-1978.* Barcelona, Seix Barral, 1981.

- Paz, Octavio. *Corriente alterna*. México, Siglo XXI, 1967.
- Paz, Octavio. *El Laberinto de la soledad*. México, FCE, 1950.
- Paz, Octavio. *Premio de la Paz de los Editores y Libreros Alemanes 1984*. Bonn, Inter Naciones, 1985.
- Paz, Octavio. *Tiempo nublado*. Buenos Aires, Seix Barral, 1990 (1986).
- Pecaut, Daniel. *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação*. Sao Paulo Ática, 1990 (francés, 1989).
- Peirano Basso, Luisa. *Marcha de Montevideo*. Buenos Aires, Javier Vergara, 2001.
- Petras, James, “The Metamorphosis of Latin America’s Intellectuals”, *Latin American Perspectives*, 2, Vol. 17, primavera 1990.
- Pinedo, Javier, “Identidad y método: aproximaciones a la historia de las ideas en América Latina”, en Cancino Troncoso, Hugo; Klengel, Susanne; Leonzo, Nanci (eds.). *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*. Madrid, Iberoamericana, 1999.
- Pita González, Alexandra, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”, en Aimer Granados García y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (siglos XIX y XX)*. México, El Colegio de México, 2004.
- Pizarro, Ana (comp.). *Las grietas del proceso civilizatorio: Marta Traba en los sesenta*. Santiago, Lom, 2002.
- Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo (eds.). *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*. Madrid, CSIC, 2000.
- Poniatowska, Elena. *Octavio Paz. Las palabras del árbol*. Barcelona, Lumen, 1998.
- Poniatowska, Elena. *Palabras cruzadas*. México, Era, 1961.
- Powaski, Ronald. *La guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona, Critica, 2000.
- Puryear, Jeffrey. *Thinking politics: intellectuals and democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1994.
- “Raíces fuertes para un futuro mejor”, en www.eurotopiamag.org/article.php3?id_article=25.
- Rama, Ángel (editor). *Más allá del Boom. Literatura y mercado*. Buenos Aires, Folios, 1984.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- Rama, Carlos M. (editor). *Los intelectuales y la política*. Montevideo, Nuestro Tiempo, 1962.
- Rangel Carlos, *El tercermundismo*. Caracas, Monte Ávila, 1982 (edición

- en Internet).
- Riquelme, Norma Dolores, “El estudio de las ideas sociales en la Argentina de principios del siglo XX. Consideraciones metodológicas”, en Cancino Troncoso, Hugo; Klengel, Susanne; Leonzo, Nanci (eds.). *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*. Madrid, Iberoamericana, 1999.
 - Rodríguez Bustamante, Norberto (editor). *Los intelectuales argentinos y su sociedad*. Buenos Aires, Libera, 1967.
 - Rodríguez Carranza, Luz, “Transculturaciones portorriqueñas: de *Asomante* (1944-1970) a *Sin Nombre* (1970-1984)”, en Saúl Sosnowski (ed.). *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999.
 - Rodríguez Elizondo, José. *Crisis y renovación de las izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno”*. Santiago, Andrés Bello, 1995.
 - Rodríguez Ledesma, Xavier. *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN, 2000.
 - Rojas, Gonzalo. *Memorias de un poeta: diálogo con Gonzalo Rojas: su vida y obra, de amores, soledad, persecución y exilio*. Edición de Esteban Ascencio, México, Rino, 2002.
 - Rojas, Marta, “Alejo Carpentier, el conversador y el novelista”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid), 649-650, julio-agosto 2004.
 - Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona, Anagrama, 2006.
 - Ruffinelli, Jorge. *José Revueltas. Ficción, política y verdad*. México, Universidad Veracruzana, 1977.
 - Ruiz Galvete, Marta, “*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina*”, *El Argonauta Español*, 3, 2006 (<http://argonauta.imageson.org/document75.html>).
 - Sábato, Ernesto. *Antes del fin*. Buenos Aires, Seix Barral, 1998.
 - Sábato, Ernesto. *Obra Completa. Ensayo*. Buenos Aires, Seix Barral, 1996.
 - Saldívar, Dasso. *García Márquez: el viaje a la semilla. La biografía*. Madrid, Alfaguara, 1997.
 - Santí, Enrico Mario, “Mi reino por el caballo: las dos memorias de Lisandro Otero”, *Estudios Públicos*, (Santiago), 76, primavera 1999.
 - Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 1994.
 - Schelchkov, Andrei, “Los estudios latinoamericanos en Rusia (y en la URSS)”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 72, abril de 2002.

- Setti, Ricardo A. *Sobre la vida y la política. Diálogo con Vargas Llosa.* / Vargas Llosa, Mario. *Ensayos, conferencias.* Buenos Aires, InterMundo, 1989.
- Shils, Edward. *Los intelectuales en los países en desarrollo.* Buenos Aires, Tres Tiempos, 1976.
- Sierra, Carmen de, “Intelectuales y universitarios uruguayos frente a la ‘Guerra Fría’ y a la ‘tercera posición’”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, (Buenos Aires), 16, VIII, 1998.
- Sierra, Carmen de, “Marcha en el contexto político-económico internacional en el siglo XX”, en Machín, Horacio y Moraña, Mabel (eds.). *Marcha y América Latina*, Pittsburg, Universidad de Pittsburg, 2003.
- Sierra, Ernesto, “Mundo Nuevo y las máscaras de la cultura”, *Hipertexto*, 3, invierno 2006.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta.* Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- Skinner, Quentin, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *History and Theory*, (Middletown), 8 (1), 1969.
- Soares, Glaucio A.D., “Los intelectuales y la política”, en Lipset, S.M., y Solari, Aldo(comp.). *Elites y desarrollo en América Latina.* Buenos Aires, Paidós, 1967.
- Solari, Aldo. *El tercerismo en el Uruguay.* Montevideo, Alfa, 1965.
- Sosnowski, Saúl (editor). *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas.* Buenos Aires, Alianza, 1999.
- Stabili, Maria Rosaria; Guarnieri, Luigi, “Il mito politico dell’America latina negli anni Sessanta e Settanta”, en *Il mondo visto dall’Italia.* Agostino Giovagnoli y Giorgio del Zanna (eds.), Milán, Guerini e Associati, 2004.
- Stonor Saunders, Frances. *La CIA y la guerra fría cultural.* Madrid, Debate, 2001, (inglés, 1991).
- Strozzi, Susana, “El discurso del método y el método de los discursos en la historia intelectual de América Latina”, en Cancino Troncoso, Hugo; Klengel, Susanne; Leonzo, Nanci (eds.). *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina.* Madrid, Iberoamericana, 1999.
- Subercaseaux, Bernardo, “Élite ilustrada, intelectuales y espacio cultural”, en Manuel Antonio Garretón (coordinador). *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas.* Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999.
- Teitelboim, Volodia. *Los dos Borges. Vida, sueños, enigmas.* Santiago, Sudamericana, 1998.
- Teitelboim, Volodia. *Neruda.* Madrid, Ediciones Michay, 1984.

- Teitelboim, Volodia. *Un hombre de edad media. Antes del olvido II*. Santiago, Sudamericana, 1999.
- Terán, Oscar. *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- Torres Fierro, Danubio. *Memoria plural: entrevistas a escritores latinoamericanos*. Buenos Aires, Sudamericana, 1986.
- Torres, Carlos, “Entre Ariel y Calibán: intelectuales críticos y poder”, en *40 aniversario de FLACSO 1957-1997*. Buenos Aires, FLACSO, 1997.
- Traba, Marta. *Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Uricoechea, Fernando. *Intelectuales y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969.
- Vallespín, Fernando, “Aspectos metodológicos en la historia de la teoría política”, en Vallespín, Fernando (ed.). *Historia de la teoría política*. Madrid, Alianza, vol. I, 1990.
- Vargas Llosa, Mario. *Contra viento y marea (1962-1982)*. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985.
- Vargas Llosa, Mario. *La cultura de la libertad, la libertad de la cultura*. Santiago, Fundación Eduardo Frei, 1985.
- Verdecia, Carlos. *Conversación con Heberto Padilla*. Buenos Aires, InterMundo, 1992.
- Verdes-Leroux, Jeannine. *La lune et le caudillo. Le rêve des intellectuels et le régime cubain (1959-1971)*. París, Gallimard, 1989.
- VV.AA. *Debate de ideas. ¿Dónde están los intelectuales y las utopías?* Santiago, Editorial Aun creemos en los sueños, 2006.
- Walzer, Michael. *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1993 (inglés, 1988).
- Waquet, Françoise, “El trasfondo de la Ilustración”, *El Mercurio*, (Santiago), 6 de marzo de 2005, E18-19.
- Warley, Jorge A. *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Westad, Odd Arne (ed.). *Reviewing the Cold War. Approaches, Interpretations, Theory*. London, Frank Cass, 2000.
- Wright Mills, Charles; González Pedrero, Enrique; Fuentes, Carlos; García Terrés Jaime; y Flores Olea, Víctor; “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría. Un coloquio sobre cuestiones fundamentales”, *Cuadernos Americanos*, (México), 3, mayo-junio 1960.
- Zanetti, Susana, “Amaru: una apertura peruana al conocimiento del presente”, en Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Acosta, Yamandú 251, 252
Adoum, Jorge Enrique 54, 265, 281
Agosti, Héctor P. 10, 28, 44, 54, 102, 108, 260, 267, 281
Aguilar Camín, Héctor 286
Aguirre, Mirta 83
Aitmatov, Chinguiz 269
Alberti, Rafael 39, 44, 45
Aldunate, Roberto 202
Alegria, Alonso 239, 240
Alegria, Ciro 148, 260, 275
Alegria, Claribel 260, 267, 268,
Alegria, Fernando 204, 265
Alexis, Jacques-Stephen 102
Al-Gaddafi, Muammar 233
Allende, Salvador 33, 49, 57, 132, 196
Alone (Hernán Díaz Arrieta) 126
Álvarez, Santiago 212
Amado, Jorge 26, 39, 41, 42, 44-46, 51, 54, 58, 64-69, 78-80, 88, 101-103, 105-109, 111, 112, 200, 201, 245, 263, 271, 274, 278, 288, 289, 297
Anderson Imbert, Enrique 260, 263
Anguita, Eduardo 56
Aragon, Louis 39, 42, 45, 54,
Arbenz, Jacobo 129, 194, 197
Arciniegas, Germán 10, 28, 120, 133, 138, 147, 148, 150-153, 157-160, 162-164, 167, 243, 261, 263, 271, 275, 283, 298
Ardao, Arturo 10, 133, 246, 251, 252
Arenas, Reinaldo 189
Arguedas, José María 54, 141, 260, 265, 275
Aron, Raymond 125, 141, 172
Arosemena, Carlos 195
Aróstegui, Julio 15
Arpa, Angelo 227
Arrosa Soares, María Susana 17
Arrufat, Antón 83, 212
Asturias, Miguel Ángel 41, 44, 46, 54, 140, 260, 263, 271, 275, 298
Aub, Max 179, 182
Avellaneda, Andrés 143
Baciu, Stefan 136
Baeza Flores, Alberto 162
Balmes, José 281
Baltra, Alberto 132
Baran, Paul 205
Bareiro Saguier, Rubén 189
Barnet, Miguel 212
Barrenechea, Julio 131
Barrios, Eduardo 57, 126, 148
Baruch, Barnard 13
Basso, Lelio 272
Batista, Fulgencio 135, 161, 207
Bell, Daniel 172
Belli, Carlos Germán 188
Ben Bella, Ahmed 228, 278
Benda, Julien 119
Benedetti, Mario 39, 41, 200, 237, 260, 261, 265, 267, 268, 274, 288
Benítez, Fernando 30, 54
Berbaum, (Embajador) 195
Berdiaeff, Nikolái 254
Berger, Mark T. 230, 232, 233
Bernal, John Desmond 42
Bernanos, George 254
Bernárdez, Aurora 217
Betancourt, Rómulo 151
Bianco, José 44, 157, 260
Blum, Léon 125, 251
Blume, Isabelle 42,
Bobbio, Norberto 11, 12
Bocaz, Luis 247

Böll, Heinrich 198
 Bondy, François 150
 Boneau, Denis 124, 125
 Borges, Jorge Luis 28, 62, 119, 120, 138, 148, 157, 189
 Bosch, Juan 148, 163, 197, 206, 258, 267, 268, 272, 274, 275
 Botsford, Keith 136, 139
 Bourdieu, Pierre 12
 Braden, Tom 35
 Braga, Rubem 127
 Brezhnev, Leonid 39, 49, 114, 277, 282
 Brunner, José Joaquín 16
 Brutus, Dennis 265
 Bryce Echenique, Alfredo 267, 281
 Buarque de Hollanda, Chico 267, 268
 Buber, Martin 254
 Buchrucker, Cristián 15, 246
 Bumedián, Huari 228
 Buñuel, Luis 39
 Burnham, James 124, 125
 Bush, George 281, 283, 286
 Cabral, Amílcar 228
 Cabrera Infante, Guillermo 83, 167, 175, 188
 Caillois, Roger 119
 Caldera, Rafael 263
 Calvino, Italo 42
 Camp, Roderic Ai 16
 Campa, Rosalba 219, 237, 242
 Camus, Albert 118, 148
 Candido, Antonio 260, 268, 275
 Carballo, Emmanuel 265
 Cardenal, Ernesto 189, 267, 274, 275
 Cárdenas, Lázaro 51, 272
 Cardoza y Aragón, Luis 26, 41, 54, 58, 64, 74-79, 200, 238, 267, 275, 278
 Careaga, Gabriel 16
 Carmona, Ernesto 214
 Carpentier, Alejo 94, 212, 260, 261, 270, 271, 274, 297
 Carranza, Carlos P. 133, 136, 151
 Carrión, Benjamín 54, 148, 157, 260, 263
 Casalis, George 272
 Castañeda, Jorge 85, 289
 Castellanos, Rosario 206, 263, 265
 Castillo Armas, Carlos 207
 Castillo Velasco, Jaime 57, 126
 Castro Saavedra, Luis 58
 Castro, Baltasar 42, 43
 Castro, Fidel 26, 82, 87, 90, 94, 96-98, 121, 135, 136, 142, 161, 162, 164, 178, 233, 278, 279
 Ceausescu, Nicolae 288
 Cesaire, Aimé 41, 54
 Chandra, Romesh 42
 Chaplin, Charles 42, 45
 Chauvin, Nicolas 240
 Chesterton, G.K. 254
 Chiang Kai-shek 207
 Chonchol, Jacques 57
 Chou En Lai 228, 278
 Cid, Teófilo 57
 Cisneros, Antonio 39, 41, 140, 265, 267
 Clementi, Hebe 44, 102
 Cobb, Russell 165
 Cockcroft, James D. 16
 Cohen, Elliot 124
 Coleman, Peter 125, 151, 153
 Collazos, Oscar 235, 236, 272, 278
 Coloane, Francisco 265
 Cortázar, Julio 27, 166, 170, 175, 198, 217-219, 235, 236, 263, 265, 267, 274, 275, 279, 281

- Cortés, Ramón 139
 Coser, Lewis 11
 Cosío Villegas, Daniel 39
 Coutinho, Afranio 136
 Croce, Benedetto 125, 150, 254
 Croce, Marcela 218
 Cruchaga, Ángel 132
 Cuadra, Pablo Antonio 263
 Cucullú, Gloria 17
 Cueva, Agustín 267
 Cuevas, José Luis 30, 143
 Da Cal, Enrique 15
 Dalton, Roque 281
 Daniel, Yuli 113, 170, 185, 186
 Davis, Angela 281
 De Andrade, Mario 265
 De Baráibar, Carlos 126, 132, 136
 De Beauvoir, Simone 272
 De Castro, Josué 43, 45, 272
 De Gortari, Eli 264
 De la Souchere, Elena 170
 De Madariaga, Salvador 134, 153
 De Mello, Thiago 260, 261
 De Moraes, Vinicius 41, 44, 58
 De Onís, José 190
 De Picchia, Menotti 55
 De Queiroz, Rachel 203
 De Rougemont, Denis 119, 125, 172
 De Sierra, Carmen 17, 247, 248, 251, 252
 De Szyszlo, Fernando 141
 Debray, Regis 264
 Dedijer, Vladimir 272
 Del Paso, Fernando 260
 Délano, Luis Enrique 51
 Dellinger, David 265
 Depestre, René 41, 54, 58, 59, 203, 207, 208, 260, 261, 265, 275
 Desnoes, Edmundo 83, 203, 212, 217
 Deustua, José 16
 Devés, Eduardo 192, 228, 231
 Díaz Icaza, Rafael 42
 Díaz Lastra, Alberto 175
 Díaz, Jesús 212
 Diego, Eliseo 94
 Díez de Medina, Fernando 148
 Domenach, Jean Marie 20
 Domínguez, Carlos 13
 Donoso, José 143, 167, 177, 189, 260
 Donoso, Ricardo 126
 Dorfman, Ariel 268, 275
 Dosse, François 10
 Draper, Theodore 182
 Dreyfus, Alfred 7
 Duarte, Ángel 15
 Dulles, John Foster 202
 Edwards, Jorge 56-58, 113, 114, 189, 205, 206, 265
 Ehrenburg, Illia 39, 42, 45, 54
 Einstein, Albert 254
 Eisenhower, Dwight 111, 158
 Eliashev, José Ricardo 197
 Elizondo, Salvador 275
 Eluard, Paul 42
 Emmanuel, Pierre 172
 Endicott, J. G. 51
 Enzensberger, H. M. 264
 Espresate, Nieves 200
 Estrada, Carlos 201
 Fadéiev, Alexandr 36, 39, 45
 Feiffer, Jules 265
 Fejtö, François 178
 Fernández Moreno, César 188
 Fernández Retamar, Roberto 83, 85, 86, 94, 165-167, 170, 175, 177, 189, 191, 212, 217, 227, 242, 244, 260, 261, 267, 268, 274, 287

Fernández, Pablo Armando 83, 212
 Ferrándiz Alborz, Francisco 127
 Ferraris, Carolina 15
 Fischer, Louis 172
 Flisfisch, Ángel 16
 Flores, José Asunción 41, 44, 54, 102, 274, 278
 Fornet, Ambrosio 83-85, 87, 171, 178, 186, 212, 217, 267
 Franco, Francisco 147, 207
 Franco, Jean 16, 25, 109, 110, 152, 153, 195
 Frank, Waldo 59
 Frank, Andre Gunder 265
 Franqui, Carlos 83, 240, 278, 279
 Frei Montalva, Eduardo 57, 126, 265
 Freyre, Gilberto 136
 Fuentes, Carlos 27, 30, 122, 143, 167, 171, 175, 178, 184-188, 195, 196, 198, 207, 235, 236, 260, 275, 278, 279, 286, 287
 Galeano, Eduardo 10, 242, 267, 268, 274, 287
 Gallegos Mancera, Eduardo 40
 Gallegos, Rómulo 138, 148, 167, 258, 275
 Galich, Manuel 44, 265, 267
 Gandhi, Mahatma 227, 254
 García Buchaca, Edith 82
 García Márquez, Gabriel 27, 64, 69-74, 79, 122, 167, 170, 188, 198, 266, 267, 268, 272, 274, 275, 278, 279
 García Monge, Joaquín 39, 51, 52, 158
 García Ponce, Juan 275
 García Treviño, Rodrigo 127, 133
 García, José Uriel 42, 43
 Garmendia, Salvador 102, 260, 261, 274
 Garrido Caballero, Magdalena 104
 Garro, Elena 260
 Geiger, Theodor 11
 Gide, André 61, 125
 Gilman, Claudia 17, 82, 135, 176, 216, 226, 235, 295
 Girardi, Giulio 272
 Giunta, Andrea 142
 Giusti, Roberto 126
 Glondys, Olga 20, 149-153
 Godoy Urzúa, Hernán 16, 17
 Goldwater, Barry M. 203
 Goloboff, Mario 166, 218, 235
 González Casanova, Pablo 267
 González Leandri, Ricardo 16
 González Tuñón, Manuel 28, 58, 102, 108, 119
 González Videla, Gabriel 50
 Gorbachov, Mijail 15, 64, 269, 278, 286
 Gorki, Maksim 147
 Gorkin, Julián 127, 129, 135, 139, 147, 148, 150-152
 Goytisolo, Juan 175, 279
 Gramsci, Antonio 7
 Gramuglio, María Teresa 118
 Granados García, Aimer 192
 Gravina, Alfredo 42
 Greene, Graham 198, 278
 Guayasamín, Oswaldo 54, 267, 275
 Guevara, Alfredo 83, 212
 Guevara, Ernesto Che 85, 233
 Guido, Beatriz 143
 Guillén, Jorge 148
 Guillén, Nicolás 26, 39, 41-43, 46, 51, 54, 58, 64, 83, 86, 88, 92, 94, 95, 97, 98, 102, 106, 108, 111, 132, 194, 212, 227, 260,

261, 267, 274, 278
 Guimaraes Rosa, João 188, 260, 261
 Gutiérrez Alea, Tomás 212
 Gutiérrez Girardot, Rafael 260
 Gutiérrez, Carlos María 267, 268
 Gutiérrez, Manuel 47, 139
 Gutiérrez, Pedro 47, 139
 Guzmán, Patricio 268
 Halliday, Fred 13
 Hart, Armando 83, 90, 92-94, 238, 268
 Hartley, Anthony 172
 Haya de la Torre, Víctor Raúl 156, 192
 Helman, Lillian 143
 Hesse, Hermann 254
 Hikmet, Nazim 39, 43, 45
 Hitler, Adolf 149, 162, 179
 Ho Chi Minh 228, 293
 Hobsbawm, Eric 233, 234, 264
 Hollander, Paul 62, 205
 Holtz, Uwe 272
 Hook, Sydney 124, 141
 Hopenhayn, Martín 17
 Hoxha, Enver 45, 64, 278
 Huasi, Julio 268
 Hunneus, Cristián 188
 Hunt, John 139
 Ibáñez del Campo, Carlos 49, 58
 Ibáñez, Roberto 127
 Ibarguengoitia, Jorge 275
 Iber, Patrick 34, 35, 129, 133, 134, 136, 137, 170
 Icaza, Jorge 54, 148, 260
 Ivens, Joris 43, 45
 Iwazkiewicz, Jaroslaw 59
 Izaguirre, Carlos 127
 Jamis, Fayad 212
 Jara Cuadra, René 138, 176, 177, 195, 200, 266
 Jaspers, Karl 125
 Jitrik, Noé 113, 198
 Jobet, Julio César 137
 Johnson, Lyndon 159, 203, 261-263, 270, 281, 282
 Joliot-Curie, Frederic 42-44, 48, 49
 Joliot-Curie, Irene 39
 Jones-Quartey, K. A. B. 172
 Juan Manuel, Don 13
 Juan Pablo II 200, 278
 Kádar, János 70
 Kanev, Venko 89
 Karol, K. S. 175
 Kastler, Alfred 272
 Kayser, Jacques 251
 Kennedy, John 142-144, 158-160, 196, 203, 209, 277, 283
 Khokhlov, Nikolai 127
 Kim Il Sung 228
 King, John 31, 119
 Koestler, Arthur 119
 Kordon, Bernardo 189, 265
 Krauze, Enrique 190, 275
 Krushev, Nikita 31, 32, 108, 111, 113, 158, 162, 164, 250, 278
 Kuo-Mo-Jo 39, 45
 La Guma, Alex 265
 Lacouture, Jean 180
 Lalée, Pierre 234
 Lasky, Melvin 124
 Laso, José María 35
 Laughlin, Jay 143
 Laxness, Halldór 45
 Le Parc, Julio 281
 Lenin 25, 43-46, 49, 75, 76, 87, 90, 147, 192, 209, 297
 Lessa, Orígenes 58
 Levi, Carlo 54
 Levitas, Sol 124
 Lewis, Oscar 143
 Lezama Lima, José 189, 212

Li I –mang 59
 Lihn, Enrique 260, 261, 265
 Lippmann, Walter 13
 Lipschutz, Alejandro 132
 Lipset, Seymour M. 17
 Liscano, Juan 28, 148, 261, 263, 275
 Lizalde, Eduardo 263
 Llerena, Mario 127, 135, 136, 162, 163
 López Michelsen, Alfonso 278
 López Portillo, José 268, 278
 Lorenz, Günter 206
 Lowenthal, Richard 180
 Lukács, György 39, 43, 54, 68
 Lumumba, Patrice 228
 Lundquist, Arthur 54
 M'Hamsadi, Kaddour 265
 Machín, Horacio 247, 251
 Magnet, Alejandro 57, 108, 126, 132,
 Maldonado Denis, Manuel 10, 263, 267
 Malraux, André 148, 172, 187
 Mancisidor, José 54
 Mander, John 180
 Mangone, Carlos 253
 Mann, Thomas 51, 254
 Mannheim, Karl 7
 Mañach, Jorge 83, 127, 133, 135, 138, 148, 151, 161, 275
 Mao Zedong 44, 228, 277, 278, 283
 Marcuse, Herbert 205
 Marechal, Leopoldo 189, 265
 Mariátegui, José Carlos 192
 Marichal, Carlos 192
 Marinello, Juan 26, 39, 41-43, 46, 51, 54, 82, 83, 102, 105, 212, 260, 274
 Maritain, Jacques 125, 254
 Marras, Sergio 86, 288
 Marsal, Juan F. 17
 Martí, José 89, 150, 228, 242, 293
 Martínez Estrada, Ezequiel 205
 Martínez Moreno, Carlos 260, 261, 265
 Masani, Mino 172
 Matisse, Henry 39
 Matos Mar, José 260
 Matta, Roberto 265, 267, 280, 281
 Mauriac, François 125
 Mayor, Federico 269
 McCarthy, Joseph 120, 187
 McNamara, Robert 270
 McPherson, Alan 190, 191
 Melgar, Ricardo 228
 Mendoza Diez, Álvaro 17
 Mendoza, Plinio Apuleyo 69, 278
 Mendoza, Samuel 133
 Mercier Vega, Luis 136, 137
 Miceli, Sergio 16
 Milla, Benito 261
 Miller, Arthur 140, 269, 271, 298
 Miller, Nicola 16
 Miłosz, Czesław 119
 Mistral, Gabriela 39, 51, 52, 55, 56, 148, 247
 Mitterand, François 278
 Molgaard, John 272
 Monge, Luis Alberto 162
 Monroe, James 191
 Monsiváis, Carlos 17, 30, 189, 269
 Montalvo, Juan 150
 Montaner, Carlos Alberto 89, 121, 122
 Monteforte, Mario 265
 Monterroso, Augusto 260, 261, 267

Montes de Oca, Marco Antonio 260
 Moraña, Mabel 247, 251
 Moravia, Alberto 39
 Moreno Fragnals, Manuel 212
 Mphahlele, Ezequiel 171
 Mudrovic, María Eugenia 16, 165, 169, 171, 173, 175, 177, 178
 Mukarovski, Jan 39
 Munford, Lewis 180
 Murena, Héctor A. 136
 Nabokov, Nicolás 172
 Nasser, Gamal Abdel 228, 232, 278
 Nehru, Sri Pandit Jawaharlal 46, 49, 227, 232, 277, 278, 282
 Neruda, Pablo 26, 30, 39, 41, 42, 45-52, 54, 56, 58, 62-64, 75, 88, 102, 105-107, 109, 112-114, 132, 139, 140, 150, 167, 175, 176, 185, 189, 193, 194, 196, 202, 212-215, 227, 247, 260, 263, 271, 274, 277, 282, 294, 297, 298
 Neto, Antonio Agostinho 228, 278
 Ngouabi, Marien 228
 Nicolai, George 126
 Niemeyer, Oscar 26, 33, 40, 41, 46, 54, 102, 274, 288
 Nisbet, Robert 182
 Nixon, Patricia 276, 277
 Nixon, Richard 111, 156, 157, 203, 276, 277, 281, 282
 Nkrumah, Kwame 228
 Ocampo, Victoria 118, 119, 126, 138, 157
 Ochoa Bilbao, Luis 190
 Oliver, María Rosa 41, 42, 44, 46, 54, 58, 102, 118, 271, 274, 278
 Onetti, Juan Carlos 260, 265, 275
 Oppenheimer, Robert 172
 Oprecht, Hans 172
 Oquendo, Abelardo 176
 Orfila Reynal, Arnaldo 158, 260
 Orrego Salas, Juan 56
 Ortega, Daniel 198
 Ortega, Julio 141, 188
 Oteiza, Enrique 253
 Otero Silva, Miguel 41, 46, 51, 54, 58, 102, 143, 260, 261, 263, 267, 269, 274
 Otero, Lisandro 83, 85, 135, 175, 204, 212, 217, 267, 269, 274, 278, 280, 281
 Oviedo, José Miguel 141, 260
 Oyarzún, Luis 57
 Pacheco, José Emilio 30
 Padilla, Heberto 30, 83, 98, 100, 198, 212, 218, 266, 279, 296
 Panella, Claudio 246
 Pareja Diezcanseco, Alfredo 148, 157, 160, 275
 Parés, Francisco 163
 Parra, Ángel 281
 Parra, Nicanor 41, 58, 143, 175, 176, 189, 237, 276, 277, 288
 Pauling, Linus 51, 260
 Pavlov, Iván Petróvich 181
 Pavón Tamayo, Luis 84, 90
 Paz, Octavio 27, 33, 112, 119, 121, 138, 148, 157, 176, 189, 218, 275, 286
 Pecaút, Daniel 16
 Peirano Basso, Luisa 29, 236, 238
 Pellicer, Carlos 157, 260, 263
 Pérez de Cuellar, Javier 280
 Pérez Jiménez, Marcos 161, 207
 Pérez, Carlos Andrés 278
 Perón, Juan Domingo 56, 246

Petras, James 17, 272
 Picasso, Pablo 39, 41, 42, 45
 Picón Salas, Mariano 28, 148, 151, 260
 Pierre-Charles, Gerard 263
 Pineda, Salvador 127
 Pinochet, Augusto 62
 Pita González, Alexandra 192
 Pla, Josefina 260
 Plotkin, Mariano 16
 Podhoretz, Norman 143
 Pogolotti, Graziella 212
 Polanyi, Michael 172
 Poniatowska, Elena 30, 110, 275
 Portinari, Cándido 58, 102
 Portuondo, José Antonio 83, 212
 Powaski, Ronald 14, 15
 Prado Jr., Caio 58, 264
 Prebisch, Raúl 230
 Prieto, Indalecio 151
 Puryear, Jeffrey 16
 Quadros, Jânio 278
 Quezada, Jaime 52
 Quijano, Carlos 210, 246-248
 Quiroga, Horacio 88
 Rai, Lajpat 265
 Rajk, Laszlo 67
 Rama, Ángel 17, 30, 138, 148, 260, 261, 263, 265, 275
 Ramos, Graciliano 102
 Rangel, Carlos 234, 243, 244
 Ravines, Eudocio 151
 Read, Herbert 265
 Reagan, Ronald 200, 202, 204, 267, 268
 Recavarren, Jorge Luis 140, 141
 Relgis, Eugen 150
 Rénique, José Luis 16
 Revueltas, José 260, 261, 263-265, 275
 Reyes, Alfonso 51, 54, 138, 148, 157, 167, 275
 Ribeyro, Darcy 267
 Rigaux, François 272
 Rinza, Mirta 127
 Rivera, Diego 26, 39, 41, 43, 51, 54, 58, 102, 110
 Roa Bastos, Augusto 44, 148, 171, 189, 260, 263, 267, 275
 Roa, Raúl 135
 Robeson, Paul 39, 51
 Rocha, Glauber 143
 Rockefeller, David 143
 Rodó, José Enrique 191, 192
 Rodríguez Bustamante, Norberto 16
 Rodríguez Feo, José 212
 Rodríguez Ledesma, Xavier 16, 30, 235
 Rodríguez Monegal, Emir 29, 30, 113, 143, 165-180, 182-189, 260, 263, 298
 Rodríguez, Carlos Rafael 83
 Rodríguez, Horacio Daniel 175
 Rojas Pinilla, Gustavo 161
 Rojas, Gonzalo 259, 260, 275
 Rojas, Manuel 260, 261
 Rojas, Marta 270
 Rojas, Rafael 16, 82-84
 Romero, Alberto 54, 58
 Romero, Elvio 260, 263
 Romero, Francisco 126, 148
 Romero, José Luis 260
 Roosevelt, Franklin Delano 75
 Rossen, Robert 143
 Ruiz Galvete, Marta 127, 133, 147, 149, 151-153, 155-157
 Rulfo, Juan 39, 41, 143, 260, 265, 267, 275
 Rusk, Dean 270
 Russell, Bertrand 43, 125, 219, 254, 270-272
 Sábato, Ernesto 148, 176, 189, 254, 260, 275

Saborido, Jorge 15
 Sáenz, Dalmiro 143
 Sáinz, Gustavo 143
 Salazar Bondy, Augusto 10, 237
 Salazar Bondy, Sebastián 143, 260
 Salazar, António de Oliveira 207
 Sánchez, Luis Alberto 28, 120, 133, 138, 140, 148, 155-157, 164, 167, 243, 271, 275
 Sandino, Augusto César 192
 Sanín Cano, Baldomero 46, 51, 52
 Santamaría, Haydée 83, 85, 161, 239, 274
 Santí, Enrico Mario 269
 Santiván, Fernando 58
 Santos, Eduardo 133, 151
 Sarduy, Severo 167, 188, 263
 Sartre, Jean-Paul 43, 48, 54, 61, 84, 118, 140, 150, 174, 175, 187, 213, 265, 272
 Sauvvy, Alfred 225
 Scheler, Max 254
 Schwartz, Laurent 272
 Scorza, Manuel 189, 237, 267
 Seghers, Anna 39, 42, 43, 45, 54
 Segovia, Tomás 275
 Seki, Yoshihiko 172
 Shils, Edward 172
 Sholójov, Mijaíl 42
 Shostakóvich, Dimitri 36, 39, 42, 45
 Sierra, Ernesto 165, 187, 188
 Sigal, Silvia 16, 205, 228
 Silone, Ignacio 150, 172, 185
 Silva Castro, Raúl 126
 Silva Herzog, Jesús 10, 253
 Silva Solar, Julio 57
 Simon, Claude 269
 Siniavski, Andrei 113, 170, 185, 186,
 Siqueiros, David Alfaro 39, 46, 54, 102, 265, 278
 Soares, Glaucio A. D. 17
 Soboul, Albert 272
 Solari, Aldo 17, 250-252
 Solás, Humberto 212
 Soler Puig, José 88
 Solzhenitsin, Alexandr 113
 Somoza, Anastasio 161, 207
 Sontag, Susan 264
 Soriano, Osvaldo 267
 Sosnowski, Saúl 84, 118, 143
 Souvarine, Boris 133
 Spender, Stephen 125, 172
 Sperber, Manes 172
 Stalin 36, 43, 45, 46, 57, 64, 65, 68, 71, 73-75, 106-110, 132, 133, 139, 150, 162, 171, 179, 247, 288, 297
 Stancu, Zahari 68
 Stonor Saunders, Frances 36, 41, 125, 140
 Stroessner, Alfredo 207
 Styron, William 143, 198
 Sucre, Guillermo 143
 Sukarno, Achmed 228, 232
 Sumbú, Eduard-Marcel 265
 Swope, Herbert B. 13
 Tavernier, René 139
 Teitelboim, Volodia 40, 41, 51, 54, 58, 100, 102, 108, 109, 120, 132, 196, 267-269, 294
 Terán, Oscar 16, 201, 209
 Thant, U 280
 Thatcher, Margaret 281
 Tito, Josip Broz 228, 232, 245
 Tomic, Radomiro 57
 Torre Nilsson, Leopoldo 143
 Torres Rioseco, Arturo 148, 151
 Torres Rivas, Edelberto 261, 265, 267
 Torres, Carlos 17
 Torrijos, Omar 278

Traba, Marta 143, 265, 275
 Tridente, Alberto 272
 Trujillo, Rafael L. 161
 Truman, Harry 49, 247, 251, 252
 Unamuno, Miguel de 254
 Uribe, Armando 272, 274
 Uricoechea, Fernando 17
 Urondo, Francisco 265
 Uslar Pietri, Arturo 157, 263
 Ustinov, Peter 269
 Valcárcel, Gustavo 141
 Valdés, Gabriel 57
 Van Bach, Pham 272
 Van Delden, Maarten 286
 Varas, José Miguel 100
 Varela, Alfredo 28, 39, 41, 42, 44, 46, 102, 107, 108, 111, 201, 241, 242, 269, 274
 Vargas Llosa, Mario 27, 28, 61, 121, 141, 170, 185, 189, 218, 235, 240, 263, 265, 271, 274, 275, 269
 Veiga, Francisco 15
 Velasco Alvarado, Juan 196, 237
 Vera, Pedro Jorge 195
 Verissimo, Erico 138, 148, 275
 Vidales, Luis 46, 58, 102, 267, 274
 Vientós Gastón, Nilita 197, 263
 Viglietti, Daniel 281
 Villegas, Abelardo 260
 Villoro, Luis 260
 Viñas, David 201
 Vitier, Cintio 260
 Vo Nguyen Giap 228
 Wallace, Henry 251
 Walsh, Rodolfo 265
 Warley, Jorge A. 16
 Weber, Max 7
 Wesker, Arnold 265
 Westad, Odd Arne 16
 Wright Mills, Charles 205
 Yáñez, Agustín 263
 Zaid, Gabriel 275
 Zalamea, Jorge 41, 42, 44, 46, 54, 261, 265
 Zapata Vela, Carlos 104
 Zavaleta Mercado, René 266, 267
 Zea, Leopoldo 10, 158, 260, 263
 Zhdanov, Andrei 36
 Zivkov, Todor 278
 Zola, Emile 7

ÍNDICE

Introducción.....	7
--------------------------	----------

Primera parte: Los intelectuales latinoamericanos y la Unión Soviética

I. El campo intelectual latinoamericano y la Unión Soviética.....	25
II. Movimientos pro-soviéticos y la guerra por la paz.....	34
1. El Consejo Mundial de la Paz.....	35
2. Los intelectuales latinoamericanos y el movimiento por la paz.....	41
- Los dirigentes.....	43
- Neruda en el movimiento por la paz.....	46
3. El Congreso Continental de la Cultura. Santiago, 1953.....	51
III. Peregrinaje político: intelectuales latinoamericanos de viaje por los países socialistas.....	61
1. Jorge Amado.....	64
2. Gabriel García Márquez.....	69
3. Luis Cardoza y Aragón.....	74
4. Viaje, testimonio y Guerra Fría.....	79
IV. La soviétización de la cultura cubana en la década de los setenta.....	81
1. Confrontación.....	91
2. Confrontación y distensión.....	95
V. Los intelectuales comunistas y la imagen de la Unión Soviética.....	101
1. La imagen de la Unión Soviética.....	105

Segunda parte:
Los intelectuales latinoamericanos y Estados Unidos

VI. El campo intelectual latinoamericano y Estados Unidos.....	117
VII. Los intelectuales latinoamericanos y el Congreso por la Libertad de la Cultura.....	123
1. El Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina.....	126
2. Tribulaciones del Congreso en América Latina.....	132
3. El Congreso y sus enemigos.....	137
4. El Congreso y sus parientes cercanos.....	141
VIII. La revista <i>Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura</i>	146
1. Línea editorial y etapas de la revista.....	149
2. Una revista en Guerra Fría.....	153
- Los errores de un amigo se perdonan.....	154
- Cuba.....	160
IX. La conquista del Mundo Nuevo.....	165
1. La defensa de Rodríguez Monegal.....	169
2. <i>Mundo Nuevo</i> : interpretaciones.....	176
3. ¿Qué fue <i>Mundo Nuevo</i> ?.....	174
4. Juicio a <i>Mundo Nuevo</i>	188
X. Los intelectuales latinoamericanos y la imagen de Estados Unidos.....	190
1. Estados Unidos y América Latina.....	193
2. La naturaleza imperialista de Estados Unidos.....	199
3. El belicismo de Estados Unidos y sus dirigentes.....	201
4. El mito del american way of life.....	204
5. La decadencia del imperio americano.....	209
6. La penetración cultural del imperialismo yanqui.....	212
7. Estados Unidos: el enemigo.....	219

Tercera parte:
Más allá de las superpotencias o cómo salir de la Guerra Fría

XI. El campo intelectual latinoamericano, el Tercer Mundo y el tercermundismo.....	225
1. ¿Qué es el Tercer Mundo?.....	230
2. Nosotros, los tercermundistas.....	235
3. Escépticos del Tercer Mundo.....	240
-Tercermundistas escépticos del Tercer Mundo.....	241
-Antitercermundistas o escepticismo de derecha.....	243
XII. La Tercera Posición.....	245
1. El tercerismo uruguayo de <i>Marcha</i>	246
2. Ecos del tercerismo.....	252

Cuarta parte:
Acción y poder del intelectual latinoamericano en la Guerra Fría

XIII. El intelectual en acción.....	257
1. Congresos, encuentros, declaraciones.....	259
2. Organismos, instituciones, redes intelectuales.....	270
3. Interlocutores	276
Epílogo	285
Bibliografía y fuentes	303
Índice onomástico	317
Índice general	327

LA TRINCHERA LETRADA
de Germán Alguquerque se
terminó de imprimir en los
talleres de LOM impresores
en Santiago de Chile durante
el mes de Marzo de 2011
para Ariadna Ediciones.
La composición del diseño
de interiores y portada se
realizó con tipografías Adobe
Garamond Pro, Eurostile y
Acknowledgement.